



ADOLF J. FORT

DESPERTANDO AL

DIVOS DORMIDO

Una novela inspirada en los mitos de Cthulhu

Lectulandia

Julia Andrade nunca hubiera imaginado que la búsqueda de un esquivo cuadro para una galería de arte de Barcelona le supondría abrir una puerta al infierno, a un lugar donde acecha una pesadilla antigua y terrible de la que sólo se habla en susurros y que ha convertido su vida en una mortífera cuenta atrás de proporciones aterradoras. Julia deberá resolver los enigmas de un pasado que no consigue recordar, hacer frente a seres que no debieran existir y tratar de convencer de su inocencia a una facción secreta que, de lo contrario, acabará con su vida y borrarán para siempre cualquier vestigio de su existencia. Y aun si logra convencerles, deberá buscar con urgencia las claves y las personas involucradas en una arcana profecía llamada «Las Cuatro Damas», un secreto celosamente guardado por poderes que trascienden más allá de la mera secta y que proclama el final apocalíptico de toda la Humanidad.

Lectulandia

Adolf J. Fort

Despertando al dios dormido

Una novela inspirada en los mitos de Cthulhu

ePUB v1.0

Dirdam 16.05.12

más libros en lectulandia.com

Despertando al Dios Dormido

Adolf J. Fort, mayo de 2012

Ilustración de cubierta: Shutterstock

Editorial: Planeta, S.A.

ISBN: 978-84-480-0529-0

Editor original: Dirdam (v1.0)

ePub base v2.0

A Howard Philips Lovecraft,
que consiguió alzar mi propio velo de Isis.

Primera parte: Aqua mater

Prólogo

Halifax, febrero de 1943

Estimado Sr. G.:

Me congratula leer que ya está confortablemente instalado en su nuevo destino. Para usted ya se han acabado los horrores de esta guerra insensata. Ahora puede dedicar todos sus conocimientos a la consecución de nuestros sagrados objetivos.

Su reciente experiencia con los nazis va a ser de gran utilidad para controlar los experimentos. Aunque interesantes en su naturaleza, los balbucientes métodos empleados con los judíos en los trabajos del gabinete especial del Führer no tienen nada en común con nuestro objetivo, mucho más épico y glorioso que la insignificante supresión de una etnia.

Como ya le comenté, es fácil convencer a la raza humana de cualquier cosa, incluso de la mentira más abyecta. Tan sólo se requiere el aplomo suficiente para exponerla con firmeza y de forma convincente. Habrá comprobado que ha sido realmente sencillo colocarle como psiquiatra en ese establecimiento.

Esté preparado, amigo mío: en breve llegará una paciente muy especial. Tendrá que aplicarle de manera estricta el tratamiento que le indicamos y deberá informarme, semana a semana, de la calidad y extensión de las alteraciones que se produzcan en ella. Recuerde una vez más que confiamos en su pericia para alcanzar el éxito.

*Con la fe puesta en el Despertar del Dios Dormido,
Afectuosamente,*

W.T.M.

Época actual

Algo iba mal.

Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, los susurros de las voces que apenas oía pero que intuía cercanas, girando a su alrededor descompasadamente, estaban desapareciendo, dejando tras de sí ecos frágiles que devolvían su nombre cada vez con menos intensidad, como una madre cansada de repetir sin éxito el nombre de su hijo.

—*Julia*.

Abrió los ojos y, de pronto, la visión que tenía a sus pies hizo que las voces intrusas perdieran casi todo el interés. Estaba de pie frente a un balcón de piedra rugosa y cuarteada por el tiempo que dominaba una ciudad distinta a cualquier otra que hubiera visto. Una ciudad que se extendía inmensa y se perdía en un horizonte teñido de verde y azul, una ciudad imposible en sus formas incontables y en la arquitectura ciclópea y de belleza aberrante que desafiaba cualquier símil con algo construido por la mano del ser humano. Miró hacia abajo y se vio desnuda, acariciada por una brisa lánguida, espesa, que la envolvía como el abrazo de un amante dormido. Sintió los dedos complacientes de un viento casi líquido deslizándose atrevidos por su cuerpo, una sábana inacabable de seda suave e intangible.

De nuevo oyó su nombre, *Julia*, pronunciado con toda claridad por alguien que no conseguía ver. Quiso girarse pero no pudo, y entonces comprendió que estaba hecha de un mármol blanquísimo, una estatua nívea e inmortal bañada por la luz cegadora de aquellos cinco extraños soles.

—*Julia, Julia* —susurró la voz omnipresente.

Deseó con todas sus fuerzas que la voz se fuera, que se apagara para siempre y así seguir gozando de aquella paz imperturbable de la que sólo disfrutaban las estatuas y los muertos. De repente, tuvo miedo de estar muerta.

La ciudad se tornó difusa y empezó a oscilar como si se tratara de una imagen proyectada sobre un lienzo líquido. Una sensación de miedo empañó aquel momento casi perfecto. El viento arreció y vio cómo la ciudad empezaba a desmoronarse a lo lejos al tiempo que una ola de destrucción avanzaba imparable, con las cúpulas, torres y mamposterías monumentales, recubiertas de jade y líquenes, deshaciéndose cual castillos de arena, cayendo, lánguidas y en aparente desafío a la gravedad, batidas por la violencia apocalíptica que arrancó de cuajo el balcón y la estatua, haciéndola danzar locamente entre las aguas de innumerables sinapsis que se precipitaban por un abismo de negrura insondable surcado aquí y allí por fugaces líneas brillantes.

—*Deo Gratia, Julia* —oyó que decía la voz entrometida—, por fin has despertado.

La luz de los cinco soles se transformó en una poderosa lámpara eléctrica y vio que, más allá del círculo de brillantes corolas, unas figuras enmascaradas y ataviadas con ropas verdes la miraban con ojos ansiosos. Quiso mover la cabeza, abrir la boca y expresar todo el pánico que sentía, pero no pudo. De hecho, no sentía ninguna parte de su cuerpo, tan sólo podía observar con la mirada vacua y perdida de una figura esculpida en piedra. Quizá se había quedado inválida. Un doloroso espasmo la hizo inspirar con fuerza y los ojos se le llenaron de lágrimas. Una cara que recordaba vagamente entró en su campo de visión.

—Tranquila, *Julia* —dijo la voz amable que surgió de la cara borrosa—. Todo va

a salir bien. Ahora estás a salvo.

Julia tenía mil preguntas que formular, pero estaba confusa, con una extraña sensación de angustia mezclada con cólera por haber sido arrancada de aquel sueño pavoroso que sin embargo la atraía de forma inexplicable. Una de las figuras embozadas se acercó sosteniendo una hipodérmica cuyo contenido ambarino relució bajo la luz como oro líquido.

—Julia ha de descansar, padre Marini —dijo una voz masculina ligeramente amortiguada por la mascarilla—, y ahora más que nunca necesita sus oraciones.

Las palabras se fueron desvaneciendo sibilantes al mismo tiempo que su consciencia, mientras que todo el horror de lo acaecido empezaba a perfilarse en el horizonte de su maltrecha memoria.

Capítulo I

Barcelona, unos días antes

Julia Andrade no creía en la casualidad. La experiencia acumulada a lo largo de sus poco más de cuatro décadas de existencia la había llevado a formar parte del gran grupo de pesimistas y escépticos que creen que todo es parte del sutil y ordenado plan de una Naturaleza paciente pero implacable que va moldeando el futuro según unas leyes inmutables y cíclicas, perfectamente armonizadas para garantizar el desarrollo de las diferentes especies del planeta.

Algunos lo llaman destino.

Un destino necesitado de un testigo creíble que pudiera relatar los hechos que iban a suceder para que los supervivientes aprendieran, una vez más, de los errores cometidos.

Un destino cruel que conspiró para que ni el motivo, ni los colores sobrios, ni cualquier otro detalle que pudiera apreciarse a simple vista fueran responsables directos de que, aquella tarde de febrero, el ojo entrenado de Julia, que ostentaba el cargo un tanto ampuloso de comisaria artística en la galería de arte Miràs, escogiera precisamente aquel cuadro de la lista de la subasta y decidiera su adquisición.

Hay algunas personas a las que se les eriza el vello de brazos y piernas de forma placentera cuando escuchan música de su agrado. Un efecto que se debe a que la música está compuesta de diferentes frecuencias que pueden llegar a entrar en resonancia con el cuerpo humano y hacerlo estremecer de forma muy parecida a lo que ocurre con los puentes y los vientos racheados, aunque con efectos mucho menos devastadores y bastante más agradables que los de estos últimos.

Julia poseía esa misma cualidad resonante para el arte pictórico. Había obras que, sin ser de una calidad artística ni siquiera notable, la atraían sin poder explicarse el porqué, cuadros corrientes de autores anodinos cuya contemplación, sin embargo, le producía invariablemente un ligero estremecimiento. Y lo que todavía era mejor: sabía canalizar esa empatía para encontrar a alguien de entre el flujo de clientes y hacerle apreciar los cuadros de igual manera, con una sutileza innata que muchas veces la llegaba a sorprender, hasta hacerle sentir la necesidad perentoria de la posesión, lo cual no dejaba de ser el motivo principal de su trabajo y el medio gracias al cual llevaba un tren de vida más que generoso.

Esa tarde, tras haberse dado una ducha rápida y haberse arropado en un grueso albornoz color canela, se había servido una copa de Albariño y se había estirado con cierta voluptuosidad en el sofá de cuero negro del salón acristalado. Los pliegues del albornoz dejaban entrever con ingenuo erotismo a hipotéticos *voyeurs* las envidiables formas de su atlético cuerpo, del que cuidaba con cierta crueldad en esporádicas pero

duras sesiones de gimnasio. Por el amplio ventanal semicircular entraban los restos de un sol mortecino que ya empezaba a enfilarse al ocaso, haciéndola entrecerrar los ojos color avellana mientras acababa de secarse la larga melena rojiza, suavemente ensortijada.

Desde allí tenía la mal llamada Ciudad Condal a sus pies, que ahora se reducía a una aglomeración de edificios abigarrados, cuadrículas perfectas cuyo prístino diseño original había sido atrocemente mutilado en aras de la especulación y el lucro de constructores corruptos. La Barcelona soñada por el arquitecto Cerdà se había convertido en un mosaico grisáceo de cemento, acero y cristal. Aquí y allá, salpicaduras de verdor marchito constituían el único pulmón de una ciudad que había dado la espalda durante demasiado tiempo a sus orígenes marítimos y que ya mostraba los primeros síntomas de una decadencia irremediable. Sin embargo, al observarla desde el anfiteatro que era el apartamento de Julia, los defectos pasaban por el tamiz de la distancia y la gran vista formaba una composición digna de figurar en una postal.

La franja del mar se podía entrever a lo lejos y a través de las tres altas chimeneas que habían sido antaño una central térmica y que ahora eran testigos frágiles de la prepotencia de la gran ciudad que había ido engullendo, con la lentitud y la determinación de una boa, los últimos vestigios de antiguos pueblos limítrofes. A su derecha, la llamada montaña de Montjuic, poco más que un modesto peñón, perfilaba contra el cielo las ondulaciones de sus crestas, a las que el contraluz del ocaso había sumido en una negrura sin detalles, parecida a los decorados baratos de un teatro de barrio.

—No te quejarás —había bromeado su jefe, Albert Miràs, unos años atrás, mientras brindaban en la terraza del apartamento recién estrenado—. Fíjate, si te esfuerzas, y en un día claro, se puede ver Montserrat desde aquí.

—Siento decepcionarte, Albert —le había respondido Julia mirando en dirección opuesta a la que señalaba su jefe—, pero prefiero ver el mar.

El mar ejercía una curiosa fascinación sobre Julia. Aprovechaba cualquier oportunidad para sentarse cerca y contemplar con una cierta aprensión inexplicable, el constante ir y venir de las olas. Podía quedarse allí, extasiada durante horas ante el grandioso espectáculo multicolor del ocaso. La danza incesante de las aguas perezosas del Mediterráneo hechizaba sus ojos y el sonido que producían al romper sobre las rocas o la playa reverberaba en su cabeza y le traía recuerdos confusos que casi nunca llegaba a visualizar, salvo en algún infrecuente período onírico que olvidaba al despertar.

A veces le parecía que la cadencia del mar se recomponía en una insidiosa melodía que murmuraba repetidamente su nombre como cantos de sirena. Entonces sentía la abrumadora necesidad de acercarse hasta el agua para dejarse envolver con

su abrazo húmedo y azul. Sin embargo, por alguna razón todavía escondida en su inconsciente, su mente había izado la bandera roja y le impedía con determinación la aproximación a aquel oscuro elemento que la tentaba de forma incesante.

—*Julia, Julia...* —suspiraban las aguas.

Julia parpadeó varias veces y apartó la vista con esfuerzo de la brillante y lejana franja azul, gris y plata. Su mirada recayó sobre un cartel, enmarcado entre los cristales con patas que hacían las veces de mesita, que anunciaba la próxima apertura de la galería Miràs. Aquel fue un buen año, pensó, a pesar de que había sido, también, el año en que había roto, una vez más, con un amor demasiado impaciente. A su lado había una pequeña pila de catálogos de procedencia diversa, los cuales contenían listas de las próximas subastas de pintura clásica que iban a celebrarse en las principales ciudades del mundo. De ellas Julia tenía que escoger unas cuantas obras con las que completar una exposición que pudiera acallar las quejas veladas de Albert, que veía cómo aumentaban sus arcas pero disminuían sus presas afectivas, pues el público que frecuentaba ahora la sala ya no se interesaba tanto por el galerista cuarentón que intentaba aparentar treinta y pocos pero al cual le estaban pasando factura los excesos de grasas, alcohol y otra serie de pequeños pero no por ello menospreciados vicios.

La exposición que había estado montando durante los últimos meses iba a estar compuesta por obras contemporáneas del siglo veinte que imitasen estilos pictóricos de escuelas renacentistas o flamencas, con la condición de ser obras originales y no simples imitaciones de cuadros clásicos, lo cual daría un toque distintivo a la galería y los contentaría a ambos.

La sala de exposiciones se hallaba en la calle Consejo de Ciento de Barcelona, una de las arterias de la ciudad, cuya zona privilegiada, entre la olvidada Rambla de Cataluña y el ostentoso y vacío Paseo de Gracia, albergaba un elevado número de galerías, entre las cuales la Miràs. No era de las más potentes, pero se la apreciaba en el *milieu* por el considerable riesgo comercial que mostraba en alguna de las exposiciones. Por el momento, la cosa había ido bien y Julia era consciente de que su nombre empezaba a sonar con timidez en algún lejano círculo de poder.

La sala de exposiciones estaba regentada oficialmente por Albert Miràs, un hijo único demasiado mimado por una familia de origen humilde que había conseguido subirse al carro de la burguesía catalana gracias a una fábrica de hilados y confección con la que habían gozado de cierta notoriedad una vez acabada la guerra civil, durante el resurgimiento del sector textil catalán.

No obstante, los hilos de la galería los manejaba ella, puesto que Albert había dejado prácticamente el negocio en sus manos para entregarse por completo a los coleccionistas, en especial a los de sexo femenino.

Julia se había encontrado de pronto en una posición inmejorable para desarrollar

su talento, con las manos libres de compromisos políticos o sociales y respaldada por una solvencia económica que le permitía actuar con cierto margen. Poco a poco, las exposiciones de la galería comenzaron a cambiar con el cariz atrevido y rompedor de su organizadora, que no estaba atada a ninguna moda ni dogma artístico, sino que, a diferencia de la mayoría de galeristas, confiaba en su propio criterio y desafiaba tendencias. Ese carácter había encontrado eco en un mercado hastiado de mediocridad posmoderna y vanguardismo pedante que pedía a gritos un poco de originalidad.

Julia empezó su proyecto personal abandonando los conductos normales de abastecimiento, lo que no importó, en principio, a casi ninguno de los marchantes con los que trataba. La galería era un pez pequeño, una rémora que se negaba a abandonar el anfitrión pero que no molestaba y que incluso podía, en ocasiones, ser útil para orquestar campañas diseñadas para atraer a los grandes coleccionistas.

A continuación, indagó en los nuevos mercados que se habían abierto gracias a las nuevas tecnologías pero que estaban considerados de baja calidad y poca relevancia por los grandes popes del arte, pues en ese mundo, como en casi todos, sólo importa quién eres y a quién conoces, y lo que hagas o el talento que poseas se considera anecdótico.

Así, a través de Internet, Julia contactó con artistas noveles en lugares remotos, de cualquier ideología, religión, etnia o condición social y consiguió formar un grupo creciente de pintores cuya obra exponía con cierta regularidad en la galería. El criterio primordial que seguía para elegir las obras era extremadamente simple: tenían que gustarle.

Y así fue cómo se encontró con los ojos de la dama en el catálogo de *Solsbury's of London*, pieza número 45, entre el paisaje fluvial de un pintor francés anodino llamado Edmond Joseph Grand-Jean y la estampa preciosista y diáfana de una lámpara de gas pintada con un esmero rayano en la obsesión, que probablemente impidió ver a su creador —un pintor inglés de nombre impronunciable— que, por muy bien definido que estuviera el reflejo de la ventana en el cristal, no dejaba de ser una vulgar lámpara de gas.

Con el transcurso del tiempo, Julia se percató de que el escalofrío —que entonces creyó placentero— que le recorrió la espina dorsal y las extremidades, como tantas otras veces, escondía una señal de alarma que sus sentidos, ligeramente adormecidos por el crecimiento leve pero apreciable de su reputación, ignoraron.

Ése fue su primer error.

Julia no era una experta en arte flamenco. Se había licenciado con discreción en Historia del Arte en la Universidad de Santiago de Compostela y había seguido diversos cursos de posgrado en Oxford y en Berkeley, lo que le había proporcionado recursos más que suficientes para poder apreciar una buena obra bajo un prisma

profesional. Julia sabía cómo distinguir las diversas épocas y escuelas de arte, y podía situar sin demasiada dificultad cualquier pintura en su contexto histórico para apreciarla en toda su justa valía, lo que le permitía organizar exposiciones como la que quería completar con ese lienzo. Su mayor baza, sin embargo, estribaba en la extraordinaria memoria fotográfica que le permitía almacenar detalles de muchos cuadros sin esforzarse en absoluto. Albert lo llamaba «el don», algo muy ventajoso para las negociaciones complicadas con algunos marchantes.

Tras su periplo académico, Julia se había trasladado a Barcelona porque en aquellos momentos era la ciudad que tenía el enfoque más vanguardista y europeo, condición *sine qua non* para el negocio en el que trataba de entrar. Tras un par de bandazos haciendo trabajos temporales, había conseguido formar parte del equipo de la discreta galería barcelonesa. Albert no se había mostrado muy exigente con el exiguo currículum que le había presentado, y había delegado con prontitud en la joven gallega. El trabajo concienzudo de ésta había dado por fin sus frutos unos años atrás, y le había permitido, entre otras cosas, comprar su apartamento.

La otra cara de la moneda era disponer de menos tiempo para volver a su tierra natal. Y la *morriña* devastadora que sentía por los riscos solitarios barridos por la espuma del mar encrespado le dolía, a veces, como si le hubieran desgarrado las entrañas.

El último hálito candente del sol le hirió los ojos mientras se hundía en el horizonte y la hizo parpadear, alejándola una vez más de los hilos tentadores de los recuerdos. Con un suspiro, Julia sacudió la cabeza y trató de concentrarse en la tarea que debía realizar.

La breve reseña que acompañaba la fotografía del catálogo británico indicaba que el cuadro de la dama era de tamaño mediano —sesenta por cuarenta y cuatro centímetros— y representaba a una mujer de edad indefinida, con el porte un tanto altivo que caracteriza a las gentes de noble alcurnia, posiblemente un retrato de Corte. Estaba sentada con los brazos relajados y en la mano derecha, apoyada con delicadeza sobre el respaldo de una silla, sostenía con cierta languidez un abanico cerrado. Los ropajes oscuros, con amplios pliegues, estaban realzados con un corpiño de encaje de hilo de oro y una gorguera de estilo isabelino intrincado. Tenía la frente despejada, clásica entre la nobleza cortesana desde la época del rey Luis XIV de Francia. Llevaba una diadema con más encaje y pedrería, y miraba ligeramente hacia la derecha. El fondo del cuadro, parco en detalles, mostraba el inicio de una columna de estilo indefinido cubierta a medias por un cortinaje oscuro.

Debido al tamaño reducido de la fotografía del catálogo, Julia no pudo apreciar más detalles y lo único que le llamó la atención fue la disparidad del estilo pictórico, de influencia claramente flamenca del siglo XVI con toques de barroco, pero fechado en 1939 y atribuido a una mujer, algo extremadamente raro para cualquier época

anterior a 1960.

El nombre de tan osada pintora era Ûte Firsch-Pieke.

Impulsada por un primer ramalazo de interés, Julia apartó el resto de catálogos de su regazo y se dirigió a la mesa sobre la cual descansaba, entre otros múltiples objetos, el ordenador. Treinta minutos más tarde, la impresora había vomitado abundante material biográfico de la pintora, así como una fotografía un poco más grande del cuadro, que imprimió en papel especial para conservar, en la medida de lo posible, las tonalidades y el precioso detalle de los diminutos encajes. El cambio de formato aportó una serie de matices que no eran visibles en el catálogo de Solsbury's.

—*Carallo* de pintora...

Julia enarcó las cejas, emitiendo un suave silbido de admiración. La minuciosidad de los preciosos encajes era soberbia. La expresión de la cara, de nariz larga y labios pequeños, denotaba serenidad, pero la pintora había conseguido dotarla de un cierto aire de tristeza, algo que hacía presuponer un secreto oscuro y trágico que sólo la intimidad casi de confesionario existente entre modelo y pintora había conseguido sacar a la luz. La perfecta coloración de la piel y los tonos ocres y negros del cuadro conferían a la figura una cualidad austera y a la vez elegante. Observó que la dama portaba un medallón en el pecho cogido a modo de broche o camafeo, pero, por alguna razón, esa parte de la imagen no había quedado demasiado clara y tan sólo se distinguían unos trazos desdibujados de un color parecido al lapislázuli.

Encogiéndose de hombros, Julia dejó la fotografía sobre la mesa, paladeó despacio un sorbo de vino y pasó a examinar el resto de la información biográfica de la pintora. Nacida en Amberes, Bélgica, en 1872, Ûte Firsch-Pieke fue modelo y posterior esposa de un conocido retratista, Rudolf Pieke, que trabajaba en Amsterdam. El joven matrimonio se fue de Holanda y se instaló en Londres en 1890, donde la jovencísima Ûte se dedicó a terminar los encargos que le hacían a su marido, muy influenciado por uno de los grandes pintores flamencos del siglo XVI, Michiel J. van Mierevelt. Rudolf era un buen artista, pero padecía una adicción terrible al opio, por lo que la joven esposa tuvo que sustituir a su maltrecho compañero en los pinceles durante sus peores períodos, debido a la escasez de dinero, y también pintó algunos retratos por su cuenta, sobre todo de damas. Desgraciadamente, la mayoría de la obra pictórica del matrimonio desapareció durante los bombardeos de Londres en la segunda guerra mundial. Las pocas obras que se conservaban estaban repartidas entre algún museo holandés y varios coleccionistas privados. En concreto, *Retrato de una dama*, que era el anodino título del cuadro, había recalado durante algún tiempo en el fondo artístico del Banco Exterior de España antes de ser vendido a un coleccionista privado en 1987. La última nota era la del fallecimiento de Ûte Firsch-Pieke en Londres en 1945.

Julia volvió a mirar la fotografía, encontrándola cada vez más interesante. El

cuadro completaría la exposición y apaciguaría al quejumbroso Albert. La fecha de la subasta londinense estaba próxima y necesitaba más información para obtener los fondos necesarios y presentarse en la capital inglesa con ciertas garantías. Su jefe quería algo más que una escueta nota biográfica para justificar el desembolso, así que, tras apurar lo que quedaba del Albariño, se puso a teclear en el ordenador. Para su sorpresa, la serie de referencias que le devolvieron los resultados de la búsqueda fueron muy distintas de lo que había esperado encontrar.

La primera sorpresa la tuvo al leer que Úte no sólo había tenido una vida como artista y esposa de artista, sino que también había destacado en un terreno mucho más esotérico, la videncia. Según las crónicas de la época, la joven Úte se había convertido en una celebridad en los círculos sociales privilegiados del Londres de finales del siglo XIX. Al parecer, podía predecir sucesos vulgares con asombrosa exactitud, lo que asustaba deliciosamente a las aburridas damas de la burguesía y a la decadente aristocracia londinense. La crónica apuntaba a que el encuentro con otra gran celebridad de la época, Helena Petrovna Hahn Fadeef de Blavatsky, contribuyó al súbito interés de la joven pintora por la videncia y las artes esotéricas. Sea como fuere, todas las reseñas indicaban que a partir de aquel momento las dos mujeres no se habían vuelto a separar. En alguna ocasión, la rusa la había presentado a sus conocidos como «mi discípula».

Tras la muerte de Madame Blavatsky en 1891, Úte había intentado seguir adelante con la *summa opera* de la escritora rusa, la *Doctrina Secreta*, un monumental ensayo literario un tanto descabellado y sin ningún rigor científico que postulaba una cosmogénesis y una antropogénesis de connotaciones mucho más aterradoras y esotéricas que las propuestas por Charles Darwin y la comunidad científica. Julia había leído algún extracto fotocopiado de la obra de la aristócrata rusa cuando estudiaba Historia del Arte, ya que alguno de los datos arqueológicos que allí se citaban tenía su parte de verdad, aunque Madame Blavatsky lo desvirtuaba todo de manera sistemática sugiriendo ominosas conexiones con deidades terribles de nombres impronunciables, dando datos enigmáticos sobre fantásticos continentes perdidos o teorizando sobre la evolución a partir de la creación de siete grupos humanos en siete partes distintas del globo. De ahí podía pasar a defender a ultranza el nacimiento del cuerpo astral antes del físico y terminar afirmando que el hombre precedió en el reino animal a todos los mamíferos, incluso a los antropoides.

Éstas y otras teorías, en absoluta contradicción con los dogmas religiosos y la ciencia, habían desatado una fuerte polémica entre las aburridas y ociosas clases altas de la sociedad de la época, circunstancia que Úte había sabido aprovechar tras haber perdido a su marido, que prefirió huir de las cábalas sin sentido para dejarse acunar y consolar por los brazos de una modelo joven y escultural.

Libre de compromisos sociales y con la baza de la curiosidad morbosa de la

gente, Úte se erigió en la sucesora de Madame Blavatsky y añadió a sus postulados esotéricos su presciencia inquietante pero irresistible. El fenómeno social tuvo un gran impacto, y Úte se convirtió en un personaje deseado y admirado a la luz pública, pero al que en la intimidad se le tenía un cierto temor reverencial.

Úte siguió ampliando el descomunal ensayo de Madame Blavatsky, visitando a personajes extraños en barrios muy poco recomendables, encerrándose durante días en el estudio y escribiendo con frenesí en un abultado diario que nunca se publicó. Poco a poco, sus predicciones se tornaron más oscuras, más terribles, hasta que empezó a perder uno a uno a sus amigos de alta cuna, que no deseaban conocer los nefastos detalles de un futuro plagado de muerte, dolor y destrucción. Sin embargo, ese nuevo enfoque consiguió atraer a una renovada cohorte de seguidores, mucho más fervorosos aunque insolventes y, la mayoría de ellos, locos de atar.

Úte desapareció de Londres en 1935, y las notas que Julia halló en Internet la situaban, durante un periplo de cuatro años, en lugares tan dispares como Rusia, Creta, Bhutan, Egipto y España, además de otros viajes no documentados a regiones desconocidas de la Europa central.

Cuando Úte regresó a Londres en 1939, en los albores de la segunda guerra mundial, su aspecto era aterrador y se encontraba en un estado febril. Se encerró en el estudio de Hampstead Road, que había conservado después de la separación de su marido, y comenzó a pintar de forma descontrolada. Los escasos amigos que consiguieron visitarla hablaban de imágenes terribles, de autorretratos de difícil descripción y de un continuo estado de excitación paranoide. Una reseña apuntaba la posibilidad de que el propio Sigmund Freud, que entonces vivía en la misma calle, donde se había refugiado del acoso de los nazis en su Viena natal, había escrito su libro *Un ensayo de psicología* tras haber visitado a la desdichada pintora, a instancias de un amigo preocupado. Su estado físico y mental fue decayendo, y poco tiempo después, los médicos la internaron en el asilo Webster, en la isla de Innishshark, en la costa oeste de Irlanda, donde murió al cabo de unos meses.

Julia enarcó una ceja y buscó de nuevo la primera reseña biográfica que había obtenido en Internet. Había una discrepancia en el lugar de fallecimiento de Úte, situado por unos en Londres y por otros en Irlanda. No obstante, era notoria la poca precisión de algunas editoriales, así que no le concedió más importancia al asunto y cogió el teléfono para hablar con su jefe. Ahora sí que disponía de información suficiente para convencerle de que iba por buen camino.

—¿Y cuánto nos va a costar la excursión a Londres? —inquirió la voz atiplada de Albert después de haberle explicado todos sus emocionantes descubrimientos.

Julia suspiró con resignación. Las negociaciones con Albert acababan siempre reducidas a términos de ingresos y gastos, algo que éste atribuía sin pudor a una supuesta descendencia de comerciantes fenicios.

—Menos que la última vez que fuiste tú, Albert —replicó con tono provocativo.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea telefónica y Julia temió por un momento haberse extralimitado. Pero una risita hueca apaciguó su inquietud.

—Está bien, me rindo —dijo al final Albert con un falso tono de arrepentimiento—. Ve a Londres. No parece un mal asunto, por lo que me has contado. Pero recuerda que hay que montar una exposición y ganar dinero con ella. Así que esmérate en conseguir algo que merezca la pena mostrar al mundo, Julia.

—Vamos, Albert —replicó ésta notando un involuntario ramalazo de ira reflejado en su voz—. ¿Con cuántas exposiciones hemos perdido dinero? No creo que me tengas que recordar que trabajo en una galería de arte y que...

—Vale, vale, Julia —la interrumpió Albert, ahora jocosamente—. Lo siento, pero no consigo acostumbrarme a tu sentido del humor. Los gallegos sois demasiado serios, ¿sabes? —siguió diciendo—, no me extraña que tus conquistas amorosas duren tan poco.

Una chispa avivada de cólera cruzó fugaz y cruel ante sus ojos.

—¿Vamos a repasar otra vez mi vida privada, Albert? —repuso Julia haciendo inflexión en la palabra *privada*, pero sintiendo que esta vez el aguijón de su jefe había dado en el blanco.

—No. Lo siento —replicó de inmediato Albert, con tono afligido—. Lo siento de verdad. No pretendía burlarme de ti ni de tu probada profesionalidad, Julia. Ve a Londres y consigue ese cuadro. Confío en ti, Julia, como siempre.

—Gracias —dijo ésta con tono seco, y colgó el teléfono con brusquedad. Se recostó en el sofá, y su mirada se perdió entre la maraña de hilos de cobre que formaban su pelo, ahora casi seco, buscando con los ojos entrecerrados alguna punta rota que abrir, un hábito que ponía en práctica cada vez que su sensibilidad se sentía amenazada, un movimiento defensivo que la aislaba de manera conveniente de un mundo cada vez más hostil.

Florenxia, Italia, esa misma noche

La luz azul acero, reflejada por la luna diáfana que caía a pico sobre los campos de trigo cubiertos de nieve, suavizaba un tanto las facciones angulosas del hombre que estaba de pie frente al gran ventanal. Su sombra se proyectaba sobre el suelo recubierto de mosaico de madera y se alargaba hasta casi tocar la pared. El resto de la sala estaba sumido en tinieblas que tan sólo dejaban vislumbrar el rostro de expresión cérica de un segundo hombre sentado ante la gran mesa de caoba pulimentada que constituía casi todo el mobiliario de la sala. La débil luz de una pequeña lámpara eléctrica de pie, de bronce labrado, conseguía a duras penas dar textura a sus amplios

ropajes rojos de cardenal.

El crujido casi imperceptible de la madera del suelo bajo sus pies pareció sacar al primer hombre del ensueño en el que estaba sumido. Con un gesto automático, sus dedos, surcados de pequeñas arrugas, asieron un pequeño colgante de plata en forma de cruz que refulgía bajo la luz de la luna. Giró sobre sus talones, y el pelo blanco, cortado a cepillo, le confirió una aureola iluminada, otorgándole por un instante el aspecto de un santo de Caravaggio.

—¿Se ha confirmado? —inquirió con voz átona y sin dejar de acariciar la cruz, el único adorno del traje negro con alzacuellos.

—Me temo que sí —respondió el hombre sentado con un tono también desprovisto de matices—. La Starfish Alliance también se ha puesto en marcha. Han cerrado todos los accesos a la isla dando como excusa una revisión técnica de las instalaciones.

El hombre en pie se apoyó con ambas manos sobre la mesa y hundió ligeramente la cabeza entre los hombros. Parecía cansado. Cuando habló, su voz sonó hueca, vacía.

—Hacía tiempo que no... —Su voz se apagó como un suspiro contenido durante mucho tiempo.

—Era inevitable, padre —contestó el otro hombre mientras se levantaba del asiento—. Pero ¿quién sabe? Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca. Esta vez puede que sea para mejor. Buenas noches, padre Marini —añadió ofreciendo la mano donde brillaba un anillo.

—Monseñor —respondió el padre mientras rozaba con los labios la gruesa gema roja, teñida de negro por la luz de la luna.

«No —pensó, mientras miraba la discreta salida de su superior—, nunca es para mejor el enviar a personas a la muerte, o peor aún, a matar.»

Cuando estuvo solo de nuevo, pulsó un botón de la mesa y habló en un diminuto micrófono.

—Hágales pasar.

Halifax, diciembre de 1943

Estimado Sr. G.

He leído con suma satisfacción el rotundo éxito de nuestra empresa. Acabamos de dar un paso muy importante para la consecución de nuestros propósitos. Ahora está usted en una inmejorable posición para iniciar los trabajos.

Sería también conveniente que acelerara los trámites necesarios para

hacerse con los cuadros antes de perderles definitivamente la pista entre el caos de la guerra. Esas pinturas constituyen un peligro incipiente para nuestros planes, pues las cualidades especiales que les confirió su autora las hacen portadoras de un mensaje que no debe ni siquiera ser sospechado.

Mi padre, que ya Nada Ante Su Presencia, tuvo que afrontar los repetidos embates del enemigo, y como bien sabe, en 1928 casi consiguen acabar con él. Pero de aquello sacamos una lección provechosa: mantén en la ignorancia a tu enemigo.

Esté preparado para abandonar el establecimiento en cuanto haya conseguido los lienzos y desaparecer durante algún tiempo. Se le enviará una señal.

*Con la fe puesta en el Despertar del Dios Dormido,
Afectuosamente,*

W.T.M.

Capítulo II

Londres, tres días después

Quince minutos antes de las seis de la tarde, Julia entraba en la sala Olimpia del discreto edificio de Solsbury's, dispuesta a pelear hasta el final con tal de conseguir el cuadro, que, por otra parte, tenía un precio de salida bastante bajo, detalle que sugería que no habría demasiada lucha por él a priori.

Londres la había acogido con mucho frío, y el cielo gris oscuro amenazaba con alguna nevada a destiempo, pero la sala de subastas, como la inmensa mayoría de las casas inglesas, estaba muy caldeada. La gran sala, flanqueada por enormes *tibores* chinos convertidos en macetas con plantas frondosas, estaba todavía medio vacía. Julia aprovechó la circunstancia para acomodarse en un asiento cercano a uno de los jarrones y al pasillo lateral, una posición cómoda tanto para la puja como para salir discretamente si la ocasión lo requería.

—*Well, well, well, look who's here* —dijo a sus espaldas una voz masculina que reconoció en el acto.

«Maldición», pensó mientras se giraba con una amplia sonrisa en la que ni siquiera un psicólogo experto habría descubierto la gran dosis de hipocresía contenida; una breve muestra de las armas que proporcionaba el trato diario con toda clase de público.

—¡Stavros! ¡Cuánto tiempo sin verte!

«Miserable gusano traidor», añadió para sus adentros, estrechando con brevedad la mano tendida por aquel hombretón desalmado que le había pisado una compra importante en más de una ocasión.

Stavros Oligorkov era el tiburón a sueldo de uno de los principales y más oscuros coleccionistas centroeuropeos de arte, Dimitri Krasnik, un millonario de origen incierto que pasaba la mitad de su tiempo entrando y saliendo de las cárceles de medio mundo, pero que poseía una agenda tan completa que le permitía liberarse de la mayoría de cargos de fraude fiscal, importación o exportación ilegal y otros mil pequeños litigios que su más que eficaz bufete de abogados manejaba con maestría inigualable y a veces sospechosa.

—La última vez fue en Tel-Aviv, ¿no? —inquirió Stavros con su suave deje ruso y un brillo malicioso en sus ojos de perro siberiano. El pelo rubio claro, casi albino, cortado al estilo militar, le daba un cierto aire marcial del que se aprovechaba para impresionar a las incontables incautas que habían sucumbido a sus encantos.

—Creo que sí —repuso Julia, controlando el tono y reprimiendo de nuevo una serie de epítetos nada cordiales. Dos años atrás, la *excursión* a Oriente Medio le había costado cara a la galería. Unas piezas de arte religioso por las que un cliente de Albert

se había interesado habían ido subiendo de precio, a causa de las continuas pujas de Stavros, para finalmente ser compradas por la entonces inocente Julia por una cantidad exorbitante que el cliente no quiso pagar. Las consecuencias no habían sido nada agradables, y en las paredes de la galería barcelonesa aún resonaban los ecos de la bronca.

—Vamos, Julia —exclamó el ruso soltando una suave carcajada—, ¿todavía sigues enfadada conmigo? En todas las profesiones hay un tiempo para pagar las novatadas y otro para olvidarlas.

Julia se encaró con el sonriente ruso.

—¿Has tenido que pagar tus novatadas, Stavros? —preguntó con tono duro—. ¿La cobertura económica y la protección de tu amo no te han librado de ese amargo trance vital? —añadió recalcando la palabra *amo*. Vio cómo desaparecía la sonrisa de la cara de Stavros y la expresión se volvía hermética. El perro siberiano estaba preparándose para saltarle a la yugular. Julia se envaró y se preparó para la acometida.

Un silbido amplificado salvó a Julia de ser devorada por el ruso, que desvió la vista hacia el estrado, donde un hombre vestido con una bata daba golpecitos a un micrófono. Volvió a mirar a Julia con expresión torva y se alejó en silencio hacia los primeros asientos de la sala, que se había ido llenando en los últimos minutos.

La galerista se dejó caer en el asiento, con el corazón latiéndole con fuerza y notando una extraña sensación vertiginosa en la boca del estómago mientras las luces de la sala bajaban ostensiblemente de intensidad. En el pequeño estrado, donde estaba montado un púlpito con el micrófono, una mesa de madera noble y un gran caballete, había aparecido un estirado *speaker* británico que, haciendo gala de la flema que la tradición del negocio y la ocasión requerían, dio la bienvenida a los asistentes y procedió a hacer desfilar, sin más dilación, las obras que componían el catálogo.

Julia suspiró mientras se preparaba para la subasta. El rifirrafe que se traía con el ruso estaba cobrando mal cariz y presagiaba un final digno de una ópera wagneriana si no conseguía controlar sus emociones. Su lado indómito, obstinado en defender la justicia como un paladín, irrumpía sin previo aviso y echaba por tierra cualquier intento de diplomacia que hubiera planificado con anterioridad.

«Tendré que disculparme antes de que las cosas vayan a más», pensó haciendo una mueca de contrariedad mientras observaba el cogote un tanto enrojecido del ruso. Julia inspiró profundamente y miró su cartón de puja. Le había tocado el número ciento treinta y seis. «No es un mal número, —pensó esperanzada, apartando de su mente a Stavros—. Bien, allá vamos.»

Mientras iban pasando los primeros lotes, Julia se dedicó a observar a los demás asistentes desde el rincón en el que se había situado, ahora en penumbra. Desde allí reconoció a varios coleccionistas de renombre, a un cantante de rock con ínfulas de

ser un *connoisseur* pero con pésimo gusto, a juzgar por los lotes por los que pujaba, y a cierto duque escocés cuyo nombre había salido a colación en la prensa amarilla debido a una relación tempestuosa e ilícita con una actriz inglesa de cine porno, pero al que no parecían importarle en absoluto las miradas reprobatorias que recibía de alguno de sus compatriotas.

Mientras dos ayudantes cambiaban uno de los lotes, Julia captó un curioso movimiento entre los asistentes del otro extremo de la sala, donde iba quedando cada vez menos gente. Una pareja procedente de esa zona se instaló a su lado. Julia, aguzando el oído, consiguió oír retazos de la conversación que mantenían en un murmullo.

—... ¡Por Dios! ¿De dónde habrá venido?

—¿Tú crees que no se ha dado cuenta? Es imposible que alguien huela así sin darse cuenta.

—Puede que no sea ella, y que el olor venga de la calle...

Curiosa, Julia siguió observando de reojo y vio, unos lotes más tarde, que en la parte referida tan sólo quedaba una figura embozada con una túnica oscura adornada con un ribete azulado y una abertura con lazadas en el pecho. Julia la escrutó con cierto atrevimiento y le pareció que se trataba de una mujer, parcialmente oculta por los pliegues de la capucha que formaba parte del extravagante atuendo. Tenía los ojos muy abiertos y fijos, de un color indiscernible bajo la débil luz, y una boca ancha que se movía sin cesar, como si murmurara. No pudo evitar que la imagen de un pez boqueando apareciera en su mente. Al cabo de un momento, Julia se dio cuenta de que había empezado a mover la boca imitándola. Avergonzada de su propia reacción y sintiendo que se ruborizaba, desvió la vista, pero cuando volvió a echar una mirada fugaz, la mujer continuaba mirando al frente, impertérrita, como si no se diera cuenta de nada, con la misma postura rígida y los mismos movimientos rítmicos de la exagerada boca.

Y, justo entonces, la cabeza encapuchada se giró con brusquedad hacia ella, y en la mente de Julia resonó una voz sibilante.

—*Julia...*

Se quedó helada, incapaz de apartar los ojos de la figura, mientras en su cabeza seguía sonando el ruido del mar pronunciando su nombre.

—*Julia..., Julia...*

¡*Bang!* El martillazo seco de una adjudicación desvió la atención de la mujer de negro, y el extraño sortilegio se deshizo. Julia parpadeó, confusa y desorientada. La visión de la sala de subastas se recompuso con la lentitud de un foco de cámara, y las manos con el cartón y el número de adjudicación la situaron de nuevo en el presente. Se mordió el labio con una cierta preocupación. Por un instante, se había perdido en otro momento de ensoñación, y eso, en una subasta, podía resultar fatal.

—Deberían mandar a galeras al cirujano que le ha hecho eso —oyó que susurraba su vecino, que recibió como premio a su descortesía una risita sofocada y un palmetazo de su compañera. Recordó entonces de quién hablaban, pero con una curiosa sensación de lejanía, casi un recuerdo onírico. Un estremecimiento involuntario le recorrió la espalda. Pero no se atrevió a volver a mirar.

Los lotes se fueron sucediendo con más o menos éxito, y cuando el *speaker* anunció el número cuarenta y cuatro, la atención de Julia se volcó por completo en el estrado. Allí continuaba el empleado, sudoroso pero todavía flemático, un hombre enjuto, casi calvo, de tez pálida a excepción de unos pómulos y orejas enrojecidos, sin duda consecuencia de demasiada cerveza y poco sol. Dos ayudantes vestidos con batas blancas inmaculadas y guantes de látex, *kamalis* con un buen sueldo, habían retirado el lote anterior y procedían a colocar sobre el caballete la estampa fluvial del pintor francés olvidado. Visto allí, al natural y correctamente iluminado, el cuadro ganaba muchos enteros, y Julia empezó a sentir que la impaciencia la cosquilleaba. Tras una puja normal y sin sorpresas, el cuadro se adjudicó a uno de los marchantes que había saludado Julia al entrar en la sala y, por fin, llegó el gran momento.

Tras beber un sorbo de agua, el *speaker* se aclaró la garganta, se inclinó sobre el micrófono y anunció con voz átona que el lote número cuarenta y cinco, *Retrato de una dama*, había sido retirado, y pasó, sin más dilación, a anunciar el número cuarenta y seis. Sin embargo, antes de que Julia pudiera asimilar lo sucedido, los acontecimientos se precipitaron.

—*Ma what is zis?* —La voz indignada y con un fuerte acento italiano procedía de la parte derecha de la sala, unas tres filas por delante de Julia, de donde se alzó un hombre cuya silueta se recortaba contra los focos del estrado.

—*Sir, please, sit down and be quiet* —pidió con tono escandalizado el *speaker*, como si esa interrupción hubiera mancillado una liturgia.

Sin embargo, el hombre, lejos de sentarse, empezó a increpar al *speaker* y a preguntar el porqué de la retirada. Julia estaba asimismo indignada y sorprendida, pero no era la primera vez que un objeto se retiraba de una subasta, aunque se acostumbraba a colocar alguna nota para evitar que un posible comprador estuviese aguardando inútilmente la salida de un artículo por el que ya no podría pujar.

Era corriente que los compradores —y alguna vez los propios vendedores— hicieran pujas iniciales para incrementar el precio de salida. Con frecuencia también se hacían acuerdos privados entre la sala de subastas y el comprador, pactos que obligaban a retirar el lote el mismo día y sin previo aviso. Aparentemente, ése podía ser el caso, y era obvio que el comprador iracundo, al que escoltaban fuera de la alborotada sala, suavemente pero con firmeza, los dos *kamalis* reconvertidos en personal de seguridad, desconocía este tipo de transacciones.

Al seguir con la mirada la expulsión del italiano enfurecido que seguía

protestando con vehemencia, esta vez alternando inglés e italiano en una mezcla cada vez menos inteligible de injurias, amenazas y quejas, Julia se percató de otro detalle: la mujer que parecía un pez había abandonado asimismo la sala con discreción.

Como el resto de piezas que componían la subasta no presentaban interés para la galería, Julia dejó también la sala mientras el *speaker*, cada vez más sudoroso, intentaba restablecer el orden e iniciaba la perorata ensayada con la que pretendía convencer a los restantes compradores de la valía indudable del cuadro que representaba la lámpara de gas perfecta.

Cuando se dirigía a la salida de la sala, Julia pasó cerca de donde había estado sentada la dama misteriosa y notó, efectivamente, un hedor a pescado en descomposición, un terrible olor que venía a confirmar el motivo del abandono masivo de esa zona.

Sin proponérselo, otra imagen acudió a su mente: el agua estancada y oleosa que había en los rincones de las rías, donde jugaba de pequeña aguardando el regreso de los barcos de pesca, mientras el atardecer teñía el cielo de rojo y oro. Vestida de azul y blanco, la chiquilla inocente había estado jugando y buscando en las rías, buscando algo que nunca llegó a encontrar, simplemente porque no sabía qué era. Había aprendido a respetar el hedor a muerte del océano desmembrado y cautivo durante la marea baja, que se renovaba con brío impetuoso en cada ciclo lunar.

La pequeña Julia había esperado la vuelta de la marea casi con más ansiedad que el retorno de los barcos. La llegada espumosa había sido siempre liberadora, disipando el aire acre con cada nuevo avance y devolviendo la vida a los mustios recovecos de las ensenadas. Ése era el momento mágico, el instante en que los dos mundos, el muerto y el renacido, volvían a unirse. Y el olor resultante se parecía mucho al que la extraña compradora había dejado en esa parte de la sala.

¡*Bang!* De nuevo, el martillazo de adjudicación del cuadro de la lámpara la sobresaltó y la alejó de la extraña contemplación en la que se había sumido. Miró azorada a su alrededor, pero ninguno de los asistentes parecía haberse dado cuenta.

Inspiró profundamente y trató de concentrarse en su siguiente paso. Salió de la sala, se encaminó hacia la escalera y subió al segundo piso, donde estaba el despacho de uno de los encargados de los trámites de compra-venta de los objetos subastados.

—¡Julia Andrade! *For God's sake*, ¿qué está haciendo usted aquí, querida? —exclamó Keith Diggins, un caballero de edad indefinida con el sempiterno aspecto de estar a punto de jubilarse, al que Julia había tratado en alguna ocasión anterior—. ¿Ha venido a comprar en la subasta? Pase, pase, déjeme que le haga un hueco.

Después de vaciar apresuradamente una silla de su variopinto contenido y ayudarla a quitarse el abrigo, Keith se puso a trajinar con la inevitable *kettle*, quizá el electrodoméstico más importante en cualquier despacho inglés.

—¿Un té? —inquirió sin darse la vuelta.

—Sí, por favor —respondió Julia mientras echaba un vistazo a la habitación abarrotada, poco más que un cubículo, a pesar de la relativa importancia de su ocupante. Tenía dos de las cuatro paredes cubiertas con unos estupendos muebles archivadores de madera de nogal oscura y tirador de cobre, marcados con pequeñas etiquetas escritas con letra pulcra y menuda. Un árbol perchero, tres sillas de roble americano y una mesa de caoba repleta de legajos y carpetas completaban el mobiliario.

—¿Leche? —preguntó Keith sosteniendo lo que parecía un pequeño vaso etrusco. Julia siempre había sentido asombro al ver el poco respeto que los británicos sentían por otras culturas, pero aquél no era el momento ni el lugar adecuados para sacar a relucir un tema tan espinoso.

Negó con la cabeza y aguardó cortésmente a que Keith acabara de servirse.

—Necesito que me haga un favor, Keith.

—Estoy a su disposición, querida —replicó el hombre, sorbiendo el té casi religiosamente.

Julia inspiró profundamente y trató de hilvanar las ideas. Por una parte, Keith se merecía la honestidad que había demostrado con la galería, pero Julia sabía que lo que iba a pedirle estaba fuera de toda ética y, por supuesto, mucho más allá de las estrictas normas establecidas por los británicos. Sería un combate desigual, ya que conocía a Keith y sabía que una mujer en apuros era demasiado para un antiguo soldado de Su Majestad. Finalmente, se decidió por abordar la cuestión de frente, sin tapujos.

—Necesito conocer el paradero de un cuadro que no ha salido a subasta esta tarde —dijo sin apartar sus ojos de los de Keith.

—Por supuesto, querida —respondió éste dando un nuevo sorbo a su té—. ¿De qué obra se trata?

Julia sacó el catálogo del maletín y se lo tendió a través de la mesa.

—Se trata del número cuarenta y cinco, *Retrato de una dama*.

—¡Ah! Ese cuadro —rezongó Keith devolviéndole el catálogo sin abrirlo siquiera.

Julia se envaró ante la inesperada reacción del encargado.

—¿Ocurre algo con él? —preguntó ansiosa.

Keith se echó hacia atrás en el asiento y sorbió despacio el té. Parecía reacio a contestar y miraba a Julia por encima de la taza con expresión vacía.

—No —contestó finalmente, con cierta desgana—, pero hacía tiempo que un cuadro no me disgustaba tanto. Y todavía no sé por qué —añadió tras una pausa.

Aquello cogió a Julia por sorpresa. «Mal fario», pensó preocupada. Desde luego no parecía un buen augurio el hecho de que el encargado de compras de una sala de subastas confesara que una pintura no era en absoluto de su agrado. Podía ser el

inicio de un efecto dominó: si la obra ya no gustaba al subastador, ¿qué podía esperar del público?

—¿Quién es el vendedor del cuadro? —inquirió Julia con tono inocente.

Hubo un instante de silencio en el despacho, turbado únicamente por el lejano rumor del tráfico londinense. Keith apartó finalmente la mirada y la posó en los archivadores. «¡Tang! ¡Tang! Y en la esquina izquierda —fantaseó Julia—, Keith Diggins, ochenta kilos. En la derecha, Julia Andrade, sesenta kilos.» El combate iba a empezar.

—*I'm truly sorry, darling* —respondió con una sonrisa de disculpa y el cerrado acento que le caracterizaba como un *londoneer* de pura cepa—, pero ya sabe que la integridad y la confidencialidad de Solsbury's están por encima de todo. No puedo pasar por alto las normas del juego. Sería poco ético, ¿no le parece?

«Primer asalto. ¡Tang!»

—Pero se ha retirado el cuadro —se defendió Julia, intentando ahora que su sonrisa mostrara una calidez extraordinaria y usando el tono que empleaba en Barcelona con los perros y los clientes recalcitrantes—, ni siquiera sé si ha sido comprado o se ha devuelto al vendedor. Mi jefe querrá conocer algún detalle más de la operación, y eso no le compromete en absoluto.

—Julia —respondió Keith con tono firme y una arruga de preocupación surcándole el rostro—. Creo que no hace falta que le recuerde que esa información es privilegio de la sala, que se reserva el derecho de volver a sacar el artículo...

—... cuando a la empresa le convenga más —terminó Julia. Suspiró para sus adentros. No iba a dejar que el estricto decálogo de normas de Solsbury's llegara a ser un obstáculo—. Sí, ya lo sé, pero la verdad es —«Segundo asalto. ¡Tang!»— que Albert Miràs, mi jefe, está un poco molesto conmigo y me ha conminado a que este lienzo esté en la galería cueste lo que cueste. Keith, créame que he acudido a usted como último recurso...

Julia acompañó la última frase con una mirada trémula y un tono de voz angustiado que había ensayado durante horas frente al espejo. Era el arma definitiva y raras veces fallaba. Esa vez tampoco lo hizo. Julia vio cómo se suavizaba la expresión del viejo experto y supo que había ganado. «¡Tang! ¡Tang! Final del combate.»

Con un suspiro de resignación no exento de cierto paternalismo arrogante, Keith se puso a buscar en un archivador, extrajo un documento grapado a una factura y se ajustó las gafas que le colgaban de un cordoncillo. Su cara adoptó la expresión de esfuerzo con la que se identifica con facilidad a los prósbitas.

—A ver —dijo hojeando los documentos—. El cuadro ha sido comprado por un particular que igualó el *take-it price, my dear*.

Es decir, que algún comprador había pujado con anterioridad a la subasta y había

llegado a la cantidad que fijaba el vendedor y que, de ser pagada, adjudicaba de manera automática el objeto sin necesidad de pujar por él. Si no fuera porque nadie conocía el interés de Julia por el cuadro, las sospechas habrían recaído de inmediato sobre el *tiburón* Stavros.

—Pero el precio no figuraba en la lista —dijo con tono recriminatorio—. De haberlo visto, yo también habría pagado ese montante.

—Lo sé —repuso Keith quitándose los anteojos—, pero, por alguna razón que desconozco no se informó al resto de compradores del cambio.

—Supongo que no hay ninguna posibilidad de decirme quién es el comprador, ¿verdad?

—Lo siento mucho, querida Julia, pero no puedo hacer nada más al respecto —replicó Keith con voz apesadumbrada mientras volvía a meter los documentos en su sitio.

La frase venía a decir con claridad diáfana que la conversación había terminado y que por su parte consideraba el asunto zanjado. Derrotada, pero con la dignidad suficiente para no mostrarlo, Julia siguió porfiando con el viejo empleado.

—Vamos, Keith —imploró con tono lastimero—, debe haber algo que pueda hacer por mí. Sabe que somos buenos clientes y podríamos tener tratos en breve si me echa una mano con este asunto. Podría dejar la carpeta abierta encima de la mesa y salir un momento a beber agua o algo parecido. No sería culpa suya, ¿verdad?

El aludido se la quedó mirando de hito en hito. Había una expresión de decepción en sus ojos nublados, pero volvió a meter la mano en el archivador. Julia esperó con expectación pero lo único que salió fue una foto a color del esquivo cuadro. Cuando volvió a hablar, el tono de Keith se había endurecido.

—Julia, créame que lo siento, pero esto es lo único que estoy autorizado a entregar a un posible comprador —le dijo alargándole la fotografía—. Y si me disculpa —añadió levantándose del asiento—, he de atender otros asuntos.

Julia se encontró un minuto más tarde en el pasillo, con la foto en la mano y una creciente sensación de humillación. Se apoyó en la jamba de la puerta y lanzó un profundo suspiro. «Maldición», pensó contrariada. Aquello iba de mal en peor. Había sobrepasado los límites y probablemente había perdido un aliado importante para subastas posteriores. Si algo no podían soportar los ingleses era el soborno al descubierto que era tradición secular entre los españoles. No era que los ingleses no se dejaran comprar, sino que la tradicional caballerosidad británica imponía unas sutiles reglas de juego que la impaciencia de Julia había obviado. Aquel desliz, de saberse, le iba a costar otra bronca épica con Albert.

Volvió al hotel con la cabeza gacha y notando cómo se le iban arremolinando los humores en el cuerpo. Julia Andrade no aceptaba la derrota de buen grado. Era una luchadora nata, la mayoría de las veces defendiendo causas perdidas que sólo le

ocasionaban problemas. Pero formaba parte de su naturaleza, igual que el escorpión que hinca el aguijón en la rana que le transporta por un río, aun sabiendo que se está condenando a muerte.

Pasó el resto de la tarde acodada en el alféizar de la ventana pensando en la manera de enterarse del nombre del comprador. Al caer la noche, bajó al bar del hotel y se subió un sándwich a la habitación. No tenía apetito y la cabeza le dolía de tanto darle vueltas al asunto. Al final, cansada de pasear por la habitación como una leona enjaulada, se tomó un somnífero y se echó vestida encima de la cama.

Esa noche se despertó cuatro o cinco veces, incómoda y sudorosa, y se fue quitando prendas hasta que se quedó desnuda sobre la cama. La cabeza le dolía un poco más cada vez que abría los ojos, y los pensamientos se le agolpaban, mezclándose con imágenes fantasmales de la dama pintada que ahora le sonreía burlona y tan enigmática como la Mona Lisa.

Justo cuando estaba amaneciendo, agotada, se sumió en un sueño nervioso y febril del que salió cuando faltaban pocos minutos para el mediodía. Despertó con la imagen de un Keith de cartón que con un índice levantado se balanceaba a un lado y a otro como un tentetieso ridículo, mostrando una sonrisa bobalicona mientras su cuerpo rechoncho impedía el paso hacia una muralla de archivadores que llenaba el horizonte.

Ni la generosa ducha ni el copioso desayuno tardío sirvieron para tranquilizarla. Tenía el ánimo alterado y decidió caminar sin rumbo por las frías calles de la ciudad. Cuando por fin miró a su alrededor, casi no le sorprendió hallarse frente al edificio de subastas.

Sabía que no podía volver a entrar allí sin una buena razón, así que decidió rodearlo y salir de nuevo al río Támesis. Una sombra en el suelo del callejón lateral le hizo levantar la cabeza: su mirada tropezó con la estructura de hierro que formaba la escalera de incendios que conducía hasta el tejado del edificio.

La mente fotográfica de Julia repasó la conversación mantenida la tarde pasada con Keith y vio la única ventana provista de falleba que permitía la entrada de luz en la diminuta habitación y la sombra de la escalera exterior.

Una idea loca fue tomando cada vez más consistencia en su cabeza. Todo parecía encajar. Volvió apresuradamente al hotel, oyendo en su mente al ángel bueno y al diablo tentador, cada uno tratando de despejar las dudas que el otro había planteado.

En la privacidad de su habitación, Julia se sentó frente a la ventana y se sirvió uno de los botellines que contenía la pequeña pero bien abastecida nevera que había bajo el televisor. La vista del hermoso cementerio de Brompton y la patada que le dio el *scotch* en el estómago la tranquilizaron lo suficiente para analizar la descabellada idea que se le había ocurrido.

Aparte de algunos trapicheos inocentes y un único e inevitable soborno —al

menos es lo que ella quería creer—, Julia no había infringido nunca la ley. Ser descubierta entrando a escondidas en el despacho de Solsbury's para ver quién era el comprador le supondría no sólo unos meses de prisión, sino el final definitivo de su incipiente carrera en el mundo del arte. Pero la llamada del cuadro empezaba a ejercer su malsana influencia y, finalmente, Julia y su amigo escocés Glenlivet acabaron por considerar que valía la pena intentarlo a pesar de todo.

Pasó el resto del día afanándose en revisar los detalles del plan y proveyéndose con discreción paranoica de algunos elementos que probablemente la ayudarían. No pudo comer ni un bocado, febril, excitada, con las manos trémulas y los nervios a flor de piel. Fue tal vez el día más largo de toda su vida, esperando con angustia la llegada de la invisibilidad que le iba a proporcionar la oscuridad de la noche.

Por fin, y tras haberse tomado la mitad de otro botellín para disminuir la ansiedad y aplacar los últimos gritos desesperados de su conciencia, Julia se internó en el callejón mal iluminado que conducía a la parte lateral de Solsbury's, donde se erigía la escalera de incendios, oscura y mojada por la niebla que empezaba a reptar por las calles cercanas al río.

Se agazapó entre dos contenedores y esperó allí durante diez minutos, masajeándose las manos enfundadas en guantes de piel con nerviosismo, sólo para asegurarse de que no había guardias o sorpresas de última hora. Solsbury's era una empresa pequeña y no disponía de demasiados sistemas de seguridad, y éstos estaban concentrados en la parte posterior, donde se hallaban los accesos a las cámaras acorazadas con los innumerables objetos que se subastaban. Tras la espera y un poco más tranquila, descolgó la escalera del soporte basculante con el menor ruido posible y empezó a subir por ella hasta el segundo piso.

Con el haz de una minúscula linterna, tamizado por el celofán rojo de uno de los caramelos que el personal del hotel colocaba cada noche en su almohada, comprobó que la habitación era la correcta y que estaba vacía. Satisfecha, sacó una delgada lámina de acero de una pequeña mochila, la placa de características técnicas que había desmontado del aparato calefactor de la habitación del hotel.

Introdujo con sumo cuidado la lámina por el resquicio de la ventana y la desplazó a lo largo de la rendija a modo de palanca. Tras un breve forcejeo, notó —y oyó— cómo saltaba la falleba y se abría la ventana. Tuvo que detenerse para recobrar el aliento contenido y sosegar su alocado corazón, que parecía capaz de alertar por sí solo a toda la Guardia Real de Buckingham Palace. Un minuto más tarde, empujó con suavidad la ventana y miró el interior oscuro. Después, y tras lanzar una cuidadosa ojeada a los edificios colindantes y cerciorarse en la medida de lo posible de que nadie la había visto, pasó las piernas por el alféizar y se dejó caer en silencio sobre la moqueta de la habitación.

Tras ajustar de nuevo la ventana y aguardar otro minuto completamente inmóvil

con todos los sentidos alerta, se incorporó y fue hasta el archivador donde Keith había guardado el dossier del cuadro. Bendiciendo a los ingleses por la —un tanto absurda— confianza en la humanidad y pidiendo mentalmente perdón al funcionario, abrió el cajón y buscó la carpeta.

Ésta contenía la documentación relativa a la transacción inicial, a la operación de compra que había cancelado la subasta del cuadro y otra excelente fotografía de gran tamaño de la obra.

Tras un instante de duda, Julia cogió la foto, la enrolló con sumo cuidado y la introdujo en uno de los tubos de cartón que halló en la papelera y que, a juzgar por su olor, había contenido algún documento un tanto enmohecido. Después, sustituyó los papeles de la carpeta por otros parecidos que sacó de otras carpetas contiguas. Los originales fueron a parar a la mochila. Confiaba en que si alguna vez se volvían a examinar, cosa poco probable dado el tipo de transacción realizada, se considerarían traspapelados por error y además, con toda probabilidad, dado lo puntilloso que era Keith y el carácter metódico de Solsbury's, habría una copia en algún lugar. Finalmente, y tras disimular las huellas que los zapatos mojados habían dejado bajo el alféizar, esparciéndolas con el pañuelo para que se secaran antes, salió por la ventana, la ajustó tan bien como pudo, descendió la escalera de incendios y emprendió el camino de vuelta al hotel.

El tramo final fue un auténtico calvario, pues las piernas le temblaban y sentía cómo la adrenalina estaba empezando a desaparecer para ser sustituida por el miedo y el remordimiento. Evitó cuidadosamente mirar a las personas con las que se cruzó por temor a que sus ojos traicionaran el estado de nervios en el que se hallaba. Estaba segura de que había un gran neón luminoso en forma de flecha con la palabra *Ladrona* escrita en letras mayúsculas apuntando a su cabeza, como en los dibujos animados de Tex Avery.

Haciendo acopio de su última reserva de energía, Julia se desvió y se metió en otro callejón cercano al hotel. Se quitó con rapidez los pantalones oscuros que llevaba, los sustituyó por una falda larga, elegante y algo arrugada que llevaba en la mochila, se puso un extravagante collar y una pulsera de plata antigua, se soltó el pelo y se dirigió con paso seguro hasta la recepción del hotel. Allí recogió con toda la dignidad que le fue posible la llave de manos de un soñoliento recepcionista y huyó a su habitación.

A pesar de todas las precauciones, Julia no llegó a ver a la figura vestida con un gabán de cuero negro que se deslizó tras ella como una sombra cuando salió del callejón y se quedó observando con una media sonrisa el cambio de vestuario.

—Una chica lista —murmuró la figura, antes de fundirse otra vez con las sombras neblinosas de la noche.

Halifax, octubre de 1949

Estimado señor G.

Me alegra sobremanera ver el entusiasmo con el que está llevando a cabo las investigaciones, sentimiento potenciado, sin duda alguna, por el magnífico resultado obtenido en las últimas operaciones. ¡Qué débiles criaturas son los humanos! ¡Qué fácil resulta llenar su corazón de miedo y manejar sus emociones a nuestro antojo!

Ahora debe usted buscar las claves necesarias para quebrar los conjuros de forma definitiva. Como ya le comenté, el desastre de 1928 acabó con buena parte de nuestra biblioteca, y estamos obligados a recuperar la mayor parte de lo que tuvimos.

Esos manuscritos son de extremada importancia para nuestro plan, puesto que lo que hay escrito en ellos constituye, como verá cuando los encuentre, la piedra angular sobre la cual se sustentan nuestras esperanzas.

*Con la fe puesta en el Despertar del Dios Dormido,
Afectuosamente,*

W.T.M.

Capítulo III

Algo sacó a la pequeña Julia de su sueño. Desde la planta baja del caserío grande y húmedo le llegaba un rumor que no conseguía identificar, algo semejante al ruido que haría un grifo obturado, de esos que emiten misteriosos sonidos huecos y que barbotean antes de escupir finalmente ráfagas de agua que parecen toses. También oía las voces de sus padres; inquisidora y firme la de él, alarmada y con un cierto tono asustado la de ella.

Con la inquietud que la caracterizaba, saltó de la cama, se acercó con sigilo hasta la escalera de piedra que comunicaba las dos plantas y atisbó con cuidado por el hueco. En ocasiones anteriores había espiado de esa manera las fiestas que celebraban sus padres con otros familiares o amigos, algunos, decían, llegados desde muy lejos sólo para visitarlos.

Pero esta vez la escena que presencié fue mucho más inquietante. Su madre estaba sentada en el diván con una postura un tanto rígida y se retorció con fuerza las manos en el regazo. La luz de la gran lámpara del techo le iluminaba la cara, pálida y azorada. A su padre sólo le veía de espaldas, hablando en voz baja con alguien que quedaba fuera de su campo de visión. Entonces notó el extraño olor que emanaba de la planta baja, un hedor intenso a podredumbre parecido al que había a veces en algunos rincones sucios del muelle del puerto de pescadores.

Pero lo más inquietante sucedió cuando su padre se giró con un extraño objeto en las manos, una especie de símbolo que relucía con el color del oro y que alzó hacia la luz de la lámpara para apreciarlo mejor. Fue entonces cuando su padre la descubrió, agazapada en lo alto de la escalera, con los ojos muy abiertos.

Una expresión de desconcierto apareció en su cara. Su madre también se volvió hacia ella y se tapó la boca con una mano mientras sus ojos se abrían con expresión horrorizada. Julia se quedó allí, quieta y sin saber qué hacer, como un animal al que de pronto deslumbran con un potente foco de luz.

La última imagen que tenía de esa extraña noche era la de una figura corpulenta, que no conseguía recordar del todo, que se acercó hasta el pie de la escalera y alzó una mano hacia ella mientras volvía a oírse la extraña voz gutural y líquida. Lo único que recordaba era la visión fugaz de unos ojos muy grandes y abiertos y una mano que tenía mucha piel entre los dedos, como las que había visto en las ilustraciones de un cuento de sirenas. Lo que también la sorprendió fue que la figura parecía gotear agua, pero aquella noche no llovía...

La luz de la mañana la encontró en el suelo de la habitación todavía vestida. Los músculos agarrotados y el fuerte dolor en un lado de la cabeza le confirmaron que, con toda probabilidad, se había desmayado nada más cerrar la puerta. Julia se incorporó con una mueca de dolor y miró su reloj: estaba amaneciendo. Con manos trémulas, se despojó de la ropa y se dio una larga ducha caliente, se vistió con ropa limpia y bajó a desayunar. Después volvió a subir a la habitación, colocó el cartel de «*Do Not Disturb*» en el pomo de la puerta, se desplomó sobre la cama y se quedó dormida casi de inmediato.

Tres horas más tarde, sintiéndose mucho mejor, salió del hotel y entró en uno de los muchos pubs que jalonaban la calle. A pesar de lo que opinaba la mayoría de los turistas españoles sobre la comida inglesa, Julia había descubierto que lo que los nativos denominaban *pub grub* o engrudo de bar era en realidad lo mejor de la gastronomía anglosajona, sobre todo si se acompañaba con las deliciosas cervezas oscuras que complementaban de manera perfecta la consistente y aromática comida casera.

Cuando volvió a su habitación, Julia se sintió lo suficientemente tranquila para examinar la información obtenida en su incursión nocturna y que hasta entonces había ignorado con toda intención. Tras alisar un poco la colcha de la cama, abrió la mochila y desparramó su contenido metódicamente y con un cierto orgullo de cazadora: documentos a un lado, facturas y recibos al otro y la fotografía en el centro. La foto fue la primera cosa que examinó.

De gran calidad, ofrecía muchos más detalles que la fotocopia a color que había obtenido de Keith y confirmaba la excelente técnica de la pintora, a la vez que dejaba bien claro su extraordinario estado mental, ya que la meticulosidad con la que estaban pintados los encajes sólo podía ser la obra de un genio o de un perturbado. Sin pretenderlo, Julia se encontró mirando los documentos de Solsbury's, aunque todavía no había terminado de examinar ni el broche ni la expresión de la mujer de la pintura. El nombre del vendedor no aparecía en la documentación, pero sí el intermediario, una pequeña galería de arte de Viena llamada Kunsthandel.

Volvió a contemplar el cuadro y admiró las delicadas y a la par extrañas facciones de la dama y de nuevo, sin proponérselo, se encontró mirando la documentación que lo acompañaba. Esta vez, descubrió que el óleo ni siquiera había llegado a los locales de Solsbury's, sino que se había quedado en Viena, ya que la compra se había realizado semanas antes de la fecha de la subasta pero, al parecer, después de haber impreso y enviado los catálogos a los clientes.

Volvió a mirar la fotografía por tercera vez y de nuevo se encontró contemplando las facturas, que cubrían los trámites iniciales y los gastos de representación, todo ello gestionado por la galería vienesa. El precio de venta y la identidad del comprador no aparecían por ningún lado.

Con un suspiro de resignación, recogió la documentación y la dejó sobre la mesilla, dejando sobre la cama únicamente la fotografía. Era hora de examinar a fondo el cuadro y sopesar si valía la pena continuar indagando sobre su paradero o por el contrario dedicar sus esfuerzos —y el dinero de Albert— a otros menesteres.

Pero por alguna razón, Julia no conseguía fijar la vista en la fotografía. Una y otra vez, sus ojos acababan posándose en los bordes de la imagen o en la colcha de la cama, como si una película invisible de aceite hiciera resbalar su mirada hasta apartarla de la imagen. Por mucho que lo intentó, no fue capaz de mirar a la extraña dama más que unos breves instantes, y terminó por claudicar al sentir que la invadía un vértigo que la obligó a tenderse sobre la cama.

«No he dormido lo suficiente —se dijo Julia para sus adentros, contemplando el techo desnudo de la habitación—, los nervios de anoche me están jugando una mala pasada.»

De pronto, recordó que el maletín de viaje contenía la fotografía impresa en Barcelona y, siguiendo un impulso inexplicable, se levantó para cogerla y cotejarla con las obtenidas en el despacho de Solsbury's.

La confirmación de que el cuadro era algo más de lo que parecía a simple vista la tuvo al comprobar, con cierto sobresalto, que si bien podía contemplar hasta saciarse la foto impresa y la fotocopia, era imposible fijar la vista en la otra durante más de un instante. Julia examinó la extraña imagen por detrás, esperando hallar alguna respuesta. Papel fotográfico de alta calidad Kodak con el marchamo que demostraba que se había tomado para Solsbury's. Todo normal.

Desconcertada y francamente intrigada, decidió acercarse hasta un *work centre* al que había ido alguna vez cuando hacía un posgrado de Bellas Artes. Disponía de cubículos individuales con ordenador, impresora y escáner. Allí podría someter a la extraña foto a algunas pruebas que tal vez aclararían el inquietante efecto.

En un santiamén metió las fotografías y los documentos en el maletín, se abrigó y, tras un corto desplazamiento en metro y una espera aún más corta en la tienda de informática, Julia se instaló en el lugar que le asignaron y colocó la fotografía de Solsbury's en el escáner. Instantes después, una imagen de alta definición en color aparecía en la pantalla del ordenador. Tras comprobar con alivio que podía mirarla todo el tiempo que quisiera sin notar ningún efecto extraño, traspasó la imagen a un programa de retoque fotográfico que solía usar para confeccionar los folletos y prospectos de la galería.

Un primer análisis cromático le mostró que, a pesar de que en el cuadro dominaban las tonalidades ocres, la componente más pronunciada del espectro estaba en la gama de azules, lo que no dejaba de ser bastante chocante, ya que, a simple vista, lo único azul de la fotografía eran los detalles del broche. Julia recordó haber leído unos meses atrás el hallazgo de una pintura inédita de Johan van Groot que

había sido cubierta por otro pintor escaso de telas —y de juicio—. Un estudiante holandés de arte la había descubierto al realizar un espectrograma sobre la pintura.

Julia fue alterando los parámetros del programa para conseguir una separación de tonos y obtuvo, al cabo de unos instantes, la prueba definitiva y el principio del horror.

Aunque las capas amarilla y magenta mostraban imágenes idénticas de la hermética dama, lo que se veía en la capa cian parecía salido de las peores pesadillas pintadas por El Bosco. Mostraba a un ser antropomorfo de ojos saltones enormes y boca demasiado ancha y plana, de labios monstruosamente gruesos, sin cuello y sin hombros, con una especie de pinzas palmeadas donde debían estar las manos, y un torso rugoso y lleno de pliegues horribles que parecían agallas.

Julia no pudo contenerse y dio un ruidoso respingo cuando se dio cuenta de que la mezcla de la dama de mirada fija y el horrendo cuerpo deforme daban como resultado algo que recordaba *demasiado* a la mujer que había protagonizado la extraña migración de clientes de la sala de subastas. Bruscamente consciente de las miradas curiosas que había atraído con su exclamación, bloqueó el ordenador con una contraseña, apagó la pantalla y se dirigió con paso un poco vacilante hasta la máquina expendedora de bebidas que había en un rincón.

Tras servirse un café caliente y obligarse a beberlo sorbo a sorbo, sujetando el vaso con manos temblorosas, intentó serenarse y hallar una explicación coherente. Tenía que haber un nexo que justificara la presencia de la terrible imagen debajo del hermoso retrato y la aparición de una mujer en la subasta que se le pareciera tanto. El calor del café le dio ánimos para volver a la mesa, encender de nuevo la pantalla y contemplar con cierto distanciamiento la extraña imagen que seguía allí, desafiándola con su deformidad y sus detalles malsanos.

La primera explicación que acudió a su mente fue que la pintora había aprovechado un lienzo anterior, algo corriente entre pintores pobres o que usaban de nuevo los lienzos rechazados. Sin embargo, la teoría se desmoronaba por dos motivos. El primero era que normalmente se aplicaba una capa de pintura blanca antes de volver a pintar encima, cosa que en aquel cuadro parecía no existir. El segundo motivo era que la precisión con que la figura humana estaba superpuesta a la otra demostraba bien a las claras la intención de ocultarla. La ausencia de cuello y de hombros, la diadema, la posición poco natural de los brazos o el volumen innecesario del vestido eran ahora detalles reveladores de un plan muy bien concebido.

Otra posible explicación, bastante más esotérica y acorde con el estado mental de la pintora, era que Úte, en su delirio, se viera a sí misma como un ser deforme y monstruoso, y la obra fuera un autorretrato que, más tarde, tal vez a instancias de algún amigo, tratara de camuflar con el magnífico retrato de la noble dama.

Julia sacudió la cabeza con perplejidad. El increíble parecido de la horrenda

figura con la mujer de la subasta no tenía ninguna explicación por el momento. Quizá sólo había sido un caprichoso juego de luces y sombras propiciado por la iluminación de la sala y la anticipación con la que Julia había estado esperando el cuadro.

Lo que sí parecía seguro era que el lienzo pertenecía al último período de la artista y que su valor estaba bastante por encima del sugerido por Solsbury's. En cuanto al extraño efecto que causaba, tampoco era la primera vez que se encontraba con un cuadro diseñado para provocar una reacción en el espectador. La historia del arte estaba llena de obras con imágenes disimuladas, ocultas o patrones de líneas que provocaban vértigos.

Igual que cuando vio el cuadro por primera vez, sus alarmados sentidos, que ya estaban tañendo campanas de alarma, fueron sofocados por las posibilidades de lucro y gloria que prometía el descubrimiento.

Ése fue su segundo error.

Julia imprimió copias del cuadro en varios formatos y clases de papel, incluyendo las tres capas de color en papel para transparencia a máxima definición. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todavía no había examinado otra de las partes del cuadro que podía arrojar alguna luz sobre el misterio: el broche. Tras centrar el *zoom* sobre la joya, hizo una ampliación a gran escala. El broche tenía el mismo nivel increíble de detalle que el resto del cuadro. Parecía estar hecho de filigrana de oro y gemas azules —tal vez aguamarinas— formando un intrincado diseño que pocos orfebres podrían haber realizado. Julia se preguntó si la joya sería real o tan sólo producto de la imaginación de la pintora enajenada. Tendría que investigarlo, ya que podría aportar muchos más datos sobre la figura representada.

A continuación se fijó en la parte exterior del broche, donde se apreciaban unas marcas más oscuras y difuminadas que desentonaban con el resto de la joya. Unos ajustes más del programa fueron suficientes para revelar otro misterio aún mayor. Al digitalizar una vez más la imagen y aplicarle una serie de filtros para mejorarla, se vio contemplando, boquiabierto, unos curiosos signos jeroglíficos que habían sido pintados con la astucia y la técnica de un maestro renacentista. Rodeaban las gemas y formaban grupos muy parecidos a palabras, y sus formas recordaban los signos cuneiformes de culturas casi prehistóricas.

Tras un rápido cálculo mental, Julia no pudo por menos que maravillarse ante el hecho de que en el cuadro original los símbolos no medirían más de cinco milímetros de altura, otro detalle más que confirmaba el increíble grado de obsesión enfermiza que Ûte Firsch-Pieke había alcanzado.

Mientras recogía todo el material impreso y se preparaba para irse, se preguntó si los símbolos serían simplemente trazos carentes de sentido, propios de una persona demente o, por el contrario, contendrían algún mensaje secreto que Ûte había intentado transmitir, emulando a algunos pintores flamencos que habían ocultado en

sus obras advertencias y algún que otro secreto de Estado.

Una vez en la habitación del hotel, con la mente bullendo de incógnitas y misterios arcaicos, Julia se dio cuenta de que estaba empezando a obsesionarse con el lienzo —del que tan sólo había visto una fotografía, que podía haber sido simplemente manipulada por algún gracioso—, y que, de seguir por ese camino, no tardaría en caer a su vez bajo su malsano influjo. Pero eran tantas las preguntas y tan apasionante el tema que lo único que pudo hacer fue volver a examinar las últimas impresiones y plantearse nuevas cuestiones a resolver.

Lo primero era averiguar el paradero del cuadro, lo que significaba un viaje hasta la galería vienesa con la esperanza de que una vez allí pudieran —y quisieran— facilitarle el nombre del comprador. Lo segundo era intentar comprobar si los misteriosos signos eran en realidad un mensaje o un fraude.

Mientras recogía todo lo que había desparramado sobre la cama, Julia se sintió de pronto completamente agotada y casi no tuvo fuerzas para desvestirse y deslizarse entre las sábanas antes de quedarse profundamente dormida.

—Estoy dentro —anunció una de las dos personas que ocupaban el todoterreno negro aparcado frente al establecimiento de informática, ahora cerrado.

El ordenador portátil que sostenía en su regazo emitió una serie de tonos y en la pantalla apareció un listado de archivos.

—Busca en la memoria *caché* de la impresora —sugirió el conductor—, creo que nuestra amiga imprimió varias cosas.

La mujer tecleó un poco más y en la pantalla comenzaron a aparecer las imágenes de lo que había impreso Julia.

—Dios mío —exclamó la mujer, mostrándoselo al otro.

Con un chirrido de neumáticos, el vehículo salió de su aparcamiento y desapareció zigzagueando entre el tráfico nocturno de Londres.

Era uno de sus lugares preferidos para pasear. Una pequeña oquedad en una roca que los del lugar conocían como El Sombrero de la Meiga. Desde allí se dominaba un gran trozo de la costa abrupta sobre la que habían construido la casa que se alzaba desafiando a los vientos del Atlántico. La llamaban la Casa que Silbaba, y era una de las pocas —tal vez la única— que tenía un refuerzo de cables de acero que sujetaban las cuatro esquinas de la casa a modo de tirante. Su padre había hecho montar este sistema tras un viaje que hizo a Irlanda. Dijo que allí casi todas las casas de pescadores lo tenían. Cuando soplaban el viento, la casa se ponía a silbar una melodía despreocupada, con la que la joven Julia jugaba a reconocer tonadas y palabras que el viento le traía de lugares recónditos.

Vio cómo se aproximaba una figura cubierta por un manto oscuro con ribete

azul. Curiosa por saber quién era, trató de discernir los rasgos del rostro, pero el sol, ya bajo, llenaba de sombra el enorme capuchón y lo ocultaba por completo.

La invadió un cierto desasosiego. Tal vez fueran los extraños andares de la figura embozada, tal vez el súbito olor o la inusitada velocidad con la que el sol se estaba poniendo en el horizonte. Quiso irse, pero parecía soldada a la roca en la que estaba sentada. Forcejeó para levantarse, pero no podía. Sólo podía mirar con horror creciente la aproximación de la extraña figura, a la que el viento hacía ondear la túnica con furia. Al llegar a su altura se quedó inmóvil, mientras en los oídos de la aterrada Julia la canción del viento se trocaba en una melodía insidiosa, altisonante, parecida al croar de las ranas. Quiso gritar, quiso cerrar los ojos y apartar la horrenda visión, pero lo único que pudo hacer fue contemplar cómo una ráfaga de viento echaba hacia atrás la capucha para dejar al descubierto una cabeza atroz, la cabeza deformada de un pez, cuyos labios anormalmente gruesos no cesaban de moverse, como si musitaran. Y la horrenda aparición levantó una mano palmeada y salpicó la cara de Julia.

El grito la sacó por fin de la pesadilla. Se incorporó de golpe, con los ojos muy abiertos y el horrendo ser impreso en la retina. Notó que tenía la cara mojada, y el corazón le dio un vuelco. Saltó de la cama de un brinco y entonces se dio cuenta de que estaba empapada de sudor.

«Contrólate, por Dios», pensó, un tanto avergonzada, mientras se lamía los labios. Notó el sabor salado del sudor y se estremeció. Era *demasiado* parecido al que dejaba la espuma de mar de su niñez. Miró el reloj de pulsera que todavía llevaba puesto. Aún era muy temprano. Se enjuagó la cara y el cuerpo con una esponja mojada, saqueó un nuevo botellín de la mininevera y se volvió a meter en la cama. Nunca había tenido sueños tan vívidos, tan reales. O tal vez nunca había llegado a recordarlos.

Reconfortada por el alcohol, Julia se fue quedando dormida mientras las terribles imágenes se iban difuminando en una neblina.

Halifax, abril de 1960

Estimado señor G.

Comparto con usted la emoción que me describe en su anterior misiva. Hemos tardado trece años en descubrir por fin el paradero de la tumba sin lápida del monje. Como suponíamos, los estúpidos monjes no osaron destruir

ni el cuerpo ni los escritos que buscábamos.

Me preocupa el mal estado de los pergaminos, pero confío plenamente en sus habilidades para descifrar su contenido, que nos ha de conducir al lugar donde nos está esperando el Libro.

Si mi delicado estado de salud lo permitiera, no dude ni por un instante que ahora mismo estaría ahí, codo a codo con usted, trabajando para mayor Gloria de nuestro Dios. Pero me conformaré con saber que, gracias a su tesón, avanzamos con paso firme hacia la fecha prometida, el día en que nuestro Dios despertará para reinar una vez más sobre este mundo moribundo.

Leo con inquietud acerca de su dolencia cardíaca. Cuídese, amigo mío. Es usted demasiado valioso para nosotros.

*Con la fe puesta en el Despertar del Dios Dormido,
Afectuosamente,*

W.T.M.

Capítulo IV

Habían llegado hasta el lago de la Gañadoira siguiendo el trazado sinuoso de la estrecha carretera llena de baches y barro que intentaba seguir el curso del río Sor. El viaje había sido un suplicio para Julia, que iba dando botes en el asiento trasero del gran coche. Sus padres estaban demasiado absortos en la conducción y habían desoído las quejas de la niña. Los alarmantes ruidos de arcadas procedentes del asiento posterior sólo habían conseguido que su madre se girara una vez con expresión reprobatoria.

Al salir por fin del coche, Julia miró a su alrededor pero no vio ningún rincón bonito en esa descarnada parte de la sierra del Xistral. No sabía por qué habían decidido ir hasta el pequeño lago apartado y medio escondido entre la abundante vegetación, pero sus padres parecían muy excitados. Ambos se habían dirigido hacia la orilla de inmediato, buscando algo que al parecer debía estar por allí. Vio con gran sorpresa cómo se despojaban de la ropa con presteza y entraban desnudos en el agua cogidos de la mano. Curiosa y extrañada, se acercó también hasta la orilla y les vio nadar bien adentro, sonriendo y alejándose con rapidez. Un poco desilusionada, Julia se sentó sobre una roca y esperó, tirando pequeñas piedras planas y haciéndolas rebotar sobre el agua tranquila.

De pronto, al volver a mirar hacia el centro del lago, ya no los vio. Se irguió y oteó alarmada, pero nada turbaba la superficie.

—¿Mami? ¿Papi? —llamó con miedo. La única respuesta que obtuvo fue el sonido suave del agua lamiendo la orilla pedregosa. Repitió la llamada en un tono más apremiante y alto, ahora francamente asustada por la repentina desaparición. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos y el lago y sus alrededores se tornaban difusos.

Entonces oyó un rumor, como el croar de varias ranas que el agua traía hasta la orilla. Miró hacia el sonido y los vio emerger entre un surtidor de espuma blanca. Le pareció ver unas formas oscuras con ellos y que el extraño sonido crecía, y sus notas se le metían en la cabeza, convirtiéndose en una especie de música extraña que la envolvía llenándola de temor.

Pero sus padres salieron del agua, sonrientes y con sus cuerpos desnudos chorreando, todavía cogidos de la mano. Parecían tan felices que Julia olvidó los miedos y se unió a sus sonrisas. Ellos la cogieron en brazos y la llenaron de besos húmedos que la hicieron reír.

—Ha sido maravilloso, ranita —le dijo su padre, mientras la levantaba en vilo para alborozo de la niña—. Cuando seas mayor, tú también podrás venir a nadar aquí con todos nosotros.

Y Julia se sintió feliz, y el sonido rítmico, ahora casi un campanilleo cristalino, la meció como una canción de cuna.

La luz de la mañana gris que se filtraba a duras penas a través de la gruesa cortina fue suficiente para que Julia localizara el teléfono. El repiqueteo insistente y molesto la había sacado con brusquedad del sueño. Al otro lado de la línea, un Albert un tanto preocupado por la ausencia de noticias y agobiado por la inusual carga de trabajo que había recaído en él le preguntó cómo iban las cosas.

—Hay un pequeño problema —le respondió Julia, y le contó lo de la retirada del cuadro y su posterior localización, obviando el método que había empleado, así como los pormenores de los símbolos y la extraña imagen oculta.

—¿Austria? —inquirió Albert con el tono característico que indicaba que la calculadora de su cerebro estaba en marcha—. No se trata de un Picasso, Julia. ¿Crees que vale la pena seguirle la pista?

—Creo que sí, Albert —contestó Julia con tono firme—. Es un cuadro un tanto... eh... singular, y la galería necesita obras que puedan competir con las grandes firmas, de las que, desafortunadamente, no podemos exhibir nada. De todas formas, aprovecharé la ocasión para ver qué se cuece en Viena —añadió, sabiendo que a él le encantaba estar *à la page*, como decía.

Tras unos instantes de silencio, Albert accedió a financiar el viaje a Austria.

—Muy bien, Julia, pero no vuelvas sin ese maldito cuadro —le espetó Albert al final de la conversación, un tanto airado—. Para bien o para mal hemos invertido demasiado en esta operación, así que al menos quiero verlo.

Tras ducharse, vestirse y volver a colocar en la maleta las escasas pertenencias, Julia bajó a desayunar. Mientras devoraba el tradicional *cooked breakfast* succulento y copioso, fue hojeando el diario que el hotel ponía a disposición de los clientes. Su mirada se fijó en el anuncio de una nueva exposición de arte egipcio que iba a inaugurar el British Museum, y súbitamente supo quién podría descifrar el significado de los criptogramas.

El profesor Roderick Baxter, experto en lenguas muertas y culturas desaparecidas, jefe del Departamento de Culturas Antiguas del British Museum, no pareció demasiado impresionado por los curiosos jeroglíficos. Había sido el entusiasmo con que impartía clases magistrales en la Universidad de Oxford lo que había conseguido despertar el interés de Julia por el arte primitivo mientras cursaba una asignatura optativa de uno de sus posgrados. El ya por entonces maduro profesor había visitado lugares y hecho descubrimientos dignos de una película de aventuras de Hollywood. Disertaba con tal fervor acerca de culturas y civilizaciones perdidas que Julia se había sentido atraída de inmediato por el hombretón de barba cana cuidadosamente recortada y voz armoniosa. Más de una vez, la joven Julia había esperado a que se vaciara la clase para acercarse hasta el estrado y preguntar tímidamente algún detalle

que no había acabado de entender, aunque en el fondo sabía que lo que sentía podía ser clasificado por un psicólogo como un claro complejo de Electra. Su admiración por el profesor nunca había llegado a ninguna situación embarazosa, pero era uno de los recuerdos agradables de un período estudiantil durante el que había sufrido lo indecible, debido sobre todo a su entonces pobre dominio del idioma.

El profesor Baxter no reconoció a Julia cuando se presentó en el despacho del museo, pero en sus ojos se había reflejado por un momento la satisfacción y el orgullo casi paterno que sienten los profesores cuando algún ex alumno los visita al cabo de unos años.

Estaba situado en el ala oeste del enorme edificio, al final de un oscuro pasillo jalonado por estatuas de piedra, sarcófagos y otros artefactos que esperaban turno para ser admirados en alguna de las salas. El contenido del abarrotado despacho parecía desafiar la ley de la gravedad, y Julia tuvo que emplear toda su pericia para no desmoronar ninguna de las innumerables pilas de papeles, libros, papiros y otros documentos de diversa procedencia y antigüedad que casi ocultaban al reconocido erudito de historia antigua. El profesor, tras escuchar a Julia con la aparente indiferencia y cortesía propias de los británicos, echó un vistazo a la ampliación que ésta había hecho de los símbolos y emitió un par de pequeños gruñidos.

—Me atrevería a decir que no parecen ser cuneiformes como usted dice —sentenció tras una breve pausa—. A mí me parecen los garabatos de un niño pequeño.

—Pero, profesor, considerando de dónde han salido —replicó Julia con tono obstinado y ocultando la decepción que sentía—, ¿cree usted que una pintora demente capaz de pintar un retrato con una técnica tan extraordinaria se dedicaría a hacer un montón de líneas de cinco milímetros en un cuadro sin ningún propósito?

—Querida —dijo el profesor con un suspiro que denotaba cierta condescendencia mientras la miraba con intensidad por encima de los anteojos—, la mente humana sometida a presión es capaz de muchas cosas, y si, como usted dice, la artista estaba loca, sólo Dios sabe qué estaba pasando por su mente cuando hizo esto.

—Sí, ya lo sé, profesor, pero...

El profesor Baxter alzó una mano curtida por el tiempo y las excavaciones en mil lugares extraordinarios para cortar la indignada protesta de Julia. Se recostó en el asiento mientras se quitaba las gafas y se restregaba con suavidad los ojos de un color gris azulado.

—Mire, *miss Andrade* —dijo con un tono que no admitía réplica aunque conservaba cierta amabilidad—, no la voy a engañar. El tema no me parece demasiado interesante y cómo puede ver —dijo describiendo con el brazo un gesto semicircular que habría sido la envidia de más de un torero—, trabajo no me falta. Así que sólo puedo prometerle que haré unas cuantas consultas y llamaré a un par de colegas para tratar de averiguar algo más sobre los signos. Deme unas horas y tal vez

mañana tenga algún dato más que la pueda orientar. Pero ya le anuncio que para mí no existe demasiada correlación con ninguna lengua, ni viva ni muerta.

Julia se sintió como si le hubieran echado un jarro de agua fría. Se había imaginado que el profesor iba a saltar de emoción en su asiento y le iba a desvelar con voz entrecortada los secretos del universo. Pero la fría noticia la dejó en la calle poco después, desilusionada y sin saber muy bien qué hacer hasta el día siguiente.

«Al final —pensó haciendo una mueca de disgusto—, el cuadro va a resultar ser un fiasco.» *Retrato de una dama* llevaba camino de convertirse en la obra de una artista demente que había volcado todas sus fantasías y alucinaciones en un lienzo que ella había interpretado de forma errónea. Había caído en la trampa que había urdido su imaginación ansiosa de fama, igual que los seguidores de los fenómenos paranormales analizaban y extrapolaban cualquier estupidez hasta convertirla en algo fantástico y misterioso.

Julia se iba enfureciendo consigo misma mientras caminaba sin rumbo por las calles contiguas al museo. ¿Cómo había podido llegar a creer que un cuadro que había pasado por las manos de coleccionistas, galerías y museos durante más de cincuenta años podría contener todavía algún misterio? Arropándose, Julia alzó la vista, cruzó la calle y se metió en uno de los pubs que animaban a entrar a los transeúntes con sus atractivos letreros multicolores. Pidió una cerveza Murphy's y se sentó junto a una de las ventanas. Empezaba a caer una lluvia fina y se alegró de estar a cubierto. Se sentía bastante estúpida y lo único que la consolaba era el hecho de que el cuadro *era* bueno, un excelente trabajo pictórico que se vendería con rapidez y a muy buen precio. Si lo llegaba a encontrar.

Abrió el maletín y sacó la fotografía de Solsbury's. Como las otras veces, su mirada se posaba en la mesa, en el vaso de cerveza, en el suelo de madera bruñida por el paso de mil clientes, en cualquier parte excepto en la bella figura representada. A pesar suyo esbozó una sonrisa. Cuerda o loca de atar, la pintora merecía ser expuesta y valorada, y, de alguna forma, averiguaría el motivo del dichoso efecto óptico. Volvió a guardar la foto y cogió una ampliación de los símbolos, girándola lentamente mientras daba sorbos a la oscura cerveza. Tal vez el profesor tuviese razón y se tratara simplemente de trazos sin sentido, pero a Julia le parecía estar a punto de ver algo en los extraños conjuntos de puntos, rayas, círculos, cuadrados y triángulos que se agrupaban de forma tan poco casual.

Una sombra oscureció la ventana. Miró a través de ella y vio que uno de los típicos autobuses rojos de dos pisos se había parado frente al pub. En el lado se podía ver la propaganda del prestigioso diario *The Times*, que pregonaba con grandes titulares una más de las muchas estupideces que había cometido el gobierno británico en política exterior. Y, de repente, Julia recordó que había consultado la hemeroteca de los diarios españoles para buscar informaciones o artículos que hicieran referencia

a artistas y a su obra. No tenía nada que perder, excepto el tiempo, y no quería ofender al profesor Baxter evitando una cita que ya había perdido interés. Así que salió a la calle, y vio que había uno de los clásicos y enormes taxis de color negro parado en la esquina; se metió en él y dio la dirección del diario. El conductor, del que sólo acertó a ver el pelo, oscuro y rizado, se puso en marcha sin hacer ningún comentario.

Quince minutos más tarde estaba instalada cómodamente frente a la máquina de microfilmes de la hemeroteca, dispuesta a bucear en la historia para hallar alguna información adicional sobre Úte y su extraordinaria obra. Sin embargo, parecía que la pintora belga no había suscitado demasiado interés entre los británicos, al menos desde que se habían empezado a microfilmear los periódicos, unos años después de la segunda guerra mundial. Julia encontró los originales de algunas noticias que le había devuelto su búsqueda en Internet, ampliadas con más texto y con alguna imagen que no aportaba nada nuevo. Sintiendo que se le estaban agotando los últimos cartuchos, decidió cambiar de estrategia y buscó noticias que hicieran referencia a extraños símbolos o a culturas desconocidas. Sin embargo, los datos que consiguió añadieron más confusión al cada vez más inconexo asunto.

En uno de los muchos microfilmes que concordaban con los criterios de búsqueda que había establecido, Julia halló una imagen que en un principio consideró exactamente igual a los símbolos del cuadro. Lo primero que pensó fue que sus sospechas eran ciertas, que no había sido la primera persona en descubrir el secreto de la pintura, y la desilusión creció en su interior como una riada. Toda la excitación se esfumó al creer que su misterio era en realidad un hecho conocido y documentado. Pero tras leer la noticia, Julia se sintió si cabe más perdida y confundida que antes.

Fechaado en 1976, el artículo detallaba los descubrimientos realizados por un equipo de investigación, la Starfish Alliance, al otro lado del océano Atlántico, en una remota isla de Nueva Escocia llamada isla de Oak. La isla había sido famosa por albergar a conocidos piratas en el siglo XVI y, como es habitual en este tipo de historias, era el supuesto escondite de un fabuloso tesoro que éstos habrían ocultado antes de morir o ser capturados. La isla había sido examinada en varias ocasiones desde 1795 y había revelado poco o nada, aunque se había cobrado varias vidas y seguía desafiando todos los intentos de descifrar el misterio del tesoro. Se suponía que el hipotético botín debía reposar en el Pozo del Dinero, de origen y profundidad desconocidos, plagado de trampas y construido con ingenio diabólico, de que se llevaban excavados unos cincuenta metros y que había hecho inútiles todos los esfuerzos realizados para recuperar el tesoro.

Lo más extraño de la noticia era que en 1804 se había hallado una pequeña losa de piedra, a unos veintisiete metros de profundidad, que mostraba unos jeroglíficos idénticos en apariencia a los representados por Úte en el medallón.

Julia pestañeó varias veces, confusa. Al parecer, allí estaba la explicación de los símbolos. Úte debió de enterarse de la noticia del descubrimiento y su afición por el esoterismo le había llevado a incluir los símbolos herméticos en su retrato.

Otra oleada de decepción barrió la esperanza de Julia. El misterio del cuadro se estaba desmoronando a pasos agigantados. Pese a todo, habituada a seguir una pista hasta el final, siguió buscando más información. Las referencias cruzadas de la base de datos de la hemeroteca la condujeron a otros artículos, más oscuros y de poca relevancia. Algunos daban detalles de la isla de forma sucinta, otros describían las extrañas formaciones de rocas marcadas que había diseminadas y un par de ellos relataban la desaparición misteriosa de la losa de piedra en 1919. Todos añadían teorías sobre el tesoro que incluían al pirata Barbanegra, al capitán Kidd o a guerreros incas perseguidos por los sanguinarios conquistadores españoles. Una de las más descabelladas afirmaba que la isla de Oak era refugio y reposo de la espada del arcángel Gabriel, y había constituido el argumento de una novela de bolsillo de escaso éxito unos años atrás.

Julia desechó la mayor parte de las referencias y volvió a los jeroglíficos. Encontró un microfilme, fechado en 1985, que contenía un recorte que mencionaba a un profesor de la universidad de Halifax, cuyo nombre no citaba, identificándolo como el traductor de los misteriosos signos. Según éste, la inscripción vendría a decir: «Cuarenta pies más abajo yacen enterrados dos millones de libras». Sin embargo, había detractores que consideraban muy oportuna la indicación, y otros que contrastaban la antigüedad de la piedra con el redactado y el sistema de cifrado; también existían notas sobre la posible fraudulencia de la piedra y había un sinfín de contradicciones y acusaciones mutuas que no aclaraban en absoluto el misterio del pozo ni su contenido.

Lo que sí estaba claro era que la Starfish Alliance había puesto cerco a la isla, que los últimos informes emitidos no se habían hecho públicos en su totalidad y que, al menos para el mundo en general, el caso se había convertido en uno más de esos secretos que aparentan ser mucho más de lo que la mayoría de las veces son.

—Señorita, disculpe, pero vamos a cerrar en breve —le susurró una voz queda al oído, haciéndole dar un brinco en el asiento—. ¡Oh! Lo siento, no pretendía asustarla.

Julia alzó la vista y contempló con una sonrisa un poco forzada la cara de preocupación con que la miraba una joven empleada. Meneó la cabeza para tranquilizarla y consultó su reloj. Eran las seis de la tarde.

—No se preocupe —dijo con la voz un poco ronca—, he perdido la noción del tiempo. Estaré lista en dos minutos. Muchas gracias.

Los ojos de la empleada, clarísimos, casi transparentes, se posaron con expresión curiosa en la pantalla y en las anotaciones de Julia.

—¿Es usted historiadora? —preguntó fijando su mirada en Julia.

Ésta desvió la suya hacia la pantalla. En aquel momento se veía el microfilme del profesor anónimo de Halifax y su artículo sobre la traducción.

—No, no —replicó con una ligera sonrisa—. Trabajo en una galería de arte y estoy haciendo una pequeña investigación sobre uno de nuestros artistas.

La empleada sonrió pero siguió mirando la pantalla con expresión extraña, mientras se apoyaba ligeramente en el respaldo de la silla de Julia. Sin saber muy bien por qué, Julia siguió un impulso inconsciente y apagó la pantalla.

—Ya había terminado —agregó apresuradamente, maldiciendo la intromisión para sus adentros.

—Si puedo ayudarla en algo... —se ofreció la joven, posando de nuevo la gélida mirada en ella.

La presión de los ojos casi incoloros estaba haciendo mella en su ánimo y de pronto sintió la necesidad casi rayana en la claustrofobia de abandonar la sala de inmediato y perder de vista a la inquietante empleada.

—Gracias, pero debo irme ya —farfulló, levantándose del asiento, reuniendo con premura los papeles y notas y embutiéndolos en el maletín—. No sé si volveré, pero la buscaré cuando la necesite, *miss*...

Al no obtener respuesta, Julia giró sobre sus talones. Estaba sola. La empleada había desaparecido. Miró en todas direcciones pero no la vio. Frunció el ceño y acabó de cerrar el maletín con nerviosismo. Recogió el abrigo del respaldo de la silla, se enfundó en él y salió con cierta aprensión al exterior. Miró a ambos lados de la calle, pero no había ni rastro de la solícita empleada. Encogiendo el cuello dentro del abrigo y con la sensación de que algo no iba bien, Julia echó a andar hacia la boca del metro.

En el interior del todoterreno aparcado a pocos metros del edificio de *The Times*, una mano enguantada accionó un interruptor en un panel. Una pequeña luz verde empezó a parpadear en una pantalla del salpicadero, donde se veía un sector del plano de Londres. Los ocupantes del vehículo, un hombre de pelo rizado y una mujer de ojos casi transparentes, se miraron y esbozaron una pequeña sonrisa.

—Buen trabajo —le dijo él.

Un rato más tarde, Julia se encontraba de nuevo en la habitación del hotel intentando establecer prioridades. Descifrar los jeroglíficos de la pintora demente parecía ahora una pérdida total de tiempo. Viajar a Viena para intentar conseguir el cuadro seguía teniendo sentido, pero la acumulación inicial de misterios sin resolver iba camino de convertirse en la fantasía de una galerista que llevaba una vida solitaria y a la que cualquier cosa le parecía ya un evento extraordinario.

No obstante, la imagen escondida bajo el retrato seguía estando allí, enigmática y provocativa, desafiándola con descaro. Era un reto demasiado fuerte incluso para una Julia que había perdido en pocas horas tres de las razones que daban singularidad a la

dama de expresión seria y ojos saltones.

Miró hacia la cama, cubierta de nuevo con todo el material. Desde allí, las ampliaciones de los dibujos parecían pisadas de un ave caprichosa y, sin embargo, había algo en ellas que seguía despertando su curiosidad. Con una cierta desgana, Julia recogió las ampliaciones y el ensayo del profesor de Halifax y se sentó frente a la ventana.

Comparó los símbolos y cotejó las notas una y otra vez, pero a pesar de todos sus esfuerzos no consiguió ninguna palabra con sentido. Al final, tras llenar la papelera de la habitación y salpicar parte del suelo a su alrededor con las bolas de papel que contenían traducciones fracasadas, se dio por vencida y cedió a los ruidosos deseos de su estómago, poco acostumbrado a la anarquía horaria.

Mientras degustaba otra especialidad del día en un pub, Julia hojeó el diario del día anterior que alguien había dejado. Por poco se atraganta al leer en una pequeña reseña de sucesos el intento de robo perpetrado dos noches antes en Solsbury's. Al parecer, leyó con horror creciente, uno o varios ladrones habían accedido al interior del edificio por una escalera de incendios y habían registrado de forma violenta el despacho del responsable de compras. Debido al enorme caos en que había quedado la habitación, se desconocía qué había sido robado. La policía estaba procediendo a investigar las huellas que había encontrado en el despacho.

De súbito, la comida ya no se le antojó apetitosa. Lo único que sentía era un nudo enorme en el estómago y la sensación de pánico atenazándole la garganta como un guantelete. Todos los parroquianos del pub se transformaron de pronto en policías camuflados de paisano que, entre sorbo y sorbo, echaban miradas cautelosas y acusadoras en su dirección. La atmósfera se volvió de pronto opresiva y asfixiante. Con esfuerzo, Julia se levantó del asiento y trató de dirigirse a la puerta con naturalidad, pero tropezó con varios muebles y atrajo aún más las miradas *inquisidoras*. Salió a la calle, tratando de conservar su maltrecha dignidad y reprimiendo el ansia que sentía de echar a correr. Volvió al hotel todo lo deprisa que le permitieron las piernas, arrancó la llave de manos de un sorprendido recepcionista y, olvidando por fin su orgullo, echó a correr escalera arriba.

Llegó con el tiempo justo de cerrar la puerta y levantar la tapa del inodoro antes de que los espasmos de miedo se tradujeran en un vómito violento que la dejó caída y sin fuerzas, con la cabeza recostada en la taza y respirando con dificultad. Un sudor frío le había empapado toda la ropa en un instante y un acceso incontrolable de temblores la obligó a acurrucarse en una esquina del cuarto de baño, cubierta con todas las toallas que pudo coger desde allí.

Todo se había acabado. Su prometedor carrera se cerraría con la mancha permanente y vergonzosa del hurto y el allanamiento. La cárcel, la extradición, la humillación y la lacra social la estaban esperando en cuanto volviera a bajar a la

calle. Sin poderse contener más, estalló en sollozos que se fueron convirtiendo en un llanto desgarrador y doloroso, que ahogó tapándose la boca con una gruesa toalla. Golpeó los fríos azulejos de la pared con la cabeza, una, dos, tres veces, haciendo que el dolor físico se mezclara con los horribles sentimientos de desolación y miedo que la dominaban. Una sola palabra resonaba sin cesar en su cabeza dolorida: «imbécil, imbecil, imbecil». Las imágenes de la incursión nocturna la obligaron a revivir lo que entonces consideró una intrépida aventura y que había finalizado en un descomunal desastre.

Y entonces, sólo entonces, Julia recordó otro detalle que culminó el horror que sentía: la noticia de la prensa hablaba de robo con violencia, de huellas y de caos en el despacho de Solsbury's. No obstante, ella había tenido la precaución de borrar todas sus trazas, en la medida de lo posible, y de dejar todo como lo había encontrado. Incluso había cambiado la documentación de forma selectiva para retrasar aún más el posible hallazgo. Por lo tanto, *alguien más* había entrado en el despacho *después* de que Julia lo abandonó, alguien que no había dudado en registrar los archivos sin temor, alguien que había dejado huellas claras y que podía —y eso era lo peor— haber estado observando los movimientos de Julia y haberla seguido hasta el hotel. Alguien que en aquellos momentos podía estar acechándola.

Rápida como un relámpago, la imagen de unos ojos prístinos escudriñando su interior se antepuso a la visión de la habitación. ¡La empleada de *The Times*! Súbitamente, la supuesta empleada con habilidades de escapista adquirió un carácter mucho más amenazador.

«Por el amor de Dios, también podía ser de Scotland Yard», pensó presa de un miedo que crepitaba en sus entrañas.

Los ruidos cotidianos del ir y venir de los clientes del hotel, las conversaciones amortiguadas intuidas a través de las delgadas paredes, el súbito repiqueteo de una nueva racha de lluvia que caía sobre el cristal de la ventana, todo se amplificó de repente y se convirtió en algo ominoso y amenazador que fue subiendo de tono paulatinamente hasta retumbar con estrépito ensordecedor entre las paredes del cuarto de baño; Julia sintió que se ahogaba y sólo un último acto instintivo la hizo retirar la toalla que había estado manteniendo apretada contra su boca y que la estaba asfixiando. El torrente de aire frío que le llenó los pulmones al inhalar con fuerza aportó tanto oxígeno a su cerebro que le acometió otro vértigo y, como en el final de una película antigua, hubo un fundido en blanco y después en negro.

Cuando volvió en sí, Julia fue dolorosamente consciente del lamentable estado de su cabeza y de la tensión de su cuerpo. Uno a uno, todos los acontecimientos fueron desfilando por su mente con nitidez, y el miedo volvió a adueñarse de ella. Apelando a unas fuerzas de las que no era consciente, consiguió arrastrarse hasta la bañera, abrió el grifo del agua caliente y se quitó las toallas y la ropa. Se dejó caer en el agua

y aguardó a que ésta la cubriera con un dulce manto cálido. Aspiró profundamente varias veces e intentó relajar las piernas, luego los brazos, el cuello y los hombros doloridos, apretando los dientes con fuerza y respirando entre siseos para silenciar el dolor hormigueante, como si la pincharan mil finas agujas. Al rato abrió el agua fría y repitió una vez más la operación. Poco a poco se sintió con la fuerza suficiente para salir de la bañera, envolverse en las toallas y meterse en la cama.

La calidez del lecho le fue devolviendo el ánimo y disolvió un poco el dolor que le agarraba el vientre con la fuerza de un cinturón de acero. La claridad relativa de otro día londinense se recortaba en la ventana, pero el cuerpo de Julia decidió declarar el estado de emergencia, y su mente apagó de nuevo la luz, sumiéndola en la inconsciencia.

Capítulo V

Fue el día más triste de vida. Unos días antes, su madre había empezado a respirar de manera extraña, sibilante y con un gorgoteo siniestro en cada inspiración. Julia había llamado al médico de cabecera, que le había hecho unas pruebas y había decidido internarla, finalmente, en el Hospital de la Santa Cruz de Vigo. Tan rápida como la marea, la extraña enfermedad de su madre había desembocado en una crisis que los médicos creían terminal. La joven Julia, que había venido desde Santiago para pasar el verano en casa, cansada de la facultad y deseando el retiro y el sosiego que le proporcionaban los parajes de su infancia, se había despertado entumecida en el sillón de la habitación immaculada, un día más, esperando casi con ansia el fatal desenlace.

De pronto se dio cuenta de que había algo nuevo en la habitación: el silencio. Ya no se oía el horrible gemido en que se había convertido la respiración de su madre. Julia se incorporó de un salto, con el estómago contraído por la ansiedad, y se acercó a la cama.

—¿Mamá? —susurró, asiendo la mano que asomaba por debajo de las sábanas. Fue como coger un trozo de piedra fría. De pronto, un torrente de lágrimas le inundó los ojos y una sensación de ahogo le oprimió la garganta. Inspiró con fuerza por la boca y se tapó la cara con las manos. La noche anterior, su madre había despertado del sueño comatoso en el que se sumía cada vez con más frecuencia y había sonreído a Julia.

—Me iré pronto —le había dicho con escalofriante serenidad. Silenció con un leve movimiento las vehementes protestas de Julia y giró la cabeza hacia el mar que se veía por la ventana—. He vivido lo suficiente y no quiero alargar más mi paso por esta tierra. He hecho mucho más, sí, mucho más de lo que se esperaba de mí, he cumplido mi parte y ahora te toca a ti cumplir la tuya.

Julia pestañeó, confusa.

—Oh, sí, Julia —prosiguió, ahora mirándola directamente. Una expresión de tristeza asomó en sus ojos cansados—. Mi pobre Julia. Todavía no entiendes lo que digo, ¿verdad?

Cogió la mano de Julia, y sus dedos, duros y agrietados por una vida de trabajo junto al mar, se deslizaron entre los de Julia como ramas de avellano.

—Pronto, muy pronto, sabrás que eres una persona muy especial —susurró con un gorgoteo estremecedor—, mi hija..., mi hija inocente...

Sus ojos se cerraron con suavidad y volvió a sumirse en el estado semiinconsciente del que ya no volvería a salir.

Las lágrimas brotaban ahora incesantemente. Se había ido. Tal y como había

dicho, su madre se había ido, sin escándalo, sin molestar, igual que había vivido.

Transida por la tristeza, dejó que las lágrimas fluyeran libremente y se subió con mucho cuidado a la cama, como si temiera despertarla. Allí, se hizo un ovillo y abrazó por última vez a su madre, mientras que el dolor acumulado durante años encontraba, por fin, una salida.

Cuando volvió a abrir los ojos, y a pesar de la sensación de inmensa fatiga, se obligó a incorporarse y salir de la cama. Arrastrando los pies, se acercó a la ventana y miró cautelosamente a través de las cortinas que la cubrían. Ya era de día. La omnipresente nubosidad de Londres hacía imposible saber la hora. Recordó que todavía llevaba puesto el reloj de pulsera y comprobó que era media tarde. Había dormido —estado fuera de combate, era más apropiado decir— casi un día entero. Miró el suelo de la habitación, donde yacían desparramados todos los documentos y las fotografías. En aquel instante, Julia sintió un odio irracional hacia Úte Firsch-Pieke y deseó con toda su alma que la maldita pintora se estuviera pudriendo en el más profundo de los infiernos.

Con desgana, recogió todo lo que había por el suelo y lo metió en el maletín con brusquedad. Cuando estaba guardando las ampliaciones de los símbolos, recordó con un sobresalto la cita con el profesor Baxter en el British Museum. «Maldición», pensó. Si reunía el valor suficiente para salir a la calle, tenía el tiempo justo de llegar al museo antes del cierre.

La asaltaron las dudas y el miedo a que la reconocieran. Con toda probabilidad, el encargado de Solsbury's habría comentado a la policía que ella había estado muy interesada en el maldito cuadro. Con toda seguridad, ahora sería una de las principales sospechosas.

Lo primero que pensó fue que tenía que huir a Barcelona, ocultarse en el relativo anonimato de la galería y negar cualquier posible acusación, olvidar el desgraciado asunto del cuadro y contar a Albert alguna patraña verosímil acerca del precio o la dificultad de obtenerlo.

Pero, por otra parte, habían pasado ya dos días desde lo de Solsbury's y nadie había venido a golpear la puerta de la habitación ni había indicios claros de que la estuvieran siguiendo. Además, estaba el enfurecido italiano que había protagonizado el escándalo y que daba un perfil mucho mejor de ladrón sin miramientos, aunque era preocupante que fuera tras el mismo objeto que ella. Sin embargo, en caso de que no hubiera sido el italiano, no tenía la menor idea de lo que buscaban los otros. Podía haberse tratado de una desafortunada coincidencia; un robo tras una subasta, se dijo, tampoco era tan impensable. Y así, Julia fue enumerando en su mente una serie de excusas, verdades a medias y falsas esperanzas que muy pronto tejieron un velo lo suficientemente tupido para disimular lo más evidente. Con la flamante venda en los

ojos, y haciendo caso omiso del aria de terror que entonaba su instinto, decidió seguir investigando y llegar hasta el fondo del descabellado asunto.

Y ése fue su tercer y definitivo error.

Julia se vistió con la única muda que le quedaba limpia, echó un último vistazo a la habitación, inspiró profundamente y salió al pasillo con cautela. Nadie apareció para arrestarla y el recepcionista ni siquiera la miró dos veces cuando pagó la cuenta y solicitó que le guardaran el equipaje mientras hacía unas gestiones de última hora. Nadie la abordó en la calle tras hacer una serie de requiebros dignos del mejor detective de la literatura inglesa.

Entonces, Julia se sintió por fin a salvo, poderosa, inteligente y casi en la obligación de llamar por teléfono a cualquiera y relatarle sus hazañas con todo detalle. Con paso rápido y segura de sí misma, fue callejeando hasta llegar frente a la entrada del British Museum. Como de costumbre, estaba abarrotado con cientos de turistas, ávidos de admirar los increíbles tesoros de todas las épocas y orgullo de los británicos, que preferían no recordar el expolio cultural que muchas veces había representado su consecución.

Julia llamó con los nudillos a la puerta del segundo piso que anunciaba con letras doradas al profesor Baxter. Unos instantes más tarde, éste abrió la puerta y esbozaba una leve sonrisa.

—¡Ah! *Good evening, Miss Andrade* —dijo arrastrando la *erre* de su apellido y convirtiendo la *e* en una *i*—, pase, por favor, y tome asiento.

—Gracias, profesor —replicó Julia, observando con incredulidad que la silla que había vaciado el día anterior seguía igual—, espero no llegar demasiado tarde. He estado muy ocupada y casi pierdo...

—¡Oh!, no, no —interrumpió el profesor con un gesto amable, mirándola por encima de las gafas de pasta que imitaban al carey y exhibiendo de nuevo una sonrisa que a ella se le antojó un tanto forzada—. La verdad es que los horarios de mi trabajo son extremadamente flexibles, *if you know what I mean* —añadió con un deje de ironía.

Tras cerrar la puerta y volver a su asiento, el profesor cogió una pequeña carpeta, extrajo la fotocopia que le había entregado Julia y unos documentos, y se ajustó las gafas. A ella le pareció que en éstos había muchos garabatos y por un momento se reavivó la esperanza de sacar algo de provecho de la entrevista.

—En efecto, *miss Andrade*, los signos no tienen ningún precedente en arqueología ni en ninguna de las lenguas conocidas —dijo el profesor de un tirón y con absoluto aplomo mientras miraba los documentos.

Julia abrió la boca para replicar pero él continuó con su dictamen.

—Los signos que representó su pintora *parecen* fonemas, pero es muy cuestionable que puedan ser reproducidos por una garganta humana, si es que quieren

decir algo. —El profesor hizo una pausa y alzó la vista para mirar a Julia, que cerró la boca, sintiéndose un poco ridícula—. Lo más probable es que ni siquiera la artista supiera qué estaba pintando cuando hizo este galimatías.

Algo hizo clic en la cabeza de Julia al oír la expresión *garganta humana*. De pronto, la imagen de un pez boqueando le vino a la mente.

—Dígame, profesor —preguntó, intentando mantener el control de la voz y sintiendo cómo la invadía una repentina oleada de calor—, ¿qué clase de garganta podría emitir eso, en el caso, como usted dice, de que sean fonemas?

El profesor se quedó mirándola de hito en hito con expresión extraña. Tras un largo momento, giró la cabeza hacia la ventana, dónde iban apareciendo las gotas semejantes a lágrimas que iba dejando una nueva oleada de lluvia. Un trueno lejano pareció sacarlo del estado de indecisión y volvió la mirada hacia Julia.

—Probablemente peces o batracios —dijo frotándose con dos dedos un lado de la frente surcada de arrugas—. Pero es una simple conjetura y, desde luego, nada definitivo. Sigo pensando —añadió apresuradamente— que se trata de dibujos sin sentido fruto de una mente enferma.

Julia sintió que algo se removía en su interior al escuchar la noticia. De repente, empezaron a encajar una serie de piezas que hasta entonces habían estado girando sin control como si formaran parte del endiablado juego ruso del Tetris. Por un lado, la monstruosa imagen antropomorfa oculta tras la imagen de la dama del cuadro. Por otro, la extraña mujer pez de asombroso parecido con la imagen y el extraño hedor a pescado que emanaba de ella. Y, finalmente, los inconclusos informes de la isla de Oak y la increíble similitud con los dibujos del medallón. Todo parecía tener algo en común, algo que todavía no estaba claro pero que empezaba a cobrar sentido.

—¿Se encuentra bien, *miss Andrade*? —oyó que le preguntaba el profesor con tono preocupado—. Se ha puesto un poco pálida, querida.

Julia se dio cuenta de que había estado mirando al vacío y agarrando el asa del maletín con tal fuerza que tenía los nudillos blancos. Sacudió la cabeza como un perro saliendo del agua y esbozó una sonrisa que más bien pareció una mueca.

—Lo siento, profesor, pero es que esta tarde no me encuentro muy bien —dijo sin faltar a la verdad—. Creo que debo estar incubando un resfriado. El clima de Barcelona es tan distinto a éste... —añadió para tranquilizar al alarmado profesor.

Al oír la palabra *clima*, el profesor Baxter se relajó de forma visible. Julia sonrió para sus adentros. No había nada que sosegara tanto y permitiera que un británico conversara con cualquier otro ser humano que las similitudes y diferencias de los climas. La cháchara que inició a continuación el profesor sobre tan fascinante tema permitió a Julia recobrar un poco la compostura, ayudada en gran medida por el té que apareció como por arte de magia un instante después.

Cuando hubo recuperado el control, posó la taza vacía sobre el minúsculo rincón

de la mesa que había despejado el profesor y se aclaró la garganta. No sabía si lo que estaba a punto de hacer tenía algún sentido, pero los nuevos datos requerían nuevas acciones. Con manos un poco temblorosas abrió el maletín que reposaba sobre su regazo y extrajo la fotocopia del microfilme que había conseguido en la hemeroteca de *The Times* y que mostraba el artículo de la tablilla de piedra hallada en la isla de Oak.

—Profesor —dijo aprovechando una pausa que hizo éste para recobrar el aliento—, ¿me permite mostrarle algo?

El anciano profesor, un poco desconcertado por el repentino cambio de tono de su joven interlocutora, se limitó a asentir con la cabeza y se ajustó de nuevo las gafas.

—Mire esto —le dijo al tiempo que le pasaba la hoja y le explicaba su procedencia de forma breve—. Me temo que esto contradice un poco su teoría —añadió con toda la suavidad que pudo.

La expresión del profesor al leer el artículo se iba alternando entre la sorpresa y la confusión, debidas con toda seguridad al hecho de que un momento antes había dicho que aquello no eran fonemas sino garabatos sin sentido ni trascendencia que ahora veía refutado por la innegable competencia de un diario considerado uno de los faros de la prensa británica. A medida que iba avanzando en la lectura del artículo, el profesor lanzaba ojeadas a la fotocopia del medallón, frunciendo la frente y los labios en muecas de disgusto casi imperceptibles, parecidas a un tic nervioso. Cuando terminó la lectura, depositó la hoja sobre la mesa con lentitud y se quedó mirando fijamente a Julia. Ella intentó sostener la mirada, pero finalmente bajó los ojos. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, lo oyó carraspear.

—*Miss Andrade*, creo que le debo una disculpa.

Al levantar la vista, Julia se encontró con la mirada del profesor. El tono de la frase era neutro pero pudo detectar un ligero matiz áspero, como si le hubiese costado decir las palabras.

Era obvio que para un hombre de su posición admitir que se había equivocado no era fácil y mucho menos frente a una *spaniard* casi desconocida, una marchante de arte, sin credenciales ni clase social distinguida. Julia esperó en silencio, perfectamente consciente de que la situación estaba en un momento crítico y que cualquier cosa que dijera podría ser malinterpretada como una provocación o, peor aún, como una burla. Su experiencia con el público le decía que el profesor debía tomar una decisión por sí mismo y que cualquier atisbo de condescendencia o de actitud arrogante por su parte podía terminar con aquella frágil relación que ahora necesitaba de forma desesperada.

Un nuevo trueno retumbó en la lejanía. El repiqueteo de la lluvia en la ventana se intensificó y Julia se dio cuenta de que el único sonido que se oía en aquellos instantes era el monótono *tic tac* de un reloj que debía estar oculto en alguna parte de

la gran estantería que tenía el profesor a su espalda.

Casi saltó de la silla cuando el profesor se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos sobre la mesa.

—Francamente, estoy un poco avergonzado —dijo él con una voz extrañamente queda—. Debería salir más a menudo de este maldito despacho y ver qué está pasando ahí fuera. En esta parte del mundo a veces creemos que todo lo que no nos sucede no existe.

Julia persistió en su silencio, permitiéndose una ligerísima sonrisa de aliento y comprensión. Estaba convencida de que la balanza se había decantado claramente a su favor, pero todavía no era prudente demostrarlo. El manual decía que el pez debía morder el anzuelo por completo antes de recoger el sedal. El profesor volvió a coger el artículo del diario con una mano y la fotocopia con la otra, y se recostó en la silla, haciéndola crujir de un modo alarmante. Como si Julia no estuviera presente, el profesor empezó a murmurar para sí, mientras sus ojos iban de un papel a otro con la rapidez de una serpiente.

—Bien —exclamó por fin el profesor, con un tono mucho más distendido y un suspiro que pareció un bufido—, ¿cree que todavía puedo serle de utilidad a pesar de mi absoluta arrogancia?

Bingo. Julia casi palmoteó de entusiasmo, pero se limitó a sonreír abiertamente. Era el momento de intentar resolver uno de los dos interrogantes que la acuciaban desde el descubrimiento de los símbolos del medallón.

—Mire, profesor —empezó—, la verdad es que la traducción que sugiere el profesor de Halifax no me parece demasiado veraz y, aunque intuyo que tal vez sea imposible y que seguramente no servirá para nada —hizo una pausa y cogió aliento—, ¿podría usted intentar transcribir los fonemas del medallón?

El profesor Baxter se llevó una mano a la barbilla. El tic tac del reloj se mezcló con el ruido parecido a la lija que hacía su mano mientras se rascaba la barba y miraba los símbolos. En su mirada se leía la duda, pero también se podía ver un atisbo de algo más que Julia no acertó a identificar, tal vez amor propio surgiendo en respuesta al sutil desafío que ella le había lanzado. El retumbar de un nuevo trueno pareció decidirlo.

—De acuerdo, *miss* Andrade —respondió al fin, alzando la vista y recuperando el aplomo que había mostrado el día anterior—. Lo intentaré hacer lo mejor que pueda. Supongo que no lo necesita con urgencia, ¿verdad? Esto lleva su tiempo y, como usted comprenderá, no estoy dispuesto a fallar otra vez —añadió con tono ligeramente agresivo.

Julia estuvo a punto de decirle que sí, que lo quería para aquel mismo día, pero se contuvo.

—Por supuesto, profesor —respondió con amabilidad—. Puede usted disponer

del tiempo que quiera. He de ir a Viena a arreglar unos asuntos de la galería y estaré fuera unos días.

—Muy bien —respondió el profesor Baxter, sin dejar de mirar los documentos—, espero que cuando vuelva tenga una respuesta a este curioso *conundrum*.

Había caído la noche cuando salió del museo, con el alivio de saber que al menos parte del misterio estaba en buenas manos. Casi no llovía, pero el cielo seguía encapotado y amenazador, así que aprovechó la ocasión para acercarse hasta Waterloo Station, la gran central de ferrocarril que unía Inglaterra con el resto de Europa. Había decidido ir en tren hasta Viena para abaratar los costes del viaje y no incurrir en las iras de Albert en caso de que no pudiera hacerse con el cuadro.

Al estar familiarizada con las grandes redes de ferrocarriles europeos, debido al continuo trasiego de paquetes para la galería y algún que otro viaje, conocía las tres posibilidades para viajar desde Londres hasta Viena. La primera ruta atravesaba Francia y Alemania, la segunda cambiaba Francia por Bélgica pero tenía la ventaja de que se viajaba en el Eurostar, un tren de alta velocidad, y la tercera implicaba un desvío innecesario hasta el puerto alemán de Hannover. En cualquier caso, el viaje duraba como mínimo quince horas, y Julia pretendía aprovechar ese tiempo para estudiar lo acontecido hasta el momento, sacar alguna conclusión y preparar su presentación en la galería vienesa.

La decisión de moderar el presupuesto la obligó a desestimar la opción del tren de alta velocidad debido al exorbitante precio y la escasez de reservas. Decidió ir en tren hasta Dover, cruzar del canal en ferry y tomar otro expreso que la llevaría a su destino, vía Francia y Alemania.

Consultó su reloj: faltaban pocos minutos para las ocho de la noche. Arropándose en el abrigo y ajustándose los guantes para protegerse de la humedad y el frío, se dirigió a buen paso por Kingsway Road hasta llegar al puente de Waterloo, al otro lado del cual se hallaba la enorme estación. A pesar de que Londres siempre estaba lleno de turistas, esa noche no parecía haber demasiada animación. Al llegar a la orilla del Támesis, ahora una lengua de agua oscura salpicada de las luces titilantes de los restaurantes y los barcos que surcaban las aguas, Julia se sintió de pronto sola y extraña en la ciudad en la que había pasado tan buenos ratos. A su derecha destacaban en la oscuridad los edificios iluminados de la abadía de Westminster y el Parlamento, pero, a su izquierda, el Londres menos turístico presentaba un aspecto más oscuro y amenazador. El puente, desierto, estaba iluminado con farolas colocadas a uno de los lados que proyectaban círculos anaranjados que a duras penas cubrían la superficie.

Fue a mitad de camino del puente cuando empezó a notar que algo no iba bien. Le pareció oír un curioso chapoteo, como un pez saltando del agua. Una sensación de ansiedad volvió a surgir de sus entrañas y Julia giró la cabeza a un lado y a otro con brusquedad, tratando de encontrar la causa del repentino malestar. Sólo vio, un poco

más lejos, uno de los puestos turísticos con ruedas que vendían los gorros multicolores ridículos y enormes que se habían puesto de moda el verano anterior entre el turismo más joven.

Un golpe sordo sonó detrás del puesto cerrado. Algo que Julia reconocía como familiar pero que no podía identificar pugnaba por abrirse paso en su mente. Siguió avanzando, mirando por el rabillo del ojo a ambos lados y volviendo de manera casual la cabeza hacia atrás para comprobar si la seguían, fingiendo admirar la noche londinense. La sensación de alerta estaba empezando a convertirse en pánico. El incongruente tamaño de los sombreros con la bandera inglesa y otros colores chillones, que bajo la luz habían mutado a ocre y naranjas, no hacía más que acrecentar la tensión que sentía.

El miedo la obligó a detenerse cuando estaba a menos de cinco metros del puesto cerrado. Su cerebro conectó las sinapsis adecuadas demasiado tarde. El carrito salió lanzado contra el parapeto como si hubiera sido barrido por una ráfaga huracanada. Un clamor de madera y cristal quebrándose subrayó la fuerza que lo incrustó en las barandillas de hierro. Con horror, Julia se percató de que la brisa le había traído un espantoso hedor a pescado putrefacto que provenía de la figura que había apartado el carrito destrozado y que se dirigía hacia ella blandiendo algo parecido a un garrote.

Las farolas que jalonaban el puente iluminaron fugazmente una corpulenta figura vagamente antropoide de piel escamosa y brillante. La cabeza de ojos saltones, carentes de expresión, recordaba de manera espantosa a un pez horriblemente deforme. La boca, de labios anormalmente anchos que no cesaban de moverse con gorgoteos, le daba un aspecto grotesco que los irregulares saltos que daba acercándose a Julia hacían aún más aterrador. El brazo que sostenía el garrote, terminado en garra palmípeda, oscilaba en un arco irregular.

Julia se había quedado absolutamente inmovilizada por el espanto. Si no hubiera sido por el repentino bocinazo que resonó a su espalda, éstos habrían sido los últimos momentos de su vida. Pero de nuevo un destino empeinado hizo que un alarmado automovilista rompiera el maleficio que parecía haberla convertido en piedra. Los faros del coche desviaron por un instante la atención del monstruo, que retrocedió, cegado por el resplandor. Julia aprovechó para echar a correr y huir de la visión del averno. Le pareció oír el chirrido de unos frenos, pero no tuvo el valor de pararse a mirar.

El pavor que atrapó a Julia con su abrazo gelatinoso redujo su pretendido escape a un avance renqueante que la criatura imposible siguió con terquedad. Boqueando, Julia acabó de cruzar el puente y bajó a trompicones los peldaños de la escalera que conducía al río. Allí comprobó, con desespero, que la única salida estaba bloqueada por unos contenedores demasiado altos para trepar e imposibles de mover. Se dio la vuelta y vio que la criatura había llegado a la escalera. Estaba atrapada. Un

relámpago iluminó por completo aquel horror rampante. Julia jadeó, tropezó con el bordillo y cayó contra la balaustrada de piedra del muelle. El maletín salió disparado de su mano y se perdió en la oscuridad con un ruido que resonó en sus oídos como el lúgubre arrastrar de la tapa de un sarcófago de piedra. El monstruo se iba acercando poco a poco, blandiendo el garrote y mirándola con sus ojos vacíos. De pronto, atacó.

Los reflejos surgidos de la necesidad de supervivencia la salvaron de ser destrozada por el impresionante golpe que dio la criatura con el bastón. El tremendo impacto hizo volar esquirlas de la balaustrada y la agrietó de arriba abajo ante los ojos incrédulos de Julia, que se había dejado caer a un lado en el último instante.

Se arrastró hacia atrás, pero el monstruo se giró, alzó de nuevo el garrote y golpeó. Jadeando ruidosamente, Julia vio aterrada el inicio del arco mortífero. Miró a su alrededor, desesperada, pero estaba atrapada entre los contenedores y la balaustrada. Entonces se oyó un estampido al otro lado del río y la horrenda criatura se detuvo en seco. Julia dejó de respirar de golpe. El sonido se volvió a repetir y, como en un sueño, el ser trastabilló y cayó hacia la balaustrada. Algo frío y viscoso salpicó la cara de Julia. El golpe resonó con un ruido sordo y húmedo, y el enorme peso del horrible cuerpo hizo que un trozo de la piedra carcomida por el agua cediera con un ruido hiriente. Emitiendo un único sonido parecido al croar de un enorme batracio, la criatura se precipitó al río con un gran chapoteo.

Al extinguirse el ruido, Julia, con la espalda pegada a los restos de la balaustrada, bloqueada por el terror agónico que le taponaba la garganta, consiguió por fin gritar.

Fue un grito que tuvo muy poco de humano, un aullido animal de terror que resonó con fuerza inaudita en la fría noche londinense y que rebotó una y otra vez en las paredes de los edificios que bordeaban el Támesis. Gritó hasta que le faltó el aliento y siguió haciéndolo en un silencio horrorizado, con los ojos desorbitados e incapaz de pensar o de mover uno solo de sus agarrotados músculos.

De pronto le fallaron las piernas, cayó como un fardo al suelo y se golpeó el costado contra el cemento mojado. El duro impacto la hizo reaccionar, y una ola de adrenalina la recorrió con la intensidad salvaje de una electrocución.

Con movimientos automáticos, Julia consiguió ponerse en pie y subió la escalera hasta la calzada. Miró a un lado y a otro del puente, pero su salvador —alguien que había asestado dos tiros al monstruo— no apareció. Sólo la acompañaba la negrura de la noche. Una suave brisa helada que tan sólo olía a humedad seguía agitando los restos de los estrafalarios sombreros.

Vio que el maletín había quedado a escasos metros del bordillo y arrastró los pies hasta alcanzarlo. Después miró de nuevo hacia la destrozada balaustrada y vislumbró un reflejo bajo la luz de la farola. Sobreponiéndose al miedo que todavía crepitaba en su interior con una llama viva, se acercó y descubrió que se trataba de la extraña arma que había esgrimido el horripilante ser de pesadilla.

Tras varios intentos, retirando con rapidez la mano como si el objeto fuera un escorpión a punto de picar, asió el garrote y lo acercó a la luz. Estaba hecho de un material de color oscuro, indefinido, pesado, de dimensiones más que respetables, formado por una única pieza en forma de bate de béisbol que parecía tener la solidez del mejor acero templado.

Julia se asomó con cautela por entre los restos de la balaustrada y escudriñó el oscuro río. En aquel momento, una barcaza de grandes dimensiones, cargada con algún mineral medio tapado con grandes lonas, se deslizaba por debajo del puente. En cubierta se podía ver a tres hombres sentados en sillas de plástico blancas, que charlaban y señalaban de vez en cuando hacia la orilla. Del otro lado del puente llegaba la música de uno de los lujosos restaurantes flotantes que había anclados de forma permanente a ambas orillas del río. Todo parecía normal y nadie aparentaba haberse percatado del horrible incidente que había vivido.

Vio entonces, con claridad cegadora, que estaba sola, que nadie iba a creer lo ocurrido y que se había metido, sin darse cuenta, en un asunto de proporciones que todavía no podía —ni quería— imaginar. Esta vez, no sintió odio más que por ella misma, por seguir adelante en su testarudez cuando todos sus sentidos la habían estado advirtiendo una y otra vez.

Supo que ahora más que nunca, si quería seguir con vida, tenía que hallar más respuestas y descifrar el mensaje que Úte había dejado escondido en su obra póstuma. Porque el monstruo que la había atacado esa noche, aquella insidiosa aberración de la Naturaleza surgida de las aguas del río era la encarnación viva de la terrible imagen que la desdichada pintora había plasmado en su maldito lienzo.

Acurrucada junto al río, aterida de frío y estrujando el maletín y la extraña arma contra su enloquecido pecho, Julia se sintió diminuta e indefensa frente a todo el brutal y aterrador mundo secreto que había descubierto. ¿Qué podía hacer una persona sola contra las odiosas formas de vida que pululaban por los ríos de Londres? No era una heroína de película, no tenía armas ni una inteligencia fuera de lo común. «Aquello era obvio» —apostilló con ironía una vocecilla interna que la dejó sorprendida—. Era evidente que las fuerzas tenebrosas a las que se enfrentaba eran mucho mayores y mucho más peligrosas de lo que una persona sola podía manejar.

Le constaba que alguien que no quería darse a conocer la estaba vigilando, alguien que le había salvado la vida. Sin embargo, el anonimato del tirador también sugería que la clave y su posible salvación se hallaban en el cuadro. De todas formas, ángel de la guarda aparte, lo más urgente era ponerse a salvo, huir fuera del alcance de los nauseabundos seres y de una muerte segura e inimaginable.

Julia estaba segura de haber puesto en marcha la cuenta atrás de un reloj que tenía muy pocos dígitos.

Se puso en pie con extremo cuidado y, aunque un costado le ardía de dolor, se

obligó a avanzar hacia la estación de tren. Durante todo el trayecto, con el bastón empuñado como una enorme porra, fue mirando con nerviosismo en todas direcciones, y sobre todo hacia el río. El Támesis había dejado de ser el río romántico por el que había suspirado de joven para transformarse en la morada inquietante de un horrendo secreto y cuyas aguas podían haberse convertido en su fría y húmeda mortaja.

Pasado el puente, clavó la vista en el imponente edificio de Waterloo Station, cada vez más cerca, pero aún demasiado lejos. Era una sensación muy parecida a la que sufren los viajeros del desierto cuando ven con desmayo que el ansiado oasis está tan sólo a unos pasos de distancia, unos metros interminables que parecen extenderse y acortarse a voluntad de manera exasperante. La inmensa estructura tubular de acero azul y cristal que constituía la parte reformada de la antigua estación, iluminada desde el interior por potentes reflectores, se asemejaba a un gusano articulado descomunal y voraz que hubiera salido de las ignotas profundidades arrasando a su paso los edificios anodinos de esa parte de la ciudad.

Al fin, cuando ya pensaba dejarse caer en plena calle y abandonarse al inmenso cansancio que la envolvía, Julia se encontró rodeada por la luz tranquilizadora y el bullicio de los cientos de viajeros que iniciaban o terminaban su recorrido en la estación. La ciclópea bóveda acristalada pareció acogerla en su seno cual escudo protector. Hecha un ovillo bajo una de las escaleras mecánicas que conducían a los andenes, acunada por el familiar sonido de las voces que iban y venían y la monótona megafonía que anunciaba los trenes, Julia perdió el conocimiento por segunda vez en ese día.

El profesor Baxter miró una vez más el cielo encapotado. Desde que la española se había ido, no había hecho más que mirar por la ventana y jugar con una pequeña libreta de tapas de cuero gastadas que había sacado de un cajón de su escritorio.

Tras finalizar el viaje que narraban las páginas amarillentas, Baxter había conservado la esperanza de que todo lo que había visto y experimentado hubiera sido una alucinación caprichosa e increíble amplificada por el miedo atávico del ser humano frente a un peligro incierto. Pero la visita extraña e inesperada que había recibido en su despacho años después y sus insidiosas revelaciones, los ocasionales encargos y la inquietante noticia que le había traído ahora la marchante española habían desmoronado por completo la frágil barrera.

Alguien más conocía —aunque no del todo—, la terrible verdad que acechaba desde los pliegues del universo, mostrando periódicamente su aterradora presencia a los humanos, tenues ecos del aliento de un dragón dormido que nadie debía despertar.

Sus ojos se posaron en la libreta que brillaba suavemente bajo la luz de la lámpara. Entre sus páginas había un número de teléfono muy especial, al que tenía órdenes imperativas de llamar si se producían hechos como los que acababan de

sucedier.

La mano callosa de Baxter inició el movimiento para coger el auricular, pero se detuvo a medio camino, titubeante, cuando un relámpago lejano iluminó la gruesa capa de nubes que cubrían la ciudad.

Halifax, agosto de 1976

Estimado señor G.

En efecto, hoy es un día glorioso. Ante todo, mis más sinceras felicitaciones por su tenacidad, que ha rendido por fin fruto tras dieciséis años de intenso trabajo. No dude que será recompensado con creces cuando se sumerja en las Aguas Primordiales para Nadar Ante Su Presencia.

La obtención del Libro, tras superar las duras negociaciones con los lamas que me ha descrito en su misiva, constituye sin lugar a dudas un paso de gigante que nos acerca, una vez más, al objetivo final.

Por otra parte, entiendo a la perfección lo que usted me plantea al referirse al elevado coste que supone todo esto, pero, desafortunadamente, no dispongo de medios económicos suficientes para compensar, de momento, sus valiosos esfuerzos. No me cabe duda de que será capaz de hallar una solución satisfactoria a este período de carestía que espero de todo corazón, sea pasajero.

*Con la fe puesta en el Despertar del Dios Dormido,
Cordialmente,*

W.T.M.

Capítulo VI

Abrió los ojos y trató de levantarse, pero no pudo hacerlo. Ya era de día y la luz del sol, que por fin había conseguido vencer a las omnipresentes nubes, entraba a raudales por la diáfana cúpula semicircular de la enorme estación. Dejó caer el bastón que todavía empuñaba con la mano entumecida y, doblándose hacia adelante con dificultad, consiguió agarrar los trozos de carne inerte e insensible en que se habían convertido sus piernas dobladas bajo el cuerpo quién sabe por cuánto tiempo. Las estiró con un súbito tirón y tuvo que morderse los labios con fuerza para no soltar un alarido. Las lágrimas fluyeron de sus ojos enrojecidos y cayeron al suelo pulido que reflejaba un rostro que casi no reconoció.

Julia nunca llegó a recordar cómo llegó hasta las taquillas, cómo subió al vagón correcto y se instaló en el asiento. Cuando sus sentidos comenzaron a recuperarse, el paisaje verde y relajante del sur de Inglaterra se deslizaba por la gran ventana del tren que ya enfilaba las primeras estribaciones de los acantilados de Dover. A lo lejos se veía la gran plataforma de cemento que salía del mar y que hacía las veces de muelle para embarcar en el *hovercraft* que atravesaba el canal de la Mancha hasta Calais. Su compañero de asiento, un joven enjuto de ojos hundidos y azules, pelo rubio y corto con flequillo, estaba trabajando con un ordenador portátil y de vez en cuando echaba miradas cautelosas en su dirección. Al ver que Julia había regresado del limbo donde había estado, el hombre le sonrió con timidez, apartó la vista y siguió tecleando. Ésta siguió la dirección de la mirada del viajero y descubrió, azorada, que encima del maletín que descansaba sobre su regazo el ominoso bastón destacaba como un faro de color rojo coralino. Murmurando una frase de excusa, se alzó del asiento y se encaminó a los servicios.

En el diminuto lavabo, Julia examinó su imagen en el espejo. El rostro macilento que le devolvió la mirada, con grandes bolsas oscuras bajo los ojos, pómulos salientes y labios pálidos cuyas comisuras se arqueaban hacia abajo con amargura, la llenó de horror. El suéter de cuello alto lucía grandes manchas de aspecto grasiento. Un costado estaba desgarrado y manchado de sangre procedente de un rasguño que seguía doliéndole con latidos punzantes. El pantalón tejano gris no estaba en mejor condición y parecía haber pasado por varias canteras.

Se quitó los guantes y usó y abusó de las toallitas y del jabón de los servicios del tren. Después empleó el contenido del pequeño neceser que siempre guardaba en el maletín y trató de obrar un milagro y recobrar un aspecto que como mínimo le garantizara el anonimato que necesitaba. A continuación dedicó unos minutos a examinar su nuevo trofeo. El bastón parecía estar hecho de coral, de una sola pieza — Julia no quiso imaginar a qué espantosas profundidades podía crecer un coral con aquel descomunal tamaño—, y tenía tallados unos relieves que, sin saber por qué, le

produjeron náuseas. Conteniendo una arcada, metió el bastón en el maletín y se roció de nuevo la cara con agua.

Cuando se sintió de nuevo con fuerzas, salió del lavabo y se encaminó a su asiento. La mirada de sorpresa y de admiración reprimida del hombre del portátil le confirmaron que los casi veinte minutos empleados habían conseguido el efecto deseado.

Al cabo de poco rato, el tren entró traqueteando en la estación de trasbordo y se detuvo con un clamoroso estruendo de frenos chirriantes. El tiempo había empeorado, y un ligero viento racheado traía el mensaje húmedo de una lluvia cercana. Julia aprovechó que el trasbordador aún no había llegado para entrar en una de las muchas tiendas de ropa que había cerca de la estación marítima y comprar lo necesario para mejorar un poco más su aspecto. Sólo conservó el abrigo largo, que curiosamente era la única prenda casi incólume. Al salir de la tienda, vio que el *hover* estaba llegando y se apresuró hacia el embarcadero.

Levantando nubes de espuma, el enorme vehículo anfibio se lanzó sobre la plataforma de cemento con los motores de hélice rugiendo de manera ensordecedora. Poco tiempo después, estaba sentada en una de las sillas de cubierta, contemplando cómo iban entrando los coches en las entrañas del barco y mirando de reojo a los demás viajeros. Pero nadie parecía estar especialmente interesado en la mujer de aspecto un tanto desaliñado que sostenía contra su pecho un maletín lleno de arañazos como si contuviera las joyas de la corona.

Al rato, las tres enormes hélices cobraron vida de nuevo y el vehículo, sustentado por el gran colchón de aire, se dio la vuelta y se internó en el agua. La travesía duraba unos treinta minutos y el mar, de un azul verdoso, estaba relativamente calmado. Julia se alegró de no haber desayunado, pues no toleraba demasiado bien los viajes marítimos y el leve vaivén del barco habría bastado para acabar de descomponerla.

Cuando llevaban diez minutos de travesía, se oyeron unas exclamaciones en la parte posterior de la cubierta y buena parte de los pasajeros se levantó para situarse a popa, señalando algo que parecía seguir a la nave.

Julia tuvo un horrible presentimiento. Como en un sueño, se vio a sí misma alzándose del asiento y dirigiéndose hacia el lugar donde estaba la gente que seguía señalando excitadamente hacia el agua. Una o dos personas habían sacado las cámaras y los potentes fogonazos de los flashes añadían más irrealidad a la situación. Oyó entonces la palabra «delfines» y casi se echó a reír de alivio. Aprovechando un hueco que se abrió entre los que se apiñaban en la borda, consiguió echar un vistazo. Al principio no fue capaz de distinguir nada más que la estela de espuma blanca que iba dejando el poderoso *hovercraft*, pero de repente los vio. Unas formas de color gris que brillaban con centelleos irisados trataban de seguir la marcha del barco, saliendo de vez en cuando a la superficie y volviéndose a hundir al cabo de un instante.

La sonrisa que había empezado a aflorar en sus labios se quedó helada de repente mientras de nuevo la gran tenaza del miedo se apoderaba de ella: en uno de los elegantes saltos que daban las criaturas para mantener el ritmo, Julia observó con terror renovado y creciente que, a diferencia de los cuerpos estilizados de los delfines, las extrañas criaturas que seguían con terquedad al barco poseían *dos* extremidades palmípedas con las que se impulsaban con una rapidez nada común.

Se aferró a la barandilla mientras notaba cómo la sangre se le helaba en las venas. No sólo uno, sino varios monstruos habían conseguido seguirle el rastro y estaban poniendo cerco, tratando por todos los medios de alcanzarla con el obvio fin de acabar con la amenaza que suponía para sus desconocidos propósitos.

Miró con desesperación en todas direcciones, con la esperanza de oír en cualquier momento disparos salvadores que acabaran con las pesadillas recalcitrantes. Pero sólo oyó el rugir de las poderosas hélices por encima de su cabeza. Irónicamente, parecía haber despistado a sus protectores y no a sus enemigos. Estaba sola.

Julia se dejó caer en la primera silla que encontró, con el cuerpo sacudido por un temblor incontrolable y la mente paralizada por la nueva oleada de miedo. Tenía la espantosa certidumbre de que su destino estaba sellado, de que la persecución iba a continuar hasta que los terribles monstruos consiguieran acabar con ella.

Con una lucidez extraordinaria, los pasajes casi olvidados de la infame obra de Helena Blavatsky le volvieron a la mente. También cobró sentido cada palabra que hacía referencia a la raza de Adeptos, Adamu o la Raza Oscura que sobrevivió al Diluvio, que adoraba a los Dioses Primigenios y que había habitado en un lugar vagamente mencionado en los mitos caldeos y en la Biblia, en las fábulas oscuras de Xisuthros y Noé, Samotracia, la ciudad sepultada bajo las aguas y de la que sólo se habían hallado relatos fragmentados en papiros mutilados, descubiertos en las excavaciones realizadas en 1842 por sir Austen Henry Layard, en el terraplén de Kouyunjik, en las inhóspitas tierras de Mesopotamia. La exposición que organizó el British Museum con los hallazgos de Layard había levantado tal polémica y escándalo que fue clausurada de forma discreta mucho antes de cumplirse el tiempo de exposición establecido, y su contenido, tachado de blasfemo y repugnante, desapareció de la luz pública.

La lluvia que le salpicaba la cara la sacó del trance en que se había sumido. Miró a su alrededor y vio que no quedaba nadie en cubierta. Sacudida todavía por los temblores y empapada por la fina pero persistente llovizna, se acercó hasta la borda y observó con atención el agua color gris plomo que reflejaba el cielo tormentoso. La velocidad del barco había superado a la de los monstruos, pues ya no se veía ninguna forma en las aguas, pero sabía que no cejarían en su empeño y que, a partir de aquel momento, el tiempo era primordial.

Sintió cómo una determinación desesperada se apoderaba de ella. Julia Andrade

no iba a poner las cosas fáciles y si tenía que caer, lo haría arrastrando con ella a alguien —o algo—. Volvió la cabeza hacia la proa y vio con el alivio del náufrago que la costa de Francia estaba muy cerca. El siguiente paso sería coger un tren que la condujera hasta Viena vía París.

Esta vez, Calais fue para ella un borroso conjunto de casas de baja altura y colores desgastados por el viento y el mar, reconstruidas con terquedad por sus habitantes tras sufrir dos guerras. En cualquier otra ocasión se habría quedado para pasear por las antiguas murallas en forma de estrella, modificadas una y otra vez por franceses, ingleses y alemanes y que habían sobrevivido casi intactas. Habría degustado el excelente marisco de Au Côte d'Argent, un restaurante de renombre mundial cuyo *chef*, Bertrand LeFebvre, poseía un par de valiosas obras de arte que había comprado a través de la galería barcelonesa. Pero lo que menos deseaba en esos momentos era sentarse frente a cualquier cosa que le recordara al pescado y optó por saciar su apetito en un Burger King de la estación de la SNCF, mientras esperaba con ansiedad la salida del tren que había de cubrir la primera parte del viaje.

En el vagón, tras comprobar que estaba sola, corrió las cortinas y se cambió de ropa. La sensación de calidez y el olor a ropa nueva la tranquilizaron un poco más. Viendo desfilar los aledaños de la ciudad a través de los cristales mojados por la lluvia, acunada por el traqueteo rítmico del tren y la calefacción, se apoderó de ella una modorra a la que se entregó sin oponer demasiada resistencia.

Dos horas y media más tarde, el penetrante chirrido de los frenos y el súbito bamboleo del tren al entrar en la estación de Paris-Nord la arrancaron del sopor medio comatoso en el que se había sumido. Se apeó del tren, miró el gran reloj que dominaba una de las paredes de la estación y, con un reflejo surgido de la costumbre, ajustó su reloj de pulsera a las dos de la tarde, hora de Francia. Aturdida por el viaje y con todo el cuerpo protestando de nuevo con vehemencia por el trato al que estaba sometido, Julia cruzó las dos calles que la separaban de la estación de Paris-Est, de donde salía el tren expreso que la llevaría finalmente hasta la capital de Austria, pasando por Estrasburgo, Stuttgart y Munich. El tren partía de París a las seis de la tarde y llegaba a Viena a las nueve de la mañana. Iban a ser casi quince horas de viaje que pretendía aprovechar para poner en orden el caos mental en el que se hallaba sumida y repasar todo lo ocurrido.

Tras comprar el billete y reservar plaza en el coche-cama, se encaminó hacia el andén y esperó la llegada del convoy, sentada en el extremo de uno de los bancos que se alineaban contra la pared. Permaneció allí sin moverse durante cuatro horas, entrando y saliendo de un estado de vigilia intermitente al que no quería abandonarse, abrazando con fuerza el maletín que contenía lo único que la unía con una realidad cada vez más difusa y que la mantenía ligada a la espantosa pesadilla que estaba viviendo.

A la hora exacta, haciendo gala de la única cualidad que no habían perdido los franceses después de la segunda guerra mundial, el tren entró en la gran estación. Julia esperó a que todo el mundo subiera a los vagones antes de hacerlo ella. Desde su compartimiento, oteó por la ventana y el pasillo, intentando encontrar caras familiares, pero no reconoció a nadie. Cuando el tren arrancó y salió de la estación, Julia se permitió relajarse, razonablemente segura de que nadie la seguía.

El paisaje iba cambiando a medida que el tren atravesaba diferentes regiones. Primero fueron las francesas, con la campiña siempre verde salpicada de casas de techumbre baja de color rojo desvaído que aparecían y desaparecían tras las suaves colinas. A éstas le siguieron las germanas, más austeras y de techo de pizarra negra. Esforzando la vista, se podían percibir a lo lejos las estribaciones de los Alpes, que habían quedado al sur del trazado de la vía.

Notó con cierta sorpresa que no se había presentado nadie en el compartimiento y, salvo un par de visitas rutinarias de dos interventores, cortés y obsequioso el francés, seco e indiferente el alemán, viajó sola todo el trayecto. Durante el día, cada vez que el tren cruzaba alguno de los innumerables ríos que cortaban aquí y allá el camino férreo, echaba miradas nerviosas a las aguas a veces azules, a veces verdes, esperando con aprensión ver aparecer en el río a una de las insidiosas criaturas siguiéndole la pista como bestias hambrientas. Pero el tren iba demasiado deprisa para poder apreciar algo y, al cabo de un tiempo, se convenció de que los había despistado.

No obstante, seguía observando con cierta aprensión a los viajeros que iban y venían por el estrecho pasillo. Cuando sorprendía alguna mirada trataba de recordar la cara para comprobar, en un arranque de paranoia, si podía tratarse de algún hipotético enemigo, aunque su innata ingenuidad había descartado, de momento, que ningún ser humano hubiese pactado una alianza con aquellos horrores imposibles. Sin embargo, el frágil estado mental y la sensación de hallarse sola frente a un peligro desconocido la hacían desconfiar de todo y de todos.

La noche llegó al tiempo que el tren entraba en Estrasburgo. Tras una satisfactoria cena en el vagón restaurante, Julia volvió a meterse en el compartimiento. Una miriada de luces y destellos desfilaban por delante de la ventana como veloces luciérnagas, testimonios de que aún quedaba una vida real llena de personas y familias que vivían en sus casas, seguras e inocentes, misericordiosamente ajenas al terrible mundo de pesadilla que iba estrechando el cerco a su alrededor.

Intentando no dejarse vencer por el sueño, volvió a examinar una y otra vez el extraño bastón coralino, la documentación y las fotografías del cuadro. El bastón, recubierto de impurezas procedentes de algún desconocido fondo marino, despedía un olor que le provocaba una marcada repugnancia. Medía aproximadamente unos cuarenta centímetros de largo y oscilaba entre los cuatro y los ocho de grosor. A pesar

del terrible golpe que había asestado la criatura contra la piedra del puente, estaba intacto.

Julia sintió un nuevo escalofrío cuando el contacto le aportó de nuevo la endemoniada lucidez que había adquirido en las últimas horas, relacionando aquel cetro nacido en las profundidades ignotas de oscuros océanos con los pasajes del libro de Madame Blavatsky. La nitidez devastadora de alguna de las imágenes impías la hizo soltar el objeto maldito y estremecerse con violencia.

La fotografía del cuadro había cobrado una nueva dimensión, mucho más aterradora, y había perdido por completo el encanto que había atraído su atención. Ahora sólo veía un horrendo monstruo agazapado bajo los rasgos de una dama deforme de ojos saltones apenas disimulados por la genialidad demente de la pintora. Finalmente, y a pesar de los esfuerzos para mantenerse despierta, se vio arrastrada por un *maëlstrom* de cansancio, una espiral de agotamiento que la transportó a un mundo en el que no existía el día ni la noche, simplemente negrura y olvido piadoso.

—*Avez-vous dit Vienne?*

—*Oui, monsieur* —respondió el empleado de la taquilla, sonriendo al marido abrumado que había llegado instantes después de la salida del expreso—. *C'est bien Vienne.*

—*Merci bien, monsieur* —dijo con una extraña sonrisa y un marcado acento extranjero el hombre de pelo rizado y tez morena que había preguntado por su esposa, una mujer de cabello cobrizo.

—*Je vous en prie. Bonne chance, monsieur* —le deseó el empleado, mientras contemplaba cómo se alejaba. «*Ah, l'amour...*», pensó.

Halifax, mayo de 1985

Estimado señor G.

Estoy completamente de acuerdo con usted. Hemos de solucionar el problema de los conjuros de protección y seguimos estando muy lejos del éxito. Ha pasado mucho tiempo y sin embargo los malditos sellos se siguen resistiendo. Le propongo una variación a su idea de presentar los símbolos al público como si fuera un enigma arqueológico. En lugar de publicarlos en su país, le propongo hacerlo aquí, donde la comunidad científica es grande y plural, gracias a la fuga de cerebros de la vieja Europa. Esperemos que en esta época de nuevas tecnologías y mentes jóvenes alguien consiga descifrarlos. Además, aquí tenemos el terreno bajo control y es más fácil encargarse de posibles visitas inoportunas.

*Con la fe puesta en el Despertar del Dios Dormido,
Cordialmente,*

W.T.M.

Capítulo VII

Viena

Los súbitos movimientos del tren deteniéndose la sacaron de nuevo del sueño. Tuvo la sensación de que sólo habían transcurrido algunos segundos desde que había apagado la lamparilla de la litera. El sol que se colaba con fuerza por la ventanilla y el reloj de pulsera confirmaron lo contrario, y las grandes letras pintadas en la pared al otro lado de la ventana anunciaban su llegada a Viena.

El tren había sido puntual, y Julia se encontró en el gran vestíbulo de la estación de Wien West, con el maletín como único bagaje y una dirección en el bolsillo. Las buenas noticias eran que el dolor del costado había remitido gracias a la reparadora noche en el tren y que su mente estaba menos aletargada.

Sin embargo, al salir de la estación y al igual que le había sucedido en París, los grandes palacios que aparecían por doquier en la ciudad de Viena, ahora decadentes pero siempre magníficos, adquirieron tintes más oscuros y amenazadores.

Fue cruelmente consciente de cada grieta, de cada desconchado del estuco que cubría los imponentes edificios que lucían todo el abolengo perdido bajo el sol que brillaba en un cielo límpido. Parecía como si sus ojos se hubieran despojado del velo que impedía ver la cruda realidad, como si su mente hubiera decidido mostrarle lo que realmente había debajo de la capa que ocultaba los innumerables secretos y terrores que constituían la esencia de las leyendas.

Apremiada por la sensación de que cada minuto contaba, abordó uno de los taxis que aguardaban a la salida de la estación con paciencia de buitres y le dio la dirección de la galería. Cuando el conductor le indicó que ya no podía acercarla más puesto que era una zona peatonal, Julia se apeó, pagó el abultado precio sin protestar y se halló frente a la mole imponente de la catedral de San Esteban y sus dos majestuosas torres blancas.

Rodeó la gigantesca iglesia, ladeando la cabeza para contemplar la colosal aguja de la tercera torre, mucho más oscura, altísima, recargada, casi gótica, que parecía inclinarse de forma amenazadora sobre el conjunto y que a aquella hora de la mañana tenía la base envuelta en sombras.

En el número siete de la calle Schulerstrasse, un rótulo sucinto anunciaba la existencia de la galería Kunsthandel, pero la reja estaba todavía echada. Julia miró el pequeño cartel que había pegado en el escaparate y vio que todavía faltaba una media hora para la apertura.

La dulce calidez del sol sobre la piel y la tranquilidad que se respiraba en las calles de una silenciosa Viena la convenció para buscar uno de los famosos cafés vieneses cerca de la Stephanplatz y regalarse el cuerpo y el espíritu con un desayuno

a base de chocolate y café *schwarzer*. Era el momento más indicado para comprobar si lo que se contaba de las propiedades terapéuticas del chocolate para las depresiones era cierto o sólo habladurías de gordas impenitentes.

Fuera verdad o no, Julia salió del café media hora más tarde con un estado de ánimo mucho mejor del que había entrado. Además, había tomado la decisión de cortar, por el momento, el cordón umbilical que la unía con la galería Miràs. Era impensable que aquel terrorífico cuadro pudiera salir a la luz como una obra cualquiera. De hecho, parecía que el intento de mostrarlo públicamente había sido motivo suficiente para iniciar la aterradora cacería en la que participaba en calidad de presa.

Pero ahora estaba en Viena y con un poco de suerte, se dijo esperanzada, quizá pudiera hallar más datos sobre la terrible conjura. Encaminó sus pasos hacia la galería, que, con la puntualidad que caracteriza a los austríacos, parientes a su pesar de alemanes y suizos, había abierto sus puertas.

Julia encontró ciertas similitudes en cuanto a tamaño y a contenido con la que ella dirigía. La exposición que había en ese momento estaba firmada por un pintor de nombre checo que proponía una serie de estampas de calles de su ciudad natal, notorias por las tonalidades azules y ocre y que le recordaron a las empleadas por Sert en los mosaicos y frescos que había en Barcelona y Girona.

Al fondo de la pequeña galería, un hombre al que Julia calculó cuarenta y pocos años estaba consultando un catálogo y tecleando en un ordenador. El hombre alzó la cabeza para observar a Julia y a continuación miró el reloj de oro que lucía en la muñeca con expresión aturdida, al parecer sorprendido de tener un posible cliente a una hora tan temprana. El pelo liso y oscuro brillaba con el reflejo azulado de la gomina.

—*Guten Morgen* —saludó con la típica inflexión que diferenciaba el austríaco del alemán.

—*Guten Morgen* —respondió Julia. Temerosa de que el hombre no supiera más que alemán, decidió quemar los últimos cartuchos de su escaso pero efectivo poliglotismo—, *Können Sie mir helfen? Sprechen Sie Englisch oder Spanisch? Ich spreche sehr wenig Deutsch.*

Para alivio suyo, el hombre soltó una risita y se levantó de la silla para dirigirse hacia ella.

—*Parra no hablarr alemán* —dijo con lentitud en un español que si no fuera por el clásico arrastre hubiera sido casi perfecto mientras le tendía la mano—, tiene un *repertorio* de *frrases* muy convincente.

Julia sonrió, con el ego satisfecho por la victoria

que le habían dado varios meses de duro estudio y arduas peleas con cintas de audio y fascículos de quiosco.

—Su castellano tampoco está nada mal —replicó con sinceridad—. La verdad es que no esperaba oír hablar mi idioma en una galería de arte vienesa —añadió tras estrechar la mano que le había ofrecido y tomar asiento frente a la mesa.

—Tengo una casa de verano en Mallorca —explicó el hombre, encogiendo levemente los hombros, como excusándose, y ladeando la cabeza, lo que le daba el aspecto de un muñeco de guiñol—. ¿En qué puedo ayudarla, *fraulein*? —prosiguió—, porque no creo que haya venido para oírme hablar español, ¿verdad?

Fue el turno de Julia de soltar una risita mientras trataba de recordar el discurso que había ensayado mentalmente durante el viaje en tren. Abriendo el maletín de manera que el hombre no viera el contenido, extrajo una tarjeta de la galería y se la dio, presentándose acto seguido.

Poco a poco, mientras hablaba con fluidez de la subasta londinense y de la retirada del cuadro, añadiendo el gran interés que tenía la galería barcelonesa por la posesión del lienzo y dejando entrever con sutileza que no sería necesaria una negociación agresiva, Julia volvió a encontrar su centro vital, el ojo del huracán donde reinaba la calma más absoluta y alrededor del que giraba el caos desatado de la vida. Allí se refugiaba en las situaciones comprometidas y veía el entorno con un distanciamiento que le permitía controlar la situación, detectar los fallos y vulnerabilidades de su interlocutor e inclinar la balanza a su favor.

Comprobó con sorpresa y alivio que Boris Wilnitsky, que resultó ser el dueño de la galería, no tuvo reparo en explicarle la procedencia del cuadro, así como la inusual transacción que lo retiró de la lista de Solsbury's.

El lienzo de Ûte Firsch-Pieke formaba parte de una pequeña colección que poseía Markus Wilhem Grosshinger, un médico psicoanalista acaudalado aunque algo excéntrico que daba clases en la Universidad de Viena. Había sido bastante conocido durante la segunda guerra mundial por sus trabajos de psiquiatría aplicados a prisioneros de guerra. Para disgusto de un sector del ejército alemán, se pasó a las filas de los chicos de Churchill tras protagonizar una notable odisea digna de ser filmada. En Inglaterra consiguió reunir una buena suma de dinero que le permitió volver a Austria después de la guerra e instalarse en una bonita y apartada casita cerca de la frontera con Eslovaquia.

El departamento de Psicología Aplicada de la universidad lo había contratado, años después, y trabajaba de forma esporádica como profesor en cursos avanzados o en doctorados.

De Inglaterra había traído no sólo dinero, sino también su colección de obras de arte, algunas de las cuales no eran nada desdeñables, sin llegar a tener un valor extraordinario.

—Cómo sabrá —siguió explicando Boris, tras servir una copita de *schnapps* a una Julia cada vez más nerviosa—, el sueldo de la universidad no es suficiente para

vivir con dignidad en estos días, y *herr* Grosshinger no ha tenido más remedio que empezar a vender su patrimonio para sobrevivir con una cierta holgura.

Varios cuadros de gran calidad habían pasado por la galería Kunsthandel. El último en aparecer había sido *Retrato de una dama*, de Úte Firsch-Pieke.

—Sin embargo, la última transacción ha sido un poco extraña —dijo Boris, inclinándose sobre la mesa y adoptando un tono más bajo.

Julia se puso alerta al instante.

—¿Extraña en qué sentido? —inquirió, envarándose en el asiento.

—De entrada, no quiso que fuera a ver el cuadro a su casa. Lo trajo él mismo, empaquetado y listo para ser transportado. Sólo he visto una fotografía que me dio para el archivo.

—¿Cómo sabe que el cuadro iba dentro? —preguntó Julia.

—No tengo por qué desconfiar de un buen cliente —respondió Boris sorbiendo el licor—. El profesor es un hombre excéntrico, pero es un *buen* cliente. Hacerle abrir el embalaje sería toda una ofensa. La confianza es uno de mis lemas, *fraulein* Andrade.

»Sin embargo, noté un cierto cambio en *herr* Grosshinger —siguió diciendo—. No sé, quizá ansiedad, una dejadez inusual para él, siempre tan pulcro y tranquilo. Aceptó la primera oferta que le ofrecí por la obra y estaba volviéndose continuamente con sobresalto y escudriñando a cada uno de los visitantes que entraban aquí mientras hablábamos. El cuadro de la belga ha sido el último que ha puesto a la venta, y no ha vuelto a poner los pies en la galería desde entonces.

»Y lo más extraño —concluyó, sirviéndose un poco más de licor—, es que todavía no ha venido a cobrar el cheque.

La mente de Julia había estado absorbiendo cada una de las palabras de Boris Wilnitsky como una esponja y colocándolas en el rompecabezas, que seguía ofreciendo una imagen parcial, nada reconocible, pero cada vez más siniestra. Finalmente, no pudo contenerse.

—Pero ¿quién ha comprado el cuadro?

El súbito aumento de volumen que traicionó su nerviosismo casi hizo que su interlocutor derramara el contenido de la copita de cristal tallado y engranado de oro y verde. Posándola con sumo cuidado sobre un posavasos redondo que imitaba los medallones franceses de cerámica esmaltada, Boris se recostó en la silla y se quedó mirándola un momento. Cuando habló, lo hizo con un tono que denotaba desilusión.

—Siento no poder complacerla en esto, *fraulein* Andrade —dijo, mirando a Julia con reprobación—, pero creo que ambos conocemos las reglas del juego. No puedo revelar información confidencial de mis clientes, al igual que usted no lo haría con los suyos.

Julia estuvo a punto de gritar que sí, que le revelaría todo —sus clientes y sus aficiones, sus secretos bancarios y los de alcoba— si con ello conseguía el cuadro. Su

vida dependía de eso, el mundo no era lo que parecía y que horrores sin nombre acechaban en la oscuridad desde tiempo inmemorial, esperando, trazando un plan tan diabólico como desconocido, eliminando a todos los infortunados que conseguían alzar el velo de Isis por un breve y pavoroso instante. Era su vida contra la de aquel payaso engominado y parlanchín que sorbía licor como si no le importara nada más en el mundo. Súbitamente furiosa, estuvo tentada de sacar el extraño bastón coralino, agarrar al tipo por las immaculadas solapas y sacarle la información por la fuerza.

Sin embargo, bajó la cabeza, consciente de que la historia que todavía se estaba hilvanando era demasiado inverosímil y fantástica para ser comprendida. Si quería conseguir alguna cosa y solucionar el enigma, debía seguir las reglas del juego que Boris había mencionado y que ella había roto un par de días antes. Amenazar o agredir no haría sino complicar aún más una situación que no admitía más problemas.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz mientras dejaba la pequeña copa en el posavasos—. Tiene toda la razón. Pero llevo mucho tiempo persiguiendo ese cuadro y ya empiezo a estar un poco desesperada. Me han traicionado los nervios —añadió alzando la vista y posándola en su enojado interlocutor.

La expresión de Boris se fue dulcificando y de nuevo afloró la ancha sonrisa del principio mientras asentía con la cabeza y emitía un ruidito de comprensión.

—No se preocupe, *fraulein* Andrade —dijo con un tono mucho más cálido—, los nervios pueden traicionar a cualquiera en este mundo loco del arte. Es una reacción del todo comprensible, y más teniendo en cuenta que acaba de llegar de Londres. De verdad que quisiera ayudarla, pero...

De súbito, se le iluminó la cara. Se levantó murmurando una excusa y desapareció por una pequeña puerta que había al fondo. Se oyó un trajín de cajones metálicos y papeles, y reapareció un momento más tarde con una carpeta en la mano.

—No puedo facilitarle el nombre del comprador —dijo con una sonrisa cómplice, agitando la carpeta en el aire—, pero nada me impide darle la dirección del vendedor. Tal vez haya algo que sea de su agrado en la colección del profesor. Sé que aún le quedan algunas obras y además —añadió extendiéndole una pequeña hojita rectangular que extrajo de la carpeta mientras le guiñaba un ojo—, creo que será muy bien recibida.

Julia cogió lo que resultó ser un cheque de una cifra nada desdeñable a nombre del profesor Grosshinger y se mantuvo en silencio, temerosa de romper la racha inesperada de buena suerte, mientras Boris escribía con diligencia la dirección del profesor en una hoja de papel con membrete de la galería. A continuación, el hombrecillo de pelo engominado sacó de un cajón un pequeño mapa de carreteras e hizo una fotocopia de la zona donde se encontraba la casa. Finalmente, lo metió todo en una carpeta que también portaba el anagrama de la galería y que dejó frente a Julia.

—El profesor Grosshinger vive en el Wienerwald —explicó mientras trazaba sobre el mapa con un rotulador la combinación adecuada de carreteras—. No tiene teléfono, por lo que es bastante difícil localizarlo, así como la razón de que su cheque esté aún aquí.

—¿El... Wienerwald? —inquirió Julia—. ¿Es un barrio de la ciudad?

—No, no —respondió Boris, sin levantar la cabeza del mapa—. Se llama así a los bosques que rodean Viena. Ahora está bastante urbanizada, aunque antes había sido sólo bosque. Es una región muy bonita, pero están construyendo demasiado y está cruzada por la carretera y la vía del tren, aunque han conseguido declarar Reserva Nacional los bosques que todavía están intactos.

—Parece bonito —afirmó Julia, evocando la imagen de un bosque con *morriña*. Hacía bastante tiempo que no paseaba entre árboles y la perspectiva era agradable, a pesar de las circunstancias.

—Oh, sí, lo es —exclamó Boris—. *Herr* Grosshinger adquirió una parte considerable de terreno antes de que la región empezara a degenerar, y su casa está en medio del bosque. Si no recuerdo mal, la residencia está muy cerca del río Traisen, en la zona donde solían cazar los príncipes.

El debate interno de Julia terminó con la conclusión esperanzada de que aún no estaba todo perdido. Dio las gracias, de manera demasiado calurosa a juzgar por el sonrojo que había aparecido en la cara de Boris tras ser besado a la española en las mejillas, recogió sus bártulos y abandonó la galería con brío renovado. La posibilidad de hablar con el profesor había avivado la diminuta llamita que parecía condenada a extinguirse tan sólo unos minutos antes. Por fin iba a poder entrevistarse con alguien que había poseído el cuadro, alguien que había estado en Londres y había comprado la tela y que, por lo tanto, tendría información de primera mano.

Las alas que le nacieron en los pies la impulsaron hacia el tranvía de color rojo y blanco que, con su traqueteo y sus bandazos, la llevó hasta la estación de tren del sur de la ciudad, la más próxima a la galería. Allí alquiló un Sköda Felicia de color rojo frambuesa, con el que se lanzó sin vacilar hacia la salida de la ciudad que conectaba con la Westautobahn A1.

—Ahí está —exclamó la mujer, señalando con el índice un pequeño parpadeo verde en la pantalla del portátil que descansaba sobre su regazo—. Parece que está en movimiento.

—Esta chica es muy activa, ¿no te parece? —inquirió con voz socarrona el conductor del todoterreno negro detenido en el área de descanso de la autopista austríaca—. Aún no hemos llegado y ella ya se está yendo.

—Da la vuelta y busca un camino para salir de aquí o se perderá la señal —replicó secamente la mujer—. Hemos de saber adónde se dirige.

Capítulo VIII

El sol seguía luciendo en un cielo azul intenso desprovisto de nubes. Las casas de Viena fueron dejando paso al verde del bosque, más desforestado a los lados de la autovía, pero que se intuía frondoso y umbrío. No era un bosque demasiado alto, sino una sucesión de colinas bajas pero tupidas, cubiertas principalmente de robles, hayas y otros árboles que Julia no supo reconocer. En las laderas que no estaban cubiertas por la arboleda había viñedos que más tarde, bien entrado el otoño, iban a dar unos vinos blancos que competían sin demasiado éxito con los alsacianos.

El asfalto se deslizaba veloz bajo las ruedas del silencioso y confortable coche. La sensación de ahogo y ansiedad que había sentido durante los últimos y aterradores días iba disminuyendo según se acercaba al desvío que enlazaba con la carretera secundaria que conducía a la propiedad del profesor Grosshinger.

Tras una larga curva, una estación de servicio y un puesto de policía local marcaban el esperado cruce. Sin saber por qué, la vista de los dos elementos cotidianos le aumentó la confianza, a pesar de que todavía desconocía la situación —*criminal*, pensó con un sentimiento de culpabilidad teñido de un regocijo inexplicable— en la que había quedado tras la incursión de Londres.

La carretera que se internaba entre los árboles trazaba un ángulo casi recto con la autovía y era mucho más estrecha que la anterior. El paso reiterado de coches y camiones había conseguido el llamado efecto túnel, un techo de verdor formado por ramas que se extendían como dedos y se entrelazaban por encima del asfalto un tanto cuarteado por las lluvias. El patrón de luces y sombras caprichoso y cambiante que dibujó sobre el parabrisas del coche le produjo un extraño desasosiego que enturbió un tanto la paz incipiente que acababa de hallar.

Las modernas urbanizaciones de casas adosadas y chalets de piedra y techo de pizarra fueron haciéndose cada vez más escasas a medida que se internaba en el bosque. La vegetación adquirió tintes mucho más salvajes que las grandes extensiones de hierba regada y cuidada que había dejado atrás. Aquí y allá, un granero o una casona de aspecto deshabitado se erigían contra un cielo que estaba empezando a cubrirse de nubes, impulsadas por el viento que movía las copas de los árboles cada vez más tupidos que bordeaban la carretera desierta. Al fin, cuando ya comenzaba a temer que se había perdido, el pequeño puente de piedra que había marcado Boris en el mapa apareció ante ella, y más allá, la casa de tejado gris medio cubierta por la hiedra del profesor Grosshinger.

De lejos, la casa no parecía muy grande y estaba rodeada por un muro de piedra que la hiedra y la vegetación lujuriosa habían engullido parcialmente. En un extremo se veía una gran verja de doble hoja de hierro oscuro.

Julia detuvo el coche frente a ésta y se apeó. El viento que hacía susurrar a los

árboles le revolvió el pelo, y un torbellino de polvo y hojas muertas se levantó de la carretera para envolverla durante un instante y después alejarse danzando vertiginosamente como un fauno desatado. Buscó inútilmente un timbre por entre la hiedra, y al final decidió empujar el doble portalón metálico que se abrió como una boca chirriante.

Miró a su alrededor con aprensión, pero no se veía más que una vegetación espesa y los troncos oscuros de los árboles que oscilaban con el viento que iba en aumento. Entró en la propiedad en el coche y recorrió los casi cien metros que separaban la carretera de la casa con sumo cuidado, lanzando ojeadas a ambos lados con una cierta inquietud. Aparcó en la explanada que había frente al edificio, salió del automóvil y se quedó mirando la casa con atención.

El edificio de dos plantas estaba construido con piedra sólida y gris. Las ventanas que no estaban tapadas por la hiedra estaban cerradas y protegidas por postigos de madera desconchada. En la parte superior se podían ver dos claraboyas redondas que sugerían la presencia de un ático. La escalera de piedra que conducía a la entrada principal estaba cubierta de hojas muertas, y estaba flanqueada por dos enormes jarrones de piedra de cuyo interior brotaban plantas salvajes desbordadas. La puerta era un arco de cristales con bisel y listones a los lados que en su día había estado pintado de blanco y que ahora dejaba ver la madera carcomida.

Pero la atención de Julia no se centró en la aparente dejadez de la casa, sino en la llamativa cinta de plástico tricolor que cruzaba la puerta a distintas alturas y que tenía impresas, en letra grande y clara, las palabras *ACHTÜNG: POLIZEI, Eingang verboten*.

Si en ese momento la hubieran pinchado con un alfiler, lo más probable es que no hubiera sentido ningún dolor. Lo único que podía sentir era el descomunal peso que la dobló y la obligó a sentarse en los escalones, mientras seguía mirando las palabras fatídicas con fijeza de autista.

El viento que seguía soplando con fuerza volvió a cubrirla con una capa de polvo y fragmentos de hojas secas y se llevó la última esperanza que había albergado. Julia cerró los ojos y notó que las lágrimas le corrían por las mejillas polvorientas, pero no hizo ningún esfuerzo para dominarlas, sino que dejó que fluyeran y arrastraran consigo las últimas gotas de energía que la habían sostenido.

Una ráfaga de viento especialmente fuerte la zarandeó. Se arrastró hasta el coche y se sentó en el interior, asiendo el volante con ambas manos y apoyando la cabeza en él. El silbido sordo del viento le llegaba amortiguado y el coche se mecía golpeado por ráfagas esporádicas. Más tarde, cuando ya no pudo llorar más, alzó la cabeza y se quedó mirando la casa con expresión vacía.

—Maldita sea —masculló entre dientes mientras daba un golpe al volante con cada palabra—, maldita, maldita, ¡maldita sea!

Había llegado demasiado tarde. Algo le había sucedido al profesor, y la posibilidad de aclarar el condenado asunto se había desvanecido para siempre. La extraña tardanza en el cobro del cheque tendría que haber despertado sus sospechas. Una persona acuciada por los acreedores no olvida con facilidad que una cantidad sustanciosa de dinero le está esperando a pocos kilómetros de distancia. La amabilidad demostrada por Boris y la esperanza de establecer contacto con Grosshinger habían hecho estragos en su sentido común.

Volvió la vista hacia las tiras de plástico que se agitaban enloquecidas por el viento como lenguas burlonas. ¿Por qué estaba precintada la casa? Tenía que averiguarlo como fuera. Su mirada recayó en la carpeta que descansaba en el asiento contiguo y un instante más tarde había fraguado un plan un tanto temerario.

Sin detenerse a considerarlo por segunda vez, puso en marcha el coche y volvió a recorrer la carretera en sentido contrario. Su intención era presentarse en el puesto de policía que recordaba haber visto en el cruce y hacerse pasar por la portadora inocente y extrañada del cheque de la galería Kunsthandel, mostrando la carpeta y la documentación que Boris le había dado. Si todo iba como ella esperaba, averiguaría qué le había pasado al profesor Grosshinger. Por otro lado, la reacción de la policía a su presencia le proporcionaría información de su *status* criminal.

No tenía nada que perder. Ya no le importaba ser detenida o ver su foto colgada en algún tablón de anuncios de la Interpol. Estaba agotada y casi prefería estar protegida entre las cuatro paredes de una celda a ir dando tumbos por Europa en pos de una esquivada respuesta a un terror todavía sin nombre. De todas maneras, el cuadro estaba perdido y esta vez no habría ninguna posibilidad de colarse en la galería de Viena para ver quién demonios había adquirido el lienzo.

Una vez más, los oscuros propósitos del destino le allanaron el camino. Julia no fue acusada ni detenida y además consiguió la información que buscaba sin dificultad. Un oficial vestido de manera impecable y con un inglés macarrónico pero comprensible la atendió con presteza y la informó de que habían dado por desaparecido al profesor Grosshinger diez días atrás. El repartidor del supermercado que aprovisionaba las villas de la región había dado el aviso.

Se habían hallado indicios de violencia en el interior, que habían sido atribuidos finalmente al carácter un tanto excéntrico de *herr* Grosshinger, se había precintado la casa y se estaba a la espera de que el viejo profesor regresara o de que algún pariente o familiar reclamara las posesiones. Se había enviado una notificación a la Universidad de Viena, así como a alguno de los remitentes de las cartas más recientes que se encontraron en su despacho. Se sabía también que el profesor solía emprender viajes con frecuencia y, dado su carácter huraño, era hasta cierto punto normal que se hubiese ido sin informar a nadie.

El oficial le confesó tener pocas esperanzas de que surgiera alguien antes de los

seis meses de plazo que concedía la ley austríaca antes de proceder a la expropiación de los bienes, ya que no se le conocían ni amigos ni familia.

Julia no sabía qué hacer. Sentada en el interior del coche, se mordía los labios intentando encontrar una solución y alguna manera de conseguir más información. De una cosa estaba segura: la policía no la buscaba por el robo de Londres, lo que no dejaba de ser reconfortante y, ciertamente, le quitaba un gran peso de encima.

Una vez más, su recién estrenado lado oscuro se encargó de sugerir una posibilidad. ¿Por qué no intentar entrar subrepticamente en la casa del profesor? Allí no había vigilancia y si descubría alguna ventana abierta, podría entrar sin romper los precintos y alertar así a la ocasional ronda de la policía.

«En el peor de los casos —pensó mientras conducía de vuelta a la casa—, siempre podré romper un cristal con una rama de árbol. Allí hace mucho viento...»

Llegó a la propiedad mientras terminaba de engullir el gigantesco emparedado de *bratwurst* y la lata de cerveza Ottakringer que había comprado en la estación de servicio. Volvió a traspasar la verja que seguía abierta, pero esta vez se dirigió hacia una pequeña edificación contigua a la casa que tenía aspecto de ser un garaje. Aparcó frente a la puerta, se apeó y echó una rápida ojeada a su alrededor.

La tarde estaba bien avanzada y la poca luz que se filtraba a través de la gruesa capa de nubes que ahora cubría el cielo por completo daba a los bosques un aspecto mucho más siniestro. El cimbrear incesante de las copas proporcionaba al conjunto la sensación de que algo vivo y reptante se iba desplazando por encima de los árboles como un gusano invisible.

Julia atisbó a través de un ventanuco pero no fue capaz de ver ningún detalle del oscuro interior del garaje. Jugándose todo, puso en marcha el coche y embistió el viejo portalón con todo el cuidado que pudo. Fue recompensada con un sonoro crujido y la apertura de una rendija. Retrocedió, salió del coche y comprobó con satisfacción que la cerradura oxidada había cedido.

La puerta se abrió protestando cuando tiró de ella. En el interior encontró un montón de cachivaches corroídos por la humedad y el tiempo, un banco de trabajo, y una forma tapada con una lona que sugería la presencia de otro automóvil.

Julia destapó el bulto, que resultó ser un Volkswagen Polo gris bastante destartado y sucio. Usó la lona para cubrir el suyo, que aparcó al lado de la pared menos visible desde la carretera. A continuación, cerró las puertas tan bien como pudo y echó a correr hasta la verja de la entrada, que también cerró y atrancó con el enorme pestillo de hierro que hacía las veces de cerrojo. Mientras desandaba el camino hacia la casa, notó cómo caían las primeras gotas de lluvia, gruesas y frías, que formaban pequeños cráteres de barro cuando impactaban con el polvo del suelo.

Echó a correr hacia la casa y empezó a rodearla, tanteando todas las ventanas de la planta baja, pero no había ninguna falleba suelta ni ninguna ventana abierta. Al

llegar a la parte posterior del edificio, vio una trampilla de madera que parecía conducir a un sótano. Al tirar de la argolla de hierro que había en el centro, la trampilla se alzó con un chirrido prolongado e hiriente que la hizo mirar a su alrededor con sobresalto. Nada se movía excepto los ondulantes bosques azotados por el viento.

Bajó los escalones con precaución, después de haber recogido del coche el maletín y haber encendido la pequeña linterna. La débil luz sólo le permitía ver a corta distancia, y le mostraba únicamente una serie de escalones medio carcomidos, polvorientos y surcados de telarañas que descendían hacia un interior completamente oscuro.

Fue al cerrar la trampilla tras de sí cuando llegó a su olfato un olor acre que le resultó terriblemente familiar. Se quedó inmóvil, paralizada de nuevo por el recuerdo del horror vivido en el puente de Londres, con los ojos muy abiertos, agitando la linterna con brusquedad, tratando de iluminar el rincón donde pudiera estar acechando otro de los seres horrendos. Pero el haz iluminó cajas apiladas, bultos informes tapados con trapos y estanterías llenas de polvo y objetos tan inmóviles como ella.

Cuando recobró un poco la calma, siguió bajando la escalera, cuyos crujidos se mezclaban con el rumor de la lluvia en aumento que golpeaba la trampilla de madera con un ruido parecido al que harían cientos de nudillos inquisidores llamando al unísono. Cuando llegó abajo, trató de orientarse y localizó otra escalera que subía a la planta baja. Mientras se dirigía hacia ella pasando con sigilo entre los cajones y las estanterías, observó que la mayoría de éstas albergaban archivadores de cartón con etiquetas casi ilegibles por la suciedad acumulada. Con un dedo enguantado, barrió una de las etiquetas y debajo apareció el número 1966, seguido de las letras UW.

«Universität Wien», dedujo Julia al cabo de unos instantes, retomando el camino hacia la escalera. Probablemente contendrían exámenes o documentación relativa al trabajo del profesor en el departamento de Psicología. En otro momento se habría puesto a examinar todo aquello, pero estaba más preocupada por el hedor, que no había sido mencionado por el policía y que iba en aumento, al igual que su miedo.

Al llegar al pie de la escalera, abrió el maletín y empuñó el bastón de coral. Sintióse un poco mejor, empezó a ascender los peldaños con la lentitud y el cuidado de un soldado de élite, procurando no tropezar e intentando escuchar más allá de la puerta cerrada. Se paraba cada vez que crujía un peldaño, esperando con terror ver abrirse la puerta para dar paso a uno de los monstruos inhumanos. Pegó la oreja a la madera y escuchó durante un momento. Después se puso el maletín bajo el brazo, aferró el bastón con una mano y giró el pomo con la otra.

La puerta se abrió sin ruido y Julia se halló en un pasillo cubierto por una gruesa alfombra de color indefinido. A su izquierda se adivinaba la cristalera de la puerta de

entrada, recortada por la escasa luz que provenía del exterior. El haz de la linterna la guió hacia lo que parecía ser un salón que se abría a su derecha. La puerta que descendía al sótano estaba encajada debajo de una escalera cuyos peldaños de madera empezaban a ascender desde la puerta del salón. El olor era más fuerte a cada paso que daba hacia la oscura sala, pero sólo se oía el ruido de la lluvia cayendo con fuerza sobre los postigos de madera de las contraventanas. Entonces, la linterna se apagó y a Julia le dio un vuelco el corazón al verse entre tinieblas.

Dejando caer el maletín al suelo, sacudió la diminuta linterna con desespero, pero sólo consiguió un resplandor mortecino e inútil. La pila se había agotado casi por completo.

Se revolvió como una fiera acorralada, girando varias veces sobre sí misma y abriendo los ojos hasta sentir que le dolían, forzando la vista para detectar el peligro. Lo único que vieron sus ojos dilatados fue el resplandor brillante, casi insoportable, de un relámpago que penetró durante unos brevísimos instantes por todos los resquicios de las ventanas y por la cristalera.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete —musitó de manera automática. Entonces resonó un largo trueno, aún lejano y amortiguado. Cuando era una cría, su padre la había enseñado a medir la distancia hasta el centro de la tormenta contando en intervalos aproximados de un segundo. Menos números, más cerca. «Te diré cuánto tiempo falta para que llegue Dios. Y cuando llegue, ranita mía, podrás pedirle un deseo.»

Siete. Todavía estaba lejos, pero, con aquel viento, no había forma de saber cuánto tiempo tardaría en estar sobre la casa. La fracción de segundo que había durado la luz del relámpago también le había permitido vislumbrar un interruptor en la pared que tenía enfrente. No sabía si habría electricidad y, por otro lado, las posibilidades de ser descubierta por alguien que pasara por la carretera aumentaban aun teniendo todas las contraventanas cerradas. Sin embargo, tenía que arriesgarse. No era probable que con esa tormenta la policía fuera a inspeccionar la casa. «Por otra parte —pensó—, allí no se había cometido ningún crimen.»

Estar a oscuras no era precisamente lo que más deseaba en esos momentos, así que, armándose de valor, accionó el interruptor y se preparó para enfrentarse con lo que hubiera que ver.

La luz amarillenta que se encendió en el globo polvoriento que colgaba del centro de la habitación la hizo parpadear un par de veces. Después, sosteniendo todavía el bastón en alto, contempló el lamentable espectáculo con asombro.

A pesar de ser una habitación de gran tamaño, el salón parecía muy pequeño debido sobre todo a la enorme cantidad de objetos amontonados de cualquier manera. Se adivinaba la presencia de un sofá y un sillón casi enterrados bajo pilas de libros, mapas y documentos que se desparramaban por los costados e invadían parte del

suelo alfombrado. Enfrente, bostezaba la boca oscura de una chimenea de ladrillo. Una repisa de mármol rosa albergaba un montón de variados relojes parados. Las paredes estaban casi ocultas por estanterías de madera con puertas acristaladas, algunas abiertas, repletas con la mayor cantidad de libros que había visto en una casa particular. Detrás del sofá había una mesita rectangular con una pequeña lámpara de Lalique. Otra puerta se abría al otro lado de la sala, y parecía comunicar con la cocina. El suelo estaba lleno de hojas sueltas y libros abiertos que parecían haber sido tirados por alguien que hubiera buscado con afán y hubiese desechado lo que no le interesaba. El único hueco en las paredes del salón estaba cubierto con fotografías y un enorme mapamundi multicolor enmarcado sin cristal.

Julia pasó como pudo por encima del caos a la cocina, siempre vigilando a izquierda y derecha y blandiendo el bastón de coral. Mientras cruzaba el salón vio que otro relámpago taladraba la oscuridad exterior. Esta vez sólo pudo contar hasta cinco. La tormenta se estaba acercando.

La cocina presentaba el mismo aspecto deplorable que la sala. Había muchos cacharros sucios en la pica, vasos, tazas y platos cubiertos con restos de comida seca o enmohecida en diversos grados de putrefacción. La puerta por la que probablemente había entrado el repartidor y que Julia no había llegado a ver tenía la cerradura desgajada y estaba atrancada con una cuña de madera que con toda seguridad había colocado la policía. En esa parte de la casa, el terrible hedor era menos apreciable, seguramente porque la puerta no ajustaba bien y había una pequeña corriente de aire que iba ventilándola. No se atrevió a abrir el frigorífico.

Volvió sobre sus pasos, atravesó de nuevo el salón y se dirigió hacia la escalera que ascendía al primer piso. Cada peldaño supuso un incremento del repugnante hedor a descomposición y el aumento del pánico que trataba de convencerla de alejarse de la macabra casa y olvidarlo todo. Las piernas se le convirtieron en piedra y las gotas de sudor le resbalaban por la frente, la espalda y los costados. Un nuevo trueno la sobresaltó y su antebrazo hizo caer una de las fotografías enmarcadas que adornaban la pared de la escalera. Una cascada de esquirlas de cristal brilló como diamantes ingrátidos bajo la luz estroboscópica del relámpago.

Siguió adelante, aterrorizada pero impelida por una fuerza desconocida y cruel, decidida a enfrentarse al horror del que la separaban cada vez menos escalones. La luz del salón ya no llegaba hasta allí y Julia tanteó las paredes hasta dar con otro interruptor. Con la respiración entrecortada por el miedo y asiendo el bastón con más fuerza, accionó la palanca y se pegó a la pared como una araña.

La luz de la solitaria bombilla que colgaba del techo le mostró un pasillo largo flanqueado por tres puertas. A mitad de su recorrido había una pequeña mesita adosada a una ventana cerrada.

La primera habitación que se abría a su izquierda resultó ser un cuarto de baño

pequeño y mohoso, con bañera, aseo y un pequeño armario metálico con espejo. Un repentino relámpago perfiló la ventana. Julia la tanteó. Estaba cerrada.

Uno, dos, tres, cuatro. Cada vez estaba más cerca. El trueno que siguió retumbó por toda la casa, tan largo y potente, que le hizo encoger instintivamente la cabeza entre los hombros.

En la segunda habitación el hedor era tan intenso que no tuvo más remedio que retroceder, sacar un pañuelo, mojarlo con agua en el lavabo y respirar a través de él para no vomitar lo poco que había comido. Parecía un dormitorio reconvertido en estudio, con la cama atiborrada de papeles y fotografías que la luz del pasillo no le permitía distinguir, un archivador metálico de cuatro cajones y un armario ropero cerrado.

Entró en la habitación, se pegó a la pared y se mantuvo inmóvil, aunque el sentido común le indicó poco después que había estado recortada estúpidamente en el marco de la puerta, ofreciendo un blanco perfecto a un hipotético agresor. Un tanto apaciguada por el hecho de no oír ningún ruido excepto el de la lluvia, encendió la luz que había sobre la mesa y trató de buscar el origen de la pestilencia.

Unos momentos más tarde, descubrió con horror el origen del hedor. En un rincón del despacho había algo parecido a un fósil marino, tan sólo unos huesos cartilaginosos parcialmente cubiertos con una manta andrajosa y que podían ser confundidos con los de algún enorme animal acuático, pero que Julia identificó con rapidez. Cerca de la base del cuello sobresalía una jeringa hipodérmica vacía.

Al echarse hacia atrás, horrorizada, Julia fue a dar contra el escritorio. Marcada con claridad espeluznante sobre uno de los muchos documentos que lo atestaban se podía distinguir una huella de mano parecida a las que exhiben las cuevas prehistóricas. Pero aquélla tenía tejidos interdigitales que *no* eran humanos.

Julia siguió retrocediendo y topó con la ventana cerrada. Al mirar hacia abajo para evitar tropezar y caer, vio que en los papeles caídos que había bajo el alféizar se podían asimismo distinguir un par de huellas de pies, también palmípedas. Saltó como si hubiera pisado lava ardiente y salió andando de espaldas, golpeándose de nuevo contra la pared del pasillo. El poco aire que le quedaba en los pulmones le salió disparado al chocar y allí se quedó, clavada a la pared con el bastón coralino en alto, mirando alocadamente en todas direcciones, intentando simplemente respirar.

Un súbito relámpago le hizo proferir un grito inarticulado y el trueno que lo acompañó de inmediato la hizo volver a gritar.

De repente, todo cobró sentido. Supo con inusitada certeza que el desdichado Grosshinger había sufrido la terrible visita de un ser horripilante que habría llegado hasta allí en busca de... ¿qué? ¿El cuadro? ¿O simplemente había ido a eliminar a otro infortunado testigo de la monstruosa conjura? Ahora ya no estaba tan segura de que los seres no contasen con la ayuda humana. ¿Es que los restos no eran indicio

suficiente para la policía? ¿Cómo se explicaba el hecho de que los monstruos supiesen dónde estaba el poseedor de una prueba de su existencia? ¿Qué clase de humano degenerado se habría ofrecido a los insidiosos seres y a cambio de qué indescriptibles prebendas?

Un trueno que pareció querer arrancar la casa de los cimientos la sacó del inmovilismo en el que había caído. Con un estremecimiento, dirigió sus pasos hasta la última habitación del pasillo. Era un dormitorio que tenía una cama desecha, una mesita de noche con una pequeña lámpara caída, un armario abierto que contenía ropa de hombre arrugada y un pequeño baúl de madera bajo la ventana.

De pronto, Julia no pudo sostenerse en pie. Sin importarle el cochambroso estado de la cama, se dejó caer sobre ella y se cubrió la cara con los brazos. La evidencia de la persecución sin límites y sin respiro a que sería sometida —a la que estaba siendo, rectificó su aterrada mente— la abrumaba por completo.

La impotencia y el desespero hicieron desaparecer las pocas energías que conservaba, como si se las tragara un desagüe, trazando un remolino vertiginoso que la iba absorbiendo, atrayéndola cada vez más abajo, más cerca del centro oscuro y sin fondo de la locura más abyecta.

Julia se sintió incapaz de reaccionar, aterida de frío y consumida por un pánico irracional, iluminada una y otra vez por un estroboscopio de relámpagos que se sucedían casi sin interrupción. Se quedó tendida boca arriba sobre el inmundo lecho, con el estruendo de la lluvia transformada en una verdadera cortina furiosa de agua que trataba de hundir el tejado. Estaba atrapada en una burbuja de aire ponzoñoso y corrupto, que apestaba con el hedor de una muerte encarnada en monstruosidad inimaginable. Cada bocanada de aire se transformaba en un dolor agudo que le quemaba los pulmones y sentía cómo la iba abandonando la cordura y tal vez la misma vida a cada exhalación sibilante que lograba dar.

Entonces, por encima del estruendo del único y eterno trueno que retumbaba sin apagarse, por encima incluso del sonido constante de la lluvia, escuchó los golpes sordos y el ruido inequívoco de *algo* arrastrándose, y tuvo la certeza de que iba a morir.

Había sido descubierta, rastreada y cazada como una alimaña. El recuerdo de una voz que casi no reconoció se abrió paso en su mente.

«Cuando llegue Dios, le podrás pedir un deseo, ranita mía.»

Se incorporó como una autómatas, rígida y sosteniendo aún el bastón inútil en una mano que ya no sentía. De repente, los recuerdos de su infancia adquirieron una perspectiva nueva y horrible. Una tras otra, las piezas del rompecabezas iban encajando en un mosaico todavía fragmentado pero del que ya se intuía el motivo principal. Miró por la ventana pero la intensidad de la lluvia no dejaba ver más allá de un par de metros. Ya no tenía ni fuerzas ni voluntad para luchar. Se dirigió hacia la

habitación contigua, donde seguía encendida la luz de la mesa, y se sentó en la misma silla que con toda seguridad había sido testigo del horrible destino del profesor. Dejó el bastón encima del escritorio, se quitó los guantes y esperó, extrañamente serena, el fatal desenlace.

Los golpes sonaban cada vez más cercanos y parecía como si *eso* estuviese trepando por la hiedra que cubría las paredes de la casa. Abajo sonó el estruendo de madera y cristal de una puerta al romperse.

Su mano rozó el bastón de coral. El horror rampante había llegado a la ventana. Una silueta monstruosa fue recortada por los relámpagos que desvelaban a un mundo ciego y prepotente el horror sin nombre que buscaba la venganza de un ultraje cometido cuando la humanidad ni siquiera era un vocablo.

Los Dioses Primigenios querían recuperar el mundo que les había pertenecido mucho antes de que la especie depredadora que se llamaba a sí misma humana les hubiera maldecido, desterrado y condenado a una prisión eterna.

Julia cerró los ojos con fuerza, incapaz de seguir mirando la repugnancia viscosa de ojos saltones que había aparecido en la ventana y cuya anormal boca se abría y cerraba mostrando hileras de dientes afilados como agujas. Pero en lugar de oír el ruido del cristal haciéndose añicos para dar paso a la encarnación de la muerte, Julia oyó un alarido totalmente inhumano, casi líquido, parecido al de un ahogado exhalando por última vez antes de hundirse para siempre en el océano, un sonido terrorífico al que siguió un ruido de deslizamiento y después, el silencio relativo de la tormenta.

Cuando abrió los ojos, la criatura ya no estaba en la ventana, que seguía intacta. Se levantó como un muñeco de resorte y se acercó a ella. No se veía nada a través de la espesa cortina de agua y el ángulo no le permitía ver el suelo. Poseída por una fuerza desconocida que surgió de su interior, abrió la ventana y miró hacia abajo, ignorando la lluvia que caía sobre su cabeza como una ducha fría. En el suelo, inmóvil, vio al grotesco engendro que unos instantes antes había estado a punto de acabar con su vida. A unos metros, había otro monstruo, armado con algo parecido a un tridente, girando la cabeza deforme de un lado a otro, como si estuviera buscando algo. Y tras él, la luz de un relámpago iluminó a más monstruos que iban aproximándose a la casa dando unos extraños saltos.

De pronto, en el repentino silencio que se formó entre dos truenos, se oyó el estampido seco de un rifle que retumbó en las oscuras colinas. Otro monstruo cayó como un fardo al suelo fangoso, con el contorno iluminado por un relámpago. Antes de que sonara el trueno, se oyó otro estampido, y luego otro, y otro. Como en un sueño, hipnotizada como un ratón frente a una cobra, Julia vio caer, una tras otra, a las horribles criaturas, en un duelo inacabable de truenos y disparos.

Algo crujió en el interior de la casa. Julia se dio la vuelta a tiempo para ver

astillarse el techo de la habitación. Por el hueco asomó una monstruosa garra palmípeda que desgarró la estructura de vigas de madera como si fueran papel. Con un ruido sordo y una nube de astillas y agua, una de las pesadillas cayó ante ella blandiendo una pica de aspecto metálico.

Algo pareció romperse en el interior de Julia y de pronto le faltó el aire. Quiso retroceder pero ya estaba pegada a la pared. De pronto, se oyeron pasos apresurados en la escalera y, casi sin dilación, sonaron dos disparos. El monstruo lanzó un gorgoteo inarticulado y cayó hacia delante, intentando empalar a Julia en su caída. Un latido separó su instinto de la muerte, y una vez más, consiguió esquivar la enorme y húmeda mole cartilaginosa que hizo estremecer el suelo al caer.

Un nuevo relámpago enmarcó la puerta y a una mujer vestida con un gabán largo que asía un arma humeante con las dos manos. El viento y el agua de la lluvia penetraron por el techo destrozado y Julia consiguió respirar el aire puro y lleno de humedad que barrió de sus doloridos pulmones la pestilencia de la casa.

Con los ojos muy abiertos, Julia echó la cabeza hacia atrás y se rió. Rió sin poder contenerse, con carcajadas descontroladas que fueron creciendo de volumen hasta transformarse en gritos histéricos. Al erguirse, su cabeza golpeó con fuerza contra el marco de la ventana y se desvaneció, envuelta en la negrura y el silencio.

Capítulo IX

Halifax, enero de 1999

Señor G.

¿Ha perdido usted el juicio? ¿Se da usted cuenta del peligro en el que ha puesto el proyecto? Ya le expuse mi comprensión respecto a la delicada situación económica por la que está atravesando, pero recuerde que no son sus cuadros, ni tampoco su investigación. El éxito de nuestra empresa depende en gran medida de la discreción de la que hemos hecho gala hasta ahora.

Aunque es cierto que nadie ha podido descifrar el código de los sellos, dejar que uno de los cuadros salga a la luz pública constituye un gran error, una auténtica incitación al desastre. Ese cuadro brillará como un faro en la lejanía y atraerá sin duda la atención de demasiada gente.

Ha de recuperarlo cueste lo que cueste y cuanto antes. Por mi parte, he despachado un mensajero que se hará cargo de los dos lienzos y que le compensará, creo que adecuadamente, por todos los servicios que nos ha prestado durante todo este tiempo. Me temo, amigo mío, que su posición se ha vuelto comprometida y que, desafortunadamente, ya no podremos contar más con su ayuda.

Dese prisa en recuperar el lienzo, pues el tiempo apremia.

*Con la fe puesta en el próximo Despertar del Dios Dormido,
Sinceramente,*

W.T.M.

Wienenwald, Austria, diez días antes

Markus Wilhem Grosshinger no había tenido nunca demasiado aprecio por la vida ajena. Los terribles experimentos que había llevado a cabo con humanos mientras trabajaba para el Gabinete Ocultista del Tercer Reich, y más tarde en el asilo de Irlanda, no habían representado nunca ningún impedimento moral, aún comprendiendo a la perfección la malvada naturaleza y los terribles propósitos que perseguían.

Sin embargo, en aquellos momentos, la vida, su propia vida, había pasado a

ocupar el primer puesto, sobrepasando con holgura el valor de los objetos que atesoraba en la apartada finca austríaca. El mensajero al que hacía mención la última misiva había resultado ser mucho más que eso.

Grosshinger se había lanzado escalera abajo, confiando en poder llegar hasta el garaje, tras conseguir hincar la jeringa que contenía la única defensa conocida al monstruo que había intentado asesinarle. La huida se había frustrado al ser detenido en la puerta de la cocina por otros dos seres, contra los que ya no había podido hacer nada, salvo intentar inútilmente desasirse de las garras de acero que le llevaron a rastras hasta el cercano río. Allí, uno de los monstruos le había salpicado la cara con agua mientras murmuraba algo, y Grosshinger se había desvanecido.

El horror había adquirido proporciones inesperadas cuando se había recuperado de la inconsciencia. Hacía frío, mucho frío. Un débil resplandor le permitió ver que estaba atado a un poste con algo parecido a algas, y que el frío y la sensación de languidez provenían de que estaba bajo el agua. El cuello le dolía como si estuviera en carne viva, pero el dolor se esfumó al darse cuenta, asombrado, de que podía respirar sin esfuerzo.

Giró la cabeza y vio que estaba sujeto a una de las columnas de un templo ciclópeo sumergido de cuyo interior surgían unos extraños resplandores verdosos y cánticos altisonantes y distorsionados.

Unos filamentos oscuros flotaron perezosamente ante su atónita mirada, algo de textura casi oleosa que provenía de la parte inferior de su cabeza... Grosshinger quiso gritar, pero lo único que salió de su boca abierta fue un gorgoteo teñido de sangre, la misma que fluía con toda libertad de los dos enormes cortes que ahora le servían de agallas. Se agitó como un poseso, pero las algas se enroscaron aún más en torno a su cuerpo, retorciéndose como serpientes.

A lo lejos, algo se agitó entre las sombras del fondo marino. Grosshinger abrió mucho los ojos al ver que el fulgor verdoso se reflejaba en ese algo que se iba aproximando con rapidez. Los cánticos discordantes alcanzaron un ritmo frenético. Y los débiles retazos de cordura que aún conservaba desaparecieron por completo cuando comprendió que lo que se acercaba no era uno, sino miríadas de largos tentáculos dentados, atraídos por el tapiz flotante de sangre que en otro contexto hubiera parecido una exquisita aunque macabra obra de arte.

—Vamos, cariño, huele esto. Lo he traído desde muy lejos sólo para ti. —Su padre le sonreía mientras le alargaba un diminuto botellín que contenía un líquido ambarino—. A tu madre le he traído otro, pero éste es para mi pequeña ranita.

Julia sintió una inmensa alegría al ver el rostro bondadoso de su padre, que siempre que volvía de alguno de sus viajes a tierras exóticas la obsequiaba con algún tesoro —una pulsera de oro, una estatuilla o un extraño colgante

que era la envidia de sus amigas en el colegio—. Su madre, que la cogía de la mano, también sonreía.

—Vamos, cielo, huélelo —insistía su padre, acercándole el botellín—. Es especial para ti —añadió con un guiño cómplice.

La joven Julia aspiró con fruición el aroma penetrante, que recordaba al del mar en marea baja, cuando iba con su madre a recoger cangrejos y líquenes en las enormes rías que había cerca de casa.

—Vamos, un poco más, ecco, un poco más, así... *Molto bene* —le decía con dulzura una voz que no era la de su padre. Con un repentino acceso de pánico, sacudió la cabeza y trató de incorporarse, pero dos manos fuertes la sujetaron por los hombros.

—*Easy, easy now* —oyó que le decía la voz de un mujer que no era la de su madre—. *Everything's gonna be fine*.

Julia sentía algo húmedo en los ojos y aunque los abría, no veía nada. Una mano firme la sujetaba por un hombro y de pronto, alguien retiró el paño mojado que tenía colocado sobre la cara. Un rostro masculino de ojos brillantes y oscuros, que no acertó a reconocer en ese momento, encuadrado por un pelo también oscuro y rizado, perlado de gotas de agua, le sonreía mientras le secaba la cara con toques suaves. Tras él, una mujer de pelo negro y también mojado, que Julia reconoció por los ojos, muy azules, tan claros como los de un perro siberiano, la miraba con atención mientras esbozaba una tímida sonrisa.

—Me llamo Fabio Lamberti —dijo él en inglés, y en aquel instante Julia reconoció la voz de acento italiano. Era el comprador colérico que había protagonizado el escándalo en Solsbury's. El hombre hizo un gesto con la cabeza—. Y ella es Basia Przytycka. Casi no llegamos a tiempo, *signorina* Julia. Eres difícil de seguir.

Julia fue a decir algo, pero su garganta sólo emitió una especie de graznido, seguido de un incontrolable acceso de tos. Le dolía la cabeza y sentía como si la hubieran estado golpeando con palas de lavar durante horas.

La mujer rebuscó en uno de los bolsillos del chaleco impermeable azul que llevaba puesto y sacó un *minibrik* multicolor que entregó al llamado Fabio. Éste separó la pajita de plástico que llevaba adosada y se lo dio mientras la ayudaba a incorporarse de la cama.

—Llevamos siguiéndote desde lo de Solsbury's —dijo ella en un inglés pasable y con voz bastante áspera, mientras Julia sorbía con inesperado deleite un zumo de frutas que le supo a néctar divino—. Para no ser una ladrona profesional, tienes unos recursos envidiables.

—¿Me *visteis* en Londres? —preguntó con el pánico insinuándose en la voz y mirándolos alternativamente—. ¿Sois de la Interpol?

Basia y Fabio se echaron a reír al unísono, un sonido que, después de todo lo que había sucedido, resonó de forma extraña en sus oídos. Entonces se apercibió de que casi no se oían truenos. La tormenta estaba cesando.

—No, en absoluto —respondió Fabio con la risa bailando en los ojos oscuros—. Simplemente queríamos lo mismo que tú estabas buscando, pero llegaste antes que nosotros y, como no sabíamos qué era lo que estabas robando, tuvimos que separarnos. Basia te siguió hasta el hotel y yo me encargué de buscar en los archivos. Pero me puse un poco nervioso —añadió con un suspiro, echando una mirada de soslayo hacia Basia— y acabé por registrarlo todo de cualquier manera.

—Y ahora tienes una bonita ficha en los archivos de Scotland Yard que nos va a costar eliminar —le recriminó ella con tono agrio y soltando un bufido.

Fabio levantó los brazos en actitud de rendición e hizo rodar los ojos hacia el techo.

—Está bien, está bien —replicó lanzando otro gran suspiro—. ¿Cuántas veces tendré que seguir pidiendo perdón? Tenemos cosas mucho más importantes y más apremiantes que restregarme mi error por la cara —dijo con tono enfático mientras se levantaba de la cama.

—¿Qué son esas cosas que me han atacado? —consiguió articular Julia entre dos accesos de tos—. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

Fabio miró a Julia, pero la sonrisa se le había borrado del rostro. Desvió la mirada hacia la ventana. A lo lejos se percibió el fulgor de un relámpago.

—Hay un río cercano —contestó, sin apartar los ojos—, y esas bestias pueden controlar el clima hasta cierto punto. Necesitan humedad para sobrevivir y provocaron la tormenta. En cuanto a lo que son, será mejor que vayamos abajo. Tenemos mucho de qué hablar.

Fabio ayudó a Julia a bajar la escalera y a instalarse en el sofá lo más cómodamente posible, apilando previamente en el suelo su dispar contenido. Con la ayuda de un poco de leña milagrosamente seca que subió del sótano, consiguió encender la chimenea, cuyo calor fue diluyendo el hedor espeso que todavía flotaba en el ambiente, a pesar de haber abierto algunas ventanas. La tormenta había cesado casi por completo.

Basia trajo un par de maletas metálicas del exterior y las apiló en el salón, junto a la mesita. Como un prestidigitador, hizo aparecer de algún lugar del interior del impermeable unos emparedados y unas latas de agua mineral que consumieron los tres en completo silencio mientras Fabio echaba de cuando en cuando miradas a las ventanas.

Una vez concluido el frugal tentempié, Basia se acomodó en el sillón y Fabio se quedó sentado en el alféizar de una ventana, con algo parecido a un catalejo de aluminio con el que echaba ojeadas frecuentes hacia el exterior oscuro. Basia se había

despojado del chaleco impermeable y Julia vio que llevaba un arma de aspecto ominoso sujeta con una sobaquera.

—No tienes que temer nada de nosotros, Julia —dijo al ver la expresión de alarma que había aparecido en sus ojos. El pelo, negro como el carbón, le caía por encima del hombro formando una cascada oscura—. Lo único que queremos es que nos escuches y después que nos cuentes tu parte de la historia. Lo que vamos a contarte te va a resultar difícil de asimilar, pero explicará muchas de las cosas que has visto hasta ahora y que no acabas de comprender. Los dos hemos pasado, en mayor o menor medida, por una experiencia similar a la tuya, así que sabemos qué se siente.

Basia bajó la vista al acabar la frase. No fue una tarea muy complicada para Julia seguir los pensamientos que debían estar pasando por la mente de la mujer.

—Somos ángeles negros —dijo Basia tras una breve pausa, y Julia casi se atraganta con el zumo. Desde la ventana llegó una risita ahogada y un sorbetón.

—No quiero decir con esto que seamos sobrenaturales —se apresuró a decir Basia al ver la cara de pasmo de Julia y lanzando una mirada de soslayo al hombre—. Fabio nació en Italia y yo en Polonia. Somos igual de humanos que tú, pero así es cómo nos llaman, Gli Angeli Neri. Trabajamos para una sección muy especial del Vaticano que se encarga de resolver asuntos que no pueden trascender a la luz pública por razones de Estado, ya sea políticas o financieras. También nos ocupamos de casos que desafían a la ciencia, milagros, supersticiones, fenómenos paranormales y cualquier otra manifestación que capte el interés de la Santa Sede. Pero, por encima de todo y desde hace mucho tiempo, luchamos por evitar algo que ha sido profetizado en cientos de ocasiones, incluso en las visiones de algunos Papas.

Basia hizo una pausa para beber un sorbo de agua y cambiar de postura en el sillón. Fabio continuaba atisbando ocasionalmente por la ventana pero ahora tenía una expresión más seria.

«¿El Vaticano?», se preguntó Julia casi sin dar crédito. Tenía la sensación de estar asistiendo al ensayo de una obra teatral o al rodaje de una película de terror. Casi esperaba oír en cualquier momento la voz del director gritando «¡Corten!». Entonces se oírían timbres, se moverían decorados y despertaría del sueño increíble y fantástico que estaba viviendo.

Jamás hubiera creído que una institución vaticana tuviera agentes armados que fueran liquidando monstruosas encarnaciones del Mal, pero las pruebas eran innegables. Claro que nunca había creído en la existencia de seres del averno... y allí estaba, en Austria, viva de milagro, salvada por *ángeles*. Qué ironía.

Julia contempló con detenimiento al ángel llamado Basia. Alta y atlética, vestía prendas ajustadas, pantalón de aspecto impermeable y suéter de cuello alto, ambos hechos de alguna clase de material sintético parecido a los anoraks polares, de apariencia caliente y suave. No llevaba pendientes, ni anillos ni collares, y en la

muñeca lucía por único adorno un reloj de pulsera con una esfera grande y clara.

—Los textos antiguos narran de manera críptica hechos acaecidos mucho antes de que la Humanidad, tal y como la conocemos, se estableciera como especie dominante en el mundo —continuó diciendo Basia, siguiendo con la mirada la danza multicolor y reconfortante de las llamas en la chimenea—. Hay esculturas, monumentos, grabados, documentos y muchos otros elementos que siguen constituyendo un misterio para los investigadores. Ciertos parajes de la tierra continúan siendo tabú para algunas tribus que han conservado su primitivismo. Se siguen celebrando ritos paganos y ofrendas sangrientas a dioses impíos en muchas comunidades aparentemente civilizadas. Algunos gobiernos, que dicen ser transparentes, atesoran una serie de documentos y objetos que mantienen en el secreto más absoluto por miedo a que las aterradoras revelaciones que contienen pudieran provocar un pánico masivo, que desembocaría en un caos imposible de controlar.

»A nosotros nos ha tocado la desagradable tarea de limpiar reputaciones —continuó diciendo, mientras su voz adquiría matices más amargos—, de tomar terribles decisiones que espero jamás tengas que tomar, y de luchar día a día contra un enemigo implacable y mucho más poderoso que nosotros sin tener recursos logísticos o materiales, ni tan siquiera reconocimiento o protección cuando las cosas se ponen extremadamente difíciles.

Un trueno retumbó en la distancia. Fabio se tensó visiblemente, bajó del alféizar y desapareció escalera arriba con el extraño catalejo. Basia ladeó la cabeza, como escuchando, y Julia observó que su mirada se había dirigido hacia las dos enigmáticas maletas metálicas, como si estuviera comprobando su posición.

»Al Vaticano se le acusa de haber participado en casi todas las conjuras y escándalos políticos desde que el emperador Constantino convocó el Concilio de Nicea —dijo cuando se extinguió el distante fragor del trueno—. Se le han atribuido asesinatos, lo han tachado de colaboracionismo, de antisemitismo, de genocidio, de organizar guerras cruentas en lugares lejanos para desembarazarse de personajes molestos, de custodiar secretos que pondrían en duda la fe de la Cristiandad y la misma existencia de la Iglesia.

Basia volvió a fijar la mirada en las llamas, y su voz sonó de pronto más amarga.

—No puedo decir que todas las acusaciones sean falsas. La Iglesia ha sido partícipe de acciones condenables e inexcusables que la historia se encargará de revelar a su debido tiempo, pero también ha velado por el alma de la humanidad y por la existencia de ésta, aunque empleando métodos que pocos cristianos aprobarían.

Un leño rodó en el hogar levantando una nube de ardientes chispas que escaparon por el tiro de la chimenea como luciérnagas gozosas.

—No estoy orgullosa de todo lo que he hecho —Basia alzó la cabeza y la amargura desapareció de su voz para ser reemplazada por la firmeza—, pero es lo

único que podía hacerse y seguiré haciéndolo porque creo en lo que hago.

Julia guardó silencio e intentó sostener la mirada de Basia, pero cuando iba a claudicar, vencida por la fuerza de los ojos incendiados por las lenguas flamígeras, se oyeron pasos en la escalera. Basia se volvió hacia Fabio, que hizo un gesto de negación con la cabeza y volvió a apostarse en la ventana.

—Nuestro enemigo común es un adversario formidable —siguió diciendo Basia, frotándose las manos con suavidad y extendiéndolas hacia las llamas—. Es antiguo y terrible, y su paciencia es infinita. Los monstruos que has encontrado son engendros sin cerebro, criaturas que sirven de ejecutores y que sólo obedecen órdenes. Nosotros las llamamos Profundos, porque su hábitat son las profundidades marinas, donde no han llegado jamás ni la luz ni las sondas lanzadas por el hombre y donde la presión es tan alta que no hay submarino que la pueda resistir. Son incontables y están repartidos por todo el mundo. Tienen establecidas colonias y se dedican a raptar de vez en cuando a algún humano para robarle el cuerpo y la mente. Después embaucan a otros humanos con promesas de poder y conocimientos prohibidos y forman sectas de adoradores de sus terribles dioses, con la esperanza de poder llevar a cabo sus diabólicos planes de conquista.

El rompecabezas mental de Julia se había puesto a dar vueltas vertiginosamente, comprimiéndose sobre sí mismo como una estrella agonizante antes de convertirse en supernova y consumirse en una fugaz y rutilante bola de fuego cósmica.

—A lo largo de la Historia —siguió Basia, mirándola con atención—, esas blasfemias han sido vistas por bastante gente. Se ha escrito sobre ellas, casi siempre de manera crítica y antes de caer en un estado de demencia que ha culminado muchas veces en la muerte o el encierro en algún sanatorio mental. Los testimonios que han sobrevivido en forma de libros, diarios, grabados en piedra o pinturas son escasos y difíciles de conseguir, y su lectura comporta la pérdida irremediable de la salud mental, debido a la poca preparación de la mente humana para romper con los esquemas que ha marcado la sociedad y la tradición.

Flash. La imagen que había estado intentando formarse en la mente de Julia durante los últimos días se volvió diáfana. Todo encajó por fin en el enorme tapiz enigmático que hasta entonces había estado deshilachado y que ahora se había desplegado mostrando todas sus aterradoras figuras.

Basia asintió con la cabeza, viendo la sucesión de expresiones que iban pasando por la cara de Julia al ir hilvanando la historia que le acababan de contar y sus propias experiencias.

—Sí, Julia —dijo al ver que ésta la miraba con intensidad y abría la boca como para preguntar—, *nosotros* somos los compradores del cuadro de Ûte Firsch-Pieke. Descubrimos la historia de la malograda pintora casi por casualidad y seguimos la pista a las obras que quedaron incólumes tras la devastación de la guerra. Ûte pintó

ese retrato después de volver de sus viajes a lugares prohibidos. Es probable que viera manifestaciones de los cultos en algún lugar de Europa y decidiera avisar al mundo del peligro de la única forma que sabía: pintando un magnífico retrato de la obscenidad primigenia que había visto. Pero ¿quién querría comprar un retrato tan repugnante como ése en aquella época? Ya no se quemaba a la gente por herejía, pero el aislamiento social era casi peor que la muerte entre la aristocracia de la Inglaterra posvictoriana.

Flash. Otra sección del tapiz se iluminó con colores brillantes.

—Así que Úte decidió pintar otro retrato encima del monstruo y colocar el medallón como aviso —exclamó por fin Julia, deseosa de aportar su parte al relato—. Pero... ¿qué representan los símbolos? ¿Y cómo consiguió el efecto óptico que produce el cuadro?

Con una brusquedad que la sobresaltó, Basia y Fabio se giraron hacia ella. Tenían una expresión extraña en el rostro y cruzaron las miradas durante un momento. Fabio se encaminó hacia la mesita y Julia vio que allí descansaba su maletín, todavía cerrado.

—El efecto óptico al que te refieres —dijo Basia con lentitud y en un tono mucho más bajo, mirándola con intensidad— es la reacción de la mente humana, que se niega a ver la realidad subyacente en el cuadro, pues aunque tu mente consciente no puede ver al monstruo, tu cerebro sí lo está registrando y, como su naturaleza es demasiado espantosa para ser asimilada, simplemente la niega. Pero ¿a qué símbolos te refieres?

Julia miró con incredulidad a Basia y vio que Fabio le estaba ofreciendo el maletín. Lo asió y lo depositó a su lado.

—Los símbolos del medallón —respondió mientras lo abría—. ¿No habéis visto los símbolos? Son unos glifos que hay alrededor del medallón y que se parecen a la escritura cuneiforme. Todavía no sé lo que representan —añadió mientras les tendía las ampliaciones informáticas—, excepto que son algo parecido a fonemas que sólo un batracio o un pez pueden emitir.

Basia y Fabio habían cambiado radicalmente de actitud. Se inclinaron sobre las fotos con avidez y las estudiaron en silencio durante un par de minutos. Después se volvieron para mirar al unísono a Julia, que volvió a tensarse, esperando con los nervios a flor de piel.

—¿Cómo lo has averiguado? —inquirió Fabio con voz ronca—. ¿Hay alguien más implicado en esto?

—Sólo un antiguo conocido mío, un profesor de Historia que trabaja en Londres —respondió Julia sin querer comprometer de momento al viejo arqueólogo—. Pero ni siquiera sabe de dónde lo he sacado. Lo demás es información que saqué de la hemeroteca de *The Times*.

La expresión de desconcierto que se plasmaba ahora en las caras de sus interlocutores indicó a Julia que aún había bastantes partes del tapiz que no habían sido tejidas.

—¿Qué información conseguiste en *The Times*? —preguntó Basia.

Julia sacó las fotocopias de los microfilmes hallados en la hemeroteca y el análisis preliminar que había hecho el profesor Baxter de los símbolos del medallón. A medida que iba explicando los detalles que la habían conducido hasta la desconcertante referencia del pozo de Nueva Escocia, la incredulidad de Fabio y Basia se transmutó en evidente preocupación mientras las expresiones de sus rostros se iban endureciendo.

Cuando Julia terminó con su descripción de los hechos, procurando detallar al máximo cada uno de los pasos seguidos, se hizo un profundo silencio en la habitación, turbado únicamente por el chisporroteo del fuego que iba languideciendo.

—La situación es mucho más grave de lo que habíamos supuesto —dijo finalmente Basia. Su voz sonó hueca, desprovista de cualquier matiz o inflexión que pudiera traicionar su estado de ánimo—. Los datos que has descubierto dan la vuelta a todo este asunto. No sabíamos nada de los símbolos ni de su posible significado. Sabemos que la isla de Oak es una tapadera, pero desconocemos el verdadero alcance de la operación.

—Los símbolos del medallón no pueden estar ahí por casualidad —terció Fabio, mirando con atención las fotocopias—. ¿Te sabía a la perfección qué estaba pintando, y eso parece ser la clave de algo, una letanía, una invocación, un mensaje que hemos de interpretar cuanto antes para conocer su significado. Si la Starfish Alliance ha cerrado la isla, es que hay un plan en marcha y hemos de darnos prisa o será demasiado tarde para detener lo que estén urdiendo.

—¿La Starfish Alliance ha cerrado la isla de Oak? —repitió Julia. La hermética compañía y sus investigaciones secretas cobraron una nueva dimensión.

Basia afirmó con la cabeza y se levantó del sillón. Asió una de las maletas metálicas que había depositado en la mesita y la trasladó hasta la mesa que estaba frente a la gran librería. Cuando la abrió, Julia vio que contenía un complejo panel electrónico, en el que empezaron a encenderse lucecitas e indicadores a medida que Basia iba pulsando teclas y diminutos interruptores. Luego se colocó un auricular en el oído y pulsó un botón.

—*Auro, domine, quattro, controllo* —oyó que repetía en voz baja en un minúsculo micrófono. Julia pescó alguna palabra suelta de la conversación casi susurrada que mantuvo Basia con alguien, pero no consiguió entender casi nada. El poco latín que sabía estaba demasiado oxidado para poder seguir una conversación, pero fue suficiente para ver que estaba pidiendo instrucciones dado el cariz que había tomado la situación.

Julia se giró y se encaró con Fabio.

—Pero ¿por qué estabas en la subasta de Londres? —preguntó—. Ya teníais el lienzo.

—En efecto —respondió el aludido—, pero queríamos saber quién más podría estar interesado en su compra. Podría darnos alguna pista útil, así que decidimos presentarnos y ver quién pujaba.

—¿Y la pantomima que montaste?

Fabio soltó una risita y dio otro sorbetón.

—No puedo resistir ciertas tentaciones —confesó con una sonrisa de culpabilidad reflejada en su rostro moreno—. En cualquier caso, para cazar a un lobo primero hay que hacerle salir del cubil.

—Y nada mejor que ver la reacción del público asistente a la puja para determinar quién era el lobo —suspiró Julia mientras otro cabo se ataba en su cabeza.

Mientras hablaba, Fabio había dejado el material de Julia y estaba examinando todo lo que había por el suelo y encima del sofá con atención. Sin saber muy bien cuál era su papel en todo aquel intríngulis, pero impaciente por hacer algo, Julia se levantó del sofá y se acercó a la librería, recogiendo a su paso los libros que se encontraban diseminados por el suelo.

La vista del desorden que imperaba en el salón le recordó a su anterior habitante.

—¿Qué le ha ocurrido al profesor Grosshinger?

Fabio alzó la cabeza y se la quedó mirando un momento, antes de contestar.

—No lo sabemos, Julia —dijo volviendo de nuevo la vista a los papeles que tenía en las manos—. Puede que haya escapado, puede que ya esté muerto o quizá algo peor...

—La policía no mencionó nada de un ataque —objetó Julia.

Fabio volvió a levantar la cabeza para mirarla, y esta vez su mirada reflejaba un brillo socarrón.

—El Vaticano tiene formas de filtrar lo que no ha de salir a la luz pública. ¿Cómo crees que hemos encontrado la finca? La policía austríaca es muy eficiente —añadió con una risita.

Julia asintió lentamente con la cabeza, mientras otro par de piezas sueltas encajaban en el rompecabezas. Entre ellas el «simpático» oficial del cuartelillo. Casi podía verle alzando el teléfono mientras ella salía por la puerta de la comisaría. Había sido seguida desde el principio de la insensata aventura, a pesar de los esfuerzos que había hecho para impedirlo. Se encogió de hombros con un suspiro y volvió su atención a la pequeña pila de libros que había recogido.

Mientras los iba colocando en los huecos que había en los estantes examinó de paso la biblioteca. La mayoría eran tomos de psicología, psiquiatría aplicada e historia, plagados de anotaciones y fórmulas garabateadas en los bordes de las

páginas en lo que parecía ser alemán.

Sin embargo, entre la pila que había estado junto al sofá descubrió *Antropogénesis*, el tercer volumen de la *Doctrina Secreta* de Madame Blavatsky, la traducción hecha por varios miembros no identificados de la Sociedad Teológica Inglesa. Su estado evidenciaba que había sido leído varias veces y presentaba marcas y dobleces en muchas páginas. Julia buscó el resto de tomos que componían la gigantesca obra de la escritora rusa, pero no los halló.

—¿Buscas algo en concreto, Julia? —oyó que le preguntaba Fabio.

Julia le comentó el descubrimiento y juntos se pusieron a buscar por el suelo, mirando por debajo y por encima de los muebles, pero el resto de la colección no apareció.

Al rebuscar en el otro extremo de la habitación, Julia se entretuvo examinando uno a uno los retratos que había en la pared del gran mapamundi. Eran fotografías de pequeño tamaño de gente, en su mayoría pescadores, faenando en las barcas, bailando en una taberna con jarras de cerveza en las manos, trabajando en algún oficio que Julia no acertó a distinguir o simplemente posando sonrientes. Todas las fotos eran antiguas, a juzgar por la tonalidad sepia, por la fisonomía y la forma de vestir de los retratados, y parecían estar tomadas en algún lugar de la costa de Inglaterra o de Irlanda.

Julia no pudo por menos que asociar las fotos con la nota que había hallado en una de las reseñas biográficas que situaba la muerte de la pintora en el asilo Webster de Irlanda. También podía haber mil motivos más, ya que el profesor Grosshinger había pasado bastantes años por esas latitudes tras su deserción de Alemania. Tras tomar nota mentalmente del detalle, trasladó su atención al gran mapa. También era antiguo, y mostraba la superficie del planeta de forma física, sin países ni demarcaciones políticas. En dos de las cuatro esquinas que flanqueaban el planisferio ovoide había dibujos más detallados de los casquetes polares, en otra había una representación coloreada de las zonas verdes y secas del planeta y la última mostraba la situación de las principales placas tectónicas que unían los continentes.

Julia levantó una esquina del mapa para ver si había algo detrás y entonces vio un detalle que se le antojó extraño. Había una serie de manchas claras que destacaban en la oscuridad de la pared. Observando con más atención, descubrió que se debían a luz de la lámpara que traspasaba el mapa a través de unos agujeros diminutos que habían pasado desapercibidos en el primer examen. Volvió a dejarlo caer y examinó de cerca la zona. En efecto, alrededor de donde supuso que estaría Nueva Escocia había un pequeño grupo de orificios del tamaño de un alfiler, como si se hubiera pinchado algo para sujetarlo cerca de esa zona.

Una corazonada la llevó escalera arriba hasta el destrozado dormitorio-estudio del profesor. A pesar de que lo sabía, no pudo evitar un escalofrío de horror al ver el

segundo cuerpo sin vida que yacía encima de los restos de su congénere. Tras buscar por entre los papeles que había por el suelo, siempre manteniendo un ojo sobre la forma inmóvil, encontró tres fotografías en blanco y negro, más recientes, que tenían un pequeño agujerito en la parte superior. En una se podía ver una extraña máquina sujeta a unas vigas y varios hombres sonrientes. En otra se veía una escalerilla que bajaba hacia lo que parecía ser un pozo oscuro y la última mostraba a un hombre de mediana edad ataviado con una gabardina forrada y sombrero de ala, de facciones que denotaban su origen germánico, tras el que se podía entrever una tienda de campaña y un pequeño camión con algo parecido a una grúa.

Tras bajar de nuevo al salón, Julia siguió examinando el mapa en busca de otras marcas. Al cabo de un rato encontró un grupo de agujeritos en una zona de la costa suroeste de Irlanda. El profesor había encontrado un nexo entre los dos lugares. Con toda probabilidad, aquel descubrimiento le habría costado la vida.

—Mirad esto.

Basia y Fabio, que estaban conferenciando en un rincón de la sala, acudieron con rapidez y Julia les mostró lo que acababa de descubrir. Los tres convinieron en que había que registrar la casa palmo a palmo para tratar de hallar los datos que logran situar las piezas que faltaban. Fabio se fue al piso de arriba, Julia se quedó examinando la planta baja y Basia desapareció por la escalera del sótano.

Pero aparte de lo que ya había descubierto, Julia no halló nada más relevante que una caja de alfileres con cabeza de plástico y, tras alimentar el fuego, se sentó en el sofá para repasar todo lo que tenían hasta el momento.

El calor que emanaba de la chimenea, la bajada de adrenalina y el agotamiento que arrastraba la hicieron bostezar. Las llamas del fuego atraían su mirada como un imán y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no sucumbir al sueño. Al mirar su reloj, vio que era casi medianoche.

Florence, esa misma noche

Unos discretos golpes en la puerta sacaron al padre Marini de su concentración. A partir de la clausura de la isla de Oak, los informes de casi todos los puntos de control mostraban que la actividad se había incrementado. Algo estaba sucediendo y todavía no sabían qué era.

—*Avanti* —dijo, volviendo la mirada hacia el acalorado eclesiástico de rostro enjuto y ojos hundidos que se acercaba apresuradamente con unos papeles—. *¿Quo accidit, pater Bonnaccio?*

—Hemos recibido noticias del equipo 4, padre Marini —respondió el aludido, tendiéndole los papeles—. Al parecer, han hallado algo más que la pista del cuadro.

Han encontrado a una posible *candidatus*.

El padre Marini cogió los mensajes casi con un zarpazo y los revisó con detenimiento.

—¿Dónde están ahora?

—En Viena, padre —el padre Bonnaccio hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Creo que deberíamos ir a Londres para mayor seguridad y realizar allí la *probatio* antes de traerla aquí. La última vez casi provocamos una tragedia.

«*Cur meorum me miseriarum admones?*»^[1], pensó el padre Marini citando a Julio César, mientras las atroces imágenes de lo ocurrido años atrás surgían de las profundas sombras donde había conseguido arrinconarlas.

—Está bien, padre Bonnaccio —dijo tras una larga pausa—. Informe a los equipos. Salimos hacia Londres en cuanto sea posible.

Capítulo X

Julia se despertó al ser zarandeada con suavidad por un hombro. Basia se había recogido la cabellera negra en una práctica cola de caballo. Julia hubiese jurado que habían pasado un par de segundos, pero la claridad que entraba por las ventanas le indicó que había estado durmiendo varias horas.

—Buenos días —le estaba diciendo Basia—. No quisimos despertarte, necesitabas dormir después de todo lo que ha pasado. Además tuvimos una noche muy tranquila. Tenemos noticias interesantes —añadió mientras le alargaba otro minibrik de zumo.

—Gracias —consiguió farfullar Julia, intentando hacer desaparecer la bruma que se había estancado en su cerebro como en una ciénaga. Cuando empezó a sorber el zumo, se dio cuenta que estaba rabiosamente hambrienta y de que, en efecto, se sentía mucho mejor que unas horas antes. Había dormido sin pesadillas, y el nivel de ansiedad y miedo se iba derritiendo con la luz del día, cálida y tonificante.

—Hemos encontrado varias cosas —dijo Fabio, arrugando la prominente nariz e inspirando bruscamente. No se había afeitado y lucía unas acusadas bolsas bajo los ojos que brillaban como diamantes—. Por un lado, lo que queda de un diario personal del profesor que narra la historia de Ûte y su ingreso en el asilo Webster de Irlanda.

—Al parecer —continuó Basia, a quien no se le notaba demasiado la noche en vela—, el profesor fue psiquiatra internista en el asilo donde estuvo Ûte. Fue un encargo especial de alguien que nunca menciona por su nombre, pero cuyas iniciales son WTM.

—Hemos encontrado también la correspondencia con el que parece ser el enigmático profesor de Halifax que publicó los hallazgos iniciales —dijo Fabio—. Las cartas son muy reveladoras y el firmante sigue siendo WTM.

—El profesor Grosshinger empezó a tratar a Ûte en el asilo irlandés —siguió Basia—, y redactó todas las conversaciones que mantuvieron, así como los aberrantes tratamientos a que fue sometida. Hay incluso un certificado de defunción, pero tiene algunas partes bastante confusas, como la causa de la muerte y la ausencia de autopsia. Adivina quién se encargó del cadáver —concluyó enarcando las cejas.

—¿El propio profesor Grosshinger? —aventuró Julia.

Basia asintió con una sonrisa.

—Y un tal Angus O’Herrold. Pero resulta que Grosshinger no era la víctima, sino el verdugo. Escucha esto —añadió cogiendo una carta de aspecto amarillento.

Julia se despejó de golpe. La referencia al despertar del Dios Dormido le erizó los pelos de la nuca. La invadió una sensación aterradora de familiaridad, de *déjà vu*, de haber oído esas palabras y de haberlas enterrado en lo más profundo de su inconsciente.

—Todas las conversaciones mantenidas están disimuladas como alucinaciones al principio del diario —intervino Fabio—, pero a medida que va avanzando, *herr Grosshinger* va dejando caer el pretexto, se torna cada vez más brutal y totalmente volcado en los espantosos experimentos. Sin duda una gran pérdida para el Tercer Reich —ironizó con tono sepulcral—. Hacia el final hay unas curiosas alusiones a un cambio *físico* de Úte.

Julia no dijo nada, concentrada en escuchar la narración, juntando en su cabeza las partes que podían encajar y asimilando que había cometido graves errores.

—Pero lo más interesante —continuó diciendo Basia, recogiendo una vez más el testigo de su compañero—, es que el diario también hace mención de que alguien, o algo, iba a visitar al profesor en esta finca. Una visita que le aterró de tal forma que preparó un refugio en lo que llama la galería. Eso fue poco tiempo antes de su desaparición.

¿La galería? Un arco eléctrico pareció saltar de un lado a otro de la mente de Julia. El galerista vienés le había dicho que el profesor tenía más cuadros traídos desde tierras inglesas, lienzos valiosos que todavía no había visto. Lo que quería decir que...

—Exacto —afirmó Fabio con una sonrisa. Julia se dio cuenta de que todos sus pensamientos se habían ido reflejando en su cara—. Hemos de encontrar la galería.

—Y aún hay más —añadió Basia, levantando un dedo y señalando hacia la maleta transmisor—. Resulta que la Starfish Alliance es una vieja conocida de nuestra organización, aunque se ha cambiado de nombre y ha maquillado un poco su imagen. Su cabeza visible es un tal Daniel Blankenship, pero en la sombra opera Wilbur Thaddeus Marsh, o W.T.M., descendiente directo de una familia norteamericana de Massachussets tristemente célebre que el gobierno federal de los Estados Unidos trató de exterminar en 1928 en un no menos famoso *raid* nocturno cerca del Arrecife del Diablo.

—Lo cual nos lleva a deducir —concluyó Fabio, dando otro brusco sorbetón, como si tuviera problemas de respiración— que lo que sea que ocurre en el pozo de la isla de Oak tiene mucho que ver con la inusual actividad de la compañía durante estos últimos meses. Lo que no cuadra es la falta de coincidencia entre los caracteres de la piedra del pozo y los del medallón, pero estoy convencido de que si logramos dar con la galería del profesor Grosshinger, hallaremos una respuesta. Propongo que nos centremos en el sótano y en el garaje. Si no hallamos nada podemos mirar por los alrededores de la finca. Durante la guerra pudo construirse algún bunker o algún refugio por esta zona.

—Ganaremos tiempo si nos dividimos el trabajo —opinó Basia, mientras se levantaba del sillón—. Yo me ocuparé del garaje y Julia puede buscar en el sótano. Lamberti, coge un rastreador y peina un poco el jardín. —Hizo una pausa y consultó

su reloj—. Si nadie encuentra nada, nos reuniremos aquí dentro de una hora, y si alguien descubre algo, que avise a los demás con el TP.

Mientras hablaba abrió un compartimiento de la tapa de la maleta transmisor, sacó tres objetos y entregó dos a Fabio y a Julia. Ésta cogió lo que parecía ser un auricular unido a un tubo de plástico flexible de unos quince centímetros de longitud que acababa en algo que tenía todo el aspecto de ser un micrófono. Vio que los otros dos se introducían el auricular en la oreja y ella hizo lo mismo.

—Para hablar, aprieta el auricular.

Julia oyó la voz de Basia por el auricular, precedida de un corto *bip* y también por el otro oído—. Para escuchar, no hace falta que hagas nada. Pongámonos en marcha, el tiempo apremia.

Julia se encontró de nuevo sola en la casa. Fabio había montado en un santiamén un aparato que parecía un buscador de metales y había salido con Basia, ambos armados con los rifles y las pistolas que portaban en la sobaquera. Con el agujón del hambre taladrándole el estómago, Julia cogió la potente linterna que le había dejado Basia y bajó la escalera del sótano.

Lo primero que hizo fue abrir de par en par las puertas por las que había entrado la noche anterior, para que el aire limpiara el hedor que aún invadía el recinto. A lo largo de la casa había una serie de troneras a ras de suelo que dejaban entrar la luz, así que apagó la linterna.

El sótano estaba dividido por las estanterías que ya había visto a su llegada a la casa. Se veía claramente el registro efectuado por Basia la noche anterior. Examinó el suelo buscando alguna trampilla que ocultara un segundo sótano, pero el cemento cubierto de polvo era sólido y no presentaba más resquicios que los propios del uso. Entonces dirigió la atención a las paredes y las fue golpeando, una a una, intentando encontrar huecos que delataran una puerta oculta.

En una de las esquinas, casi debajo de la escalera que conducía a la trampilla exterior, había una pila de sacos de yute que impedían llegar a la pared con comodidad. Al arrastrarlos para dejar libre el camino, descubrió unos arañazos en el suelo formando una figura de media luna casi perfecta. Eso no podía ser fruto de la casualidad, así que trazó con un dedo el rastro de la semicircunferencia y, al llegar a la pared, observó que coincidía con una juntura del muro que se elevaba en línea recta hasta el techo del sótano.

Cogió un trapo grasiento de una de las estanterías cercanas y limpió las juntas de la pared y del suelo con todo cuidado. A continuación, buscó y encontró una vela, la encendió y la acercó a las juntas. Su excitación creció como la espuma cuando vio que la llama se inclinaba hacia afuera en algunos puntos, como si alguien estuviera soplando con suavidad. Si había una corriente de aire, había un hueco. Ahora sólo faltaba descubrir el mecanismo de apertura.

—Creo que tengo algo —musitó mientras apretaba el auricular—. Necesito que alguien le eche una ojeada.

—Voy para allá —oyó que contestaba Basia—. De todas maneras, aquí no hay nada. Lamberti, sigue buscando.

—Entendido —repuso Fabio. Estaba claro que Basia era la que estaba al mando del grupo.

Al cabo de unos momentos, se escucharon pasos en la escalera. Basia apareció con el suéter y los pantalones tiznados de polvo, pero no parecía importarle demasiado, ya que cuando Julia le explicó el hallazgo, se arrodilló con la vela para examinar las juntas.

—Parece que has dado en el clavo —le dijo cuando se incorporó, dándole un ligero apretón en un brazo con una sonrisa—. Ahora vuelvo.

Cuando volvió a bajar, traía consigo un pequeño objeto de plástico gris que emitía una luz violeta intensa muy parecida a la de los detectores de billetes falsos. Tenía una pantallita iluminada en verde en la parte superior y unos indicadores que cambiaban de color, como un semáforo.

Basia se situó frente a la pared e inició una curiosa danza con el aparato, estirándose para llegar hasta el techo y encogiéndose hasta quedar hecha un ovillo en el suelo, para dar a continuación un pasito de lado y volver a repetir la operación. Vestida de oscuro y con la luz ultravioleta iluminando las angulosas facciones, parecía una bailarina del Teatro Negro de Praga, y la fluidez de movimientos le confería un aspecto casi mágico en la semipenumbra acuchillada por la luz que entraba por las troneras como focos de escenario.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando la danza casi hipnótica se acabó con una suave exclamación.

Basia apagó el aparato y extrajo un ladrillo suelto del muro. La sección sospechosa de la pared se desplazó hacia afuera unos centímetros como una puerta bien engrasada al tirar de una palanca que había en la cavidad. Basia cogió la linterna de manos de Julia, se llevó un dedo a los labios en señal de silencio, desenfundó el arma y acabó de abrir la puerta secreta, tras lo cual metió linterna y pistola por el hueco y las movió en todas direcciones. Después se internó en la oscuridad. Unos instantes después, se hizo la luz en el interior.

Al entrar en el recinto, Julia vio que la galería era una cámara de unos diez metros de largo por seis de ancho y casi tres de altura, revestida de piedra e iluminada con luces de baja intensidad colocadas en el techo en dos hileras. El único mobiliario de la sala lo constituía una mesa de despacho bastante grande y antigua con patas leoninas, dos sillas a juego forradas de terciopelo verde, un sillón de cuero negro tipo Chester y una mesita baja adornada con marquetería moruna sobre la cual descansaba un tablero de ajedrez de alabastro y madera, con figuras de marfil de talla exquisita.

El suelo estaba cubierto casi en su totalidad por una gruesa alfombra de origen árabe, probablemente persa, cuyos intrincados dibujos rectilíneos, tejidos mediante innumerables nudos de lana de colores vibrantes, denotaban su excelente calidad.

A lo largo de las paredes había cuadros colgados de una barra que rodeaba la habitación. Julia reconoció un Opdenhoff, un Rossi y un Galliac. Había algunos huecos entre los cuadros de donde colgaban todavía varillas de sujeción. Julia supuso que habían sujetado los lienzos que el profesor había vendido para financiar sus expediciones.

Vio que Basia había enfundado el arma, había apagado la linterna y se había plantado frente a un cuadro con una expresión extraña en el rostro y los ojos casi cerrados. Al llegar a su altura, comprendió el motivo de su expresión: estaba contemplando una copia exacta del *Retrato de una dama* de Úte Firsch-Pieke.

Su primera impresión al ver el cuadro al natural por primera vez fue de absoluta admiración por la extraordinaria calidad del trabajo, que ahora estaba además perfectamente iluminado, pero no tuvo tiempo de recrearse en los magníficos detalles. La potencia del vértigo que la asaltó fue asimismo extraordinaria, y de no ser por el brazo de Basia que la asió con fuerza y la ayudó a sentarse en el sillón, se hubiera caído como un fardo.

—Es evidente que esta copia también tiene una imagen oculta —observó Basia con tono pensativo mientras daba unas palmaditas en el hombro de una Julia absolutamente mareada—. ¿Por qué pintó otro cuadro? Lamberti —dijo por el transmisor—, hemos descubierto la galería. Está en el sótano y hay otro cuadro. Tráete la cámara Da Vinci cuando bajas, por favor.

—Esto es lo que buscaban los Profundos —jadeó Julia desde el sillón—. Sabían que el profesor tenía el otro cuadro y por eso vinieron por él.

Basia continuaba mirando el segundo lienzo de soslayo.

—No estoy segura de eso —dijo, ladeando la cabeza—. No creo que esas criaturas tengan la delicadeza necesaria para transportar obras de arte. Creo más bien que simplemente vinieron buscando al profesor para acabar con él. Para pagarle los servicios prestados.

»Ahora bien —siguió diciendo, tras una brevísima pausa—, ¿quién, aparte de Grosshinger y Marsh, sabía que existían *dos damas*? Y, ¿por qué existen dos damas?

Las dos mujeres se miraron y se encogieron de hombros en perfecta sincronía. Demasiados nexos, demasiadas bifurcaciones y vericuetos. Momentos después, un Fabio jadeante entraba en la sala con una extraña cámara fotográfica. Su mirada examinó el recinto como la de un halcón mientras le alargaba el aparato a Basia.

—Se está levantando viento —anunció entre jadeos—, y por el este vienen nubes de tormenta. Hay que darse prisa; apuesto a que están preparando un segundo ataque.

Basia profirió una exclamación seca en un idioma que Julia no entendió y enfocó

el cuadro con la extraña cámara. El flash iluminó la habitación y Julia vio que ambos escudriñaban una pequeña fotografía que había salido de la cámara con un zumbido, como una Polaroid. Intentó mirar de nuevo el cuadro y descubrió que podía hacerlo sin que le acometiera otro vértigo si lo miraba de soslayo.

Y entonces se dio cuenta.

—Esperad un momento —exclamó mientras intentaba ponerse en pie sin conseguirlo—. Este cuadro es distinto al otro. ¿No os habéis dado cuenta? ¡Está mirando en el otro sentido!

En efecto, la dama del nuevo retrato tenía la cabeza vuelta hacia la izquierda, al contrario que la de Solsbury's. Por lo demás, era un duplicado exacto del otro lienzo. De pronto, Fabio y Basia se tambalearon, pillados por sorpresa por el hechizo y el rechazo mental de la horrenda visión subyacente.

—Es cierto —jadeó Basia, pasándose la mano por la frente y mirando al suelo para no cruzar la mirada con el cuadro—, pero no es una simple copia. Tiene que haber algo más que se nos escapa.

Julia miró la cámara que sostenía Basia con manos un poco temblorosas y vio que además de proporcionar una copia instantánea poseía una pequeña pantalla en la parte posterior. La imagen estática representada a todo color que mostraba no le causó ningún efecto de mareo y entonces se le ocurrió una idea.

—¿Puedo hacer una foto? —preguntó—. Quiero hacer una comprobación con la foto que saqué de Solsbury's.

Cuando Basia le pasó la pesada cámara, se levantó e hizo una foto aproximándose cuanto pudo al centro del cuadro. A continuación, subió al salón y cogió la fotografía del medallón ampliado.

La cámara, como había supuesto, disponía de un magnificador electrónico de precisión, con el que amplió la zona del medallón de la segunda dama y la imprimió. Tras comparar las dos inscripciones, Julia apretó el auricular del transmisor.

—Lo tengo —dijo con la voz alterada por la excitación—. Creo que ya lo tengo.

El sonido de pasos apresurados subiendo la escalera precedió a los dos investigadores vaticanos, que se aproximaron a Julia con expresión expectante.

—Mirad —dijo ésta acercándose al mapamundi y pinchando las dos fotos en las partes con agujeros—. La dama del primer cuadro miraba hacia su derecha y la inscripción del medallón no correspondía con nada, pero la del segundo está mirando hacia su izquierda y los símbolos del medallón son idénticos a los de la losa de piedra hallada en el pozo de la isla de Oak. ¿Qué tenemos? —instó haciéndose a un lado para que se pudiera ver el conjunto.

El mapamundi mostraba a las dos damas mirándose a los ojos, una portando un medallón cuyos signos habían sido descubiertos en una losa que tapaba un pozo en Nueva Escocia de procedencia, contenido y profundidad desconocidos. La otra dama

estaba colocada sobre Irlanda y su mensaje estaba aún sin descifrar, pero todo apuntaba a que había algo allí, en las inmediaciones del asilo Webster, en la isla de Innishshark.

—Espléndido —exclamó Fabio y se acercó para dar un espontáneo abrazo a Julia—. *Bravo, Giulia.*

Julia trató de controlar el orgullo inexplicable que la embargaba. Sentía una sensación de liberación, de estar saliendo por fin del túnel en el que había estado metida, de dejar por un instante de ser la presa.

Basia seguía mirando el mapamundi en silencio, como tratando de descifrar el secreto de las damas y los enigmáticos mensajes.

—Lamberti, registra la galería —ordenó al cabo de un instante, mientras volvía a conectar el transmisor de la maleta—, todavía no sabemos qué está pasando, y estoy convencida de que la pintora sí lo sabía. Obviamente, nuestro psiquiatra Grosshinger también trató de averiguarlo. Hay que encontrar algo más, algo que nos ponga sobre la pista definitiva de los sellos que mencionan en las cartas, algo que nos dé un motivo para presentarnos en Irlanda.

Fabio desapareció de nuevo escalera abajo y Basia volvió a enfrascarse en una larga conversación con alguien en un tono apremiante y seguro. Un trueno resonó a lo lejos y Julia se envaró, mirando hacia las ventanas con aprensión. El tiempo estaba cambiando deprisa.

Julia cogió su maletín y guardó las fotos. Encima de la mesita estaba el bastón de coral que se le había caído al monstruo del puente londinense. Lo llevó a la luz del sol, que lo hizo relucir con un rojo intenso, y pudo apreciar con nitidez las figuras talladas con abominable exquisitez, unas entalladuras que, sin saber por qué, le produjeron un efecto de náusea. Las formas obscenas que insinuaban los terribles dibujos la hicieron evocar *imágenes de lugares imposibles y ritos profanos con seres amorfos danzando alrededor de un inmenso monolito de basalto negro apenas iluminado por la luz malsana de una luna gibosa...*

—¡No toques eso con las manos desnudas! —oyó que le decía Basia mientras notaba que le arrancaban el bastón de las manos. Salió del oscuro trance con un sobresalto y guiñó los ojos al encontrarse rodeada por la claridad del día. Basia había soltado el bastón encima del sillón como si quemara.

—¿Qué ha pasado? —consiguió balbucear, aturdida.

—Esto es un artefacto peligroso y su simple contacto puede conducir a la locura, si uno no tiene la preparación mental necesaria —respondió Basia, con los ojos clavados en el bastón y una expresión de odio en el rostro.

»Siento haberte asustado —añadió, asiéndola del brazo por un breve instante—, pero ya he perdido demasiada gente a manos de estas blasfemias. —Su voz había adquirido la consistencia del acero—. Hemos de partir cuanto antes hacia Londres.

Dame tu TP, por favor —concluyó alargando la mano y haciendo un gesto hacia su oreja.

Julia estaba desconcertada y con un cierto temor a ser abandonada allí a su suerte, en Austria, sola y en el punto de mira de los horribles seres.

—¿Qué... qué va a pasar conmigo? —tartamudeó, moviendo la cabeza en dirección al transmisor de la maleta—. ¿Os han dado instrucciones respecto a mí?

Basia se la quedó mirando y lanzó un suspiro mientras guardaba los pequeños transmisores.

—Sólo tienes dos opciones, y ninguna de ellas es agradable —anunció haciendo que a Julia le volvieran a quemar las entrañas—. Puedes volver a España y seguir con tu trabajo, pero no podemos garantizar tu seguridad, y menos en un puerto de mar como Barcelona. Deberás seguir un proceso de acondicionamiento y después de eso, estarás sola. La otra opción —prosiguió sin darle la oportunidad de contestar— consiste en unirse a nosotros y continuar la lucha hasta el final, pero para eso has de desaparecer de la luz pública y jamás volverás a ver a nadie conocido.

Con un gesto brusco, cerró la maleta transmisor y se volvió hacia Julia.

—Es así de simple. Piénsalo bien —le advirtió, y una sombra empañó la gélida mirada—. No hay vuelta atrás en ninguno de los dos casos. Piénsalo mientras Lamberti y yo acabamos de recoger el equipo. Sal afuera, si quieres; el aire fresco te ayudará a tomar la decisión correcta... si es que la hay.

Al salir de la casa, tras haber pasado en ella casi dos días enteros, la sensación de frescor de una atmósfera limpia y la tibieza del sol de febrero que todavía luchaba en el cielo casi cubierto hicieron en su ánimo el efecto de un bálsamo. Cerró los ojos con fuerza e inspiró el aire frío y cortante hasta que le dolieron los pulmones.

Por un momento, quiso imaginar que todo aquello había sido una elaborada pesadilla de la que iba a despertar de un momento a otro. Parecía imposible que los bucólicos bosques vieneses coexistieran con el infierno al que había sobrevivido. Se alejó un poco de la casa y entonces vio los restos de los horribles seres que habían atacado la noche anterior.

Esparcidos como grotescos enanos de jardín, los cadáveres de formas imposibles que habían empezado a descomponerse hicieron añicos su esperanza. El viento cambió de dirección y se dio cuenta de que apestaba a sudor y a suciedad. Una breve mirada al desaliñado atuendo que llevaba puesto desde su partida de Inglaterra la hizo desear una ducha de manera ferviente, algo que pudiera alejar el hedor a miedo que parecía habersele incrustado en las ropas y en la piel.

Se sentó a horcajadas en uno de los muros bajos que separaban el sendero de la entrada. Había llegado el momento de decidir qué camino tomar. Fuera cual fuera, la decisión iba a cambiar su vida para siempre y no había vuelta atrás.

Regresar a Barcelona tras el tratamiento —que sospechaba consistiría en ayuda

psicológica para aceptar la abominación, si no resultaba ser una desprogramación al estilo militar, mucho más radical—, supondría volver a casa y al trabajo y fingir que no había ocurrido nada. Volver a su vida anterior supondría mirar cada día por encima del hombro para comprobar si la seguían, sentir el terror a salir por la noche, evitar puertos, barcos y ríos. No volvería a ser dueña de su vida, sino una esclava malviviendo un miserable periplo agónico hasta el día de su muerte.

«No —decidió con un súbito arranque de coraje—, no voy a caer tan fácilmente, jodidos hijos de puta.»

Ahora sabía parte de la verdad, había visto muy de cerca la espantosa cara de un destino al que la humanidad se estaba acercando a pasos agigantados. Sabía que el precio de ese conocimiento podía representar la locura más terrible, y una muerte aún más espantosa, pero, al menos, moriría luchando y viendo venir al enemigo y no de pronto, ignorando quién o qué había hecho añicos el espejo en el que se reflejaba el apacible mundo de los mortales para revelar el terrible caos ancestral que se agazapaba al otro lado.

—¡Julia! —Un grito la sacó del torbellino de pensamientos. Alzando la cabeza, vio a Fabio en la puerta de la casa haciendo gestos para que se acercara. Ya no hacía sol, y la lluvia había empezado a caer una vez más.

Encontró a Basia hojeando un pequeño cuaderno y mirando con expresión ceñuda el mapamundi con las fotos pinchadas. Fabio, con los ojos centelleantes como el cristal, sonreía y movía las manos con nerviosismo.

—Encontré el resto del diario de Grosshinger —explicó sin dejar de mover los hombros espasmódicamente y sorbiendo por la nariz—. Había una caja fuerte detrás de uno de los cuadros y en su interior estaba el diario y... esto.

Julia vio que sobre la mesa había un libro de aspecto antiguo, bastante grueso y encuadernado en algo parecido a piel, de un color amarillo apergaminado y con manchas oscuras diseminadas por la superficie. En la cubierta se podían leer unos caracteres de trazo oriental que le recordaron a las ilustraciones tibetanas que había tenido colgadas en las paredes de su habitación durante la época más joven y alocada de su vida.

—Es la primera copia que encontramos del *Libro de Dzyan* —dijo Fabio—, aunque parece bastante reciente, quizá una compilación medieval.

Julia contempló el grueso volumen con reverencia. El *Libro de Dzyan* era tan antiguo, según lo expuesto por Madame Blavatsky, que los anticuarios podrían pasar toda una vida admirándolo sin ponerse de acuerdo en el tipo de material de que estaban hechas sus páginas.

Se decía que de su contenido habrían salido los primeros libros de ocultismo hebreos, el *Siphra Dzeniouta*, o el mismísimo *Sepher Jezirah* atribuido al patriarca Abraham, y libros tan dispares como el *Shu-King*, la primera biblia china, o los textos

caldeos prohibidos de *El Libro de los Números*.

Recordó haber leído veladas referencias acerca de las historias que narraban las estancias, nombre con el que se identificaba a las distintas estrofas que lo componían. Los terribles pasajes describían inquietantes revelaciones de un pasado olvidado y un futuro profetizado y oscuro. Se contaba que un monje benedictino que consiguió entrar en uno de los monasterios tibetanos para estudiar los textos sagrados de los lamas huyó del templo despavorido, y los escritos que dejó antes de suicidarse, quemándose vivo en el claustro de una abadía italiana, relataban con letra temblorosa ritos blasfemos celebrados en templos secretos y consagrados a dioses malditos.

Julia apartó la vista del fascinante volumen con esfuerzo y se volvió hacia Basia, que continuaba leyendo las últimas páginas del pequeño tomo encuadernado en piel marrón. Se acercó y echó una ojeada a la apretada escritura que ya había visto en las páginas del otro diario de Markus Wilhem Grosshinger. Era la misma letra, estaba redactado en alemán y en primera persona, con fechas encabezando párrafos cuya caligrafía denotaba una inquietud mayor a medida que pasaban las páginas.

—Ésta es la pieza que nos faltaba —afirmó Basia, cerrando el pequeño libro y pasándoselo a Julia. Estaba un poco más pálida y su mirada era puro hielo—. Grosshinger estuvo tratando a Ûte durante casi un año y esta parte del diario describe con minuciosidad malsana los cambios a los que alude en el otro fragmento. Al parecer, Ûte mantuvo relaciones *contra natura* con los Profundos en alguno de sus viajes. Poco a poco, su fisiología empezó a cambiar, adoptando el aspecto de uno de esos seres, metamorfosis que el profesor describe con la precisión de un cirujano. Alguien debió descubrir a Ûte cuando estaba pintando un autorretrato en alguno de los lapsos de cordura que le quedaban y la hizo internar en el asilo Webster para ocultar el horror en que se estaba convirtiendo.

—Tal vez su propio marido no huyó con la nueva modelo —intervino Julia mientras se sentaba en el sofá. De repente se sentía cansada y sin energía—. Quizá fue él quién la descubrió en el apartamento y la trasladó a Irlanda. Probablemente nunca lo sepamos.

—Sea como fuere —continuó Basia, dejándose caer en el sofá al lado de Julia—, el cambio continuó y una noche de tormenta el ser horrendo que una vez fue Ûte Firsch-Pieke consiguió huir del asilo y se lanzó al mar sin que los aterrorizados médicos pudieran impedirlo. Nunca recobraron el cadáver, pero, y cito textualmente al profesor, «sospecho que sigue aún viva, nadando con el resto de los Profundos en las cercanías de la ciudad submarina y esperando el despertar del dios que yace soñando en el fondo del océano».

»El profesor se hizo con los cuadros del matrimonio justo antes de que estallase la guerra —prosiguió tras una pausa, masajeándose la nuca con suavidad—, después volvió a Austria y dedicó buena parte de su vida y su fortuna a buscar el *Libro de*

Dzyan, que al parecer encontró entre los restos carbonizados del monje benedictino. Los otros monjes habían enterrado el cuerpo en tierra desacralizada con todos los escritos, negándose horrorizados a albergar en el cementerio tamañas blasfemias.

Julia ató más cabos sueltos. Ésa era la justificación de las apreturas económicas que habían obligado al profesor a vender parte de su patrimonio pictórico. Había estado viajando por toda Europa, buscando sin descanso el libro maldito, y después había estado estudiando su extraordinario contenido, perdiendo poco a poco la cordura con sus aterradoras revelaciones.

Mientras cavilaba, Julia había ido hojeando distraídamente el manoseado diario. De vez en cuando, entre las anotaciones había algún dibujo garabateado con mano poco hábil, la mayoría de las veces indescifrable. Uno de ellos, sin embargo, captó su atención sin motivo aparente. Era una sucesión de trazos burdos de contorno irregular coloreados a mano que formaban un dibujo abstracto, parecido a un cuadro de Hans Hoffman llamado *La tercera mano*.

Algo en el esquema trazado con mano temblorosa irradiaba familiaridad, y se encontró mirando de nuevo el gran mapa.

—Hay algo en Irlanda —oyó que decía la voz lejana de Basia—, algo que está relacionado con los símbolos de los medallones y los de la isla de Oak. Pero ¿qué es? El pozo de la isla de Nueva Escocia no parece tener fondo y la Starfish Alliance está muy interesada en mantener a la gente fuera de allí...

Una vez más, la memoria fotográfica que tenía Julia para el arte pictórico le proporcionó la solución. Se alzó del sofá como impelida por un resorte y se aproximó al mapa con el diario abierto, sin apercibirse de que Fabio, alarmado, estaba desfundando el arma y mirando en todas direcciones. Los contornos coincidían en forma y en tamaño con los representados por el mapa de placas tectónicas del planeta que había en la esquina inferior derecha. Por alguna razón, el profesor había reproducido el esquema en su diario y había dibujado además un par de marcas en dos de las zonas que correspondían con exactitud a los agujeros de Nueva Escocia e Irlanda. Julia leyó con dificultad los párrafos anteriores y posteriores al dibujo, pero no consiguió entender más que palabras inconexas como *Ungestüm lava* (lava volcánica); *Druck* (presión); *Wasser* (agua); y *erhitzt* (calor).

Iba a volverse para comentar sus impresiones cuando un relámpago iluminó la sala y el miedo le atenazó la garganta y el vientre con garra de hierro, haciéndola olvidar por completo todo lo demás. El trueno sonó bastante cercano. Un nuevo ataque estaba a punto de comenzar.

Fabio se convirtió de pronto en un torbellino de actividad. Sacó el rifle y le acopló una mirilla telescópica, revisó el cargador y se apostó en la ventana. Basia, por su parte, cerró las dos maletas de golpe y se volvió hacia Julia, mientras cogía el otro rifle.

—Hemos de salir de aquí inmediatamente —le espetó—. ¿Qué has decidido, Julia? ¿Te vas a Barcelona o vienes con nosotros? —añadió con sequedad, mirándola con ojos helados.

—Me voy con vosotros —dijo Julia con firmeza tras un instante de titubeo, y vio cómo Fabio daba un cabezazo de asentimiento. El intervalo entre el relámpago y el trueno que acompañó sus palabras le permitió contar sólo hasta tres. Esta vez todo iba mucho más aprisa.

Basia asió el maletín de Julia y se lo dio mientras guardaba el libro, los diarios y el bastón de coral en bolsas de plástico.

—Recoge las fotos del mapa, coge el coche y reúnete conmigo en la carretera —le ordenó antes de salir y echar a correr por el camino hacia la verja de entrada.

Totalmente desconcertada por el repentino cambio de ritmo, pero consciente de la urgencia que se requería de ella, Julia recogió con presteza las fotos y los documentos esparcidos por la mesita y el suelo del salón y los metió en el maletín. Tras un instante de indecisión, sin saber muy bien por qué, arrancó también el mapamundi. Finalmente, recogió los guantes, su maltrecho abrigo y salió volando hacia el garaje. Fabio la siguió corriendo hacia atrás, cubriendo la retirada con el rifle, y cuando estuvieron al lado del coche, le dio un apretón en el hombro y siguió corriendo a toda velocidad hacia la entrada de la finca.

La lluvia había arreciado y el suelo estaba fangoso. El Sköda seguía tapado con la lona y Julia se alegró de haberlo hecho cuando comprobó con alivio que arrancaba. Al llegar a la verja de la entrada, vio que Basia estaba aguardándola con el rifle y alcanzó a ver la silueta de un todoterreno negro que se alejaba carretera abajo. Basia le hizo señas para que se cambiara de asiento y ocupó el del conductor, instando a Julia a ponerse el cinturón de seguridad mientras ella también lo hacía.

Julia temió por su vida cuando el coche arrancó, haciendo volar una montaña de grava y barro, y se lanzó en pos del otro vehículo, negociando curvas y cambios de rasante como si se tratara de un rally. Los árboles se deslizaban a los lados con rapidez escalofriante y por suerte no se cruzaron con ningún otro vehículo hasta que llegaron al cruce con la autovía. Una vez allí, Basia aminoró un poco la velocidad, tomó la ruta que llevaba de nuevo a Viena y se relajó en el asiento.

—Hemos de llegar a Londres cuanto antes —le explicó a Julia, que había permanecido muda y aferrada a su asiento—. Hemos de entregar todo este material para que sea analizado por los expertos.

—¿Qué significan los símbolos de los medallones? —susurró Julia con voz ronca.

—Según lo que se decía en las cartas, tengo la certeza de que la losa de piedra de Oak actúa de protección *mágica* contra la apertura del pozo y también que fue colocada allí, hace mucho tiempo, por alguien que probablemente nunca identificaremos —respondió Basia sin dejar de mirar al frente mientras seguía

conduciendo a gran velocidad—. Aparentemente, no se pueden quitar, a menos que se pronuncie correctamente la invocación que deshace el conjuro. Alguna estancia del *Libro de Dzyan* debe contener alguna pista que nos permita frenarlos. Están intentando romper el sello que protege el pozo, pero... ¿para qué?

Un sonido parecido al de apisonar gravilla retumbaba en la mente de Julia.

—¿Magia? —farfulló volviéndose hacia Basia con la cara desencajada—. Oh, Dios, oh, Dios —musitó con desespero—. Aún quedan más sorpresas, ¿verdad?

Basia golpeó el volante con la mano y emitió un chasquido de consternación con la lengua.

—Maldición, Julia —exclamó, volviéndose a mirarla durante un breve instante con expresión ceñuda—. Ni siquiera has llegado a ver la punta del iceberg. Hay mucho más que monstruos ahí fuera. El mundo real tiene más secretos que los que han pasado a la historia oficial. Y la magia es uno de ellos.

Julia sintió cómo se le venía abajo otra sección de su estantería mental.

—Pero la magia no existe... —aventuró con tono quedo—. La magia tradicional es en realidad algo que la ciencia ha conseguido desvelar parcialmente, y lo demás sólo son conjeturas sin sentido.

—¿Crees que la ciencia puede explicar lo que te está sucediendo, Julia? —preguntó Basia sin cambiar la expresión—. ¿Crees realmente que todo esto puede estar pasando por *causas naturales*?

—Nnno, pero...

—Escúchame, Julia. Algunas leyendas y cultos pretéritos que aparecen en los libros han existido realmente —siguió diciendo Basia—, y sus misterios van más allá de la simple enajenación mental provocada por algún brebaje alucinógeno.

—Entonces, ¿existen los magos?

—Cualquiera puede ser mago. Tan sólo se requiere la voluntad de hacerlo y el conocimiento de lo que puede y no puede hacerse. ¿Recuerdas a Houdini, el escapista más famoso del mundo? Es el ejemplo perfecto de un hombre corriente que tenía algo en su interior que le permitía hacer cosas extraordinarias.

—Pero ¿y yo? Yo no he hecho nada extraordinario...

—Todavía no —rectificó Basia con énfasis.

Recorrieron unos kilómetros más en silencio, mientras Julia sentía cómo le hervía la cabeza con preguntas. Su infancia y sus padres estaban pasando a primer plano en el caos que en pocos días había destrozado su vida por completo. Caras deformes con ojos imposibles, símbolos indescifrables, revelaciones aterradoras, todo se estaba superponiendo a gran velocidad en su mente apabullada. *Flash. Flash. Flash.*

Julia soltó un gemido y se cogió la cabeza con las manos, incapaz de frenar el alud.

—Cálmate, Julia —oyó que le decía Basia—. Todo a su debido tiempo. No

intentos asimilar todo o perderás tu equilibrio mental.

—¿Mi equilibrio mental? —casi gritó, con la voz cargada de cinismo—. ¿Crees realmente que todavía me queda algo de cordura?

Los bosques sombríos se deslizaron velozmente ante ella en el silencio que siguió.

—Lo siento, Julia —espetó finalmente Basia con cierta acritud y soltando un bufido—. Ya sé que te han pasado muchas cosas en muy poco tiempo. No es nada fácil reconocer que tras la vida relativamente plácida del mundo civilizado existe una realidad plagada de terrores que ni siquiera nos atrevemos a conjurar en sueños. — Soltó el volante un instante y cogió el antebrazo de Julia con un mano sorprendentemente cálida—. Pero ahora hemos de anteponer el bien de muchos al bien de unos pocos. Necesitamos encontrar algo que nos permita descifrar los símbolos del medallón, o ya no va a ser necesario que te preocupes por tu cordura o por la civilización.

Otro pensamiento azotó como un látigo el castigado cerebro de Julia.

—¡El profesor Baxter! —casi gritó, volviéndose hacia Basia, que la miró con alarma—. El historiador que se ofreció a traducirme los símbolos en Londres podría sernos de utilidad, y todavía no sabemos qué significan o cómo se utilizan. Deberíamos ir a verlo antes de dirigirnos a Irlanda.

—¿Roderick Baxter? —exclamó Basia—. ¿El *curator* del Museo Británico te ayudó con la transcripción?

—¿Conoces al profesor? —preguntó Julia estupefacta.

—Baxter es una eminencia en su campo y a veces le consultamos discretamente cuando nos encontramos con algo que no podemos descifrar —contestó Basia haciendo una mueca—. No nos ha dicho nada de este asunto... Ojalá lo hubiese hecho. Bien, esto puede alterar los planes.

Basia paró en el arcén y pasó al asiento de atrás, donde descansaba el maletín transmisor. Lo puso en marcha y comunicó los nuevos datos a alguien. Guardó silencio unos instantes y después comunicó a Fabio el cambio de planes mediante el diminuto transmisor que volvía a llevar colocado en el oído. Siguiendo órdenes de sus superiores, ella y Julia se dirigirían a Londres. Fabio debía seguir hasta Irlanda y aguardarlas allí, en un aeródromo cercano al puerto de Cleggan, de donde partía el trasbordador hacia la isla de Inishbofin, frente a la que suponían estaba el objetivo final.

Mientras seguían avanzando en dirección a Viena, Julia se puso a reflexionar. No sabía qué le aguardaba en Londres, ni tampoco qué representaba pertenecer a la organización vaticana. Todavía había muchos cabos sueltos y pocas respuestas, entre ellas qué iba a ser de su vida. «Si sobrevivo», pensó con un estremecimiento.

De repente, se irguió en el asiento y se giró hacia Basia.

—Por cierto —preguntó con cierto recelo—, ¿cómo me seguisteis la pista? Puse bastante empeño en evitarlo y parece que no sirvió de nada.

Basia la miró con un brillo malicioso en los ojos y sonrió.

—Te puse un localizador en el abrigo mientras estabas en la hemeroteca. Todavía lo llevas puesto en el cuello.

Julia se palpó el cuello del baqueteado abrigo y notó un diminuto bulto en la nuca. Inició un movimiento para quitárselo, pero Basia se lo impidió con rapidez.

—Es mejor que sigas llevándolo durante un tiempo —dijo, mirándola brevemente con expresión seria—. Al menos hasta que este asunto finalice. Sería muy peligroso que te perdiéramos la pista ahora.

Julia abrió la boca para replicar pero la volvió a cerrar. Tenía razón. Ya había demostrado que lo suyo no era la acción y sus reacciones frente a los monstruos no habían sido precisamente las más adecuadas. Gracias al dispositivo, le habían salvado la vida dos veces y las cosas no parecían ir a mejor.

—De acuerdo —concedió—. Otra cosa, Basia. ¿Cómo me encontraron *ellos*?

La mujer guardó silencio durante unos momentos mientras el veloz Sköda seguía acortando la distancia que las separaba de Viena.

—¿Sueñas a menudo con el mar, Julia?

La inesperada pregunta le produjo un torbellino de imágenes y sensaciones oníricas.

—A veces —respondió dubitativa—. Pero casi nunca me acuerdo de lo que he soñado.

La imagen de la horrenda cabeza de pez salpicándole la cara la asaltó.

—Soñé que una mujer con facciones monstruosas me tiraba agua a la cara —dijo abriendo mucho los ojos, mientras se daba cuenta de su verdadero significado.

Vio que Basia asentía sin decir nada. Un jirón de pavor volvió a sacudirle las entrañas. «Un sueño tan real, —recordó estremeciéndose—, un sueño que no fue un sueño, sino un conjuro.»

—¿Quieres decir que esos monstruos pueden *entrar* en tus sueños? —inquirió con el temor aflorando en su voz.

—Sólo en los sueños de ciertas personas —contestó Basia—. Es una especie de contacto telepático del que hemos podido averiguar muy poca cosa. Pero al parecer son capaces de lanzar conjuros *a través* de los sueños de alguien que...

Basia enmudeció. Julia se volvió para mirarla. Tenía los labios prietos formando una línea recta.

—¿Alguien que... qué? —insistió Julia, cuya inquietud iba en aumento.

Basia la miró con expresión inescrutable y exhaló con fuerza por la nariz.

—Hay personas como tú que están a caballo entre los dos mundos —dijo finalmente, fijando la vista en la carretera—. Hasta ahora sólo hemos hallado

personas que voluntaria o involuntariamente han sido *preparadas* para esto, sobre todo mujeres.

Julia se tensó en el asiento.

—¿Preparadas? —exclamó, notando que el miedo volvía a crecer—. ¿Preparadas por quién? ¿Y para qué?

Basia se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo.

—Será mejor que te lo explique el padre Marini —respondió tras una pausa—. Está más acostumbrado que yo a este tipo de...

—¡No! —la interrumpió con voz agria—. Tengo derecho a saber el porqué de este maldito asunto. ¡Maldita sea, Basia! ¡Se trata de mi vida, por el amor de Dios!

—Está bien, está bien —claudicó ella, manteniendo un tono tranquilo de voz—. Cálmate. Te lo explicaré lo mejor que pueda.

Varios kilómetros más tarde, Basia había detenido el coche en una zona de descanso. Sin decir nada, acariciaba con suavidad la espalda de una desconsolada Julia que sollozaba sin poder contenerse, doblada sobre el asiento.

Todo encajaba tras la descarnada historia que había oído, mientras sus recuerdos de niñez afloraban uno tras otro. Ahora veía a sus padres sellar los pactos secretos con los monstruos a cambio de oro, y entendía los esfuerzos de éstos por lograr un espécimen de híbrido que pudiera integrarse entre los humanos para destruirlos desde dentro. Ahora sí comprendía el propósito de los terribles experimentos que habían culminado en espantosas abominaciones, de las cuales Úte había sido el resultado tras su estancia en el asilo Webster. Todo encajaba con precisión aterradora en un relato imposible, pero del que sus propios progenitores habían sido protagonistas.

La pregunta que primaba por encima de cualquier otra era: ¿por qué? ¿Por qué su familia, por qué ella? ¿Qué podía ofrecer ella, humana insignificante, a unas deidades omnipotentes que odiaban a su raza desde tiempos inmemoriales, excepto un poco de sangre que, a buen seguro, no iba a ser suficiente para aplacar ninguna venganza milenaria?

La desesperación se apoderó de nuevo de ella. ¿Qué hacía allí? Estaba presa y condenada, marcada como las cortesanas de la Edad Media, con una muesca invisible grabada a fuego de la que jamás se iba a poder librar. Con la cara arrasada, se volvió hacia la otra mujer y las dos se fundieron en un abrazo desconsolado, mientras la tormenta derramaba sus propias lágrimas sobre los cristales empañados.

Al cabo de un rato, Basia reemprendió la marcha. Ninguna de las dos volvió a pronunciar una palabra durante el resto de trayecto; Basia por respeto, Julia por temor a desenterrar más esqueletos de la fosa común en que se había convertido su vida.

Para su sorpresa, Basia no entró en la capital austríaca, sino que se dirigió directamente al aeropuerto internacional, dejó el coche en la zona de alquileres con las llaves puestas y se internó con decisión a través de tal maraña de pasillos y

escaleras que hicieron desistir a Julia de tratar de adivinar a qué puerta se dirigían.

Quince minutos más tarde, con el asombro reflejado en el rostro, estaba instalada en el asiento de un pequeño avión a hélice sin marcas, al que habían accedido sin enseñar ni credenciales ni billetes ni pasar por ningún control de seguridad. A sus pies, el aeropuerto de Viena, con sus elegantes formas curvilíneas parecidas a una doble clave de fa, empequeñecía mientras el avión ascendía con suavidad.

Cuando se hubo estabilizado y se apagó el indicador que había encima de los amplios asientos, Basia se soltó el cinturón de seguridad y se volvió hacia la todavía boquiabierta Julia.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó y soltó una risita breve cuando vio el cambio de expresión.

Julia devoró de forma muy poco educada todo lo que le fue trayendo una azafata sonriente, de ojos negros y pelo recogido en una cola corta, y ataviada con un uniforme sencillo sin insignias de colores blanco y amarillo claro.

Cuando estuvo ahíta, Basia apareció trayendo consigo el dulce olor de un suave perfume y vistiendo ropa limpia. La cascada de cabello negro azabache relucía con un tono azulado bajo el sol que entraba por las ventanillas. Con un gesto le indicó a Julia que siguiera a la azafata, que la condujo hasta un lavabo donde había una ducha minúscula pero bien surtida y una muda de ropa primorosamente plegada.

Los quince minutos que empleó no fueron suficientes para librarse del terror y del sufrimiento, pero sintió cómo el calor del agua penetraba en los poros y arrastraba la inmundicia que se había pegado a ella como una costra malsana y maloliente. Casi gritó de placer —y en algunas partes de dolor— al enjabonarse el maltratado cuerpo con una suave esponja y un exquisito jabón de delicada fragancia.

Al salir, vestida con un pantalón negro y un suéter color crema, calzada con unas zapatillas deportivas de un color crema más oscuro y el pelo cobrizo limpio y seco, Julia Andrade volvió a sentirse dueña de sí misma. Por un instante, olvidó todo lo ocurrido, cerró los ojos e inspiró profundamente el aire limpio y frío de la cabina del lujoso avión.

Cuando volvió a abrirlos, vio con cierta vergüenza que Basia la estaba observando con una expresión inescrutable. Julia desvió la mirada y se volvió a sentar en el asiento forrado de azul con diminutos anagramas blancos, dos llaves cruzadas y una mitra: la bandera del Vaticano.

A través del cristal de la ventanilla se podía observar el mar de nubes de formas caprichosas. De vez en cuando, a través de un hueco, se intuía un suelo parecido al de una maqueta inmensa que se desplazaba con lentitud, riscos y valles que envejecían la tierra, arrugas permanentes de una faz impasible surcada aquí y allí por ríos centelleando como cintas de plata.

Londres, tres días antes

El profesor Baxter había llegado a su apartamento de Morning Crescent hecho un manojo de nervios. Durante todo el trayecto había tenido la sensación de ser observado, pero todos los intentos de descubrir a sus perseguidores habían fracasado.

El pequeño piso que tenía alquilado era un reflejo en miniatura del despacho del British Museum. Abarrotado, para exasperación de la mujer de la limpieza, demostraba con rotundidad que Baxter vivía dedicado a su trabajo.

Sentado frente a la habitual montaña de objetos y papeles pendientes de ser clasificados, el profesor miraba un pequeño cuaderno con tapas de cuero con sentimientos contradictorios.

Por un lado, se sentía aterrorizado por el hecho de haber desobedecido la orden taxativa de telefonar a Florencia. Las consecuencias de la decisión de ignorar al Vaticano no serían agradables si la historia era fidedigna.

Sin embargo, la aparición de la española había insuflado una débil esperanza de cambio en la terrible perspectiva que los agentes pontificios le habían augurado años atrás. No podía por menos que sentirse aliviado al ver que, por fin, alguien más había visto la verdad. Para bien o para mal, iba a desencadenarse una sucesión de acontecimientos que iban a cambiar la civilización tal y como ahora se conocía, con independencia del resultado final.

Era el fin del mundo, quizá no el Apocalipsis que profetizaban los textos sagrados, sino un cambio que iba a abrir los ojos de los adormecidos y prepotentes humanos.

Una sombra se movió sobre la mesa. Baxter se giró en redondo hacia la ventana. Una silueta de proporciones gigantescas oscureció brevemente la luz de la luna que se esforzaba en taladrar la neblina de la noche.

Movido por un instinto urgente, Baxter se puso a garabatear frenéticamente en el cuaderno de notas, pero fue interrumpido bruscamente cuando la ventana y parte de la pared de madera se rompieron en mil pedazos. Un aleteo membranoso, casi húmedo, sonó a su espalda al tiempo que notaba cómo algo parecido a unas enormes cuchillas le desgarraba los costados.

Fue arrancado de la silla y arrastrado a toda velocidad hacia el hueco desgajado, aferrando entre sus manos el testimonio escrito, su última esperanza de redención, con las páginas revoloteando enloquecidas, y fue alzado, sin esfuerzo aparente, por la monstruosa figura alada que se perdió rápidamente en la negrura de la noche.

Capítulo XI

Medio adormilada por el sol que amenazaba con derretir el cornete de vainilla, Julia estaba recostada bajo la sombrilla multicolor que su padre había plantado antes de irse a dar un baño con su madre.

Entreabrió los ojos y vio a su padre haciéndole señas para que se acercara. Un poco a desgana, abandonó la sombra del parasol y se reunió en la orilla con sus padres, mojándose los pies y retrocediendo a saltitos cuando venía una ola. Después se metió en el agua y empezó a nadar junto a ellos, que describían círculos a su alrededor como tiburones sonrientes y felices.

Poco a poco, las fuerzas de Julia fueron menguando, sus movimientos se tornaron más espasmódicos y su respiración más entrecortada. Aparentemente ajenos, sus padres continuaban danzando en círculos y también se sumergían de vez en cuando sin dejar de sonreír. De repente, notó que la agarraban de las piernas y se hundió, braceando desesperadamente para volver a la superficie. Se estaba quedando sin aire y no podía desprenderse de lo que fuera que la estaba sujetando con fuerza.

Bajó la vista y vio con incredulidad y terror que era su padre quien la mantenía bajo el agua a pesar de sus evidentes muestras de ahogo. Intentó zafarse pero sintió que alguien la sujetaba por los brazos. Inmovilizada, boqueando un último estertor que dejó una estela de burbujas que destellaban bajo el sol, miró sin comprender a sus padres, que seguían sonriendo y sujetándola. En sus cuellos había unas tremendas heridas que palpitaban sin sangre, y sus ojos eran demasiado grandes y la miraban sin parpadear mientras los tres se hundían en la oscuridad del mar...

Londres

Se despertó con el corazón desbocado y se revolvió como una gata para zafarse de las manos que intentaban colocarle el cinturón de seguridad. Abocada a la realidad de golpe, un poco sudorosa a pesar del suave chorro de aire que le daba en la cara, vio que una azorada azafata le señalaba con una sonrisa tímida el indicador de seguridad iluminado. Julia murmuró una disculpa y acabó de abrochárselo mientras notaba que se ruborizaba.

Basia la miraba con una expresión extraña pero no hizo ningún comentario. Julia atisbó por la ventanilla y vio que el avión se aproximaba a una lengua refulgente de agua azul oscuro que parecía ser el Canal de la Mancha. Quedaban pocos minutos de vuelo para llegar a Londres.

El pequeño avión aterrizó de manera elegante en un diminuto aeródromo a las afueras de Londres. Un Toyota Celica negro de aspecto immaculado y matrícula inglesa les esperaba a pie de pista.

Basia ocupó de nuevo el asiento del conductor, ahora a la derecha, y Julia se aferró a la puerta, dispuesta a jugarse otra vez el tipo en las estrechas carreteras británicas. Pero esta vez la velocidad fue moderada y la conducción normal.

Poco tiempo después, estaban en la segunda planta del British Museum, llamando a la puerta del despacho del profesor Baxter. Nadie respondió, pero una mujer con cara de pájaro que salió de un despacho contiguo les informó de que hacía tres días que el profesor no venía a trabajar.

—Probablemente esté enfermo —dijo antes de cerrar la puerta de su nido y alejarse por el pasillo—. Pregunten en recepción.

Basia y Julia se miraron durante un largo instante, cada una considerando alarmantes posibilidades que llegaron a la misma conclusión. Sin mediar palabra, Basia extrajo un pequeño estuche de un bolsillo, eligió un par de estiletes delgados con estrías en la puntas y empezó a manipular en la cerradura. Como si lo hubiera hecho toda su vida, Julia se apostó en las inmediaciones de la escalera y se mantuvo alerta hasta que se oyó un chasquido y Basia desapareció en el interior del despacho.

Cuando se reunió con ella, vio que estaba registrando la mesa abarrotada. Julia se puso a mirar las montañas de papeles que cubrían el suelo, buscando algo que le llamara la atención. Momentos después, una exclamación ahogada de Basia atrajo su mirada: en la mano sostenía un grueso sobre acolchado de color amarillo que llevaba escrito el nombre de Julia. De su interior salió un disco compacto y un fajo de papeles con símbolos y anotaciones.

—Son las transcripciones de los fonemas —susurró Basia mientras les echaba un vistazo—. Pero no sé lo que puede haber en el disco...

La frase se le quedó a medias cuando se oyeron pasos en el pasillo. Como una sola persona, las dos se agazaparon tras el escritorio. Julia sentía latir su corazón con fuerza. La puerta del despacho contiguo se abrió y se cerró. El pájaro estaba de vuelta en el nido.

—Salgamos de aquí —susurró Basia en su oído, poniéndose en pie.

Mientras se levantaba, Julia vio por el rabillo del ojo algo blanco que había quedado medio encajado bajo una de las patas de la mesa.

—Espera —susurró inclinándose para recogerlo. Era una tarjeta de visita que tenía dibujado un emblema parecido a un ojo y que le resultó terriblemente familiar. A su lado estaba escrito Starfish Alliance y las palabras Gregory Henkshee, investigador, en el centro. Con la angustia creciendo en su interior y las lágrimas anegándole los ojos, le pasó la tarjeta a Basia. Una vez más, habían llegado demasiado tarde. La mirada que le devolvió su compañera mezclaba la ira con la

tristeza y el apretón que le dio en el brazo fue esta vez mucho más largo y fuerte.

Basia condujo el coche hasta un gran edificio de piedra que había a un par de kilómetros del aeródromo. Por su impresionante aspecto parecía tratarse de un antiguo palacio y estaba rodeado por un gran jardín con robles enormes y césped bien cuidado. El coche se acercó hasta una gran puerta de madera y hierro al lado de la cual se podía leer sobre una placa dorada «Ristorante italiano Il Palazzo».

El corpulento portero que había en la garita de la entrada se llevó la mano al oído con un gesto muy familiar, hizo una seña a Basia con la cabeza, y despertó las sospechas de Julia de que el lugar era algo más que un simple restaurante de lujo.

Una gran escalera las llevó hasta el vestíbulo, decorado con cortinajes de terciopelo rojo y muebles antiguos y recargados. Basia se dirigió al fondo y abrió una puerta anodina que resultó ser un ascensor. Insertó una llave en el panel y pulsó un botón rotulado con las letras B5. La cabina empezó a descender.

La gran sala subterránea en la que se encontró Julia cuando se abrieron las puertas no tenía nada que envidiar a un plató de rodaje de una película policíaca o de espías. Tenía forma circular y dos pisos de altura. La parte superior era una galería con barandas metálicas, y los dos pisos estaban divididos en cubículos mediante mamparas de cristal.

En el centro de la parte baja había una mesa ovalada con sillas metálicas a su alrededor, una de las cuales estaba ocupada por un hombre mayor vestido con un traje negro, con el cabello blanco cortado a cepillo y que observaba a Julia mientras se iba acercando. Al llegar a la mesa, ésta observó que el hombre lucía alzacuello y una pequeña cadena con una cruz de plata.

—*Benvenutta, signorina Andrade* —dijo con una sonrisa, estrechándole la mano con cordialidad y firmeza. Sus ojos oscuros irradiaban autoridad y determinación—. Soy el padre Roberto Marini, responsable de las operaciones en esta parte de Europa. Toma asiento, hija mía, *prego* —añadió en un castellano casi sin acento, señalando la silla contigua.

Julia descubrió con cierta aprensión que Basia se había quedado atrás. Se había metido en un compartimiento de la planta baja lleno de pantallas y estaba hablando con uno de los hombres que había en él. Cuando vio que la miraba sonrió e hizo un ligero gesto de asentimiento con la cabeza.

—Me alegra sobremanera que hayas decidido unirme a nosotros —continuó diciendo el padre Marini—. Necesitamos mucha gente para seguir con esta lucha de desgaste. Supongo que la *signorina Przytycka* te habrá puesto al corriente de nuestra situación y que tendrás una imagen clara de quiénes somos y a qué nos enfrentamos.

Sin esperar respuesta, pulsó una serie de botones en un panel de control, iluminando el centro de cristal de la mesa. En él apareció un gran planisferio con puntos de colores. Los azules eran los más numerosos y estaban repartidos por los

cinco continentes, especialmente agrupados alrededor de un conjunto de islas al sur del océano Pacífico. Julia observó con inquietud que en España había dos puntos azules, uno en el área costera de Galicia, cerca de Vigo y otro en Cataluña, por encima de Barcelona. Portugal tenía asimismo media docena de puntos azules y tan sólo un par de amarillos, uno en el Norte y otro en el extremo Sur.

—Las marcas azules representan la situación pasada y presente de algunos grupos de Profundos —dijo el padre Marini—, y las amarillas señalan la posición de nuestras fuerzas. Como puedes ver, estamos en franca minoría.

—¿Qué representan los otros colores? —inquirió Julia, señalando unos puntos de colores rojo y verde que había en Corea, China y la zona Este del planisferio.

—No sólo tenemos un único enemigo, hija mía —replicó el padre Marini con un suspiro—. El Mal está repartido en muchos frentes y tiene muchas caras. Lo que tú has visto es sólo una de las terribles razas que conjuran contra la humanidad. Pero hay también seres terrestres y entes voladores, en las montañas y en las cavernas subterráneas, monstruos que las leyendas atribuyen a la fantasía, pero que son en realidad vestigios vivientes de épocas oscuras y remotas de las que el hombre moderno no recuerda nada. Los pocos testimonios que han quedado escritos, en forma de escultura o grabado, son demasiado crípticos para los investigadores, que los clasifican de reliquias pertenecientes a un período «indeterminado» de la historia y los olvidan en los sótanos de los museos y las bibliotecas.

El eclesiástico apagó el mapa multicolor y se giró hacia Julia mientras se cogía la cruz del cuello con una mano. En su mirada se veía una inmensa tristeza y cuando habló, lo hizo con tono amargo.

—A veces tenemos suerte y alguna de estas «reliquias» cae en nuestro poder —dijo, sin dejar de acariciar la diminuta cruz—, pero muchas veces es el enemigo el que hace los descubrimientos y avanza un paso más hacia nuestra destrucción. Y lo peor es que hay seres humanos ayudando a esas blasfemias a completar sus planes de aniquilación, personas depravadas que no se dan cuenta del terrible error que están cometiendo y que están más allá de cualquier ayuda o redención, hundidos en una locura que les impide ver la verdadera naturaleza de lo que consideran su dios redentor.

—¿Quién es el causante de todo esto, padre? ¿El Diablo?

La amarga carcajada que soltó el padre Marini la pilló totalmente desprevenida.

—No, hija mía, no es el Diablo —replicó el sacerdote—, es mucho más que eso. Verás, Julia, hace mucho tiempo que la Iglesia sabe que no existe tan sólo la dicotomía entre el Bien y el Mal. Las Sagradas Escrituras son mucho más que la Palabra de Dios; han sido el vehículo de transmisión de unos conocimientos aterradores, que se remontan a tiempos pretéritos, muy anteriores a la presencia de la Humanidad sobre la Tierra.

A Julia se le antojó totalmente surrealista la imagen de un eclesiástico confesando que un fundamento de la Iglesia cristiana era en realidad lo que ellos mismos habían estado descalificando durante siglos. Pero antes de poder decir nada, el padre Marini continuó.

—Todos los textos mitológicos tienen coincidencias que no pueden ser ignoradas o despreciadas como cultos paganos de segundo orden. Todas las culturas que consiguieron sobrevivir al gran holocausto que sacudió el planeta en los albores de la prehistoria hacen referencia, de una forma u otra, a los mismos hechos: la decadencia de unos seres tiránicos y monstruosos que se destruyeron entre sí y asolaron el mundo durante el proceso.

Flash. Flash. Unas cuantas sombras más se iluminaron en el tapiz mental de Julia.

—Para unos son seres luminosos montados en carros de fuego que batallaban en el cielo mientras las estrellas caían a su alrededor —prosiguió el padre Marini—, otros los describen como espantosos demonios y terribles dragones nacidos de los cuatro elementos que constituyen los pilares de la ciencia moderna, pero que antaño fueron más. Algunos han escrito acerca de horrores indescriptibles llegados del espacio exterior y cuya sola visión acarrea la locura más profunda, pero todos, escritores o historiadores, profetas y supuestos iluminados, coinciden al narrar un aterrador Apocalipsis que cambió para siempre la faz del planeta.

Flash. Madame Blavatsky. Una a una, las oscuras profecías de la cosmogénesis y la antropogénesis contenidas en su descomunal trabajo literario fueron superponiéndose como acetatos sobre las imágenes evocadas por las palabras del padre Marini.

—Algunos los llaman Dioses Primigenios y los adoran mediante ceremonias que ni siquiera comprenden, que contienen vestigios de ritos tan antiguos que su origen se pierde más allá de los albores del hombre —dijo el eclesiástico, con la mirada fija en Julia—. Esos adoradores son fanáticos inconscientes que creen haber sellado un pacto de poder que será respetado cuando esas deidades monstruosas vuelvan a reinar sobre los mortales.

Julia no daba crédito a lo que estaba oyendo. Todos sus esquemas mentales se estaban desmoronando como un castillo de naipes azotado por una cruel ráfaga de viento.

—¿La Iglesia ha estado engañando a la humanidad todo este tiempo? —preguntó con un atisbo de rabia.

—Protegiendo, no engañando —replicó el padre Marini con un tono de voz más seco—. Durante mucho tiempo la misma Iglesia no entendió el verdadero significado de los textos, descartó muchos de los que se presentaron durante el Concilio de Cartago, en el año 397, y desarrolló la Biblia y la fe cristiana creyendo que se trataba,

en efecto, de la palabra de un Dios único y verdadero. Pero con el paso del tiempo, los hechos inexplicables que se iban sucediendo en el mundo eran cada vez más innegables y hasta la misma Iglesia tuvo que concederles atención.

Julia se estremeció. Casi dos mil años de desconocimiento, quién sabe cuántos más, reprimiendo, ajusticiando, negando cualquier prueba que empañara una fe que les producía innegables beneficios pero que había ido embotando poco a poco las defensas y había permitido que el enemigo se fuera haciendo fuerte.

—Todo se atribuyó a la imaginería popular —siguió diciendo el religioso, confirmando los pensamientos de Julia—, hasta que en 1884, mientras celebraba una misa, el papa León XIII tuvo una visión de muerte masiva y destrucción a manos de un Satán encarnado, y un período de tribulaciones que duraría más de cien años. Su sucesor, el santo padre Pío X, tuvo una visión mucho más detallada y terrible en 1909, de la que dijo haber visto a un Papa abandonando el Vaticano, huyendo despavorido de un horror indescriptible, pasando por encima de los cadáveres amontonados de la curia. Dijo también que el respeto a Dios iba a perderse y que el recuerdo del Altísimo iba a borrarse en los días aciagos que precederían al fin del mundo.

»Después de la segunda guerra mundial —siguió diciendo el padre Marini, jugueteando con la pequeña cruz mientras bajaba la vista—, la Santa Sede me puso al frente de este grupo secreto, que tiene como misión intentar prevenir esta hecatombe. Pero hemos tenido que esperar hasta que la tecnología de finales del siglo XX ha desvelado alguno de los horribles secretos que hasta ahora habían estado ocultos y a salvo, como el cuadro de la dama.

»Todo ha acabado por convertirse en esto —concluyó haciendo un gesto que abarcó la gran sala—, un puñado de humanos que se resisten a ser engullidos una vez más por el caos y que han de proteger de la verdad a una sociedad que nunca estará preparada para asumirla sin enloquecer o entregarse a la depravación atávica que precede a la muerte anunciada.

—Pero ¿entonces Dios no existe? —preguntó Julia con miedo a escuchar la respuesta.

El sacerdote fijó la mirada en Julia y agarró con firmeza la cruz de plata.

—Seguimos creyendo en Él y tenemos intacta la fe en un Cristo Redentor que resucitará un día de entre los muertos. La fe sobrevive con independencia incluso de la posible existencia de Dios —afirmó el padre Marini tajantemente—, pero también sabemos que hay algo más que puede precipitar el Día del Juicio Final y sumir al mundo en las tinieblas. Y contra eso luchamos. Ven —dijo poniéndose en pie—, vamos a ver qué ha conseguido hacer Przytycka con los datos del profesor Baxter.

Julia, un tanto aturdida por las revelaciones, siguió al corpulento eclesiástico hasta el compartimiento acristalado donde se hallaba Basia y otro hombre de pelo

castaño y ojos azules, al que le presentaron simplemente como Pieter.

—Pieter es nuestro experto en comunicaciones —dijo el padre Marini, posando una mano encima del hombro del aludido—. Es también el encargado de coordinar los grupos de acción y la logística de los transportes. ¿Qué tenemos en ese disco, Pieter?

El hombre pulsó un par de botones en la consola que tenía delante.

—Lo que van a oír es el contenido del disco que grabó el profesor Baxter para nuestra invitada —dijo, dirigiendo una leve sonrisa a Julia—. Al parecer, consiguió descifrar los fonemas y realizó la transcripción acústica mediante un ingenioso proceso que describe en los papeles que había en el sobre.

Los sonidos que salieron de los altavoces no eran humanos. Ninguna garganta podría haber emitido jamás los borboteos guturales ni las inflexiones que resonaban de manera amenazadora en la sala que, de repente, se había quedado en completo silencio.

Uno tras otro, los horribles fonemas compusieron una extraña letanía que hizo vibrar algo muy dentro de Julia, algo de lo que no había sido consciente hasta ese momento pero que había despertado al son de las terribles sílabas. Un recuerdo enterrado, quizá el eco de un sueño olvidado, algo que no podía definir estaba intentando abrirse paso a través de las barreras que su aterrado inconsciente había colocado.

Cuando finalmente murió el sonido, el profundo silencio que le siguió durante unos breves instantes acalló en parte su desazón. De repente tuvo frío y se estremeció, pero nadie pareció notarlo.

—En los papeles se encuentra la transcripción fonética de los símbolos de los dos medallones —añadió Basia—, y una carta dirigida a Julia en la que explica cómo consiguió reproducirlos.

Ésta cogió con manos temblorosas la hoja de papel que le tendía Basia y comenzó a leer:

Londres, Febrero

Querida Julia: Tenía usted razón. Hace muchos años que sé que estos símbolos son mucho más de lo que le he hecho creer. Había supuesto en un principio que nadie llegaría hasta donde usted ha llegado, que todo sería olvidado y que moriría por sí mismo, como mueren algunas leyendas. Pero la verdad es mucho más horrenda y trasciende a esferas de poder, de las cuales no tiene conocimiento ni yo, ni usted, ni la gran mayoría de los humanos. Me permito advertirla de que alguien más está sobre la pista, ya que al día

siguiente de su partida, un hombre llamado Gregory Henkshee me telefoneó, en nombre de la Starfish Alliance, una sociedad norteamericana que regenta el turismo de la isla de Oak. Parecía extremadamente interesado en el tema, pero me contestó con evasivas cuando le pregunté cómo me había localizado. Sólo dijo que me visitaría en breve para conversar conmigo sobre mis descubrimientos. Todo esto, por supuesto, me dice que el final de mis días está cercano.

Ya no confío en nadie más que en usted, mi querida Julia. Ya no serviré a nadie más que a mi conciencia. Pero antes de abandonar este mundo, quiero hacerla partícipe de todo lo que he descubierto y entregarle algo.

Hace años puse a punto un pequeño ingenio que imita la glotis de un batracio para tratar de reproducir los fonemas representados por los símbolos con la máxima fidelidad. Los documentos que le adjunto dan más detalles acerca del dispositivo y de la traslación fonética —aunque le advierto que tan sólo se trata de una burda aproximación— que espero sean de utilidad.

Que el cielo me perdone por no haber hecho esto antes, pero espero haber llegado a tiempo.

Que Dios la proteja en su arriesgada empresa.

Sin otro particular,

Sinceramente,

Roderick Baxter

Julia trató de tragar saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta. El sentimiento de culpabilidad era asfixiante. Se sentía responsable de la suerte del profesor —que no se atrevía a imaginar— y del peligro en que había puesto al mundo al facilitar la localización de la segunda clave que permitía abrir las puertas del infierno. Bajó la cabeza y deseó no haber tenido nunca aquel catálogo ni haber sentido la llamada de la pintora demente, acuciándola para hallar las obras malditas, tentándola con falsas promesas de gloria y riqueza. Entonces comprendió lo terriblemente fácil que debía ser para esa odiosa raza conseguir nuevos adeptos para sus oscuros propósitos. Como sus propios padres.

El leve roce de una mano con la suya le hizo dar un respingo. Sus sobresaltados ojos se encontraron con los de Basia, a los que la luz azulada de los fluorescentes confería un aspecto aterrador.

—No te puedes hundir ahora —le dijo mientras le cogía la mano con fuerza—. Es posible que el profesor siga con vida y necesitamos toda la ayuda disponible para esta misión. No puedes sentirte culpable por hacer visible lo invisible. Piensa que de no haberlo hecho, ni siquiera tendríamos la posibilidad de hacer fracasar sus planes

porque los desconoceríamos.

—Es cierto —añadió el padre Marini—. Lo más importante en estos momentos es averiguar qué está sucediendo. El tiempo corre en contra nuestra. Si llegamos tarde, lo único que nos quedará será un mundo desolado y agónico plagado de seres atroces que acabarán de exterminar a los supervivientes. Pero si llegamos a tiempo, podremos asestar un terrible golpe del que tardarán en recuperarse. Vamos, Julia —concluyó mientras la acompañaba con suavidad y firmeza hasta el ascensor—, recuerda a qué nos enfrentamos. Ellos llevan aquí mucho más tiempo que nosotros y conocen todas nuestras debilidades. Recuerda también que lo único que podemos hacer es intentar sobrevivir y seguir luchando.

Tras despedirse del padre Marini, Basia condujo a Julia hasta la segunda planta del edificio, donde había varias habitaciones que al parecer servían de dormitorio a la gente que trabajaba en las salas subterráneas. Desde allí, por entre los visillos de la cómoda pero austera habitación, Julia vio llegar los lujosos automóviles de británicos adinerados que iban a cenar al restaurante, totalmente ignorantes de la verdadera función que tenía el imponente palacio iluminado por potentes reflectores.

Julia se desnudó, se metió en la bañera y la llenó con el agua más caliente que pudo soportar. Sólo habían transcurrido unos días desde la subasta de Solsbury's, pero el agotamiento que sentía, moral y físico, le parecía el de un año entero. Todo su mundo se había venido abajo para ser sustituido por una pesadilla de la que no parecía haber escapatoria, un mundo grotesco que la minaba lentamente, despojándola de la energía vital como un vampiro espiritual.

Suspiró profundamente y siguió con mirada distraída el recorrido de una onda que atravesaba la bañera impulsada por su aliento, para estrellarse contra el otro extremo y finalmente desaparecer, reproduciendo una perfecta analogía de la vida.

Al día siguiente, empezaría el principio del fin. Para bien o para mal, el viaje a Irlanda iba a convertirse en iniciático y sería el eslabón definitivo que transformaría por completo una vida que hasta entonces había sido plácida.

Salió de la bañera y se envolvió en un albornoz. El calor del agua había penetrado en sus poros y le producía una agradable sensación de somnolencia, que aprovechó metiéndose en la cama. Al poco rato estaba profundamente dormida.

Capítulo XII

La fiebre había sido su peor enemigo durante la corta pero intensa gripe. Las subidas bruscas de temperatura habían alcanzado los cuarenta grados varias veces y Julia había experimentado el delirio febril más absoluto, viviendo inquietantes alucinaciones que le habían dejado un extraño regusto a mar en la boca reseca. Los sueños eran perversos, vívidos y recurrentes, imágenes de extrañas construcciones ciclópeas, desiertas y barridas por vientos huracanados, con grandes edificaciones parecidas a templos cubiertas de bajorrelieves y grabados que narraban cruentas historias de épocas que desafiaban al tiempo.

El mar estaba siempre junto a esas ciudades, un mar tenebroso y cubierto de nubes oscuras, en el que se agitaban formas que no alcanzaba a vislumbrar y del que salían cánticos de los que no podía librarse, disonancias que flotaban más allá de las fronteras del sueño, letanías ininteligibles que iban creciendo hasta hacerse dolorosamente insoportables. Ella corría, tratando de hallar la salida de la ciudad o simplemente un cobijo de la lluvia, del viento que aullaba burlón por entre las piedras carcomidas y del frío que sentía en el tuétano de los huesos, una sensación gélida de la que no conseguía deshacerse ni siquiera al despertar, cubierta con mantas eléctricas y atiborrada de infusiones calientes.

Durante uno de esos períodos, mientras yacía en la cama sudando y tiritando, gimiendo en voz queda mientras corría entre los desolados muros de la ciudad muerta, huyendo de la aterradora sensación de peligro, había notado la suavidad de un paño que le acariciaba la frente. A través de un espeso velo, había visto a su madre sonriente pero con una expresión preocupada ensombreciendo su rostro, y había cerrado los ojos de nuevo, incapaz de contrarrestar el peso de sus párpados. Pero había seguido sintiendo la caricia sutil, la mano suave y fresca que la relajaba y le devolvía la lucidez...

Abrió los ojos y vio que todo era azul y gris. Recordó que estaba en Inglaterra, pero notó con horror que seguía sintiendo la mano de su madre acariciándole la frente. Giró la cabeza con brusquedad y se encontró con el rostro de Basia, al que la luz de los focos exteriores confería el aspecto pétreo de una gárgola. Ésta retiró la mano de inmediato cuando Julia se incorporó de golpe y se arrebujó en el albornoz en un arrebato de pudor.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con sobresalto.

—Estabas teniendo un mal sueño —replicó Basia, con expresión inescrutable. También llevaba puesto un albornoz—. He oído cómo gemías y he venido a ver qué

te pasaba. Siento haberte asustado.

Julia se estremeció bruscamente, sacudida por un escalofrío incontrolable. Notó que estaba empapada en sudor y que tenía las mejillas mojadas por las lágrimas. De repente tuvo miedo por lo que iba a ocurrir al día siguiente, miedo por su vida y por el aterrador futuro que la esperaba, miedo por la respuesta que estaba vislumbrando en las pesadillas cada vez más reveladoras. Vio que Basia se apartaba de la cama y la sujetó por la muñeca.

—No te vayas —musitó, tirando con suavidad de su brazo—. Me da miedo volver a soñar. Son unos sueños tan extraños...

—Sueñas con *ellos*, ¿verdad? —el tono triste de Basia denotaba conocimiento—. Sueñas con la ciudad perdida y con su llamada, sueñas con tu destino.

Julia volvió a estremecerse al oír la sucinta confirmación de un espantoso hecho que se negaba a afrontar.

—¡No! ¡No, no soy como ellos! —respondió Julia casi gritando, con el pánico atenazando su voz—. ¡No puedo ser como ellos!

Y se echó a llorar, hundiéndose en la cama y dando la espalda a Basia. Lloraba con desconsuelo, con rabia y con impotencia, con el pánico cerval de convertirse en algo que la horrorizaba. Notó que Basia se sentaba en la cama y la cogía por un hombro con suavidad.

—Nosotros te ayudaremos, Julia —oyó que decía mientras notaba su mano acariciándole la mejilla mojada por las lágrimas—. No eres la primera ni serás la última. Has de confiar en nosotros y todo saldrá bien, te lo prometo. Aún hay tiempo.

Julia rodó sobre sí misma y enterró la cara en el regazo de Basia, incapaz de contener por más tiempo el miedo y el dolor que sentía y se entregó sin reservas al llanto mientras seguía notando las caricias balsámicas de la joven polaca.

—Estás empapada, Julia —oyó que le decía—, quítate el albornoz antes de que cojas frío.

Julia se dejó ayudar, de nuevo una niña inocente, para librarse del albornoz húmedo y se metió de nuevo en la cama, tiritando con violencia. Al cabo de un momento, sintió que Basia se había metido bajo las sábanas y notó su cuerpo desnudo y cálido que la abrazaba por la espalda con gentileza, transmitiéndole su calor.

—No te preocupes —oyó que susurraba en su oído—. Duerme, Julia. Todo va a salir bien.

Por primera vez en muchos meses, tal vez años, Julia se sintió en paz. La tibieza del cuerpo de Basia la reconfortaba. El frío se disolvió como la escarcha con los primeros rayos de sol. El miedo que le contraía el vientre se fue trocando en frágil esperanza, en ilusión y en deseo de vivir, de liberarse para siempre de un terrible pasado que no había recordado hasta ese momento, un pasado surgido de las tinieblas profundas de una psique que se negaba a reconocer que por sus venas corría sangre

de la estirpe de aquellas insidiosas blasfemias.

Julia anhelaba ser absuelta de los espantosos pecados cometidos por sus progenitores, acciones que no tenían justificación alguna y que sólo eran consecuencia de la codicia y el ansia de poder.

Ahora era fácil ver cómo una simple pareja de pescadores de la Galicia más profunda había podido enviar a su hija a la universidad y prosperado en una tierra en la que el resto del pueblo había fracasado, y por qué su casa era la más grande y su coche el más lujoso, y por qué la cruel guerra civil parecía no haberles tocado.

Las lágrimas volvieron a anegarle los ojos, pero esta vez lloraba por sus padres muertos y por sus almas atrapadas en aquel infierno eterno. Notó cómo Basia la abrazaba con más fuerza y oyó una especie de canturreo en una lengua que desconocía, gutural pero armoniosa, una suave cantinela que la fue acunando con dulzura hasta que se durmió.

Cuando despertó, Basia se había ido. La luz mortecina de otro típico día británico trataba de entrar con timidez a través de los visillos. El reloj de pulsera que descansaba sobre la mesilla de noche la informó de que eran las 8:35.

Mientras se daba una ducha con agua muy caliente, se encontró pensando en Basia y en la inusitada reacción que había tenido con ella. De no haber sido por ella y su dulzura, habría sido absorbida por la espiral de locura que acechaba desde el borde de su yo consciente. El mensaje de esperanza y la paz que le había sabido transmitir habían actuado como riendas del miedo desbocado que había sentido. «Un ángel negro» —se dijo—, y sonrió.

Después de vestirse con lo que halló en el brazo del sillón —pantalón de lana gruesa y oscura, suéter de cuello alto de lana color crema y botas de montaña marrones de media caña— bajó al gran salón-comedor del restaurante.

Había varias personas sentadas a varias mesas, entre ellas Basia. No sabía qué actitud tomar ante ella, ya que por un lado la embargaba la vergüenza de la situación y la flaqueza demostradas, pero por otro se sentía inmensamente agradecida por la noche de paz que le habían proporcionado sus cuidados.

Cuando se aproximó a la mesa que ocupaba, se sintió aliviada al ver que Basia la cogía de la mano y le sonreía.

—¿Has conseguido descansar? —le preguntó mirándola mientras le servía una taza de café.

Julia asintió sin decir nada, sonrió a modo de respuesta e inhaló el penetrante aroma del café recién hecho, al estilo italiano, muy fuerte y concentrado.

—Nos vamos de aquí dentro de una hora —continuó Basia, levantándose de la mesa y dándole un pequeño llavín—. Cuando acabes de desayunar, baja a la sala de control. Sótano 5. El padre Marini quiere hablar contigo. Tranquila —añadió al ver que Julia la miraba con sobresalto—, todo va a salir bien —y diciendo eso le dio un

apretón cariñoso en el hombro y salió de la gran sala.

A pesar de las penurias pasadas y de que el cuerpo todavía le dolía en varios sitios, Julia no había perdido el apetito y devoró un desayuno descomunal. Tras saborear una segunda taza de auténtico café *expresso*, se levantó y se dirigió hacia el ascensor que descendía a la parte reservada del edificio. Entró en él, insertó la llave, pulsó el botón B5 e inhaló profundamente cuando se cerraron las puertas.

El padre Marini tenía un aspecto intimidador, de pie junto a la mesa que había en uno de los cubículos acristalados de la planta baja. La corpulencia del eclesiástico y la sobriedad de su oscuro atuendo, del que destacaba como un faro la cruz de plata que destellaba bajo la luz, y la mirada acerada le recordaron a un depredador dispuesto a saltar sobre su presa. Basia, con su habitual inexpresividad acentuada por la frialdad de la luz, se mantenía a su lado y también la observaba. Sin embargo, el tono que empleó el padre Marini con ella fue cordial y cariñoso.

—*Buon giorno, Giulia* —la saludó mientras le ofrecía asiento frente a la mesa y sonreía—, espero que te encuentres mejor. Hoy tienes mejor cara, desde luego.

Julia asintió en silencio, esbozando una media sonrisa, temerosa de la reacción que iba a provocar cuando se supiera la verdad sobre su horrible herencia genética. Era probable —y así lo esperaba en su fuero interno— que Basia no hubiera comunicado aún la grave noticia a sus superiores, y confiaba en poder acabar la misión y demostrar que no constituía ninguna amenaza, ningún tumor que se tuviera que extirpar. Pero las siguientes palabras del padre Marini le desmontaron la frágil esperanza de un solo plumazo.

—Supongo que Basia te ha dicho que no debes tener miedo —dijo con los ojos fijos en los suyos y las manos apoyadas sobre la mesa en actitud tranquila. Basia se había colocado detrás de ella y había cerrado la puerta—. Nosotros te ayudaremos a superar esa etapa, cuando se presente. Por desgracia, tenemos una amplia experiencia. Lo único que has de hacer es confiar en nosotros y, por encima de todo, confiar en ti. Has vivido media vida sin descubrir qué llevabas dentro, y puedes vivir la otra media controlándolo con un poco de voluntad... y esto.

Julia vio que en sus manos había aparecido un curioso colgante que colocó frente a ella. Tenía una forma irregular, pero recordaba de manera vaga a una estrella de mar de cinco puntas. Mediría unos cinco centímetros de largo por otros tantos de ancho, y era de un material gris verdoso que brillaba con suavidad.

Alargó la mano para cogerlo y de pronto sintió que se estremecía sin poder controlarlo y se detuvo a mitad de trayecto. El padre Marini la miraba con intensidad pero sin decir nada, tan sólo asintió con brevedad, como para darle coraje, aunque se le había tensado la mandíbula y tenía los nudillos de las manos blancos.

Julia empezó a sudar profusamente, con la mano inmóvil en el aire y los dedos vibrando a escasos centímetros del extraño colgante, mientras trataba por todos los

medios de hacer avanzar el brazo, intentando acallar los cánticos airados de sus sueños, que se habían alzado como una muralla de sonido, una ola sonora gigantesca que amenazaba con engullirla y arrastrarla hacia el fondo del océano para siempre.

La sala, el padre Marini, Basia, todo se había difuminado. Sólo quedaba la estrella, nítida, envuelta en una vorágine de vértices blanquecinos deshilachados que giraban formando una especie de túnel. Algo en su interior trataba de alejarla de la estrella, algo que aullaba furioso y desesperado. Consciente de que era su última oportunidad, Julia concentró su energía, inspiró profundamente y gritó con todas sus fuerzas mientras su mano vencía la resistencia y se cerraba sobre el talismán de piedra.

Cientos de agujas al rojo vivo se le hincaron a la vez en la palma de la mano, y sintió un ramalazo de dolor tan intenso que la hizo saltar hacia atrás. Derribó el asiento e impactó con la espalda contra la puerta de cristal, que se hizo añicos. Julia cayó al suelo entre una lluvia de fragmentos de cristal, y se quedó allí, desmadejada como un muñeco, jadeando, con un dolor lacerante en el pecho y la espalda.

Al instante, Basia y el padre Marini estaban a su lado, ayudándola. Con los ojos muy abiertos, entre espasmos de dolor, vio cómo el padre Marini le administraba una inyección que había sacado de un pequeño estuche que había visto encima de la mesa.

—Tranquila, tranquila —le repetía una y otra vez Basia mientras la sujetaba y le acariciaba la frente sudorosa—. Ya ha pasado todo. Lo has hecho muy bien. Ahora puedes soltar la estrella.

Abrir la mano supuso para Julia otro tremendo esfuerzo que la dejó extenuada. Con horror, vio que la fuerza con la que había asido el colgante de piedra había dejado el contorno marcado en su palma con claridad, y cinco rastros de sangre resbalaban por su mano entumecida.

Ayudada por los otros, se incorporó, regresó al cubículo y se sentó en la silla, respirando todavía con dificultad y con una pregunta asomando en los ojos arrasados por las lágrimas. Basia le limpió las pequeñas heridas con una gasa y le vendó la mano con una destreza que daba a entender que no era la primera vez que lo hacía.

El padre Marini volvió a ocupar su puesto frente a Julia y guardó el pequeño estuche en un cajón de mesa. Después, la miró con una mezcla de culpabilidad y aprobación. Basia se quedó tras ella, sujetándola con suavidad por los hombros y dándole a la vez un suave masaje en el trapecio agarrotado.

—Era absolutamente necesario hacer esto, Julia —exclamó el eclesiástico, pasándose la mano por el blanco cabello—. La estrella es un talismán muy fuerte, pero el instinto atávico que llevas dentro es también muy poderoso. Hay que averiguar cuanto antes quién es el dominante y quién el dominado.

—¿Qué habría pasado si no hubiera conseguido coger la piedra? —consiguió

articular Julia.

La expresión del padre Marini se ensombreció. Sus manos jugaron por un instante con la cadena de plata antes de contestar con un tono desprovisto de emoción.

—Lo único que debe importarte ahora es que la has cogido —dijo por respuesta—. No habrá más sueños a partir de ahora.

Julia comprendió el significado no verbalizado. *Gli Angeli Neri* no podía permitirse errores y no había excepciones. Quizá sería un accidente de tráfico, o un desgraciado asesinato en las callejuelas de Londres. Sea como fuere, la desaparición de la joven galerista española no importaría más que a un puñado de personas que no eran sino un minúsculo punto insignificante en un complejo tablero de proporciones gigantescas.

No había buenos ni malos en esa historia. Se hacían sacrificios a los dioses, fueran cuales fueran. Dios único o blasfemia pagana del fondo de los océanos, todos cobraban tributos de sangre. Siempre había sido así y así lo sería hasta el fin de los tiempos. Matar o morir en nombre de algo o alguien. No importaba la raza, el método empleado o el propósito. Ahora pertenecía a un bando, y se iban a juzgar las cosas con la subjetividad oportuna, basándose en la supuesta posesión de la verdad y la justicia, y cualquier acción, por cruenta que fuera, sería analizada desde el prisma correspondiente, justificada y excusada en nombre de esa verdad y esa justicia que se tambaleaban en el filo de la Gran Espada.

—Comprendo, padre —se oyó decir Julia con una voz que la sorprendió por lo hueca y desapasionada que sonó—. ¿Qué hacemos ahora?

—No, Julia, todavía no lo comprendes —replicó el padre Marini, mirándola con tristeza—. Ni siquiera yo lo entiendo a pesar de todo lo que he visto y sufrido. Pero hay que seguir adelante y el tiempo es primordial.

El eclesiástico cogió unas hojas de papel de encima de la mesa y se las entregó a Basia.

—Irlanda es la pieza clave que nos faltaba para descubrir qué está haciendo la gente de Marsh. Después de analizar los datos que habéis traído, esto es lo que hemos deducido. Que Dios nos ampare si fallamos.

A medida que el padre Marini les fue explicando sus conjeturas, Julia descubrió que el plan de los Profundos y sus aliados era aterradoramente sencillo y eficaz.

Eones antes de la aparición del ser humano, la guerra entre los Dioses Primigenios se había saldado con el encierro de uno de sus líderes más crueles bajo el suelo del océano Atlántico. La prisión submarina había sido sellada posteriormente por los humanos que se erigieron en custodios y que transcribieron el secreto en numerosos códigos y grabados.

Los cinco continentes se mantenían en su sitio mediante grandes placas de piedra

y sedimento que *flotaban* sobre el magma incandescente que formaba el núcleo del planeta. Esas placas tectónicas de más de ochenta kilómetros de grosor, cuya burda ilustración había dibujado el profesor en su diario, se movían unos centímetros al año con movimientos denominados convergentes, divergentes o fallas de transformación, según fuera su dirección. Ahora bien, si se aportaba la fuerza suficiente para poder desplazarlas tan sólo unos centímetros de golpe, se podría lograr que entraran en violenta colisión.

El pozo de la isla de Oak y lo que hubiera en Irlanda —presumiblemente otro pozo— constituían los cierres que mantenían prisionero al engendro primigenio. Incapaces de invertir los conjuros, los adoradores de Cthulhu y sus servidores habían llegado a la conclusión de que lo único que se podía hacer para liberar a su dios era reventar las placas tectónicas que hacían las veces de lápida.

Los pozos iban a ser el cañón de un arma de potencia nuclear que iba a provocar la colisión de las placas euroasiática y norteamericana. Era asombrosamente fácil crear un dispositivo nuclear si se tenía a mano el material fisible, y era sorprendente la relativa poca potencia que se necesitaba para desencadenar el holocausto.

El resultado más inmediato sería el levantamiento del suelo del océano Atlántico y la liberación del Dios Dormido. Después, la sucesión de terremotos y tsunamis que azotarían a todos los continentes, ecos de la primera colisión desplazándose como las ondas en un estanque, cambiaría la orografía del planeta para siempre y dejaría libre el camino para que la horrenda raza, oculta todos estos años, se alzara de nuevo sobre las ruinas y gobernara una vez más, convirtiendo en esclavos a los escasos supervivientes.

La organización vaticana suponía que el segundo pozo debía hallarse en Irlanda, cerca del asilo de Innishshark, y no se había descubierto su existencia hasta la aparición pública del cuadro de la belga, lo que debía de haber acelerado los planes de los Profundos.

Julia contempló anonadada cómo el padre Marini y otras dos personas de las que no escuchó el nombre detallaban los preparativos para la incursión en tierras irlandesas. El plan tenía dos partes bien diferenciadas. La primera consistía en una primera aproximación del equipo que formaban Fabio y Basia, reforzado por la propia Julia, para comprobar *in situ* y sin despertar sospechas el lugar donde en teoría se hallaba el segundo pozo que daría acceso a la placa tectónica euroasiática.

De ser localizado, un segundo equipo entraría en acción para *limpiar* la zona y sellar el pozo y su contenido. Simultáneamente, la red del Vaticano iba a contactar con una organización paralela al otro lado del océano Atlántico, la Fundación Wilmarth, para que se ocupara del pozo de la isla de Oak. Al parecer, existía más de una organización secreta dedicada al control de las abominaciones, incluso alguna financiada por ciertos gobiernos en el más absoluto de los secretos.

El padre Marini acabó de conferenciar con uno de los operadores de comunicaciones y se volvió hacia Julia y Basia.

—La gente de Wilmarth nos ha comunicado que la Starfish Alliance está preparando un avión con medidas de seguridad desproporcionadas. Sospechan que en su interior viajará la segunda bomba. Van a intentar que no sea así. El plan sigue adelante y os esperan en el aeródromo en menos de cuarenta y cinco minutos.

Las dos mujeres se levantaron y el padre Marini las acompañó hasta el ascensor.

—Que Dios omnipotente os bendiga y os guíe —dijo haciendo la señal de la cruz sobre sus cabezas.

Capítulo XIII

Connemara, Irlanda

El Shorts 360 de hélice recorrió los 700 kilómetros que separaban Londres de una pequeña pista militar situada en la península de Connemara en una hora y media. Basia empleó ese tiempo para instruir a Julia de forma concisa y eficiente en el manejo de las armas que llevaban en varias maletas metálicas parecidas a las de Austria. Ella no había disparado a nada en toda su vida, pero aprendió con rapidez los conceptos básicos de seguro, gatillo y cargador.

Basia le mostró a continuación la munición que empleaban contra los Profundos. No se trataba de balas ordinarias, ya que el plomo no surtía demasiado efecto con la piel dura y escamosa de los monstruos y eran necesarios demasiados disparos para matarlos. La organización había desarrollado un tipo de munición basado en gelatina de sílice, un producto corriente que se encontraba en cualquier embalaje y que tenía la propiedad de absorber la humedad.

Puesto que los seres dependían mucho del agua, la gelatina de sílice tratada químicamente para reforzar su efecto conseguía absorber buena parte de la fuerza vital, y un par de impactos bien colocados en el torso o la cabeza podían dejarlos fuera de combate.

Pasaban tres minutos del mediodía cuando el pequeño avión tomó tierra en el discreto aeródromo militar irlandés. Un todoterreno negro aguardaba con la puerta de carga abierta. Una figura salió del automóvil, vestida con un abrigo corto de cuero y bufanda marrón al cuello. Julia reconoció a Fabio, que se acercó a las dos mujeres y les dio un abrazo. Después, sin decir nada, empezó a trasegar con el equipaje, inusualmente serio. «Las malas noticias vuelan», pensó Julia.

El paisaje de la península de Connemara le recordó a Julia los escenarios de las grandes producciones cinematográficas de época. Allí se habían librado grandes batallas en la antigüedad. Sobre la tierra verde y desolada se había derramado sangre en nombre de la libertad, y le pareció un lugar muy apropiado para repetir la gesta. La Isla Esmeralda iba a ser, una vez más, testigo de excepción del triunfo o del fracaso de la humanidad.

Basia preguntó a Fabio si había observado actividad en el estrecho de la Mancha o en el mar de Irlanda.

—Todo está demasiado quieto —dijo éste, sorbiendo de nuevo por la nariz.

Julia aferró con fuerza el maletín que le habían dado en Florencia, que contenía un dispositivo de amplificación y una copia digital del disco de los fonemas del desaparecido profesor Baxter. Según lo que habían determinado los técnicos, la letanía que había grabado el profesor servía para reforzar el conjuro de protección y

contrarrestar cualquier intento de apertura del pozo. Ahora lo importante era conseguir encontrarlo antes de que lo hicieran los sicarios de la Starfish Alliance.

A los pocos minutos de viaje, el vehículo entró en el pueblo de Cleggan y se embarcó en un ferry bastante desvencijado que aprovisionaba diariamente la isla de Inishbofin, la más cercana a Inishshark.

La temperatura había descendido bastante a pesar del sol que jugaba al escondite con las numerosas nubes, y Julia se arrebujó en el coche. Fabio y Basia, más inmunes al frío, contemplaban el mar desde la borda mientras el ruidoso y cimbreado barco cubría la escasa distancia que separaba la costa de la isla.

Apenas había pasaje, un camión cargado con leche y alimentos, una mujer joven y su hijo de corta edad que miraba muy serio el mar y señalaba de vez en cuando, un par de jóvenes de aspecto aburrido, ataviados como pescadores, que apenas si echaron una ojeada a los extranjeros, y la tripulación, compuesta por el capitán, un hombre de edad incalculable debido a los estragos del tiempo y el alcohol y un joven pelirrojo que hacía de timonel y marinero.

La arribada al puerto de Inishbofin fue toda una sorpresa. Desde allí se veía toda la isla, y sus tres o cuatro kilómetros de extensión desolada, salpicada con casitas aisladas de piedra gris, mostraban a las claras que el plan de llegar como simples observadores se había ido al traste.

Por mucho que quisieran, era imposible no hacerse notar en una isla que tan sólo contaba con una posada, un pub, una iglesia, y un par de casas con barcas de pesca amarradas en los pequeños muelles que se internaban en el mar como lenguas de piedra.

A la derecha del embarcadero del ferry partía una carretera de tierra que circundaba la isla serpenteando por entre las casitas aisladas, rodeadas de prados de hierba donde pacían rebaños de ovejas rechonchas.

—Bueno, parece que tendremos que pasar al plan B. No creo que podamos actuar con discreción —opinó Fabio, soltando una risita.

—¿Cuál es el plan B? —preguntó una inocente Julia y vio por el reflejo del espejo retrovisor que Fabio se reía.

—*Go get them!*^[2] —exclamó Fabio entre risas y sorbetones. Desembarcó el todoterreno y lo dejó aparcado frente al pub. Basia se giró hacia Julia y le hizo un gesto significativo para que olvidara la broma de Fabio, que parecía estar cada vez más nervioso.

El interior de The Plough estaba bastante oscuro, y el tono de la madera de roble envejecida no ayudaba demasiado. La parroquia del desarrapado local la formaban dos mujeres sentadas frente a sendos vasos, que miraban a los recién llegados con expresión curiosa, arropadas en chales de gruesa lana negra. En la barra, un hombre de complexión robusta, pelo rojizo y nariz enorme los examinó de arriba abajo con

ojos penetrantes de color azul cielo antes de preguntarles si deseaban tomar algo.

Los tres coincidieron en pedir cerveza Guinness y Fabio pidió además un malta, lo que le valió una mirada de reprobación de Basia y un guiño cómplice del camarero. Era casi la hora de comer y optaron por el plato del día, cordero y verduras estofados con salsa de cerveza. A Julia le supo a gloria y le dio la sensación de tranquilidad cotidiana que había perdido días atrás y que su impenitente estómago le recordaba con embarazosa frecuencia.

Mientras comían, un hombre entró en el establecimiento, se dirigió a la barra y fue saludado con efusión por las dos mujeres y por el camarero.

Tras dar un gran sorbo a una enorme jarra de cerveza que apareció ante él casi antes de llegar a la barra, el corpulento hombre que aparentaba unos sesenta años, de cara curtida y pelo oscuro muy corto y escaso, se giró hacia los recién llegados y se dirigió hacia la mesa con paso seguro y una gran sonrisa.

—*Good afternoon, ladies, sir* —dijo con un acento irlandés cortado a cuchillo—. Soy el padre Flannery, el párroco de esta pequeña comunidad, y les doy la bienvenida a Inishbofin.

Fabio hizo un gesto para que el hombre se sentara con ellos mientras comían, lo que hizo soltando un gran suspiro. El italiano presentó al grupo como fotógrafos profesionales y exhibió con toda tranquilidad unas credenciales del *National Geographic*. Después, con gran habilidad, empezó a sondear al cura preguntando por cosas tan inocentes como el turismo, la pesca y el clima de la región. Las respuestas que dio el párroco, entre bocado y bocado de un plato humeante que había traído el camarero al cabo de un par de minutos, les indicaron que al menos no había indicios de actividad de la Starfish Alliance en la zona.

Pero lo que les sorprendió fue el comentario que hizo al ser preguntado por la vecina isla de Innishshark.

—¿Shark? Oh, *aye* —exclamó con tristeza—. Una auténtica tragedia. Hace años, la comunidad de granjeros y pescadores era muy grande. Centenares de personas. He visto a los últimos veintitrés supervivientes, los miembros de seis familias, marchándose de Shark igual que una guarnición rindiéndose tras el asedio de toda una vida. El Atlántico los machacó, los martilleó sin piedad, los separó del mundo durante semanas y semanas, a veces incluso meses. La bahía que servía de embarcadero y refugio de barcas se convirtió en un peligroso caldero, demasiado a menudo y demasiado fácilmente, aunque los vientos fueran muy débiles. Y durante años, mientras emigraba familia tras familia, el problema de los que se quedaban se hizo cada vez más grave. Y un buen día, se fueron todos.

Una ráfaga de viento helado entró por la ventana acompañando las últimas palabras del párroco, que sorbió lo que quedaba de su cerveza con expresión pensativa.

—Tenemos entendido que había un asilo, ¿no es cierto, padre? —inquirió Basia.

El padre Flannery tardó un poco en contestar. Giró la cabeza y señaló hacia las dos mujeres que no habían dejado de mirar al grupo.

—Ellas vivían en Shark y saben más de allí que yo —dijo, levantándose—. Vengan, se las presentaré.

La improvisada reunión se trasladó hasta la mesa de las sorprendidas mujeres, una joven, de unos treinta y muchos, pelo pajizo y ojos claros que les fue presentada como Anne Lacey, y otra de más edad, pelo casi blanco, ojos de un verde esmeralda intenso y cara marcada por la amargura, cuyo nombre era Anne Murray. Las dos habían vivido en Inishshark y las dos habían tenido experiencias desagradables en la isla.

—No voy a llorar más por ello —dijo Anne Murray, con los ojos verdes enturbiados por una catarata incipiente—. Quise irme de allí hace muchos años. La isla había conseguido arrebatarme lo mejor de mí. Nací allí ¿saben? Mi marido y yo construimos nuestra casa con nuestras propias manos. Pero la maldita isla sólo me devolvió pobreza y me robó a mi marido y a dos de mis hijos. Desde Dún Mór se ve el lugar donde se ahogaron...

—Durante los últimos meses de noviembre y diciembre sólo hubo seis días en los que fue posible pisar Inishshark —intervino Anne Lacey, viendo que su amiga callaba y que le temblaba la barbilla—. A veces estábamos sin té, sin azúcar o sin parafina durante semanas. Y las noches son muy largas cuando sólo tienes la luz del fuego de turba para ver. La última Navidad fue así.

Se hizo el silencio en el pub. El viento gemía desgranando una melodía altisonante al pasar entre las cuerdas de las barcas amarradas. El padre Flannery se había quedado callado, bebiendo otra pinta de cerveza que le había traído el camarero.

De pronto se abrió la puerta y en el umbral apareció una figura desgarrada y enjuta que llevaba un gorro de pescador y un suéter gris raído debajo de un impermeable amarillo que había conocido tiempos mejores. La figura se encaminó hacia la barra tras hacer una leve inclinación de cabeza a las damas y el párroco.

—¿Y el asilo? —preguntó Basia de nuevo, y Julia vio cómo el recién llegado se volvía despacio y miraba al grupo con detenimiento mientras sorbía despacio una pinta de Guinness.

—Inishshark era un buen lugar para descansar —contestó Anne Murray con un ligero temblor en la voz—. Mucha gente venía temporadas enteras, artistas y celebridades. Hasta que se construyó el asilo, hacia 1930. La verdad es que no sé qué hacían allí dentro, pero todo cambió. Las enfermeras y los médicos no paraban mucho por mi casa ni por Inishbofin, así que...

—Yo sí sé algo más del asilo Webster —interrumpió Anne Lacey—. Cuando era

pequeña, me iba a jugar por la isla, así que la conocía bastante bien. Veía a los residentes del asilo cuando estaban en el jardín, una gente muy extraña —se acercó al grupo y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, las caras parecían de pez. Otras veces —continuó en un tono más normal— había visto a obreros haciendo agujeros, como pozos, y todos se movían de forma extraña... pero nunca llegué hasta la puerta... no sé por qué...

Una voz cascada les llegó desde la barra, haciendo pegar un brinco a Julia, que se había concentrado en el relato de las dos mujeres y había olvidado la presencia del hombre que había en la barra a su espalda.

—¿Hablan del asilo de Shark? Allí había maldad encerrada. No, no me mire así, padre —todos se giraron hacia el padre Flannery, que tenía cara de consternación—. Usted sabe tan bien como yo que es verdad. Ni los médicos de Londres ni toda la gente embozada que iba y venía de la isla parecían gente honrada.

El hombre se rascó los mechones ondulados de pelo rojo fuego que habían aparecido debajo del gorro.

—Yo era un chiquillo que ayudaba a mi padre a pescar y, de paso, a llevar y traer gente de Shark en la barca. Pero lo que vi esa noche todavía me produce pesadillas.

—Jeremy Cloonan, ¡por el amor de Dios! —espetó el padre Flannery, poniéndose en pie con brusquedad—. Lo que viste es una patraña que te has inventado para esconder tu afición al alcohol y a los excesos.

—Al contrario, padre. Mi afición al alcohol y a los excesos es notoria y pública —replicó el tal Jeremy.

Fabio y el camarero se rieron por lo bajo, lo que pareció enfurecer al párroco, que sin decir una palabra salió del pub dando un potente portazo. Las dos mujeres se miraron durante un instante y se marcharon sin despedirse, atándose un gran pañuelo a la cabeza para protegerse del fuerte viento.

Lanzando un suspiro, el hombre se acercó a la mesa y se sentó en el lugar que había ocupado el padre Flannery. Tenía los rasgos picados por innumerables horas de sol y de viento, orejas medio comidas por la sal del océano, la nariz gruesa y enrojecida, y dos ojillos verde mar que destellaban con un brillo alcohólico y que miraban con picardía a las dos investigadoras por debajo de las cejas hirsutas y pelirrojas.

—Una noche de invierno —comenzó con voz rasposa, y hasta Julia llegó una vaharada etílica que la obligó a fruncir la nariz—, cuando habíamos terminado de llevar unas tinajas de leche a Rose McGarry, la profesora, oímos un extraño ruido que venía del asilo. Se lo juro, parecían *cientos* de ranas croando. Lo curioso —dijo, acercándose aún más a una asqueada Julia—, es que en Inishshark no ha habido nunca charcas ni ranas, pero les juro que eso es lo que oí, ¡sí, señor!

Julia miró a sus dos compañeros, pero Jeremy Cloonan no había terminado su

relato.

—Lo más extraordinario —siguió diciendo, con la voz tan baja que casi no se le entendía—, es que esa misma noche apareció corriendo el pobre Markus, un médico que tal vez fuera el único normal de entre toda esa gente, apareció, digo, subió de un salto a la barca y se acurrucó con tal cara de pavor que, todavía no sé por qué, pero hizo que mi padre y yo huyéramos de allí y remáramos tan deprisa que al día siguiente teníamos los brazos amoratados por el esfuerzo. Markus se quedó en la popa de la barca, gritando frases inconexas durante todo el trayecto y apretando contra sí una pequeña maleta. Al día siguiente había desaparecido de Inishbofin y nadie volvió a saber de él. Eso pasó en 1940. No he vuelto a poner los pies en esa condenada isla desde entonces, ¿no, señor!

El viento zarandeaba el coche aparcado frente al pub. Basia y Julia habían vuelto a entrar en él mientras Fabio intentaba convencer a un recalcitrante Jeremy para llevarles hasta la isla y de paso, tomaba unas cuantas copas más.

Los últimos datos de la gente de Inishbofin habían arrojado una luz que acababa con cualquier sombra de duda respecto a la horrenda función del asilo Webster. Era evidente que allí se había establecido una colonia de Profundos que había conseguido echar a la mayoría de los isleños provocando tormentas y cambios climáticos que impedían la vida normal. Una vez estuvo *limpia* la isla, habían establecido un laboratorio de experimentación con humanos que debían traer de otros asilos y de las calles de Londres, a los que habían mutilado y torturado para convertirlos en monstruos, híbridos de humano y ser acuático que les garantizara la supervivencia y la expansión de su estirpe.

Por alguna razón, el asilo había sido abandonado y ahora nadie habitaba la diminuta isla, cuyo perfil se podía vislumbrar en el horizonte cada vez más oscuro. La noche se estaba acercando y todavía no habían hallado el medio de llegar hasta Inishshark. Fabio volvió a entrar en el coche y negó con la cabeza.

—El muy bastardo... se niega... en redondo —afirmó, con un ligero hipo—. Dice que ni el espectro de su madre muerta le obligaría a poner de nuevo los pies en esa isla —hizo una pausa, un ruido de deglución, y salió del coche a toda prisa, alejándose en dirección al mar. Basia le siguió con la mirada y suspiró meneando la cabeza.

—El alcohol y la cocaína no son buenos amigos —le comentó a Julia en voz baja, que comprendió de repente el porqué de la extraña vitalidad y los continuos sorbetones que daba el italiano—. Fabio ha pasado por muy malos momentos, y ya no podemos hacer nada por él. Todo el mundo tiene derecho a elegir la manera de morir. Voy a ver al padre Flannery. Quédate aquí, no tardaré mucho.

La frase que iba a pronunciar Julia murió en su garganta al cerrarse la puerta del todoterreno. Observó cómo Basia se encaminaba hacia la pequeña iglesia con paso

firme y entraba en ella. Después, miró al cielo, cubierto aquí y allá por espesas nubes que se desplazaban a toda velocidad. El horizonte mostraba una espectacular gama de azules, naranjas y amarillos mientras el sol se preparaba para hundirse en el océano. Bajó la ventanilla y aspiró el aire con fruición.

Siempre le había fascinado el mar y ahora sabía el motivo. Con manos un poco trémulas, buscó el talismán que se había colgado alrededor del cuello antes de salir. Esta vez no hubo dolor, sino una simple sensación de desasosiego que desapareció al cabo de un momento.

Era la estrella de los Ancianos. Estaba hecha de material extraído de un meteorito que la organización custodiaba como si fuera una reliquia divina. El talismán no la protegería de los ataques directos, le había dicho Fabio durante el viaje, pero le impediría sucumbir al terrible canto de sirena que precedía al combate.

Fabio regresó, con el semblante pálido y un sutil tufillo a vómito, y se sentó al volante sin decir nada. Al cabo de un rato, Basia salió de la iglesia y abrió la puerta del vehículo.

—Ya tenemos transporte —anunció, con expresión dura—. El padre Flannery *ha accedido* —enfaticó, haciendo una mueca cínica— a prestarnos su viejo bote y un par de latas de combustible. Es esa barca de ahí delante, la azul y blanca. Echadme una mano con el equipaje.

Entre los tres trasladaron los maletines y el resto del equipaje al bote que se mecía en el muelle de piedra. En una de las idas y venidas, Julia vio al padre Flannery, con una expresión difícil de definir, mezcla de miedo y admiración, observando el trájín desde la puerta entreabierta de la iglesia. Julia ardía de ganas de saber qué le había dicho Basia al cura para hacerle cambiar de opinión, pero, a juzgar por la expresión de ésta, no sería fácil averiguarlo. *Meilhor, no meneallo*, que decían en su tierra natal.

Quedaban quizá dos horas de luz cuando se hicieron a la mar en la pequeña barca. Julia miró hacia el pueblo y vio que el padre Flannery había salido de la iglesia y les bendecía desde la orilla. Después, se persignó y se quedó quieto, con los brazos caídos y dejando que el viento hiciera ondear la chaqueta gastada como una bandera.

Entonces Jeremy y el camarero salieron del pub, se apostaron a ambos lados del cura y se quedaron mirando también el lento alejarse del bote.

La extraña trinidad evocó en Julia imágenes borrosas de una juventud muy temprana, cuando salía a los embarcaderos del pueblo para despedir a los pescadores que iban a faenar muy de madrugada. Sólo que allí eran las mujeres las que montaban guardia en los escarpados riscos hasta que el último bote había cruzado la línea del horizonte, figuras patéticas embozadas en negro, forzando los ojos para tratar de ver, quién sabe si por última vez, a un ser amado.

La barca llegó a Inishshark, la isla del Tiburón, cuando la escasa luz del ocaso recortaba la silueta del horizonte. Sólo había siete millas de distancia entre ambas

islas, pero el bote era lento y la carga pesada. Era una diminuta isla de perfil bajo, jalonada por pequeños rompientes y arrecifes que Fabio sorteó con sorprendente habilidad, evitando las afiladas agujas de piedra que acechaban a pocos centímetros de la superficie y que habrían rasgado el bote de proa a popa como navajas.

Gracias a la potente linterna que empuñaba Basia desde su puesto en la proa, localizaron una minúscula caleta de arena fina y consiguieron atracar sin dificultades. Al poner el pie en tierra, Basia se subió a una peña y bajó al cabo de un momento.

—Hay unas edificaciones en esa dirección —dijo señalando con la mano.

Julia se volvió y consiguió vislumbrar a contraluz unas formas rectilíneas que se erguían a poca distancia. El camino para llegar hasta ellas estaba cubierto de limo y algas que, recalentadas por el sol, le recordaron de nuevo las rías de su niñez. Fabio se adelantó un poco y les indicó al cabo de un momento que la edificación que habían visto eran los restos de las paredes de una casa, pero que podía servir eventualmente de cobijo contra las inclemencias de la noche.

Mientras transportaba penosamente el equipaje hasta allí, tropezando en la penumbra, Julia empezó a sentir desasosiego, un malestar que se convirtió en miedo mientras observaba subir la marea con rapidez pasmosa, llenando todos los intersticios y grietas con avidez, trepando por las rocas como un ser vivo y hambriento, cubriéndolo todo de espuma blanca que se retorció sobre sí misma.

De pronto se dio cuenta de que podía ver con una cierta claridad y descubrió que sobre su cabeza flotaba la luna llena, cuyas enormes manchas parecían titilar y deformarse como enjambres de insectos furiosos. El avance del agua la obligó a retroceder e internarse hacia la parte más alta de la isla, huyendo del mar que le lamía los tobillos como un amante lúbrico.

Finalmente llegó a un edificio grande y que había tenido varias plantas. A la luz de la luna vio los restos de vigas carcomidas y paredes con ventanas caídas. También entró allí el agua, reclamando su territorio y obligando a Julia a trepar de forma temeraria por los restos podridos de una escalera de madera que conducían a lo que quedaba de la primera planta. Las tablas de madera crujieron de manera amenazadora cuando se desplomó en el suelo con las maletas y contempló el hervidero de espuma blanca en que se había convertido la planta baja, igual que si hubiera cientos de pirañas, enloquecidas por la sangre, ensañándose con una presa.

Sólo entonces se acordó de los otros dos y miró con pánico renovado hacia el exterior del edificio. Todavía lejos, entrevió dos siluetas que se bamboleaban bajo el peso de sendos bultos y se aproximaban con dificultad a las ruinas. Suspiró con alivio y se sintió avergonzada de inmediato, pues había huido despavorida, olvidando las reglas elementales de compañerismo y obedeciendo a un ataque de miedo injustificable.

Tratando de enmendar su comportamiento, sacó una de las potentes linternas y la

encendió, dirigiéndola hacia las dos sombras que iban chapoteando hacia ella. Cuando entraron en el edificio, Julia bajó la escalera con cuidado y fue cogiendo los bultos que le pasaron sus mojados compañeros, que se desplomaron en el precario entramado de tablas cimbreantes del primer piso.

—Como ya dije una vez —jadeó Fabio, apoyado en la pared—, Julia es una mujer difícil de seguir.

—Lo siento —dijo ella con tono contrito—, pero me ha vencido el pánico. No volverá a ocurrir.

—No te preocupes ahora por eso —terció Basia, que estaba abriendo la maleta transmisor—. Hemos de establecer contacto con Control para saber dónde está el pozo.

—Espero que esté cerca —apuntó Fabio, asomándose por una de las ventanas y escudriñando la llanura de remolinos y espuma blanca en que se había convertido la isla—. ¿Qué demonios? —exclamó de repente, mientras forcejeaba con el cierre del estuche que contenía las gafas de visión nocturna—. Me ha parecido ver un movimiento hacia el oeste.

Julia se puso a otear la oscuridad siguiendo la dirección que Fabio estaba escudriñando con los grandes anteojos, pero tan sólo veía remolinos de agua blanca que se elevaban hacia el cielo cuando una ola chocaba contra una roca. Y de pronto, vislumbró un destello plateado, la luna reflejada en algo que no tuvo dificultad en identificar, puesto que lo había visto mientras cruzaba el mar en el ferry, camino de Austria.

Fabio se convirtió de nuevo en un torbellino de actividad. Abrió dos maletas y extrajo diferentes piezas metálicas que ensambló a toda velocidad y con una precisión de movimientos extraordinaria.

Al finalizar la operación, sobre el suelo descansaban dos rifles equipados con una mira telescópica que emitía un suave resplandor azul. Sin vacilar, metió uno de los cargadores que Basia había mostrado a Julia en el avión en una de las armas y se apostó con ella en una de las ventanas.

Basia continuaba conversando con alguien, pero el ruido del mar hacía imposible oír sus palabras. La pantalla del aparato mostraba un gráfico con el contorno de una isla girando, y una serie de puntos rojos agrupados en la parte oeste. Al otro lado, había un punto amarillo y, justo al lado, uno verde que parpadeaba con rapidez. Basia dejó el auricular y se volvió hacia Julia.

—Tienes que buscar el pozo —dijo forzando la voz para sobreponerla a la del agua que seguía entrando en la parte baja—. Está en este edificio, en algún lugar de la planta baja. Parece que hemos llegado a tiempo. Esta noche habrá la máxima subida de la marea y por lo que se ve, ya están llegando.

—¿Por qué yo? —preguntó Julia, confusa—. No sé qué he de buscar, ni qué hacer

cuando lo encuentre.

—¿Prefieres disparar? —preguntó a su vez Basia mientras le ofrecía el otro rifle. Su tono era seco y áspero y sus ojos brillaban como canicas de cristal. A Julia no se le escapó la amarga nota sardónica de su voz. Era evidente que no estaba preparada para defender la posición con el extraño rifle y parecía más lógico que su instinto la condujera hasta la abertura del segundo pozo.

—Está bien —dijo tratando de sostener la mirada de la polaca—. ¿Qué he de hacer?

Basia pareció relajarse. Señaló con la cabeza hacia el maletín de Julia mientras cargaba el rifle.

—Coge el amplificador y el disco del profesor Baxter. Cuando hayas encontrado el pozo, ponlo en marcha y deja que se oigan los fonemas a todo volumen. Eso tendría que regenerar el escudo protector, al menos durante el tiempo que necesitamos para que llegue el segundo equipo y lo selle definitivamente. Llévate también una pistola y varios cargadores —añadió, señalando hacia la pantalla del transmisor—. No sé por cuánto tiempo podremos retenerlos.

Julia miró la pequeña pantalla y vio que habían aparecido más puntos rojos, que ahora se despleaban por el norte y el sur del islote.

Lentamente, los Profundos estaban rodeando su presa. Julia no quiso contar el número de puntos rojos que salieron del mar mientras miraba la pequeña pantalla. No tenía sentido hacer cábalas sobre algo que aumentaba continuamente de forma exponencial. Entonces se oyó el cántico.

La serie de horrendas palabras que se alzaban en el aire, guturales e inhumanas, un clamor ensordecedor producido por todas las criaturas que se arrastraban hacia ellos, se abatió sobre Julia como una tonelada de ladrillos. Cayó de rodillas mientras se cogía la cabeza con las manos y trataba de taparse los oídos.

Al cerrar los ojos con fuerza, una sucesión de vívidas imágenes se abrió paso. Su memoria intentaba desencallar los recuerdos borrosos de caras achaparradas, ojos saltones y enormes bocas abiertas de las que surgía la espantosa letanía.

Con espantosa familiaridad, reconoció las palabras del cántico, ya que su propio padre se lo había susurrado al oído más de una vez cuando creía que estaba dormida, una horrenda canción de cuna que iba dejando su impronta malsana en una niña inocente y pura. Sin darse cuenta, en voz baja, empezó a repetir las sílabas que creía olvidadas, una a una, sintiendo la terrible fuerza que poseían, y entrevió por un instante la gloria del dios deforme que la llamaba por su nombre.

—*Julia...*

Iba a gozar por fin de su destino, y sumergirse para siempre en las acogedoras profundidades del océano para adorar a Aquel Que No Ha Muerto, Pero Que Duerme Para Siempre...

—¡Julia! ¡Julia! —una voz se entrometió en sus sueños de gloria, pero no era el Dios Dormido—. ¡La estrella! ¡Por el amor de Dios, coge la estrella! ¡Julia!

De pronto, un estampido resonó al lado de su oreja, un ruido seco y agudo que la obligó a abrir los ojos con rabia, furiosa de ser despertada. Su mirada se encontró con la de Basia, que dejó de gritar su nombre y retrocedió con expresión de espanto hasta que se golpeó contra la pared. Su mano tanteaba buscando la pistola de la sobaquera.

Confusa, irritada y desorientada, Julia recordó la Estrella de los Ancianos que llevaba colgada al cuello y sonrió. «Sí, pensó, súbitamente alborozada, la estrella será un bonito regalo para mi dios triunfante...»

El latigazo de dolor que sintió al asir la piedra fue todavía mayor que el que había sufrido en Londres. El espasmo nervioso la proyectó hacia atrás con fuerza demoledora y cayó sobre las tablas hecha un guiñapo, con el pecho ardiendo y sin aire. Basia fue a su lado de inmediato, pero esta vez no había fármaco milagroso y lo único que pudo hacer fue soportar con los dientes apretados el dolor que le causaba la tenaza de hierro en que se había convertido la otra mano de Julia, agarrada con desespero agónico a su brazo mientras intentaba respirar.

Fabio seguía disparando, cada vez con más frecuencia, girándose ocasionalmente para controlar la situación. Al cabo de lo que pareció una eternidad, Julia volvió a respirar con cierta normalidad y se soltó de Basia, indicando que estaba bien con débiles gestos. Ésta volvió a su puesto tras echar una ojeada a la pantalla, en la que ya predominaba el color rojo.

Julia consiguió incorporarse. Desde su posición, veía las espaldas de sus dos compañeros mientras iban disparando hacia la oscuridad, cada vez más rápido. El cántico había incrementado su volumen, pero ahora sólo oyó un ensordecedor clamor parecido al croar de miles de ranas. Las palabras habían dejado de tener significado y pudo arrastrarse hasta la maleta, coger el amplificador con el disco y abrocharse la sobaquera y el cinto con varios cargadores de recambio. Bajó la escalera y se internó chapoteando en la parte más oscura del edificio en ruinas.

La estructura de puertas a ambos lados de un ancho pasillo, algunas conservando restos de lo que parecían ser rejas, y el revestimiento de azulejo blanco que reverberaba bajo la luz de la luna, le confirmaron que habían encontrado lo que quedaba del asilo Webster.

Julia intentó concentrarse, buscó de nuevo su cada vez más esquivo centro vital, su ojo del huracán, y se refugió en él, observando el remolino de nubes deshilachadas que giraban alocadamente a su alrededor. Era difícil mantenerse en el centro mientras las ráfagas del cántico imperioso la iban empujando hacia el torbellino que la rodeaba, pero una vez más, aferró el talismán de piedra y esperó.

Un instante más tarde, su mirada se dirigió por sí sola hacia una de las puertas destrozadas que había en el fondo del pasillo y supo que el pozo estaba en ese lugar.

Chapoteando en el agua que la cubría hasta más arriba del tobillo, se acercó hasta la puerta y contempló la cámara inundada.

Las paredes descarnadas, cubiertas de algas marchitas semejantes a costras, brillaban con el reflejo de la luna que, por un extraño efecto óptico, ocupaba por entero el suelo cubierto de agua. Julia observó con extrañeza que allí no llegaba el clamor de los monstruos y reinaba un espeso silencio que se le antojó aún más aterrador cuando comprobó que la superficie del agua que cubría la cámara estaba inmóvil, sin rastros de ondas, como si se tratara de un lago que yaciera olvidado en una caverna subterránea.

Se adentró en la habitación sin techo y se detuvo en el centro. El agua tenía la consistencia de la gelatina. La imagen de la gigantesca luna, que parecía enferma de lepra, reflejada en el agua sin ondas, le provocó una sensación de vértigo, una alucinación de estar flotando en el espacio exterior.

Entonces, notó cómo algo que estaba muy dentro de ella, el secreto que le habían ocultado tantos años, se revolvía como una serpiente acorralada. Algo se desgarró en su interior, y el velo de Isis se alzó por fin. Alguien que no era ella miró a través de sus ojos la mano que sujetaba el dispositivo amplificador. Y vio impotente cómo la mano se abría y dejaba caer al suelo inundado la última esperanza de victoria.

«¡No!», aulló su cerebro desesperado, tratando inútilmente de hacer agachar a su cuerpo rebelde para recuperarlo. Sin embargo, en lugar de eso, inspirando profundamente, aquella Julia renacida se situó en el centro de la habitación y de su boca salió lo imposible.

Entre las cuatro paredes de la extraña cámara, las potentes sílabas reverberaron con fuerza, produciendo ecos que sentía impactar en su cuerpo como balas de goma. Cada fonema producía una onda de choque que iba alterando la superficie, una y otra, y otra vez, hasta que la imagen de la luna se desdibujó por completo. Siguió pronunciando los fonemas, uno tras otro, terribles en su grandeza, horribles en el significado que ahora comprendía con perfección abrumadora mientras sus manos trazaban los terribles símbolos en el agua.

De pronto, el clamor ensordecedor de los Profundos estalló en el interior de la cámara mientras que el agua del mar entraba a borbotones, furiosa por haberle sido negado el acceso durante tanto tiempo. Las olas barrieron la habitación y chocaron contra las paredes, levantando surtidores de espuma blanca que arrastraron a Julia como si fuera un corcho y la lanzaron al pasillo, desde donde vio cómo se iba formando un remolino que iba creciendo en altura pero sin salir por la puerta, como frenada por un cristal invisible.

No tuvo tiempo de ver lo que iba a suceder, ya que por el rabillo del ojo vio una forma monstruosa acercándose a ella con extraños saltos. Allí, caída y medio cubierta por la vertiginosa espuma del mar, viendo avanzar a su horroroso destino, el velo

acabó de desgarrarse y la nueva Julia comulgó por fin con el mar y se hizo partícipe de su furia, una furia desatada que barrió para siempre la inmundicia acumulada en su mente.

Aún arrodillada, echó mano a la pistola, quitó el seguro, apuntó a la cabeza de la odiosa criatura y apretó los dientes con una mueca enfurecida.

—Llévale este mensaje a tu dios —gritó. Y apretó el gatillo. Una. Dos veces. Casi no sintió el brutal retroceso del arma y se puso en pie. La criatura yacía inmóvil en el agua que seguía arremolinándose vengativa por todo el edificio. Julia avanzó por el pasillo, chorreando agua, disparando cada vez que una de las blasfemias aparecía en su campo de visión. El clamor se había convertido en un alarido incesante de pura furia, pero Julia ya no oía nada, concentrada, contando los tiros, cambiando de cargador. Un disparo, dos, tres.

No vio la inmensa columna de agua blanca y verde que, refulgiendo con luz cegadora, se alzó durante un brevísimo instante desde la habitación del pozo y se elevó hacia el cielo con la espuma retorciéndose como un tentáculo agonizante e inmenso que quisiera tratar de alcanzar la luna.

Tampoco vio cómo los Profundos habían logrado trepar por los muros de piedra a pesar de la mortífera cortina de balas, ni a Fabio caer con la cara destrozada por una monstruosa garra, empalado en un tridente de oro, riendo, enajenado, y disparando con dos armas, arrastrando consigo a varios enemigos en su caída.

Tampoco fue consciente de los focos que se encendieron por encima de las ruinas ni de la llegada de los silenciosos helicópteros de combate que vomitaron figuras embozadas en negro que se precipitaron al vacío colgadas de cuerdas, disparando ráfagas precisas. El caos se apoderó de las criaturas, que se fueron replegando en las aguas embravecidas, dejando tras de sí una alfombra de cadáveres que el mar iba amortajando con su espuma salvaje.

Julia no notó que uno de los encapuchados le quitaba de las manos el arma descargada que seguía disparando una y otra vez hacia un enemigo que sólo ella podía ver.

Y al final, todo se volvió oscuro.

Su padre la miraba con una expresión de disgusto y reprobación. Julia volvía a estar enferma, con fiebre bastante alta, pero una vez más el médico del pequeño pueblo no había sabido diagnosticar cuál era la extraña dolencia que aquejaba periódicamente a la joven muchacha.

—Nunca será una de los nuestros —le decía su padre a su madre con acritud—. Está resistiéndose con mucha fuerza y ya se está haciendo mayor. Es igual que tú, no comprenderá cuál es su destino hasta que sea demasiado tarde.

Julia miró a su madre intentando vencer el sopor que la envolvía como un sudario viscoso. No acababa de comprender qué había hecho enfadar tanto a

su padre y buscó refugio y consuelo en las manos maternas que le acariciaban la frente sudorosa con suavidad. Su mirada vidriosa y febril se encontró con los ojos redondos y diáfanos de su madre, y vio pasar por ellos un fugaz destello triunfal, la diminuta chispa de luz que delataba el logro de un deseo secreto que nunca jamás iba a ser revelado.

Despertó con la luz del sol hiriéndole los ojos bajo un techo blanco y sin adornos. Sentía el cuerpo agarrotado. Aunando toda su voluntad y apretando los dientes para soportar el dolor que apareció al instante en forma de espasmos, consiguió ladear la cabeza y vio que estaba tendida en la cama de una habitación de color verde claro. La cabellera oscura y brillante de Basia se desparramaba en un lecho a su lado.

Intentó incorporarse pero lo único que consiguió fue otro espasmo de dolor y un incremento en el ritmo de un bip que salía de una máquina que había en el cabezal de la cama. Se oyó un rumor de sábanas y escuchó la voz ronca de Basia.

—Bienvenida al mundo de los vivos —dijo sonriendo desde la cama contigua. Tenía unas ojeras espantosas y la cara magullada y violácea.

—¿Lo conseguimos? —preguntó Julia sintiendo la lengua de trapo.

Basia negó débilmente con la cabeza e hizo una mueca de dolor.

—No del todo. Conseguimos sellar el pozo de Inishshark, pero no ha sido suficiente. El padre Marini nos espera en Florencia. Ha dicho que los de la fundación Wilmarth no pudieron cumplir con su parte. El avión nunca llegó a despegar pero consiguieron hacer detonar el explosivo del pozo de la isla de Oak. Fabio no sobrevivió —añadió tras una pausa, con la voz rota.

Julia se recostó con sumo cuidado en la cama. De golpe, el dolor había sido transformado en una insensibilidad gélida. No podía, no, no quería imaginar lo que había supuesto la detonación del ingenio nuclear de la isla de Oak. Los ojos se le llenaron de lágrimas y de pronto, todo lo que habían conseguido le pareció minúsculo e inútil, el esfuerzo de un insecto frente al avance imparable de una apisonadora.

Habían entreabierto las puertas de un infierno más antiguo que la misma religión y ahora sólo era cuestión de tiempo que sus moradores surgieran de las oscuras profundidades. Un tiempo valioso que los humanos desperdiciaban con sus inútiles vidas y del que *ellos* disponían en abundancia, porque...

No Está Muerto Aquello Que Puede Yacer Durante Toda La Eternidad, Y Con El Paso De Los Eones,

Hasta La Misma Muerte Puede Llegar A Morir.

Florencia, esa misma noche

Un vivísimo relámpago iluminó los rasgos acerados del padre Marini. Sus pupilas dilatadas reflejaban el horror que estaban retransmitiendo todos los canales de televisión.

Las imágenes del colosal desastre causado por el fortísimo terremoto de origen desconocido que había cambiado para siempre la orografía de la costa este de los Estados Unidos llegaban con brutal claridad.

Pero en este caso, las ruinas de Nueva York, Boston o Washington, sepultadas a más de cincuenta metros de profundidad a causa del corrimiento de una parte de la placa tectónica, no eran lo más terrible. Ni las pérdidas humanas que se estimaban en cifras astronómicas y que habían ido subiendo hora a hora, día a día, hasta que alcanzaron valores tan escalofriantes que las cadenas de noticias dejaron de darlos.

Lo peor habían sido las imágenes aéreas que mostraban una extensión sin límite de cadáveres que el mar había devuelto, ahíto de muerte. Un océano cubierto hasta más allá del horizonte por una alfombra humana que flotaba grotescamente sobre las aguas aún embravecidas que los hacía agitarse como muñecos desmadejados.

En la orilla, los puntos amarillos de los equipos de rescate pululaban, desbordados, vencidos, rotos, impotentes ante una tarea imposible. La cámara se acercó hasta uno de ellos, que se había adentrado en el agua y tiraba de un cadáver, primero con fuerza, después con sacudidas desesperadas, para soltarlo finalmente y dejarse caer pesadamente sobre la arena, llevándose las manos a la cara cubierta por una máscara.

Las lágrimas brotaban de los ojos del padre Marini y se deslizaban por su rostro para caer sobre la gruesa alfombra. Los dibujos se iban tiñendo de rojo con las gotas de sangre que caían de la mano que asía con fuerza el pequeño crucifijo de plata. Las palabras de la profecía resonaban una y otra vez en su mente aturdida:

*Y aparecerá la Primera Dama, la Sacerdotisa,
Terrible en su esplendor decadente.
Conocerá los Textos Prohibidos
Y quebrará el Primer Sello,
Que abrirá el Portal Primigenio
Y segará la vida de un tercio de los Hombres.*

El padre Marini se santiguó, dejando un rastro sanguinolento en su rostro desencajado.

—Y así es cómo empieza... —musitó.

Segunda parte: Necrópolis Mundi

Prólogo

El Sol, a ciento cincuenta millones de kilómetros de la Tierra

Nadie estaba allí para verlo.

Ningún ser vivo vio cómo surgía de entre los remolinos caóticos de plasma ardiente, lenguas de fuego estelar gigantescas que recordaban los pálpitos irregulares y sincopados del corazón enfermo de una bestia apócrifa. Sin embargo, para un Sol indiferente, no era más que una simple esquirla de una herida diminuta que le había sido infligida por un poder más antiguo que el propio astro.

Pero en lugar de desplomarse y hundirse de nuevo en el magma incandescente o quedarse atrapado para siempre en alguna órbita lejana, quizá transformado en un fragmento más de escoria espacial, o tal vez en una de esas lunas que danzan eternamente alrededor de los cuerpos celestes, el enorme trozo de materia solar inició un movimiento de escape que cualquier centro de control de misión espacial hubiera calificado de perfecto.

Algo invisible, intangible, algo que ni tan siquiera era posible para la mente humana, lo estaba guiando y colocando en una trayectoria extremadamente precisa.

Precedido por un colosal destello que consiguió sobresalir un instante por encima de la corona, envuelto en un majestuoso manto ígneo, algo se adentró en el vacío.

En la penumbra de la inmensa caverna sepultada en las entrañas de un mundo muy lejano, unos ojos anormalmente grandes se cerraron. Había gastado hasta la última gota de su poder para realizar aquel extraordinario conjuro. Pero la magia antigua y terrible había tenido éxito y ahora, sólo había que esperar.

Capítulo I

Abadía de Montecassino, Italia, otoño de 1943

El joven monje Roberto Marini contempló el ir y venir de los soldados enfundados en uniformes negros. En las solapas blancas brillaban con malevolencia las dos siglas más temidas por toda la Europa ocupada: SS. No podía hacer nada más que mirar con impotencia cómo los cuadros, las estatuas y las reliquias sagradas que había ido atesorando la abadía durante los primeros años de la guerra iban pasando a los camiones sin insignias que esperaban en el exterior del edificio. El traslado de la irremplazable biblioteca benedictina, compuesta por más de setenta mil volúmenes de valor incalculable, estaba previsto para el final.

Un soldado le golpeó al trastabillar con un cuadro envuelto en una manta.

—*Scusa*, padre —dijo con un cerrado acento teutón y sin mirarle a los ojos.

El novicio se apartó y se frotó el costado entumecido mientras sentía que un dolor más profundo que el del golpe le desgarraba el interior. Los alemanes, *los nazis*, se corrigió, estaban saqueando impunemente la abadía por orden directa del *Oberbefehlshaber Süd*, Albert Kesselring. A juzgar por la rapidez y la discreción con que se estaba llevando a cabo, se trataba de una operación secreta. Los camiones llegaban de noche, traspasando con total indiferencia la línea de trescientos metros que el ejército alemán había prometido mantener entre las tropas y la abadía. Los soldados ejecutaban las órdenes de los oficiales en silencio y trataban con respeto inusitado a la aterrada comunidad benedictina que habitaba el imponente grupo de edificios que se alzaban como un faro en el valle del río Liri.

Lo poco que había podido averiguar el joven Marini hablaba de una conjura desconocida incluso para algunos altos mandos militares de Berlín. Formaba parte del siniestro complot orquestado por el propio Hitler para deshacerse de Su Santidad Pío XII, reacio a dar su beneplácito a los horrores que los nazis estaban llevando a cabo con los judíos. Su nombre clave era operación «Rabat».

Tras la reciente derrota en Stalingrado a manos de los rusos, los alemanes necesitaban desesperadamente tiempo para reorganizarse y lavar un poco la terrible imagen que el mundo tenía de ellos. Se habían recibido informes de la *Abwehr*, el servicio de inteligencia alemán, indicando que la zona que ocupaba el monasterio iba a ser bombardeada por el ejército Aliado. Esto era lo que Hitler esperaba, ya que pretendía que todos los tesoros que había en la abadía fueran destruidos por las bombas del ejército de liberación mientras los alemanes simulaban defenderla hasta la muerte ante los ojos escandalizados de la opinión internacional.

Sin embargo, alguien había saboteado los planes del todopoderoso canciller alemán. Unos días después de la discreta visita a la abadía del *Oberstandartenführer*

Schlegel, el brazo derecho de Kesselring, había llegado un numeroso contingente de camiones de la división Hermann Göring. Al parecer, algunas almas cristianas de Berlín deseaban salvar los últimos tesoros de la Cristiandad de la destrucción. Los rumores apuntaban el nombre del almirante Wilhem Canaris, jefe de la Abwehr, como posible instigador de la operación secreta.

No obstante, el joven monje tenía otra teoría al respecto. Creía con firmeza en la hipótesis de que todo lo que estaba pasando obedecía al afán de los nazis por asegurarse la supervivencia una vez acabada la guerra. Había oído rumores de la existencia de la llamada *red del Vaticano*, una organización clandestina que ayudaba a los altos mandos del maltrecho ejército alemán a huir hacia Sudamérica, llevándose consigo auténticas fortunas en obras de arte y joyería, trofeos arrancados de los cadáveres de miles de infortunados condenados por el despiadado régimen de Hitler. Si Dios no lo remediaba, todo el arte que contenía la abadía iría a parar a algún lugar remoto del lejano continente americano, a salvo de las bombas aliadas y reconvertido en el núcleo económico necesario para la financiación de un hipotético Cuarto Reich.

El ruido de motores poniéndose en marcha le atrajo hacia el portón exterior. Uno a uno, los grandes camiones maniobraron para tomar la polvorienta carretera que les conduciría a Roma. Si todo iba bien, estarían de vuelta la noche siguiente para proseguir con el expolio. «Quizá no regresarán esta vez», pensó, sabiendo que la carretera era patrullada con frecuencia por la aviación aliada.

—¡*Fratello* Roberto!

La voz de su superior, el abad Gregorio Diamare, le hizo dar un salto. Se volvió para encarar al anciano monje, al que la guerra parecía haberle dado la estocada final. Se le veía agotado, vencido por el cansancio infinito de una vida llena de penuria y sacrificio, a las órdenes de un Dios que raramente se justificaba ante atrocidades como las que se estaban cometiendo en Europa en esos momentos.

—*Dom* Gregorio —respondió inclinando la cabeza en señal de respeto.

El abad agitó la mano, indicando que no se requería protocolo. Afianzándose las gafas de pasta negra sobre el puente de la nariz, miró su reloj y sacudió la cabeza con preocupación.

—Venid conmigo, hermano —le dijo, cogiéndolo del brazo—. Tenemos mucho que hacer antes de que vuelvan los soldados.

El joven Marini tuvo que apresurar el paso para seguir al viejo benedictino por el dédalo de pasillos y patios interiores de la abadía hasta llegar a la basílica. Una vez allí, ambos monjes descendieron el corto tramo de escalones que conducían a la parte más baja, la cripta, justo debajo del Altar Mayor, donde reposaba la hermosa urna de bronce que contenía las reliquias de San Benito, fundador de la Orden de los Benedictinos, a la que pertenecía la abadía.

El joven novicio se quedó atónito y en silencio mientras contemplaba los

inusuales manejos a los que se entregó el abad frente a los bajorrelieves que representaban a los Santos Fundadores de la Orden. El asombro llegó a su cúspide cuando vio cómo una sección del suelo de mármol veteadado de la cripta se hundía en silencio y dejaba al descubierto los primeros peldaños de una escalera de piedra que descendía hacia el corazón de la montaña.

La cara surcada de arrugas de Diamare esbozó una sonrisa triste al ver la expresión de pasmo del joven monje.

—Siento la precipitación, hermano Roberto —exclamó escondiendo las manos callosas entre los ropajes de lana gruesa que vestían todos los monjes de la abadía—. Pero no hay tiempo que perder. Traed la linterna que hay sobre el altar de San Mauro y acompañadme. He de mostraros algo.

Marini obedeció y se internó por la estrecha galería que conducía a la diminuta capilla de San Mauro. Al coger la pequeña linterna de aceite que se mantenía encendida de forma perenne frente al minúsculo altar, alzó la vista y contempló durante un instante el altorrelieve de mármol que mostraba al Santo dando la bendición.

—San Mauro, tened piedad de nosotros —musitó, haciendo una profunda genuflexión y persignándose. Pero el Santo continuó mirando al frente impertérrito, ajeno al inminente peligro y a la barbarie en que se había convertido la insensata guerra.

Marini suspiró y volvió sobre sus pasos. El abad le indicó con un gesto que le precediera en la bajada. Tras un instante de duda, de miedo atávico frente a lo desconocido, empezó a bajar lo que se convirtió en una larga espiral de piedra tallada en la roca de la montaña y que desembocó en una segunda cripta. La entrada estaba flanqueada por columnas de las que partían arcos que formaban un ábside rematado por un medallón de piedra esculpido con un emblema que no acertó a reconocer. A la luz amarillenta de la linterna le pareció vislumbrar un reflejo dorado en la penumbra de la cámara secreta, pero el sonido de los pasos del abad aproximándose le impidió seguir examinando el extraño recinto subterráneo.

El anciano benedictino accionó una palanca disimulada que había cerca de la entrada y se oyó un rechinar amortiguado procedente de lo alto de la escalera. El ruido sonó en los oídos del inquieto Marini igual que el chirrido de una losa sepulcral. La entrada secreta se había cerrado de nuevo.

El abad recogió la linterna de manos de su silencioso acompañante y avanzó por el ábside, deteniéndose para encender varias lamparillas de aceite adosadas a la pared. Como un truco de ilusionismo, la sala se fue iluminando y un espectáculo increíble se fue haciendo visible a los ojos del joven monje.

La estancia era bastante más grande de lo que había intuido en un principio. Completamente circular, sustentada por columnas y arcos ojivales de bella factura,

estaba jalonada con pequeños nichos excavados en el propio muro. Sin embargo, en lugar de tumbas donde descansarían los huesos de otros ancestros benedictinos, los nichos contenían la colección de objetos más extraordinaria que jamás había visto.

Fue avanzando despacio, mirando con ojos muy abiertos los gruesos libros, cerrados mediante herrajes manchados de orín, los fajos de papiros y pergaminos atados pulcramente con cintas de terciopelo lacradas con las insignias papales, las estelas de arcilla polvorientas cubiertas con signos indescifrables, las joyas de oro y coral de extraño diseño, y se detuvo frente a una sencilla punta de lanza romana, algo que parecía fuera de lugar entre todos aquellos tesoros. Un presentimiento le atenazó la boca del estómago, y se volvió hacia el abad con una pregunta asomándole en los ojos. Éste afirmó con la cabeza mientras una expresión de solaz le rejuvenecía el ajado rostro.

El joven monje se dio la vuelta, cayó de rodillas ante la increíble reliquia y se persignó de nuevo, recitando un confuso Padre Nuestro en voz muy baja.

La voz del abad le sobresaltó de nuevo.

—Montecassino no resistirá hasta la primavera, y es posible que yo tampoco esté aquí para ver su caída. Es necesario que todo esto salga de este lugar cuanto antes, y que el gabinete ocultista del Führer ni siquiera llegue a sospechar que ha estado tan cerca de conseguir su sueño.

Marini se alzó del suelo con esfuerzo y se dejó caer en un banco de piedra que había en el centro de la sala.

—¿Cómo han llegado...? ¿Quién los ha...? ¿Por qué nadie...? —Era tal el caos de pensamientos que se le superponían en la mente que no conseguía hilvanar una sola frase. Se cogió la cabeza con ambas manos y soltó un gemido.

—Calmaos, hermano Roberto —oyó que le decía el abad, mientras notaba que una mano callosa le acariciaba la cabeza—. Concededme un rato de vuestro tiempo, y os lo trataré de explicar lo mejor que pueda.

Unas horas más tarde, un Marini exhausto se derrumbaba en el estrecho catre de su celda. Le dolía la cabeza con intensidad y no conseguía detener el río de lágrimas que fluía de sus ojos. Las revelaciones que le había confiado el abad habían sido devastadoras, mucho peores que cualquier pesadilla que le hubieran provocado los horrores de la guerra.

Ahora comprendía mucho mejor algunas acciones de la comunidad religiosa. Ahora sí que entendía con claridad el porqué de las reiteradas negativas del hermano bibliotecario a las peticiones del joven novicio para consultar cierta parte de la enorme biblioteca de la abadía. La guerra que estaban sufriendo era un episodio más en la historia sangrienta del ser humano, pero lo que le había desvelado el abad sobrepasaba con mucho los peores momentos de cualquier guerra entre los hombres. Hitler pretendía exterminar a la etnia judía e iniciar la construcción de un imperio

ario, pero el objetivo de los que acechaban desde el umbral de los tiempos abarcaba la aniquilación de *toda* la humanidad.

Buena parte de los objetos que había en la cripta secreta habían sido arrebatados, por auténticos héroes anónimos, a unos seres surgidos de las brumas de la historia más olvidada. Hasta el momento, la Iglesia había conseguido mantener en secreto la ubicación de los tesoros, pero Heinrich Himmler, jefe supremo de las SS, fascinado por las reliquias que mencionaban los antiguos textos sagrados hebreos y, atraído por el poder latente que se les atribuía, se había lanzado a una búsqueda sistemática que ya había cosechado sus primeros frutos. La ocupación alemana de Italia había agravado la situación hasta el punto que la Santa Sede había ordenado al abad sacar los tesoros de Montecassino y esconderlos en un lugar más seguro.

Las últimas bajas de la comunidad benedictina habían obligado al anciano monje a buscar más recursos humanos para poder llevar a cabo la enorme tarea que tenían por delante. Marini había sido seleccionado por el abad por su juventud, por sus ansias de aprender y por la entereza mostrada ante las adversidades. Su misión consistía en conseguir camuflar los objetos de la cripta secreta entre los que había en la abadía y seguir después su periplo hasta poder recuperarlos de nuevo. No parecía un plan muy sólido, pero era lo único que podían hacer, dadas las circunstancias.

Al día siguiente, la estrategia del abad se puso en marcha. Sin embargo, no habían contado con la férrea disciplina teutona y su puntillosa burocracia. Los alemanes tenían la invariable costumbre de empaquetar los objetos que expoliaban frente a varios oficiales y subalternos que apuntaban meticulosamente sus características, sellaban las cajas y las cargaban de inmediato en uno de los camiones constantemente vigilados. Tras varios intentos frustrados, el abad suspendió el plan y decidió esperar una ocasión mejor.

Pasaron los días y los meses, y en la abadía sólo quedaron nueve monjes, Marini y el abad. El resto habían sido trasladados en los camiones de transporte. Algunos irían a Roma, algunos a otros monasterios del Norte del país. Todos sabían que no volverían a Montecassino y que tal vez no llegarían nunca a su destino.

Con el alba de cada mañana llegaban más y más rumores del avance incesante del ejército aliado y de la alarmante probabilidad que el valle del río Liri fuera escogido para progresar hacia el Norte, lo que significaba que serían sin duda alguna objetivo militar, y que complicaba aún más la arriesgada operación.

Al llegar el invierno, casi no quedaba nada de valor en la abadía. Ahora era prácticamente imposible salvar las reliquias, no sólo por la intensa vigilancia de los alemanes y por el rudo clima, sino porque, suponiendo que pudieran sacarlo todo de la abadía, tampoco tenían ningún lugar a donde ir. El ejército aliado estaba replegado al sureste, y la *Wermach* se había desplegado por el norte con la intención de frenar el avance de las tropas de liberación a cualquier precio. Estaban sitiados.

Ésa fue una de las Navidades más tristes que oficiaron los monjes de Montecassino. Todos los retablos, figuras y cualquier otro objeto que pudiera tener valor habían sido trasladados en los camiones. Sólo había quedado el gran Cristo que presidía el altar mayor, el único testimonio que había conseguido conservar el abad tras acaloradas discusiones con el suboficial al mando del saqueo. La gente de los pueblos del valle subió a la abadía como cada año, y Diamare ofició la misa conmemorando el nacimiento de Cristo, pero de alguna manera todos los allí presentes, incluidos los oficiales y los soldados alemanes, intuían que tal vez fuera la última ocasión de que disponían para salvar sus almas y arrepentirse de sus pecados. Las plegarias se elevaron con más fuerza que de costumbre y los cánticos de alabanza al Señor resonaron con inusitada energía entre los muros descarnados de la despojada basílica.

Una vez finalizada la eucaristía, los fieles y los oficiales se marcharon. Marini se quedó en la basílica vacía, apagando con tristeza las velitas que habían encendido algunos asistentes en un intento desesperado por conseguir que algún milagro les librara del terrible mal que estaba por venir. Al pasar frente al altar, y hacer la acostumbrada genuflexión, sintió que algo irreprimible le subía por la garganta. Al igual que hizo durante sus primeras semanas de noviciado, se tumbó boca abajo con los brazos extendidos y lloró desconsolado a los pies del hijo de Dios crucificado, que miraba al cielo con expresión dolida: «Padre, ¿por qué me has abandonado?».

Febrero llegó y con él se acrecentaron los rumores de que el grueso del ejército aliado estaba llegando a las costas de Sicilia. Las tropas de liberación trataban de llegar a Roma y plantar allí un estandarte simbólico. La zona del río Liri y el pueblo de Cassino habían sido bombardeados unos meses antes. Cientos de civiles sin hogar y una congregación de monjas cuyo convento había sido destruido eran ahora huéspedes forzados de la abadía. Todos creían que nadie sería tan desalmado como para bombardear el lugar que en teoría custodiaba el reducto artístico de la Cristiandad pero donde en realidad sólo reposaban los huesos de San Benedicto y su hermana Santa Escolástica.

El pequeño avión que sobrevoló la colina de Montecassino la mañana del día catorce rompió en pedazos la débil esperanza de salvación. Los cientos de panfletos lanzados sobre la zona avisaban con claridad de que, a pesar de todos los esfuerzos por evitarlo, la abadía era ahora objetivo militar y por lo tanto aconsejaban su evacuación inmediata. El abad dudó ante el enorme problema de logística que aquello representaba. Eran casi dos mil las almas que se apiñaban en los edificios de la montaña sagrada, y organizar la salida a pie de todas esas personas, muchas de ellas enfermas o heridas, era demasiado complicada para poder ser realizada por unos cuantos monjes. Tras muchas discusiones, los monjes decidieron confiar en la misericordia divina y quedarse en la abadía.

Así, el amanecer fatídico del quince de febrero llegó, trayendo consigo el temido rumor del inminente ataque. Marini fue a ver al abad, al que halló absorto en la oración ante un pequeño crucifijo que había sido desestimado por los saqueadores nazis.

—*Dom* Gregorio —susurró arrodillándose a su lado—, no creo que podamos evitarlo.

El abad siguió un momento más en silencio, se persignó y se incorporó con esfuerzo.

—Hemos de confiar en la Providencia, hermano Roberto —respondió con voz cansada. Los ojos le brillaban húmedos tras los gruesos cristales—. Tomad esto, llevadlo siempre con vosotros, y que Él os guarde —añadió depositando entre las manos del monje una cadena con un pequeño crucifijo de plata y haciendo la señal de la cruz sobre su cabeza.

—*Amén* —contestó Marini, besando con devoción el crucifijo y colgándoselo del cuello. Inclino la cabeza, cerrando con fuerza los ojos, y rezó como nunca antes había rezado. Después, más sereno, fue hasta la basílica.

La gran nave, al igual que los edificios anejos, estaba abarrotada de civiles. Algunos estaban apiñados como ovejas desconcertadas, rezando arrodillados frente a los podios y los marcos, ahora vacíos, que jalonaban la nave. Otros, atendidos por los monjes y algún médico venido de los pueblos vecinos, gemían en voz baja sentados en algún rincón. Algunos simplemente miraban al frente con ojos desprovistos de expresión.

Cuando se oyeron los primeros silbidos precursores de las bombas, en el interior de la abadía se hizo un silencio sepulcral que acentuó aún más el aterrador sonido de los proyectiles acercándose.

Después, todo se fundió en un bramido incesante y en la destrucción imparable de los muros que les rodeaban. Lo último que vio Marini antes de cerrar los ojos y encomendar su alma al Altísimo fue la pared del altar mayor explotando y un rayo de sol recortando la imagen del Cristo que lo presidía mientras se quebraba y caía hecha pedazos. La expresión de dolor de la mutilada figura se quedó grabada para siempre en su mente.

Una eternidad más tarde, sólo le quedó un extraordinario zumbido en los oídos. Pero al cabo de unos instantes se oyó de nuevo el rugido de los motores de los aviones y una nueva oleada de bombas cayó sobre ellos. Y otra, y otra, y aún una más. Marini dejó de contar y empezó a rezar con todas sus fuerzas hasta que la onda expansiva de una deflagración cercana le hizo perder el conocimiento.

Cuando recobró el sentido, Marini se enderezó con dificultad, maravillado de seguir todavía con vida. Estaba cubierto de polvo y yeso y la espalda le dolía con intensidad. Algo debía haberle caído encima durante los bombardeos, pero no había

sido consciente de ello. Poco a poco, como estatuas vivientes, se fueron alzando del suelo cubierto de escombros aquellos que habían resistido el demoledor ataque aéreo.

Miró a su alrededor. Un sol indiferente iluminaba con claridad cegadora un resto de pared exterior, lo único que quedaba de la imponente nave. Por un momento, creyó que estaba en otro mundo. De hecho, así era. Por tercera vez en su historia, la abadía de Montecassino había sido destruida por completo.

El mundo también había cambiado. Mucho tiempo después, Marini supo que el sacrificio de la montaña sagrada dejó por fin expedito el valle del Liri para el avance del ejército de liberación. Pero el precio que habían pagado por ello se reflejaba penosamente en la acumulación de escombros en que se había convertido la abadía. El hermoso grupo de edificios se parecía ahora a los restos de un castillo de arena en una playa barrida por la tormenta.

No quedaba absolutamente nada en pie. Aquí y allí surgían los restos de un muro, de una torre o de un contrafuerte. El coro, el órgano barroco, los frescos que había pintado Luca Giordano, el altar mayor, todo había dejado de existir. La abadía de Montecassino se había deshecho, literalmente, para desparramarse por los costados de la montaña y difuminarse entre los cráteres humeantes y el mar de muertos que alfombraban las laderas.

Como un sonámbulo, deambuló entre las pilas de cascotes, tratando inútilmente de reconocer algún lugar. Toda la montaña parecía haber sido pasada por un tamiz. Incluso la carretera había desaparecido bajo la tremenda lluvia de fuego y metal. «La destrucción de Sodoma y Gomorra debió de ser algo así», pensó.

Los gritos de los heridos hendían el aire. Los demás monjes, que se habían refugiado en una habitación del piso inferior, no habían resultado heridos. Al parecer, Dios había tenido tiempo de apiadarse de ellos. Miró hacia el centro de la nave y vio que el abad estaba dando la extremaunción a un hombre que yacía frente a las ruinas del altar. Sólo entonces se dio cuenta de la gran cantidad de muertos que el ataque había ocasionado entre los civiles, muchos de los cuales habían salido corriendo despavoridos cuando cayeron las primeras bombas.

Con la mente aturdida, Marini se aproximó hasta una mujer herida y vio con horror que una deflagración le había segado ambos pies. La mujer gemía débilmente, en estado de shock, pero antes de que el joven monje pudiera hacer algo por aliviar su sufrimiento, una nueva oleada de bombas cayó sobre ellos. Todo volvió a saltar por los aires, cascotes cayendo sobre cascotes, ruinas sobre ruinas. En esta pasada, los bombarderos destruyeron ambos claustros y la hermosa *Loggia di Paradiso*. La larga lista de muertos volvió a engrosarse con los civiles que habían abandonado los refugios de la carpintería, la prensa de aceitunas y la diminuta oficina de correos para correr ciegamente entre las explosiones de los obuses que caían por doquier.

El segundo ataque cesó media hora más tarde. Un grito del hermano Pietro le

atrajo hacia la escalera que conducía a los aposentos del abad.

—¡Ayúdame, hermano Roberto! —oyó que le decía mientras le hacía señas frenéticas—. ¡*Dom Gregorio* está atrapado!

Marini saltó por entre los escombros, obligándose a no escuchar los gritos de auxilio de las víctimas que habían quedado atrapadas bajo los cascotes. Se aproximó a la escalera y ayudó al otro fraile a agrandar un pequeño agujero en uno de los muros hasta que tuvo el tamaño suficiente para poder sacar de allí al anciano monje y a *Dom Martino Matronola*, que no había querido separarse del abad.

Los cuatro tuvieron el tiempo justo de descender por otra escalera hasta las capillas del piso inferior y reunirse con los cientos de refugiados que había allí antes de que una lluvia de fuego de mortero cayera sobre la destrozada abadía. De nuevo, la tierra y las paredes temblaron con las inacabables explosiones que sacudían los cimientos de la abadía benedictina.

Sólo la ausencia de luz hizo cesar el monumental ataque. El ocaso impedía a los artilleros comprobar la eficacia de los disparos. Al caer la noche, sólo se escuchaban los gritos y gemidos de los heridos, implorando ayuda, atrapados o sepultados entre las traicioneras montañas de cascotes.

Unas horas más tarde, un oficial de la *Wermach* llegó hasta la abadía buscando al abad. Traía un comunicado del alto mando alemán en el que se decía que Hitler, a petición del Santo Padre, había solicitado un alto el fuego a los norteamericanos, de manera que los monjes y los refugiados pudieran ser evacuados. Había que esperar hasta el día siguiente para saber si los Aliados iban a ceder.

Marini casi no pudo cerrar los ojos esa noche, despertándose con frecuencia cuando el ruido de escombros cayendo o los constantes gemidos de los que seguían atrapados o incapacitados penetraban en sus sueños.

El amanecer vio cómo casi todos los civiles supervivientes abandonaban aterrados lo que quedaba de la abadía sin esperar el alto el fuego. La artillería aliada seguía golpeando las laderas sin piedad y muchos de los que huyeron encontraron allí la muerte. Marini intentó acercarse a la cripta de San Benedicto para comprobar el estado de la abertura secreta, pero todo estaba cubierto de ruinas y cuerpos sin vida.

Después de prestar todo el auxilio que pudieron a los heridos, los monjes se congregaron cerca del altar y pasaron la mañana en oración, encogiendo la cabeza entre los hombros cuando un obús caía demasiado cerca.

Cayó la noche y el único vestigio de esperanza que les quedaba, la prometida tregua, nunca llegó. Marini la pasó despierto, incapaz de cerrar los ojos, con el cuerpo envarado por el dolor y el agotamiento. Tumbado entre escombros, con la espalda apoyada contra la pared, rezó y preguntó a Dios si había llegado su hora. La evacuación se le antojaba imposible. ¿Cómo iban a ser capaces de trasladar tantos heridos y al anciano abad hasta Roccasecca y no morir en el intento?

Una voz a su espalda le sobresaltó.

—Podéis iros, si es vuestro deseo —oyó que le decía el abad.

El joven monje contempló la cara pálida de Diamare, que de alguna manera había logrado salvar sus gafas. Detrás de los cristales sucios, la mirada de determinación y compasión del anciano de setenta y nueve años le conmovió profundamente.

—*Humili et sincera caritate diligant abbatem suum*[3] —respondió con firmeza, intentando incorporarse del suelo.

El abad se lo impidió con un gesto, al tiempo que aferraba la gran cruz de plata que le colgaba del cuello.

—Lo sé, hermano Roberto —dijo con una débil sonrisa—. También por eso os he elegido.

—¿Qué vamos a hacer ahora, *Dom* Gregorio? ¿Cómo podremos salvar las reliquias?

El viejo monje se ajustó el gorro de lana que le protegía la cabeza del frío de la noche antes de responder.

—Dios proveerá, hermano —dijo con convicción, y repitió, mirando al cielo como para comprobar si había sido escuchado—. Dios proveerá.

La luz del nuevo día llegó sin noticias de la tregua.

Tras una larga discusión con los otros monjes, Diamare decidió intentar la evacuación. Ya no quedaba nada bajo lo que guarecerse. El abad dio la absolución solemne a los supervivientes, agarró un gran crucifijo de madera de la capilla de la Pietà y se dispuso a abandonar la abadía. No les quedaba ninguna otra opción si querían salvarse de una muerte casi segura. La cripta y sus secretos quedaron atrás.

Sin embargo, al bajar la colina, los soldados americanos emboscados en las cercanías de la abadía les confundieron con alemanes y la artillería empezó a disparar de nuevo. El espeso humo de las explosiones sumía el día en tinieblas. A cada paso surgían nuevos cráteres, y la orografía del lugar volvió a cambiar. Por todas partes se veían cuerpos destrozados, terriblemente mutilados por las innumerables bombas. Algunos cadáveres saltaban de nuevo por los aires con una nueva explosión. Esquirlas de metal, rocas y tierra salpicaban sin remisión a los que huían resbalando al pisar los restos ensangrentados de los muertos que yacían amontonados por doquier.

La deflagración de un proyectil levantó al joven Marini del suelo y le lanzó hacia atrás varios metros. Aturdido por el golpe, se quedó quieto sobre la tierra que vibraba como sacudida por un terremoto. Cuando se alzó de nuevo, sintiendo el gusto acre de la sangre en la boca, vio que se había quedado aislado del grupo que seguía huyendo ciegamente de las ruinas de la abadía. Una verdadera cortina de fuego se interponía entre la posible salvación y la muerte cierta.

Rodó hasta un cráter y se dejó caer dentro. En el fondo, pisó algo que emitió un

extraño quejido. Horrorizado, saltó hacia atrás.

—Dios Santo —exclamó arrodillándose al lado del cuerpo—. Lo siento, hermano, no te había visto.

El herido no emitió ningún sonido más y Marini se inclinó para verle mejor. El hombre estaba muerto. Los gases de la descomposición le habían hinchado el vientre, y al pisarle habían salido por su garganta produciendo el terrible estertor que había confundido con un gemido. El monje se persignó de manera mecánica, incapaz de apartar los ojos del cadáver abotargado.

En ese instante, creyó que jamás podría salir vivo de Montecassino. Miró en la dirección en la que había partido el grupo. Ya no quedaba nadie a la vista, y los obuses seguían cayendo con cruel obstinación. Sólo le quedaba una posibilidad de salvar la vida. Volver a la abadía y refugiarse en lo más profundo de la montaña.

Reptando entre los cráteres y amparado por un ángel de la guarda que sin duda tuvo muchas ocasiones para demostrar su eficacia, el monje consiguió llegar hasta la sala secreta. Las manos le sangraban tras desescombrar como pudo la entrada a la cripta. Marini musitó una rápida oración de agradecimiento al descubrir que la losa secreta había quedado a salvo, protegida por uno de los brazos de la cruz del Cristo destrozado y parte del grueso altar de mármol, que habían servido de muro de contención de las avalanchas de cascotes. Fuera o no un milagro, lo cierto era que la cripta y su extraordinario contenido se habían salvado de la brutal destrucción.

Una vez en la sala subterránea, arrodillado frente a la Lanza del Destino, el arma que había atravesado el costado del Cristo crucificado, Marini rezó sin cesar mientras notaba los temblores que sacudían sin cesar la montaña. Un nuevo bombardeo trataba de acabar con los pocos vestigios que aún quedaban de la abadía. Finalmente, exhausto y abatido, se enroscó en el suelo como un perro y se sumió en un sueño comatoso.

El hambre le despertó. La sala estaba sumida en la negrura y hacía frío. A tientas, consiguió subir la escalera de caracol y se encontró de nuevo en la cripta de la abadía. No se oía nada y parecía ser de noche. Procurando no levantar mucho polvo para evitar ser descubierto por los francotiradores, se arrastró por las ruinas hasta encontrar lo que quedaba de las cocinas. Con mucho esfuerzo consiguió desenterrar un par de latas que abrió allí mismo con la ayuda de un pedrusco. Una vez acallado el hambre, se arrastró de nuevo hasta lo que quedaba del muro exterior de la abadía y se tumbó para observar los alrededores. A pocos metros de la montaña, las luces amortiguadas de un campamento alemán confirmaron sus temores. Los bombardeos no habían conseguido descorazonar a la *Wermach*. Un grupo de soldados provistos de ametralladoras pesadas estaba subiendo penosamente la ladera con la intención de montar un nido en lo alto de la colina. Marini se dejó caer de espaldas, desalentado. Las pocas esperanzas de escape se habían esfumado. No podría salir de allí con las

preciadas reliquias sin ser descubierto.

Volvió a bajar hasta la cripta secreta, encendió una de las lámparas de aceite y se sumió en una profunda meditación. Las únicas probabilidades que tenía de sacar todo aquello pasaban por esperar a que los alemanes se fueran de la abadía, y sabía que eso no iba a suceder pronto. Iba a tener que estar allí solo, convertido en custodio, confiando en que, tarde o temprano, la potencia militar del ejército aliado terminaría por doblegar a los obstinados alemanes. Iba a ser una espera muy larga.

Así fue como Roberto Marini inició su papel de guardián de la Humanidad, ignorando aún la magnitud de la tarea que había heredado. En las repisas de piedra se podía contemplar el pasado ignoto y la verdad que jamás se había contado a los hombres, pues la Verdad desnuda es capaz de infligir un daño aún más terrible que la más potente de las armas. Sólo unos pocos elegidos se convierten en iniciados, y de éstos, muy pocos logran conservar la cordura suficiente para sobrellevarlo y hacer, a su vez, de testigos y de enlace con la siguiente generación de custodios.

El monje se mantuvo escondido allí abajo, jugando a diario con el peligro de ser descubierto, saliendo con todo el sigilo posible por la escalera secreta para robar un poco de comida, agua y aceite al regimiento de paracaidistas alemanes que había ocupado los restos de la abadía.

Durante el primer mes del particular cautiverio sólo rezó, pidiendo fuerzas a Dios para resistir el cruel asedio. Más tarde, el ansia de conocimiento guió sus ojos hacia los libros prohibidos y los leyó aterrado, al principio musitando oraciones inconexas, después en completo y horrorizado silencio.

Conoció así la existencia de todos los seres olvidados, malditos, ocultos en las entrañas de la tierra y replegados en los confines oscuros del universo, ansiosos de venganza y de recuperar lo que una vez les perteneció.

Supo de las atrocidades cometidas por las deidades impías que los textos mentaban, y del destino inimaginable que sufrieron los desgraciados que hallaron, por casualidad o por insistencia insensata, los vestigios de una historia que la humanidad había olvidado en su vertiginosa carrera hacia la autodestrucción.

Tan sólo la visión de la Lanza de Longinos parecía mitigar el pavor que le empapaba mientras leía los libros blasfemos. *Quid pro quo*, blasfemia y oración se fueron alternando en su mente, y sólo la férrea fe del joven monje evitó su caída en la locura total.

Y un día, tras haber leído otro espantoso pasaje de un libro encuadernado en lo que parecía piel humana, descifrando una a una las temibles palabras escritas por aquel árabe loco y traducidas al latín por Olaus Wormius, comprendió la extraordinaria importancia de las cinco estelas de arcilla esculpida que yacían en uno de los nichos.

Según el abad, las lajas de tamaño mediano, cubiertas con una escritura parecida a

los signos cuneiformes, habían sido halladas por el profeta Moisés durante su peregrinación al monte Sinaí. La historia las había llamado las Tablas de la Ley.

Pero en las páginas del libro prohibido se contaba una versión muy distinta del origen de las míticas palabras del Altísimo. En ellas se decía que no había sido el Dios de los cristianos el que había esculpido los signos, sino uno mucho más antiguo y terrible, y que no habían sido sólo dos, sino que le habían sido entregadas muchas más tablas al profeta hebreo por alguien cuya apariencia le había llenado de pavor y ante el que se había postrado en adoración.

Contaban también que Moisés había intentado destruirlas, pero que el motivo no fue la cólera que experimentó al ver que su gente estaba degenerando, sino el miedo a que el pueblo hebreo conociera la espantosa profecía que describían y que le había sido confiada por aquel Dios extraño, pues lo que relataban los extraños caracteres era el anuncio profético del despertar de una deidad tan terrible como antigua, un horror impío que sumiría a la humanidad en una era de oscuridad eterna.

Pero el profeta de los hebreos no había tenido el valor suficiente para destruir la crónica, y sabedor de que ninguno de sus allegados podría descifrar su significado, había camuflado el terrible contenido de las tablas con los inocuos Mandamientos.

Las estelas habían desaparecido con rapidez de la luz pública, y habían estado escondidas durante siglos en alguna madrasa perdida entre las arenas candentes de los desiertos orientales. Posteriormente fueron halladas y robadas por los cátaros durante las Cruzadas en Tierra Santa y custodiadas durante siglos en el castillo de Montsegur, en la tierra francesa de Oc. Pese al tiempo y los esfuerzos que se dedicaron, nadie había descifrado aún el mensaje esculpido con asombrosos glifos curvilíneos. Sin embargo, influenciados por las terribles implicaciones que sugerían los escritos de Wormius, la Santa Sede había decidido que la abadía de Montecassino debía ser el reposo final de los peligrosos testimonios de una fe muy diferente a la que predicaban en Roma.

El conjunto de extraordinarios objetos que llenaban la cámara subterránea hacía asimismo comprensible la hasta entonces inexplicable actitud del Sumo Pontífice al tolerar el saqueo indiscriminado de arte religioso que estaban llevando a cabo los nazis. Una vez más, al igual que los caballeros cátaros que se lanzaron al fuego tras el asedio de Montsegur, una vez estuvieron a salvo las preciadas reliquias, se estaba sacrificando el arte de la Iglesia para que los instrumentos de una magia arcana y terrible no cayeran en manos de Himmler y su gabinete ocultista.

Sólo la gruesa roca que albergaba la cripta secreta en el corazón de Montecassino evitó que su grito de angustia fuera oído por los alemanes. La verdad que se abrió paso a fuego en su mente, arrollando su fe, le hirió con la brutalidad de una espada gigantesca. El Santo Grial, la lanza del Destino, y todas las reliquias por las que había luchado la Cristiandad en el pasado eran en realidad igual de valiosas que cualquier

fetichismo pintarrajeado de uno de los pueblos paganos que la propia Iglesia había exterminado en nombre de un Dios cuya existencia se ponía ahora en entredicho.

La mera presencia de las *otras* reliquias, procedentes de un pasado mucho más antiguo, podía alterar el destino de la Humanidad de manera espantosamente drástica. No sólo demostraba la falsedad de los postulados de la Iglesia Romana, sino que ponía al descubierto algo que, de no ser controlado, supondría el fin de la raza humana. ¿Pero cómo controlar un poder que se ocultaba tras milenios de oscuras tradiciones que ya nadie recordaba? ¿Cómo hacer frente a las obscenidades monstruosas que trataban, una y otra vez, inmortales, de retornar a lo que antaño fuera su morada?

Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, y que de pronto, se estaban tambaleando los pilares que sustentaban su fe en la Iglesia, en el Santo Padre y en la Historia que hasta entonces había conocido. Desesperado, trató de fijar su pensamiento en la Lanza, se obligó a cerrar los ojos e imaginar el arma hincándose en el costado de Cristo. Y sintió aquel Dolor en su propio cuerpo, un dolor agudo y ardiente, que le hizo volver a gritar, tratar de aferrarse a sus propias creencias y rechazar la oscura llamada de aquellos otros Dioses impíos.

Vencido por el vértigo, aferró con una mano la pequeña cruz de plata que le había dado el abad y buscó con la otra algo a lo que asirse. Y sucedió entonces que sus dedos tocaron por azar la extraña piedra de tono verdoso que había en otro de los huecos del muro de la cripta secreta. Era una especie de medallón que ostentaba un grabado burdo en forma de estrella de cinco puntas y cuyo diseño había entrevisto en alguna de las insidiosas ilustraciones del odioso libro: la Estrella de los Ancianos, el talismán hecho de una piedra caída del cielo. Y sucedió lo inesperado: el dolor fue desapareciendo y se fue sosegando, calmándose poco a poco hasta que cayó en un sopor imposible de rechazar.

Con el paso de los días, descubrió que el contacto prolongado con la piedra le inhibía las pesadillas y reforzaba su determinación. Entonces concibió la idea de formar un grupo de luchadores, unos nuevos Cruzados. Esta vez, sin embargo, con una causa que no sólo defendería los intereses de una Fe única, sino que pretendía salvaguardar la vida misma, siguiendo esta vez el Verdadero Credo Benedictino: «No permitas otra obra que no sea la Obra de Dios». Volvieron a él, reventando en su cabeza como una ola en los rompientes, las palabras del libro de las Revelaciones:

El séptimo ángel tocó su trompeta, y se oyeron fuertes voces en el cielo, que decían:

Los reinos de este mundo son ya de nuestro Señor y de su Mesías, y Él reinará por toda la eternidad...

Marini sonrió en la penumbra de la sala subterránea. Él sería ese ángel, él tocaría la

trompeta del Apocalipsis, y del cielo bajarían aún más ángeles que derramarían sus copas sobre el trono de la Bestia, diezmarían a sus legiones y teñirían el cielo de rojo con su sangre impía. Se vio a sí mismo empuñando una espada flamígera, convertido en un ángel exterminador y oscuro que desataba la furia del Altísimo sobre las criaturas del averno.

En ese instante, Marini sintió cómo empequeñecían todas las dudas y la voz de sus terrores se acallaba hasta silenciarse por completo. Y de aquel momento mágico nació el nombre de la organización que inició su andadura secreta cuando acabó la guerra: *Gli angeli neri*, los ángeles negros.

Capítulo II

Algo flotaba más allá del límite de su visión. Un enorme objeto oscuro se desplazaba hacia ella, haciéndose cada vez mayor y ocultando el centelleo de las estrellas que no conseguía reconocer con su negrura insondable.

La masa amenazadora que seguía acercándose no presentaba detalles ni contornos identificables, pero el nudo que atenazaba sus entrañas le decía que no era otro portentoso espectáculo estelar, sino que encubría algo más insidioso. Su instinto le gritaba que el extraño cuerpo celestial era el vehículo para conseguir un terrible propósito que aún desconocía y que era imperativo descubrir antes de que fuera demasiado tarde. Estaba segura de que quedaba muy poco tiempo. La profecía estaba cada vez más cerca de cumplirse.

Una voz resonaba en sus oídos, distorsionada, fragmentada, quizá la suya propia. Una voz que repetía una melopea incomprensible, unos vocablos que en otra ocasión habría ignorado, pero que insistían con tenacidad en ser escuchados.

—Ibn fhtagn, fhtagn iä...

La inmensa mole cubrió por fin la totalidad del cielo y con ella llegó una noche sin luna ni estrellas que aliviaran la tremenda negrura, el principio de una oscuridad eterna. Y con ella también llegó el frío...

Mar Mediterráneo, época actual

Isabel Forcada abrió los ojos y se estremeció aterida de frío. Se había quedado dormitando en la tumbona de cubierta, acunada por el vaivén suave y rítmico del barco y los últimos rayos del sol poniente. Se levantó y se dirigió tiritando hacia la escalerilla de hierro que conducía a las cubiertas inferiores. Empezaba a estar preocupada. No conseguía quitarse de la cabeza el inquietante sueño. Llevaba casi seis meses sufriendo aquella pesadilla recurrente. Había tenido malos sueños con anterioridad, pero nada parecido a las imágenes extrañamente nítidas, a las poderosas sílabas que todavía resonaban en su cabeza y a la sensación de estar siendo avisada de algún acontecimiento inminente. Casi cada noche soñaba con un evento extraordinario que, sin embargo, nunca conseguía recordar al despertarse. Sacudió la cabeza, se apartó los indómitos mechones rubios de la cara, alzó la vista y vio la costa a poca distancia. Suspiró con alivio y una cierta expectación. Al fin estaban de vuelta.

Lo que había empezado siendo una travesía apacible se había acabado por convertir en un espantoso infierno. Afortunadamente, en cuestión de horas la mole imponente del navío *Sea Rhapsody* atracaría de nuevo en el puerto de Barcelona, del

que había salido cuatro días antes con rumbo a Nápoles, un destino que nunca habían llegado a alcanzar.

También desembarcarían los excepcionales pasajeros que durante los primeros días de travesía habían exhibido determinación y temple para tratar de solventar las increíbles adversidades a las que se enfrentaban sus respectivos países, pero que ahora estaban, en su mayoría, perdidos en algún punto entre el estupor cercano a la catatonia y el histerismo rayano en la locura.

Isabel ejercía de periodista —de investigación, recalaba con cierta ingenuidad al ser presentada— en un diario de gran tirada de la ciudad condal. Los últimos seis meses los había pasado trabajando sin parar, al borde del agotamiento total, día tras día, noche tras noche, semana tras semana, absorbiendo como una esponja el indescriptible horror que había sacudido al planeta.

Una semana antes de embarcar, su mente saturada de espanto había cortado los contactos con la realidad. Había despertado en la cama de un hospital atestado, dos días más tarde, atendida por un médico que mostraba signos evidentes de agotamiento. Con voz cansada y mecánica, el doctor le había explicado con suma amabilidad que el estrés acumulado había sido la causa de su derrumbe en la redacción del diario.

Isabel casi se echó a reír, incapaz de comprender por qué seguía viva en aquel mundo que se venía abajo con escalofriante rapidez. Y siguió riendo cuando el director del periódico, extrañamente solícito, le propuso pasar unos días alejada de todo el caos y la embarcó en el *Sea Rhapsody*, un lujoso crucero reconvertido en sede diplomática, a bordo del cual iba a tener lugar el encuentro entre los principales jefes de los Estados que habían sobrevivido a la hecatombe. Una vez más, las inexorables ruedas del Destino habían empezado a girar.

Tras el hundimiento de gran parte de la costa este del continente americano, el mundo había cambiado por completo, no sólo por las nuevas fronteras que la devastación global había dibujado en las orillas atlánticas, sino porque el principal motor económico del planeta estaba muerto. Europa, a pesar de las cuantiosas bajas, seguía luchando a brazo partido para mantener en pie un cierto orden mundial.

Pero las naciones que habían sobrevivido a los tsunamis y a los seísmos que azotaron la cuenca atlántica con crueldad inenarrable, lejos de abrir sus fronteras a los millones de refugiados que abandonaban las tierras anegadas que habían albergado sus hogares, fueron entornando la puerta de la inmigración cada día un poco más hasta cerrarla casi por completo.

Sólo seis meses después del desastre ya habían tenido lugar varias escaramuzas a escala militar entre algunos países limítrofes y la cosa iba a peor. Ningún estado quería arriesgar su propia economía ni los escasos recursos de que disponía para acoger a millones de desamparados, muchos de ellos enfermos o heridos y la mayoría

hambrientos. Las primeras rencillas habían dado paso a las confrontaciones y éstas a la guerra abierta. Un nuevo número indeterminado de víctimas se había sumado a la incontable cifra de fallecidos y desaparecidos que seguía creciendo sin control.

Impelidos por la magnitud de la tragedia y por la presión que ejercían los supervivientes sobre los mandatarios, varios países habían acordado hacer un llamamiento mundial a la concordia y establecer una serie de negociaciones y conferencias al más alto nivel. El lugar elegido había sido el mar Mediterráneo, relativamente intacto, y el buque donde se hallaba Isabel.

Al principio, todos los dirigentes que embarcaron en Barcelona parecían deseosos de ayudar y coordinarse para sobreponerse al desastre económico sin precedentes que había seguido a la catástrofe humana. Sin embargo, la aparente tranquilidad dejaba traslucir con claridad diáfana el miedo lindante con la paranoia que estaba provocando la nueva situación, pero todos los allí presentes se sentían obligados a esconderlo bajo una máscara de seriedad política que dejaba entrever, sin embargo, la felicidad justa pero egoísta que tiene derecho a sentir cualquier ser humano al seguir vivo en medio de millones de muertos.

En tan sólo tres días, el tono de las conversaciones se había ido apagando, ya que todos los planes de ayuda o reconstrucción requerían un complemento de inversiones humanas y económicas a las que ningún país estaba dispuesto o simplemente no podía permitirse ofrecer. A pesar del desastre global, la idiosincrasia de cada nación y los intereses políticos seguían jugando un papel relevante en la mesa de negociaciones, y lo que debería haber sido un consenso internacional se acabó convirtiendo en un fracaso, otro signo más de que la política y el ser humano nunca habían sido ni serían buenos compañeros de cama.

Isabel había asistido a las primeras conferencias equipada con una buena dosis de esperanza que había ido perdiendo paulatinamente al ver los exiguos resultados que se iban obteniendo. Los artículos que escribía para el diario barcelonés habían ido perdiendo brillo y páginas hasta convertirse en crónicas breves y simples de un fiasco. Al final, vencida por el aburrimiento y la desilusión, había dejado de asistir a los discursos hipócritas y vacuos y se había dedicado a deambular sin rumbo por el enorme buque.

Sin embargo, las cosas habían dado un giro de ciento ochenta grados. Al cuarto día de navegación, un alarmado oficial médico, que trataba de seducirla desde que la periodista había hecho su primera aparición en la sala de prensa, se había presentado en el camarote de improviso. Tenía la expresión inusitadamente seria mientras trataba de excusarse de la última cita que habían concertado debido a un asunto de extrema gravedad y urgencia que no estaba autorizado a explicar a la prensa. De inmediato, el espíritu aventurero y periodístico de Isabel había remontado el vuelo.

Sin dudarle ni por un momento, había seguido a su pretendiente médico a

hurtadillas hasta la cubierta que albergaba la piscina, y había conseguido franquear los controles de seguridad y entrar con discreción en el salón *Riviera Terrace* gracias a que había sido vista con anterioridad en compañía del joven oficial. Al echar un rápido vistazo a su alrededor, Isabel sintió una punzada de emoción al comprobar que no había ningún otro compañero de prensa. Fuera lo que fuera, sería sólo para ella.

En el interior de la gran sala, Isabel percibió rápidamente dos cosas: la primera era que nadie le prestaba atención, ya que las miradas de todos los allí presentes convergían hacia el centro de la pista de baile. La segunda, que los elementos que tenía a la vista sugerían que el mencionado *asunto* no era un simple crimen como había imaginado mientras recorría con sigilo los pasillos en pos del médico.

Las caras de los políticos y los miembros de la tripulación que estaban sentados, de pie o apoyados en alguna de las columnas de mármol italiano veteadas que rodeaban la pista de baile, tenían una expresión que Isabel sólo había visto en contados casos, y siempre habían sido los más cruentos. Incluso el capitán, de pie junto a otros oficiales, tenía la cara desencajada y un brillo enloquecido en los ojos.

Otro detalle que llamó inmediatamente la atención de la avezada periodista fue la extraña forma del bulto que había en el suelo de la pista, cubierto con lo que parecía ser un gran mantel, centro de la atención general y que no cumplía con los estándares de cadáver que Isabel había conocido hasta la fecha.

La joven periodista siguió absorbiendo detalles como una esponja. Ésa era una de las cualidades que la habían hecho sobresalir por encima de sus compañeros de facultad: era capaz de observar situaciones, eventos o personas y describirlos a posteriori con increíble detalle. También poseía una facilidad natural para hilvanar los hilos de varios sucesos y conseguir relatar una historia sólida, que no dejaba nada al azar y que interpretaba de manera fehaciente lo que había acontecido. Lo que para otros compañeros de oficio eran partes oscuras del insoluble rompecabezas que constituía a menudo el caso sobre el que investigaban, para la joven de ojos intensamente azules eran meras piezas de inconfundible contorno que recomponía en su mente con rapidez, formando una imagen nítida y detallada.

Sin embargo, el bulto informe que yacía en el suelo, rodeado de trozos de cristal, presentaba además otros detalles extraños que desentonaban con los cánones de su supuesta condición de cadáver. Isabel frunció el ceño ante la ausencia de manchas de sangre y el hecho de que el mantel que hacía las veces de sudario estuviera completamente empapado, marcando unas formas angulosas que no se correspondían con las de un cuerpo ortodoxo. Desvió la mirada hacia la bóveda acristalada y advirtió que estaba destrozada. Presumiblemente, lo que hubiera bajo la tela había pasado a través del delicado mosaico de colores cuyos fragmentos brillantes cubrían el hermoso parqué del salón.

Las palabras que estaban cruzando el capitán y el oficial médico no alcanzaron el

rincón donde estaba apostada la periodista, pero el tono que empleaban denotaba un cierto grado de pánico. En ese momento, Isabel tuvo una alocada idea que no pudo reprimir. Miró a su alrededor una vez más y comprobó que nadie había reparado en su presencia. Ágil como una sombra, se deslizó bajo una de las mesas que se alineaban a ambos lados de la sala y dejó caer el largo mantel a guisa de cortina. Segundos más tarde, oyó cómo los marineros desalojaban a todos los presentes.

Atisbando por un resquicio del mantel, vio que Nico, el joven médico de origen genovés, cerraba la puerta y se aproximaba al bulto con precaución, levantaba un pico de la tela y exclamaba en italiano, mientras se echaba hacia atrás como impelido por un resorte. La tela volvió a caer sin que Isabel hubiera visto nada de lo que ocultaba.

«Demonios», pensó, mordiéndose los labios con frustración.

Se oyeron unos pasos apresurados y un instante más tarde una puerta se cerró. Después reinó el silencio, turbado únicamente por el agudo silbido del viento al entrar a través del boquete del techo. Con precaución infinita, Isabel sacó la cabeza de debajo de la mesa y atisbó en todas direcciones: estaba sola en la enorme sala. Salió a toda prisa de su escondite y se acercó hasta la forma que ya tenía un pequeño charco de agua a su alrededor. No disponía más que de unos momentos antes de que alguien volviera a entrar y quería ver a toda costa lo que fuese que tapaba el mantel mojado. Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, asió una punta y empezó a alzar la tela. Pero justo antes de poder ver nada, un ruido a su espalda la sobresaltó. La alarma creció en su interior como espuma de mar. La puerta se estaba abriendo de nuevo.

—*Ma que...* —oyó que exclamaba una voz conocida.

Isabel se giró en redondo y se encaró con la expresión boquiabierta de Nico. Durante una fracción de segundo, las miradas de ambos se cruzaron y entablaron un duelo silencioso de emociones contradictorias que el italiano perdió. Con un bufido, el médico cerró la puerta tras de sí y la aseguró con el pestillo. Llevaba un maletín de piel en la mano y meneaba la cabeza con desaprobación mientras se acercaba hasta ella.

—¿Sabes que podrían despedirme por el simple hecho de dejarte estar aquí? —le espetó con cierta acritud—. ¿Cómo has conseguido...?

La mirada significativa que Isabel le devolvió por toda respuesta le hizo interrumpir la frase y arrodillarse al lado del bulto, abriendo el maletín sin dejar de menear la cabeza. «*Paparazzi*», le oyó mascullar entre dientes.

—¿Qué ha pasado, Nico? —inquirió Isabel, sujetando aún el pico de la tela—. ¿Quién hay aquí debajo?

Nico la miró con una expresión de miedo asomándole en los bellos ojos oscuros.

—*Io non so*, Isabella —le respondió con voz trémula—, pero lo que más me asusta no es tanto el quién sino el cómo. No he visto nada igual en toda mi vida de

médico. Juzga por ti misma, pero recuerda que has venido hasta aquí por propia iniciativa, *capici*?

Tras aguardar a que la periodista asintiera con la cabeza, levantó el mantel y lo arrojó a un lado.

Una hora más tarde, Isabel estaba tendida en su camarote de la cubierta *Lounge*, temblando como una hoja, intentando calmar los atronadores latidos de su corazón desbocado y asimilar el impacto que le había producido la horrible visión. Según los aterrorizados testimonios, se había desplomado desde el mismísimo cielo, a plena luz del día, atravesando una de las claraboyas de cristal del llamado *Magrodome* y se había estrellado sobre la pista de baile entre una lluvia de esquirlas de colores. El discurso que estaba pronunciando uno de los dirigentes había sido ahogado por los gritos de pánico que habían proferido las personas que contemplaban, aterradas, la desmadejada forma humana que se mantenía en una postura extrañamente antinatural incluso para tratarse de un cadáver completamente cubierto de hielo que había preservado a la perfección una expresión de miedo atroz que no se borraría jamás de la memoria de todos los que llegaron a verla.

Capítulo III

Hospital de la Mare de Déu del Mar, Barcelona, dos días más tarde

Tras un agotador proceso en el que tuvo que porfiar, prometer y amenazar a partes iguales, Isabel obtuvo al fin acceso al depósito de cadáveres del Hospital del Mar. El jefe de la redacción del diario le había adjudicado el caso por haber sido la persona más próxima y por el hecho de haber obtenido las primeras —y de momento, únicas— imágenes del cuerpo misterioso envuelto en su gélida mortaja.

En efecto, en un descuido del agobiado Nico, Isabel había fotografiado la forma horripilante con su diminuta pero eficaz Minox desde todos los ángulos posibles. Después había revelado las imágenes estremecedoras a la par que fascinantes en el laboratorio minúsculo pero bien equipado que tenía instalado en un armario de su apartamento. El diario había sido visitado al día siguiente del desembarco por miembros del CNI[4], y sólo se les había permitido publicar una sucinta nota necrológica que no comprometía la investigación y tampoco aludía a las más que extrañas características del pavoroso asunto. «El mundo no puede lamerse tantas heridas de golpe», habían dicho los lacónicos agentes y además, todavía no se sabía quién era aquel desdichado.

Isabel se detuvo un instante antes de cruzar la puerta de acero del depósito. No era supersticiosa, pero siempre la asaltaba una sensación de miedo irracional en el momento de enfrentarse con la descarnada visión de la muerte.

Atisbó por el pequeño ventanuco y vio que el forense, ataviado con su equipo verde, estaba limpiando y guardando las herramientas de aspecto terrible que empleaba con aparente indiferencia en lo que había sido, a veces tan sólo unas cuantas horas antes, un ser humano vivo.

Isabel se estremeció, inspiró un par de veces para concentrarse y empujó la puerta con firmeza.

—Hola, Joan —saludó—. ¿Cómo va todo por aquí?

En el mismo instante en que el aludido se dio la vuelta, se arrepintió de haber pronunciado la frívola introducción. La cara demacrada y de escaso parecido con la del joven forense que esperaba encontrar le gritó con fuerza ensordecedora que las cosas no iban demasiado bien.

A pesar de todo, Joan Batiste esbozó una sonrisa que pareció transformarle, durante un momento, en alguien mucho mayor.

—Trabajo no me falta, si es a lo que te refieres —contestó con una mueca de amargura, mientras hacía un gesto que abarcó la gran sala.

Isabel miró a su alrededor. Tendidos en las mesas metálicas, en camillas e incluso

apilados en varios rincones, los inconfundibles sacos negros con cremallera superaban con abrumadora mayoría al resto de enseres de la sala de autopsias. Desde la tragedia, el número de suicidios, inmoluciones y asesinatos había aumentado de manera alarmante en todo el planeta. Psicópatas, fanáticos obsesionados con el fin del mundo, adoradores de cultos extraños, incluso gente corriente a la que finalmente había vencido la desesperación de aquel futuro incierto, habían encontrado su forma particular y definitiva de resolver sus conflictos interiores.

España no era una excepción, y cada día, sobre todo en lo que quedaba de las partes bañadas por el océano Atlántico, una población diezmada iba sucumbiendo ante la terrible realidad. Los últimos seis meses habían conseguido quebrar muchas almas supervivientes de la catástrofe, las que no se sobreponían a los drásticos cambios que ya se perfilaban en el horizonte y que preferían dejar este mundo roto, algunos con la esperanza de viajar a uno mejor. Los centros hospitalarios se habían visto de pronto absolutamente colapsados y desbordados por la inacabable avalancha humana, y el Hospital del Mar no era una excepción.

Isabel notó cómo se le erizaba el vello de la nuca y volvió a estremecerse, incapaz de sobreponerse a tanto horror. El gemido metálico de una compuerta la sobresaltó. Joan estaba abriendo uno de los depósitos refrigerados y estirando la bandeja sobre la que reposaba un cuerpo desnudo.

—Aquí le tienes —dijo simplemente, haciéndose a un lado—. Supongo que vienes a verle, ¿no?

Visto al natural, el halo extraordinario que le había conferido el sudario de hielo había desaparecido y ahora, un cuerpo anodino yacía sobre la superficie metálica, con los ojos cerrados y la expresión serena que caracteriza a la mayoría de difuntos.

—Me costó casi dos días descongelarlo —le explicó Joan, masajeándose la sien izquierda con suavidad—. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera cuando me trajeron los cadáveres que destrozó aquel psicópata del barrio del Raval. «Claro que nunca había sucedido nada como esto», añadieron sus ojos, circundados por bolsas oscuras de cansancio.

Isabel venció la persistente repugnancia que sentía a pesar del tiempo que llevaba topándose con víctimas de crímenes cruentos y se acercó un poco más al cuerpo tendido.

Se trataba de un hombre de edad avanzada, caucásico, de complexión robusta pero con claros indicios de desnutrición. Lucía una barba blanca, sucia y desgredada que dejaba bien a las claras que su portador no le había dedicado mucho tiempo. El cuerpo presentaba numerosos rasguños y heridas, y en muchos lugares la piel estaba amoratada y llena de pústulas y costras. Los rudos costurones de la autopsia destacaban del color azul grisáceo de la piel como serpientes sanguinolentas. Isabel suprimió a duras penas una inesperada arcada.

—¿Sabes quién era? —inquirió mientras rodeaba la bandeja de acero para verlo desde el otro lado.

—No hay ningún nombre que corresponda con las huellas dactilares ni con la dentadura —respondió Joan, mirando el cuerpo maltratado con expresión pensativa—. Creo que han enviado los datos a la Interpol, a ver si sale algo. Pero tal y como van las comunicaciones, no sé si obtendremos respuestas pronto.

—¿De qué murió?

—Ésa es la pregunta de los seis mil euros —exclamó el médico con énfasis, volviendo la mirada hacia Isabel y cruzando los brazos sobre el pecho—. He llegado a la conclusión de que podría haber muerto a causa de las múltiples heridas de lo que parece ser un arma blanca, de las de la espalda o simplemente de miedo. La exposición al frío ha destruido mucha información. La verdad es que no tengo ni la menor idea.

—¿Y el hielo?

—Ése es otro de los grandes enigmas de este caso —respondió el forense frunciendo el ceño. Cerró los ojos y se frotó la frente con el dorso de la mano enguantada—. El cuerpo tendría que haber estado expuesto a una temperatura extrema, cercana al cero absoluto[5], para quedar en el estado en que llegó aquí. Ni siquiera el nitrógeno líquido enfría de tal manera. Sólo sé de un lugar para que se den unas condiciones parecidas: el vacío sideral. Pero allí tampoco hay agua...

Isabel alzó la vista con sorpresa y se encaró con el forense.

—¿Quieres decir que este hombre pudo estar en el espacio, ser lanzado al vacío y haber estado flotando por ahí hasta que un día cayó a la Tierra?

—Podría haber sido así excepto por un *detalle* que invalida toda la teoría —repuso Joan haciendo otra mueca de cansancio—. La atmósfera. Todo cuerpo que entra en la atmósfera atraído por la gravedad terrestre sufre un efecto de fricción que se traduce en un calentamiento —citó de un tirón—. Por lo tanto, si hubiera sido así, este desconocido hubiera sido simplemente una estrella fugaz más antes de convertirse en carbonilla. Nunca habría llegado al mar.

Isabel se frotó una oreja con suavidad, mientras que la locomotora del tren de pensamientos que cruzaba por su cabeza marchaba a toda presión.

—¿Y un glaciario? —aventuró—. ¿Pudo haber estado atrapado en un glaciario?

Joan meneó la cabeza e inspiró profundamente antes de contestar.

—Poco probable por dos motivos. El primero, que la congelación fue inmediata o extremadamente rápida, a juzgar por el impecable estado de todos los órganos del cuerpo y la ropa. Y en segundo lugar, ¿cómo consiguió estrellarse precisamente en la cubierta de un barco en pleno mar Mediterráneo?

—Eso sin contar la expresión de pánico que tenía...

El forense levantó la cabeza con brusquedad y enarcó ambas cejas.

—¿Y tú cómo lo sabes, Isabel? —inquirió con genuina sorpresa en la voz.

Isabel se mordió los labios. «Mi-er-da —pensó, recalcando las sílabas—, eres una bo-ca-zas.» Tras un instante de vacilación, lanzó un hondo suspiro. En esas circunstancias no tenía sentido inventarse una historia, así que le contó a Joan de forma sucinta todo lo acaecido a bordo del *Sea Rhapsody*. Cuando hubo terminado, en la cara del forense se podía leer la admiración.

—Uau —dijo, soltando un silbido tenue—. No cabe duda de que tienes olfato para la noticia, aunque sea de índole tan macabra como ésta. Ahora entiendo tu insistencia en ver el cuerpo.

—Hubiera preferido otro tema, la verdad —confesó Isabel, volviendo a mirar a la figura yaciente—. ¿Hay algo más que puedas decirme al respecto, Joan?

El forense la sopesó con la mirada durante un interminable momento.

—Te advierto que lo que vas a ver es bastante más fuerte que lo que has visto hasta ahora —advirtió mientras se ajustaba un poco más los guantes de látex. Y con la habilidad de un carnicero árabe, volteó el cuerpo hasta dejarlo de costado.

«Bastante más fuerte se queda corto», pensó Isabel al cabo de un par de minutos mientras jadeaba para recuperar el aliento perdido tras las violentas arcadas que la obligaron a buscar con desespero una bolsa o un contenedor donde vomitar. Joan le daba palmaditas en la espalda con una expresión en el rostro que decía: «Ya te lo avisé, pero...»

Los flancos y la espalda del cadáver sin nombre estaban desgarrados por ocho enormes heridas de varios centímetros de anchura y cuya profundidad dejaba ver las vértebras, los huesos y los restos de los pulmones destrozados con terrible claridad. Las espantosas laceraciones abarcaban desde el cóccix hasta los omóplatos, una carnicería que ni siquiera el experto forense había podido disimular.

—¿Qué ha podido hacer esas marcas? —preguntó Isabel notando en la boca el amargo regusto a bilis.

Joan volvió a colocar el cuerpo en posición supina, metió de nuevo la bandeja en el nicho de acero y cerró la portezuela antes de contestar.

—En el informe he puesto que podría haber sido algún tipo de objeto en forma de gancho —respondió mientras se quitaba los guantes y los arrojaba a un cubo cercano. Pero algo en el tono de su voz alertó a Isabel.

—¿Y qué es lo que *no* has puesto en el informe, Joan?

Los ojos del forense miraron con expresión perdida más allá de las cámaras refrigeradas que albergaban los cuerpos sin vida, como si fuera la antesala del purgatorio, listos para su viaje final en la barca de Caronte. Un extraño destello fulguró de manera fugaz en sus pupilas, y por un instante, su rostro reflejó algo inhumano y salvaje.

—Qué podrían haber sido garras —contestó al fin con voz extrañamente queda—.

Garras monstruosas de algo abominable que no debería existir.

Capítulo IV

En la oscuridad húmeda y aterciopelada de la inmensa caverna, los grandes ojos se abrieron de golpe. Por fin había llegado la señal que había estado esperando durante tanto tiempo. Lo que una vez había sido una mente humana descubrió que la presencia de la Otra, la que había estado cuidadosamente oculta desde la última vez que ella había ascendido a la superficie del mundo, volvía a estar al descubierto.

Una oleada de ira, un sentimiento humano tan olvidado que casi no reconoció, la invadió al recordar lo sucedido. Por su culpa habían fallado ante su Dios. Habían desperdiciado una oportunidad única, pero no todo estaba perdido. Ella no podría esconderse por más tiempo. Había llegado el momento del triunfo y esta vez, nada ni nadie les iba a detener.

Giró la cabeza y emitió un largo sonido que recordaba con vaguedad el croar de un batracio imposible. Algo se movió en el agua que la rodeaba, y una forma gris, parecida a un delfín, se alejó rauda para llevar a cabo las órdenes que le habían sido encomendadas.

Satisfecha, se concentró de nuevo en su labor primordial. Con un ligero esfuerzo, su irreconocible abdomen expulsó una vaina mucilaginosa que depositó con cuidado infinito en el cieno del enorme lago de aguas oscuras. De inmediato, otro ser antropomorfo con extremidades palmeadas se arrastró fuera del agua y mojó por completo la nueva abominación surgida de las entrañas de la Sacerdotisa, mostrando un cuidado sorprendente y tratando con suma delicadeza al engendro recién nacido.

Con un ligero crujido húmedo, los ojos desprovistos de cualquier emoción volvieron a cerrarse, mientras que los cientos de larvas fosforescentes que se arracimaban en las paredes, el suelo y la bóveda de la oquedad ciclópea se agitaron con un espasmo casi simultáneo que resonó con un borboteo, como un embrión presintiendo la inquietud de la madre.

Mar Mediterráneo, esa misma tarde

Mientras el pequeño avión sobrevolaba las aguas, a poca distancia ya del aeropuerto del Prat de Llobregat, Julia Andrade repasó una vez más el escaso contenido de la carpeta que le había sido entregada en Florencia a modo de despedida. Su rostro, enmarcado por los suaves rizos cobrizos, expresó una honda consternación al ver las fotografías del cuerpo mutilado de facciones tristemente familiares, las sucintas anotaciones de la Interpol, los recortes deliberadamente opacos de la prensa española

y un par de informes médicos poco concluyentes. En definitiva, nada que arrojará luz alguna sobre el nuevo y desconcertante indicio que había requerido la presencia de un *ángel negro* en la ciudad de Barcelona: la aparición del cadáver del profesor Roderick Baxter, hasta entonces dado por desaparecido de su casa de Londres.

Las extraordinarias circunstancias revelaban que se trataba de algo más que una venganza por lo acontecido seis meses antes en Irlanda. La extrema violencia de su secuestro del apartamento londinense, la caída en el barco donde precisamente se celebraban las cruciales conferencias internacionales, y el detalle del hielo que cubría su cuerpo, eran mensajes destinados a la organización vaticana. *Ellos* no tenían ninguna necesidad de hacer ostentación de sus hazañas, no era su *modus operandi*, sino todo lo contrario. Durante siglos habían obtenido sus victorias basándose en el secretismo y la conjura, y había demasiadas coincidencias en aquella ejecución para considerar la posibilidad del simple error.

Las anómalas características del trágico desenlace de la desaparición del *curator* del British Museum habían sido comunicadas a la organización secreta por el padre Benito, el sacerdote que impartía la extremaunción, en varios hospitales de la ciudad condal, a todas las personas que llegaban a diario, algunas con un hilo de vida, otras simples carcasas desprovistas del alma que trazaba ya su camino hacia la siguiente etapa del ciclo universal.

Miró por la ventanilla y vio deslizarse el contorno familiar de la costa norte de Cataluña. «Volvemos a casa», se dijo. Aquella simple frase desencadenó un aluvión de sentimientos y recuerdos que hicieron aflorar lágrimas de añoranza y pesar en los ojos color avellana. Hacía mucho tiempo que no pisaba Barcelona, seis interminables meses durante los que había visto en primera persona las consecuencias directas del aterrador plan urdido por los Dioses Primigenios, y había aprendido mucho más de lo que hubiera deseado acerca de los inimaginables seres que acechaban a la desvalida Humanidad, un secreto que casi le había costado la vida y que había afectado de manera drástica a su cordura.

Julia suspiró profundamente. Allí estaba de nuevo, dispuesta a meter una vez más la cabeza entre las fauces del monstruo de innumerables tentáculos que seguía golpeando la frágil superficie de la realidad cotidiana, incansable, anónimo y letal, dejando únicamente entrever un fragmento fugaz del horror indescriptible que aullaba enfurecido tratando de escapar de su encierro eterno.

—¿Por qué yo? —había preguntado Julia al padre Marini en la sede de Florencia.

—¿Por qué no? —había contestado lacónico el sacerdote de pelo plateado y mirada de acero, mientras jugueteaba con la cruz de plata que llevaba siempre colgada del cuello—. Es tu ciudad y estás tan preparada para esto como cualquiera de nosotros.

Barcelona, al día siguiente

Isabel recibió una llamada de Joan cuando estaba a punto de salir de casa. Su voz sonaba opaca.

—Hay novedades, Isabel —dijo el forense entre dos accesos de tos—. Han llegado las señas de identidad de nuestro amigo anónimo. ¿Tienes el fax conectado?

A Isabel le dio un vuelco el corazón y trasteó con nerviosismo con los controles del aparato que tenía al lado del teléfono.

—Dame un segundo. No sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí. Te debo una, Joan. ¿Qué te pasa? ¿Has cogido frío?

Otro acceso de tos, más cavernosa, precedió la respuesta.

—Probablemente sí, no sé. Te recuerdo que trabajo en una nevera, y este mes no es que haya hecho mucho calor que digamos. Y de nuevo sí, me debes una, y grande.

Cinco minutos más tarde, atónita, seguía mirando los tres folios que había escupido la máquina. Aquel asunto tenía cada vez menos sentido. Según los datos facilitados por la Interpol, el cadáver pertenecía a un tal Roderick Baxter, inglés, 68 años, profesor retirado de Arqueología de la Universidad de Oxford y a cargo del Departamento de Culturas Antiguas del British Museum de Londres. Según la policía inglesa, el profesor Baxter había desaparecido de su domicilio sin dejar rastro seis meses antes en circunstancias misteriosas que por supuesto no detallaban. No constaban mensajes de rescate, ni nota de suicidio, ni nada que diera alguna pista acerca del motivo de su ausencia. El fallecido tampoco encajaba con el perfil del terrorista con intenciones de sabotear las conferencias, no tenía antecedentes ni era conocido por defender ninguna tendencia política radical. Isabel lanzó un bufido. Aquello no pintaba nada bien como inicio de investigación.

Otro folio, éste con membrete de la Policía Nacional Española, detallaba las escasas pertenencias que se habían hallado en el cadáver: ropa bastante ajada con restos que el laboratorio de la policía científica había identificado como sedimentos, arena y tierra parecidos a los que podían hallarse en minas y excavaciones, una sustancia orgánica de composición y origen desconocido bajo las uñas y un fragmento de papel pegado en el interior de uno de los bolsillos de la chaqueta, escrito con caracteres indescifrables de apariencia cuneiforme.

Isabel pestañeó varias veces tratando de ligar los datos inconexos y formar algo tangible. De momento, todo tenía el aspecto del típico artículo de una publicación que tratase sobre temas paranormales y no había nada sólido que su editor en jefe pudiera aprovechar. En el nuevo mundo, las necesidades informativas de los cada vez más escasos lectores se hallaban polarizadas entre la morbosidad más despiadada y la ignorancia frívola de lo que había acontecido.

Nadie se interesaba ya por la política ni por la economía. El deporte, la cultura y

el espectáculo habían desaparecido casi por completo de las páginas de todos los rotativos. Lo que quedaba en pie del planeta se había constituido en comunidades blindadas que marcaban sus fronteras a sangre y fuego, auténticas colmenas ajenas al desastre global que sólo perseguían la esperanza de la reconstrucción y el resurgir de un Nuevo Renacimiento. A nadie le interesaban ya los discursos vacíos con los que algún estúpido líder político trataba de instar a la gente para formar un nuevo Orden Mundial. Se estaba retornando a las costumbres del medioevo, una época, por otro lado, bastante parecida a la que se encontraba la otrora sofisticada especie humana, sumida ahora en una era de tinieblas tecnológicas de la que nadie se atrevía a pronosticar el final. Las comunicaciones mundiales habían sufrido un daño irreparable y las locales funcionaban dando traspiés. Todo lo que habían controlado los norteamericanos se había venido abajo, incluyendo su propio país, del que sólo llegaban fragmentos de testimonios que ponían la carne de gallina por la crueldad y la barbarie sin límites que relataban.

El repiqueteo del teléfono la apeó del tren sin rumbo de pensamientos en el que se había subido. Consultó su reloj y vio con sorpresa y alarma que había estado quieta en el sillón durante más de dos horas, hecha un ovillo y con los tres folios a sus pies.

Al otro lado del aparato, un Joan si cabe más excitado tosió con violencia antes de hablar.

—Esto se pone cada vez más turbio, Isabel.

La periodista se incorporó de golpe y se envaró, sujetando el auricular con fuerza.

—¿Qué ha pasado? ¿Han venido a recoger el cadáver?

—No. Ha llegado mi jefe acompañando a una mujer que quería ver el cuerpo de Baxter.

—¿Su esposa, quiero decir, su viuda?

—*Niet*[6]. Era una mujer de mediana edad, española y que parecía tener las acreditaciones suficientes como para pasar por encima de la policía y de cualquier otro organismo oficial. Me moría de ganas de preguntar, pero la prudencia me lo ha desaconsejado. No quisiera verme metido en ningún lío, y esto no huele bien.

—¿Qué ha hecho? ¿Se ha llevado a Baxter?

—Nada de eso. Ha examinado el cuerpo de arriba abajo, ha pedido copias de todo lo que te he mandado, incluyendo las fotografías que saqué del cuerpo durante el proceso de descongelación, y se ha marchado sin soltar prenda.

Isabel se frotó el puente de la nariz con el índice.

—¿Quién era, entonces? ¿Alguien del CNI?

—Ni idea. Mi jefe, como viene siendo habitual, no me ha comentado ni media palabra al respecto. Lo único que he podido pillar al vuelo es que está hospedada en el hotel Atlántico, en la calle Mallorca, habitación 203.

Isabel agarró un pequeño cuaderno que tenía al lado del teléfono de un manotazo

y anotó los datos que le había dado el forense.

—¿Qué aspecto tenía la mujer?

—Nada fuera de lo normal. Era alta, de complexión atlética, bonitos ojos castaños y pelo cobrizo y rizado. Vestía con sobriedad, pantalón negro y suéter color crema. ¡Ah! Y llevaba un medallón con una estrella de cinco puntas colgando del cuello, hecho de una especie de piedra de color verdoso.

Isabel fue tomando nota de todos los detalles. Ahora sí que parecía haber caso. La aparición de la mujer misteriosa había abierto una nueva puerta, cuyo umbral tenía que cruzar si quería averiguar algo concreto.

—¿Qué reacción ha tenido al ver a Baxter? —inquirió mientras daba golpecitos nerviosos con el lápiz.

—En apariencia, ninguna. Pero bajo la máscara de indiferencia la he pillado parpadeando y tragando saliva para evitar echarse a llorar. Es obvio que le conocía.

Isabel mordió el extremo del lápiz pensativamente mientras repasaba las anotaciones.

—Creo que iré a hablar con ella, a ver si le saco algo más.

—Ten mucho cuidado, Isabel, parecía de armas tomar, a pesar de lo mona que vestía.

La aludida se apartó un mechón rubio de la frente con una sonrisa. Le hacía gracia la preocupación del joven médico por ella. Era evidente que le caía bien, quizá algo más que bien. De hecho, constató con cierto regocijo, parecía caerle bien a la comunidad internacional de médicos jóvenes. Mejor eso que nada, se dijo. Un médico siempre era bienvenido en cualquier familia.

—Siempre tengo cuidado, Joan. Oye, deberías ser periodista en lugar de forense.

—No, no, por Dios —repuso el forense con falso tono escandalizado—. Lo mío es la ciencia. La fama y el cotilleo los dejo para ti sola. Pero ahora me debes dos.

Isabel esbozó una sonrisa maliciosa.

—Al final tendré que casarme contigo, Joan —dijo con tono exageradamente zalamero.

—Ni se te ocurra —respondió Joan tras una risita que se truncó en un violento acceso de tos—. Soy un célibe reputado. Sin embargo, y para empezar, me conformaré con una cena. Nos vemos. Cuídate.

El Atlántico pertenecía a una cadena de hoteles de nueva creación regentados por un personaje tristemente célebre que ya había caído en desgracia antes del desastre. Una serie de fraudes y operaciones monetarias de dudosa naturaleza realizadas en el ámbito deportivo habían dado al traste con su ambición. Se rumoreaba que se había visto obligado a malvender la franquicia a una multinacional con sede en Italia, pero todos los esfuerzos por parte de la prensa amarilla para sonsacarle algo habían topado con un muro de mutismo que se había mantenido incólume. Y ahora, esa clase de

sensacionalismo ya no importaba a nadie.

Isabel se aposentó en la mesa de un bar que había en la acera de enfrente, pidió un café y un vaso de agua y se dispuso a esperar pacientemente a que apareciera la misteriosa dama. Algo en su interior le decía que no era prudente aparecer sin más para pedir una entrevista. Dado el considerable despliegue de autoridad que había empleado la desconocida en el Hospital del Mar, era absolutamente necesario saber a quién se enfrentaba antes de abordar el delicado tema.

El día había amanecido lluvioso y por la calle medio anegada sólo circulaban los servicios públicos autorizados, ya que el suministro de combustible se estaba acabando con inusitada rapidez y el comercio aún estaba recuperándose, sobre todo el aéreo. El clima de la costa catalana se había vuelto impredecible, predominando la lluvia y el viento, lo que no contribuía en absoluto a levantar el ánimo de los maltrechos y cada vez más escasos ciudadanos. La acumulación de hojas muertas de los esperpénticos árboles que jalonaban la calle impedía desaguar el agua de los charcos. Muchas rejillas de las alcantarillas estaban taponadas y los servicios municipales de limpieza habían dejado de funcionar. Toda la ciudad destilaba congoja y sobre todo, miedo. No era, sin embargo, un miedo cualquiera, era esa clase de pavor ancestral que hace aferrarse a su madre al niño, su tabla de salvación ante lo desconocido, su espacio protegido y confortable del que nunca hubiera querido salir. El miedo de una humanidad débil frente a una Naturaleza vengativa y cruel.

Isabel contempló con aire dubitativo la minúscula cámara Minox. Con la escasa luz que había, se imponía el fotografiar con la ayuda del flash, pero no estaba dispuesta a ser descubierta de buenas a primeras por un fogonazo a destiempo. Además, el poseer una fotografía de la dama tampoco aportaba nada al caso. Probablemente se toparía con algún tipo de barrera oficial si trataba de averiguar quién era la mujer. Tras un instante más de duda, la volvió a guardar en la bolsa y siguió mirando por la mojada ventana mientras seguía sorbiendo el café caliente.

Casi se atraganta con la bebida cuando vio que en la entrada del hotel se recortaba una figura que coincidía a la perfección con la descripción hecha por Joan. Se levantó de un salto, recogió la bolsa y dejó unas monedas sobre la mesa. Por el rabillo del ojo, mientras se ponía apresuradamente el *barbour*, el pesado impermeable de origen inglés, una auténtica armadura contra el agua, vio cómo la mujer alzaba la mano y un taxi se paraba frente a ella.

—Mierda —masculló entre dientes mientras salía a toda prisa del bar y miraba a la otra con ansiedad. Sus miradas se cruzaron por un instante, pero la desconocida rompió el contacto y se metió en el coche. El taxi arrancó y su silueta se empezó a difuminar bajo la cortina de agua. Isabel se quedó allí plantada, maldiciendo una y otra vez, mientras buscaba con desespero otro taxi. Pateó el suelo mojado con rabia, ignorando las salpicaduras. Se abofeteó mentalmente por no haber traído su propio

coche, pero la gasolina se había convertido en algo muy preciado y la práctica totalidad de estaciones de servicio habían sido clausuradas por el gobierno para evitar el pillaje o estaban reservadas a los servicios públicos. Los medios informativos tenían aprobada una cuota mínima pero suficiente, aunque los precios eran excesivos.

El ansiado taxi no apareció y cuando se volvió a mirar, la mujer y el vehículo habían desaparecido bajo la fuerte lluvia. La luz de neón del bar chisporroteó burlona y, de repente, aquella sección de la calle se quedó completamente a oscuras. Un lívido relámpago y un trueno rubricaron la elaborada puesta en escena de su fracaso como aprendiz de detective.

Arrebujiándose en el impermeable, Isabel cruzó la calle inundada todo lo aprisa que pudo y se guareció en el portal del hotel. En el interior se podía apreciar el haz de luz errático de una linterna cruzando el vestíbulo. Al cabo de un momento, el resplandor desapareció y el vestíbulo quedó sumido en la negrura. Entonces se arrimó a las puertas automáticas de cristal, ahora inertes por la falta de corriente eléctrica y separó con toda facilidad las dos hojas, se introdujo por el hueco y volvió a ajustarlas tras de sí tan bien como pudo.

—¿Hola? —llamó en voz alta, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra reinante.

El silencio la acompañó mientras atravesaba el vestíbulo y se aproximaba al mostrador desierto.

—¿Hay alguien? —volvió a llamar, mientras se giraba hacia la escalera. No se oía más que el ruido amortiguado de la tormenta. Isabel ladeó la cabeza, mientras se alisaba el cabello mojado de manera inconsciente. Dudaba qué hacer a continuación. Una opción era esperar a que volviera la mujer, pero ni siquiera estaba segura de que fuera la persona que estaba buscando. Sólo había una forma de comprobarlo. Se metió tras el mostrador y buscó el llavero del hotel. La llave magnética de la habitación 203 estaba en su sitio. Con el corazón palpitándole locamente en el pecho, tuvo una súbita intuición. Cruzó de nuevo el oscuro vestíbulo y empezó a subir la escalera con cuidado, agarrándose al pasamanos y tratando de leer los letreros que las luces de emergencia teñían de verde y gris. El silencio que reinaba en el hotel, roto únicamente por los esporádicos truenos, añadía un punto extra de inquietud a la tenebrosa subida.

El aspecto del corredor del segundo piso le recordó a las escenas de las películas de cine negro. Una extraña sensación de vértigo la obligó a detenerse y apoyarse en la pared. El pasillo, largo, oscuro y vacío, parecía alejarse de ella con cada paso que lograba dar. Justo detrás de ella, las sombras chinescas de la lluvia en el ventanal que daba a la calle danzaron con un nuevo relámpago. Después, todo pareció ser mucho más oscuro que antes.

Isabel rebuscó en su bolsa con frenesí y sacó una pequeña linterna cuya luz aclaró

un poco las densas sombras. Un poco más sosegada, siguió avanzando y alumbrando los números de las habitaciones hasta dar con la que buscaba.

Llamó con los nudillos, pero nadie contestó. Tras aplicar la oreja a la puerta y comprobar que no se oía nada en el interior, Isabel probó a girar el pomo. El corazón le dio un vuelco al comprobar que la puerta se abría con toda facilidad. Su intuición no le había fallado. Debido al corte de luz, el sistema de cierre electrónico se había desconectado. «No debería haber dilapidado tanto dinero en el fútbol, señor Aspart», pensó con regocijo un tanto infantil al tiempo que entraba y cerraba cuidadosamente la puerta tras de sí.

La luz de la linterna iluminó una habitación espartana y no muy grande. Sobre la cama deshecha, había un maletín oscuro con aspecto de haber estado en bastantes lugares, y en la silla de rejilla que había al lado del armario reposaba una pequeña maleta de cuero marrón con refuerzos metálicos.

Isabel frunció los labios mientras sopesaba las posibles opciones. Una forma fácil de averiguar algo acerca de la ocupante de la habitación pasaba por abrir la maleta y buscar en ella alguna identificación o documento que la acreditara. «Aunque abrir el equipaje de otro también es un delito», pensó mientras se debatía entre las aguas embravecidas del mar de la ética. Finalmente, optó por probar con el maletín. Probablemente estaría cerrado, así que tampoco perdía nada intentándolo. Si ése era el caso, entonces bajaría de nuevo a recepción y esperaría.

Se arrodilló junto a la cama y sacó un pañuelo con el que se envolvió la mano derecha. «Me estoy convirtiendo en una auténtica delincuente», pensó con sorna mientras probaba uno de los cierres del maletín. Casi no pudo contener una exclamación de incredulidad al comprobar que estaba abierto. De pronto, oyó con sobresalto un chasquido en la puerta y el zumbido de la mini nevera. Los dígitos verdes del reloj incrustado bajo la televisión parpadearon. Había vuelto la corriente eléctrica.

Isabel se mordió los labios. Hubiera preferido que el apagón durase un poco más. Ahora tendría que buscar una salida trasera o una buena excusa para salir del hotel sin levantar sospechas.

Con manos un poco temblorosas, acabó de hacer saltar los cierres y abrió el maletín con cuidado infinito. Contenía carpetas de cartón y fotografías, pero sus ojos sólo veían, mientras crecía la alarma en su interior, el trozo de espuma oscura ahuecada con la forma inequívoca que indicaba la ausencia de un arma de calibre medio. Y como colofón a todo aquello, en ese instante se abrió la puerta y se encendieron todas las luces de la habitación.

Capítulo V

Florenxia, Italia, esa misma noche

El gran salón del *palazzo* presentaba un aspecto que los muros centenarios habían visto muy pocas veces. Las paredes forradas de mamparas de madera noble, algunas con grandes retratos de antiguos papas y figuras históricas del clero romano, relucían bajo la luz de las tres grandes lámparas cuyos brazos esculpidos en bronce proyectaban un resplandor dorado. Su reflejo se podía apreciar con toda claridad sobre la impoluta superficie de la gran mesa de longitud desmesurada, labrada con diminutos arabescos de intrincada marroquinería, alrededor de la que estaban sentados una docena de eclesiásticos cuya posición jerárquica quedaba evidenciada por los diferentes hábitos que portaban. Sólo quedaba una silla sin ocupar, y en la estancia reinaba el silencio denso que sólo los habituados a la plegaria y al recogimiento espiritual saben construir.

El padre Marini miró su reloj con impaciencia. La reunión no podía comenzar sin la presencia del *nuncio* papal, que a fin de cuentas era, en términos de una analogía militar, el comandante supremo de todos los ejércitos del Vaticano.

La pesadilla que se había desencadenado tras lo ocurrido seis meses antes en Irlanda y la desaparecida isla de Oak, en la costa este de los Estados Unidos, había puesto en alerta máxima a todo el contingente de *Gli Angeli Neri*.

Aunque habían conseguido derrotar a las huestes del Dios Dormido, los últimos acontecimientos hacían sospechar que el plan de exterminio de la raza humana seguía su marcha, y el siguiente paso aún estaba por descubrir. Dejando aparte la aparición del cadáver de Baxter, no había nada que hubiera llamado la atención de los servicios de vigilancia de la organización secreta.

Al igual que Julia Andrade, el padre Marini sentía en sus huesos la certeza de que el asesinato del profesor significaba algo más que una venganza. Estaba convencido de que el acto era una demostración de que, pese a la pírrica derrota infligida en el primer asalto, los Dioses Primigenios proseguían incansables su lucha eterna contra la humanidad.

El rumor de la puerta abriéndose le sacó con brusquedad de los oscuros pensamientos. Como un solo hombre, todos los allí presentes se alzaron de los asientos con un rumor de ropajes y se inclinaron con reverencia. Unos ojos penetrantes, hundidos en las cuencas de un rostro ajado, escudriñaron la sala y se detuvieron en los de Marini, que avanzó unos pasos, hizo una genuflexión y besó el grueso anillo de rubí que ostentaba la mano enguantada del recién llegado.

—¿Padre Marini? —inquirió éste de forma escueta tras sentarse en la silla que presidía la gran mesa.

El eclesiástico de pelo plateado se sentó a su vez y juntó las manos en el borde de la gran mesa.

—La situación es bastante crítica, Eminencia. Todos los informes y los datos que hemos obtenido apuntan a que el profesor Baxter no ha reaparecido de manera casual. El haber aparecido en el barco de las conversaciones internacionales se debe a un propósito muy bien definido pero que todavía desconocemos.

Otro de los eclesiásticos, que jugueteaba nervioso con un gran sello de oro que lucía en el dedo anular, carraspeó antes de hablar.

—¿Queréis decir que le dejaron caer allí para enviarnos un mensaje? *¿Mirad lo que podemos hacer con vuestros hombres de confianza?*

—Es posible, *cardinale* Ugo —replicó el padre Marini—, pero mi equipo opina que hay algo más que la ostentación del trofeo de caza. Desgraciadamente, no podemos juzgar a esas bestias con el mismo rasero que usamos para la humanidad. Esos seres no poseen casi ninguno de los defectos que atribulan a la raza humana. Sólo conciben un propósito: la aniquilación de los hombres y el dominio total. Repito que son bestias, *cardinale* —recalcó mirando de hito en hito al hombre enfundado en rojo—, puras bestias dotadas de un poder de destrucción inimaginable.

La voz suave del nuncio papal resonó como un látigo tras el largo silencio que provocaron las duras palabras de Marini.

—Padre Marini, ¿cuál sería nuestra mejor opción?

—Tenemos un equipo investigando en Barcelona, Eminencia. Opino que deberíamos esperar a que concluyan sus pesquisas antes de decidir nuestro siguiente paso.

—¿Y si se confirman nuestros temores? —insistió el nuncio, mirando fijamente al eclesiástico.

El padre Marini le devolvió la mirada y la sostuvo impertérrito.

—En ese caso que Dios se apiade de todos nosotros.

Hotel Atlántico, Barcelona

Julia había subido la escalera con toda la precaución del mundo mientras empuñaba la pistola. El recepcionista del hotel, ahora propiedad indirecta del Vaticano, le había advertido del apagón y de que alguien había entrado subrepticamente mientras todo estaba a oscuras. «Maldición —pensó contrariada, mientras observaba las claras marcas de manos en las puertas de cristal de la entrada—, no debería haber salido.»

Llevada por un acceso de melancolía, había decidido llamar a una compañía de taxis y dar una vuelta rápida por su antiguo y añorado barrio de trabajo. Debido a las fuertes restricciones de los carburantes, el paseo le iba a costar un dineral, pero no

había podido resistirse. Al salir, avisada por el recepcionista de que el vehículo estaba llegando, había visto al otro lado de la calle la figura envuelta en un impermeable que la miraba con expresión de desespero.

Julia casi se compadeció de la mujer de pelo rubio y lacio que la observaba consternada como quien ve alejarse la última tabla de salvación en medio de un mar enfurecido. Estuvo a punto de compartir el taxi con la desconocida, pero se lo pensó de nuevo, se acomodó en el interior y contempló el familiar paisaje. Su presencia en la ciudad condal no podía explicarse con facilidad a una desconocida que tratara de iniciar una conversación y no tenía ganas de inventarse una patraña. Aunque había vivido muchos años en Barcelona, la prolongada ausencia la había puesto en una situación un tanto delicada para responder a preguntas que pudieran invadir el territorio de sus nuevas ocupaciones laborales.

«¿De qué trabajas?», imaginó que le preguntaban. «Soy un ángel exterminador» no parecía ser la respuesta más adecuada, ni siquiera en aquellos tiempos desgraciados. Su implicación indirecta en lo ocurrido en la costa este de los Estados Unidos de América tampoco le otorgaba unas credenciales tranquilizadoras ni discretas.

Julia desempañó el cristal de la ventanilla con el dorso de la mano. La ciudad había cambiado de forma considerable, pero en esencia seguía siendo la gran capital del consumo frenético, histérico en su mayoría, desbordado por el nuevo orden que para la gente de ciudad se había convertido en algo totalmente aterrador. Las grandes urbes se habían transformado en nidos de parásitos sociales para los que el sistema de trueque, que había hecho su reaparición y funcionaba sin problemas en entornos más rurales, era una espantosa pesadilla de la que no conseguían despertar. ¿Qué tenía que ofrecer un burócrata en un mundo donde ya no servían los papeles? ¿Qué iba a trocar un hombre de negocios cuya fortuna se había convertido, de la noche a la mañana, en unos números perdidos en el vacío electrónico de los innumerables sistemas informáticos que habían sucumbido al desplome de las comunicaciones mundiales?

Por doquier se podían ver tiendas cerradas, algunas destrozadas por las acciones vandálicas de los omnipresentes grupos que siempre afluían en situaciones de crisis, otras simplemente abandonadas por sus dueños, que habían optado por huir hacia la nueva tierra de las oportunidades, las comunidades rurales, que se habían expandido con rapidez y eran, por el momento, la única esperanza de continuidad de una raza herida de muerte.

Ante su vista desfilaron los edificios modernistas que aguantaban, pared con pared, el embate de las otras aberraciones arquitectónicas de diseño supuestamente vanguardista, en realidad pretencioso y poco más, que estaban destruyendo, como un cáncer, el irremplazable pasado que Julia tanto apreciaba.

Su desilusión se acentuó cuando, al llegar a la calle Consejo de Ciento, vio que la

galería Miràs estaba cerrada y con aspecto de abandono total. Sin saber muy bien por qué, se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando la búsqueda del cuadro de la dama cambió el rumbo de su vida para siempre, Julia tuvo que dejar atrás su apartamento y ahora, el único vínculo que la seguía uniendo con un pasado feliz también había desaparecido. Ya nada la ligaba a aquella ciudad a la que había querido como al pequeño pueblo de la destruida Galicia costera que la había visto nacer.

—Vuelva al hotel, por favor —le indicó al conductor, con la voz casi quebrada por la emoción.

Mientras el taxi deshacía el camino, se preguntó qué habría sido de Albert Miràs, su antiguo jefe y dueño de la galería de arte. Probablemente estaría dilapidando los restos de su considerable herencia familiar con su característica inconsciencia. Julia había tenido que desaparecer de la luz pública sin despedirse o justificarse ante los seres queridos que habían quedado atrás para siempre. Nunca se le permitió preguntar si se la había echado de menos o si alguien había cuestionado o simplemente denunciado su desaparición. «Todo está arreglado y no hay nada que puedas o debas hacer al respecto», había sido la evasiva respuesta obtenida en Florencia.

La llegada al hotel y las inquietantes noticias intercambiaron la tristeza que sentía por la preocupación. Con el arma a punto, acabó de subir los últimos peldaños enmoquetados, se acercó hasta la puerta de la habitación y vio en el suelo las marcas de gotas de agua. El intruso estaba dentro. Julia respiró profundamente, insertó la tarjeta en la cerradura electrónica y con un movimiento fluido, abrió la puerta y encendió la luz.

Deslumbrada por la súbita claridad, Isabel cerró los ojos con fuerza mientras escuchaba el inconfundible y ominoso chasquido que anunciaba el amartillar de un arma de fuego.

—No se te ocurra mover un solo dedo —le dijo una voz de tintes acerados que acabó de helarle la sangre. El sonido brusco y seco de la puerta al cerrarse la volvió a sobresaltar y abrió los ojos de golpe, que inmediatamente se le llenaron de lágrimas. A través de ellas vio a una figura borrosa moverse hacia ella como una sombra con una pistola agarrada firmemente con ambas manos.

—Puedo explicarlo... —empezó a decir Isabel.

—Silencio —le ordenó la voz de manera tajante—. Tendrás que hacer mucho más que eso si no quieres que el día se te complique aún más.

—Soy periodista y... —intentó explicar con desespero, pero fue cortada en seco por la voz autoritaria de la otra mujer.

—Eso no te da derecho a entrar en cualquier habitación de hotel y mucho menos a registrar mis pertenencias. Junta las manos por encima de la cabeza y no te levantes.

—Por favor, no me hagas daño... yo no pretendía... —suplicó Isabel, ahora completamente aterrada.

A su espalda, muy cerca de su oído, sonó de nuevo el chasquido del revólver y, de improviso, unos dedos se clavaron en la base de su hombro derecho como tenazas de acero.

—Eso tendrías que haberlo pensado antes... —fue lo último que oyó antes de desvanecerse.

Despertó tumbada sobre la cama y descubrió con horror que estaba atada de manos y pies con un cordón de cortina como una ternera a la que van a marcar. Se agitó con violencia pero sólo consiguió apretar un poco más los nudos. La impotencia le hizo soltar un gemido de miedo.

—Isabel Forcada, periodista —oyó que decía una voz a sus pies. Girando la cabeza como pudo, Isabel vio que la otra mujer estaba sentada en una silla, con los brazos cruzados sobre el pecho. La luz de la lámpara que había a su espalda le sumía el rostro en las sombras. Encima del minúsculo escritorio reposaba el revólver que brillaba malévolo con destellos irisados. A los pies de la cama, su bolsa estaba abierta y el contenido desparramado por la colcha.

—¿Qué buscas, Isabel?

Una ráfaga de adrenalina le recorrió las venas.

—¡Desátame, quienquiera que seas! No tienes ningún derecho a...

Una risita burlona la interrumpió.

—Siento decepcionarte, pero la que no tiene derechos aquí eres tú, Isabel. Los perdiste uno a uno mientras te colabas en la habitación y curioseabas mis cosas.

Isabel rebulló en la cama de nuevo.

—Tengo amigos en la policía y...

—¿De veras? —interrumpió de nuevo la sombra con tono aún más burlón—. ¿Son los mismos que te han sugerido que hagas esto? ¿Quieres que les llamemos? Estoy convencida de que les encantaría oír tus hazañas de hoy. Y te aseguro que yo no tengo ningún inconveniente en hacerlo.

Isabel claudicó. La misteriosa mujer estaba en lo cierto y obviamente podía permitirse el lujo de llamar a comisaría y denunciarla. Tal y cómo se habían puesto las cosas, la periodista no tenía ningunas ganas de toparse con los agentes de la ley. Lanzó un resoplido de frustración y se relajó sobre la ajada colcha.

—¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Matarme?

—Eso dependerá de las respuestas que des a las preguntas que te voy a formular —respondió la otra con un temple que hizo renacer el miedo en las entrañas de Isabel.

—No puedes... no puedes matarme... —balbuceó con la boca repentinamente seca. Una ola de sudor frío la bañó cuando vio cómo la sombra se levantaba, cogía el arma, la silla, y se volvía a sentar muy cerca de su cabeza.

—Te sorprendería saber lo que *sí puedo* hacer —dijo la mujer con un tono que le

provocó un nuevo escalofrío.

La proximidad de la otra permitió esta vez que Isabel viera con claridad el rostro de pómulos altos donde unos ojos color avellana la miraban helados, enmarcados entre mechones de pelo cobrizo. Los labios, ligeramente carnosos, se separaron para descubrir una dentadura nívea.

—¿Empezamos? —dijo simplemente mientras amartillaba de nuevo el arma.

Cuarenta minutos más tarde, empapada en sudor, Isabel se masajeaba las muñecas doloridas con suavidad y contemplaba, con una mezcla de temor y admiración, los movimientos rápidos y precisos de la otra mientras guardaba la pistola y el cargador en el maletín. El interrogatorio al que la había sometido había sido exhaustivo. El cadáver del que una vez fuera Roderick Baxter y la relación de Isabel con el caso habían constituido el tema principal, pero también había habido cuestiones tan peregrinas como sus creencias religiosas o el contenido de sus sueños.

Isabel había decidido ocultar sus *visiones* arriesgándose a ser cazada en flagrante mentira. No estaba dispuesta a que nadie ajeno a su entorno, y especialmente alguien que la apuntaba con un arma, hurgase en su intimidad de esa forma tan despiadada. No obstante, en su fuero interno ansiaba contar al mundo lo que le pasaba por la cabeza cada vez que cerraba los ojos, pero no creía que aquella desconocida armada y peligrosa fuera el confidente ideal que necesitaba su alma angustiada. Igual le pegaba dos tiros y la arrojaba al mar. Nadie se iba a sorprender al saber que una periodista que había sufrido una crisis nerviosa había aparecido flotando en el puerto, y menos con los tiempos que corrían. Apelando a toda su voluntad y esquivando la mirada de la otra, relató el síncope sufrido en la oficina y la posterior experiencia a bordo del *Sea Rhapsody* de la manera más vaga posible.

Todo le parecía sumamente extraño, casi irreal. Si no hubiera sido por la actitud pausada y directa de la mujer y por la constatación del poder que tenía, Isabel hubiera creído que estaba a merced de una psicópata, una asesina a sueldo o una loca de atar. Quizá las tres cosas juntas. Pero su instinto le gritaba que debía seguir la estela de la oportunidad, ya que la desconocida parecía saber mucho acerca del escalofriante y enigmático crimen y, de momento, no había nada más prometedor en el horizonte.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió con voz trémula mientras dejaba caer el cordón al suelo.

La otra se volvió y la miró durante un breve instante antes de contestar.

—¿*Vamos*? Tú vas a irte a casa y olvidar todo lo que ha pasado hoy aquí —dijo con tono seco—. Y espero que no cometas la imprudencia de querer saber más de mí o de mis asuntos. El cadáver del Hospital del Mar no te concierne, y lo único que puedes hacer es cerrar este caso. Dile a tu jefe que ahí no hay nada raro y que también se olvide del tema.

—Mi jefe no sabe nada de esto —se defendió débilmente Isabel, que no quería

dar su brazo a torcer, a pesar de que estaba todavía muy asustada.

La otra la miró con expresión de curiosidad.

—¿Querías ganarte el premio Pulitzer por tu cuenta o es que hay algo más que no me has contado?

Isabel dudó y tardó demasiado en contestar.

De improvviso, vio con sobresalto cómo la mujer se metía la mano en el cuello del suéter y sacaba el medallón de piedra tallado con la estrella de cinco puntas que había mencionado el forense. Sin mediar palabra, la sujetó por un hombro con sorprendente fuerza y se lo apoyó en la frente. Isabel intentó desasirse, pero de repente, sintió una sensación de ahogo y unos intensos fogonazos la deslumbraron. La habitación del hotel desapareció y, de repente, se halló de nuevo en el lugar privilegiado desde el que veía una bóveda celeste en la que brillaban extrañas estrellas. Sintió vértigo y náuseas, y todo empezó a girar y a deformarse a su alrededor. Gritó asustada y quiso darse la vuelta para huir del dantesco escenario, pero algo la sujetaba con fuerza aterradora, algo que gritaba su nombre, cada vez más nítido, cada vez más cerca...

—¡Isabel! ¡Isabel! ¿Me oyes, Isabel?

Los ojos de Isabel enfocaron por fin y se encontraron con los de la otra mujer, que seguía sujetándola por los hombros. Podía ver el inquietante medallón balanceándose, colgado de nuevo del cuello de la desconocida, pero continuaba notando su presencia en la frente, como si la hubieran tocado con un hierro candente.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué ha pasado? —consiguió articular antes de desplomarse sobre la cama y prorrumpir en incontrolables sollozos. Inesperadamente, sintió que la abrazaban.

—Tranquila, Isabel —oyó que le decía una voz dulce junto a su oído—, ya ha pasado todo. Intenta relajarte.

Isabel consiguió a duras penas respirar hondo un par de veces, y notó cómo se iba destensando, en parte, gracias a las abrumadoras caricias de la enigmática mujer que casi la había matado dos veces en menos de una hora. Estaba confusa y muy asustada. Notaba la piel tirante y ardiente, y en comparación, las manos de la otra mujer estaban frías como un témpano.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó con un hilo de voz.

La otra siguió acariciándola un instante más antes de suspirar profundamente.

—¿Qué te ha pasado? —repitió mientras se levantaba de la cama y se dirigía hacia la ventana para abrirla—. Lo mejor que podría haberte sucedido, Isabel. Te hemos encontrado, y parece que a tiempo.

Isabel no entendió nada.

—¿Encontrado a tiempo? —farfulló mientras notaba que en su voz aparecía un involuntario tinte histérico—. ¿A tiempo para qué? ¿Quiénes sois vosotros?

La otra se dio la vuelta y la miró con absoluta seriedad.

—Somos alguien que puede dar significado a tus sueños, esos extraños sueños que has tenido durante tanto tiempo.

Isabel se quedó pasmada. ¿Cómo podía saber aquella desconocida que ella había estado soñando con algo extraño? ¿Qué era aquel medallón y qué clase de catarsis había provocado en su interior? ¿Qué otro significado podían tener las imágenes irreales que asaltaban su mente noche tras noche desde hacía ya más de seis meses?

Miró a la desconocida, que estaba sentada de nuevo en la silla con expresión tranquila, bajó la vista y se miró las muñecas, donde todavía se apreciaban las marcas que habían dejado las ligaduras. Pensó en los extraordinarios acontecimientos que había presenciado y en su trabajo. A pesar de lo peligroso que aquello se estaba poniendo, parecía ser la oportunidad que había estado esperando durante tanto tiempo, el ansiado cambio que iba a proporcionar, tal vez, un nuevo enfoque a la aburrida vida que había llevado hasta entonces. En ese instante no podía imaginar hasta qué punto.

—Necesito saber lo que hay detrás de todo esto —afirmó rotunda.

El fogonazo de un relámpago se coló por la ventana, otorgando un aspecto lívido a las facciones de la otra mujer, que ladeó un poco la cabeza, como si estuviera escuchando. Cuando por fin sonó el lejano trueno, pareció aliviada.

—Lo que has visto hasta ahora es simplemente el trágico resultado de conocer lo que hay detrás del telón de esta realidad —replicó la desconocida acariciando distraídamente el colgante de piedra—. Lo que creo le pudo pasar al profesor Baxter es un ejemplo de la forma que tienen *ellos* de retribuir los servicios prestados.

«Si sigues adelante —siguió diciendo con tono sombrío—, podrías convertirte en el próximo cliente del Hospital del Mar. No estoy intentando disuadirte, Isabel. Me vendría muy bien un poco de ayuda. Y tú también necesitas ayuda. Tan sólo te estoy advirtiendo de los horrores que puedes llegar a encontrar en este viaje, cosas tan espantosas que pondrán en jaque todo lo que crees saber hasta ahora, cosas por las que muchísima gente ha perdido la vida y que quebrarán en mil pedazos tu concepción de la realidad cotidiana.

—¿Sabes quién mató al profesor? —preguntó asombrada Isabel, que había seguido a duras penas la inquietante parrafada mientras notaba los primeros síntomas de un incipiente dolor de cabeza—. ¿Quiénes son *ellos*?

Por la cara de la otra mujer cruzó una sombra fugaz. Cerró los ojos y se estremeció de forma visible.

—¿Quieres beber algo? —dijo de pronto abriendo la mini nevera y ofreciendo un botellín de whisky, que ésta aceptó sin atreverse a decir nada—. Lo que te voy a contar será difícil de entender y aún más de asimilar. Te parecerá una completa locura, pero a medida que te lo explique irás viendo cómo todo lo que ha pasado hasta ahora empieza a cobrar sentido. Todo lo que voy a revelarte es real y puedo

demostrarlo en cualquier momento, y no sólo con absurdos juegos de palabras cabalísticas, teorías inverosímiles y fotografías borrosas, informes falsificados o quimeras paranormales.

»Puedo llevarte a lugares y enseñarte cosas que pondrán a prueba tu cordura, y si sigues adelante con esto vas a conocer a personas como tú y yo, gente corriente, no una oscura secta ataviada con túnicas bordadas y musitando oraciones sin sentido, sino algo mucho más tangible y cercano que puede respaldar todo cuanto voy a decir. Sólo hay una condición sine qua non: jamás podrás revelar nada de esto sin autorización expresa. A nadie. Sin excepción.

Isabel se había quedado con el botellín a medio camino de la boca al oír las insólitas frases pronunciadas en un tono que no admitía réplica. Fuera quién fuera la mujer, lo que estaba claro es que creía a pies juntillas en la inquietante premisa. Un nuevo estremecimiento le recorrió la espalda. ¿Qué podía hacer? Escapar de la habitación, en ese momento, no tenía ningún sentido. Negarse a la imperiosa condición formulada podía significar recibir un balazo en la nuca, dada la seriedad con la que la otra parecía tomarse las cosas. Estaba atrapada sin remisión en la tela de araña en la que ella misma se había metido.

No era la primera ocasión que Isabel se encontraba con un loco que intentaba colarle alguna historia fantástica. En el mundo del periodismo siempre había algún majadero que quería conseguir los famosos quince minutos de fama que preconizó Andy Warhol en 1979. Sin embargo, sí era la primera vez en que había por medio un misterioso cadáver congelado caído del cielo, una pistola apuntándola a la cabeza y alguien que decía conocer el significado de sus pesadillas. Tenía que seguir el juego, por peligroso que fuera, y ver hasta dónde llevaba el bizarro camino.

—Está bien —dijo con sequedad—. Acepto la condición. «Vamos —añadió para sus adentros—, cuéntame una bonita historia.»

La mujer del pelo cobrizo la observó en silencio durante un largo momento. La intensidad de su mirada empezó a hacer estragos en las defensas que Isabel había montado y ésta se refugió apresuradamente en el contenido del botellín para escapar de la presión de los ojos convertidos en puñales que parecían querer taladrarle el alma. Finalmente, la otra destapó su botellín y bebió un largo sorbo.

—Me llamo Julia Andrade y soy un ángel negro —empezó a decir.

Observatorio astronómico del Roque de los Muchachos, isla de La Palma, Canarias, al día siguiente

Aquel gráfico no tenía ningún sentido.

Pablo Méndez se rascó el mentón oscurecido por la barba de tres días mientras

observaba con incredulidad los resultados. Tras efectuar un análisis espectrográfico rutinario del sector 27.0 del espacio, la parte del cosmos conocida por albergar al astro rey, había obtenido unos datos más que sorprendentes.

Una de las sondas con las que había podido mantener contacto, tras la caída masiva de las comunicaciones vía satélite, había enviado los detallados guarismos que acababa de confirmar con una cuidadosa observación ocular. Aparentemente, el sol había tenido unas irregularidades en su radiación electromagnética. Lo más extraño era que, mediante el telescopio que hendía la oscuridad del cosmos desde la privilegiada posición canaria, Pablo había descubierto que la estrella presentaba un punto negro en su interior, un fenómeno hasta entonces no catalogado. Había pasado ya varias horas limpiando las lentes, cotejando los datos con el ordenador y consultando varias bases de datos, pero seguía sin poder explicar el inquietante fenómeno. Desgraciadamente, no podía analizarlo con nadie más, ya que el centro astrofísico de Breña Baja, cerca de Santa Cruz de la Palma, al estar situado casi al nivel de mar, había quedado devastado por completo.

El científico se rascó de nuevo las mejillas, se recostó en el sillón y bostezó prolongadamente. A su alrededor, la maquinaria del observatorio seguía funcionando, pero todos los demás puestos de trabajo estaban vacíos. Tras el tremendo maremoto que había segado casi un tercio de las vidas de los habitantes del archipiélago canario, los otros científicos del complejo astrofísico habían decidido dejar de trabajar y reunirse con sus familias o, en algún trágico caso, con lo que quedaba de ellas. Pablo estaba soltero y sólo llevaba un año trabajando en el observatorio, así que le era más fácil perderse entre los complicados entresijos de sus quehaceres que enfrentarse al drama que se vivía dos mil cuatrocientos metros por debajo de sus pies. La llamada isla bonita era otro más de los terribles testimonios de la mayor tragedia que había conocido la historia contemporánea del ser humano.

Unos bocinazos le sacaron de su abstracción. Miró la pequeña pantalla de CCTV y en su rostro cansado se dibujó una sonrisa. Había llegado el párroco. Pablo sentía una admiración y un respeto sin límites por el recio hombretón de ojos verdes y pelo pajizo que poseía una tenacidad y una fe dignas de encomio. Desde los primeros instantes de la catástrofe, no había parado ni un segundo, ayudando a cualquiera que lo requiriese, y había consolado y animado a todos los supervivientes de la zona, arremangándose sin dudarle para echar una mano en las ingentes tareas de desescombros y limpieza.

—Buenos días, Pablo —saludó al entrar en el observatorio con una caja de cartón bajo el brazo—. ¿Cómo andamos hoy?

—Bien, padre Alonso, bien —contestó el técnico, mientras despejaba una mesa de papeles y gráficos. Sabía que la caja contenía pan, leche y alguna otra cosa comestible que el hombre hacía aparecer de algún lugar como si fuera la mismísima

encarnación de Jesús obrando el milagro del pan y los peces. El desayuno diario se había transformado en algo casi ritual que Pablo no sabía cómo agradecer, pues se había convertido en su único nexo con el desolado exterior.

—¡Caramba! —exclamó el sacerdote mientras sacaba los paquetes de la bolsa—. ¿Qué es eso, Pablo?

El aludido miró hacia donde señalaba el párroco y vio que se trataba de los datos de la sonda espacial que había dejado apilados en un rincón.

—Pues aún no lo sé, padre —contestó un poco asombrado por el súbito interés del hombre de Dios por unos asuntos que habrían significado la hoguera en un pasado no tan lejano—. Algo que no acaba de cuadrar. Probablemente sea un fallo en la recepción de los datos de la sonda, una impureza en las lentes, un desajuste debido al maremoto, no sé, pueden ser muchas cosas y puede no ser nada en absoluto. ¿Por qué lo pregunta, padre Alonso?

El párroco no contestó, sino que cogió los gráficos y los estudió frunciendo el ceño. Pablo vio, cada vez más asombrado, cómo se movían los dedos del eclesiástico por encima de las hojas con un patrón que dejaba bien a las claras que el hombre estaba acostumbrado a interpretar aquel tipo de ecuaciones avanzadas.

—¿Puedes hacerme una copia de esto, Pablo? —fue la inesperada pregunta con la que respondió mientras le miraba con una expresión extraña.

—... Sí, sí, claro, no faltaba más, padre —respondió atónito tras un instante de duda.

Pero se habría quedado aún más estupefacto al ver el fabuloso equipo de radio que tenía el sorprendente párroco en la sacristía de la diminuta iglesia de Hoya Grande, milagrosamente intacta, con el que transmitió, tras un apresurado viaje de vuelta del observatorio, un mensaje en tono urgente a un destinatario desconocido.

—*Auro, domine, ottanta due, controllo.*

Capítulo VI

Una vez más, los ojos de la Primera Dama se abrieron. Había llegado el momento de establecer contacto con el siervo que portaba la llave maestra del plan de los Dioses Primigenios. Con la facilidad nacida de la práctica, se introdujo en las tierras del sueño y buscó entre la miríada de chispas brillantes que danzaban alrededor de las nieblas doradas. Cada dedo brumoso contenía un universo, un mundo onírico en el que se hacían realidad las fantasías más sublimes y las pesadillas más terribles.

La Sacerdotisa se aseguró de la fidelidad del soñador antes de penetrar en sus sueños. Debía tener mucho cuidado, ya que el contacto prematuro podría significar un nuevo fracaso de la monumental empresa que habían acometido. El Dios Dormido no toleraría más errores. Su paciencia no era infinita y su justicia era sabia pero cruel. Había visto caer a otros devotos servidores que habían descuidado sus obligaciones y que ahora vagaban sin rumbo por las esquinas del tiempo, desprovistos de voluntad y albedrío, simples presencias amorfas que golpeaban con furia ciega los confines de un encierro extraño y aterrador del que ni siquiera la piadosa muerte les podría liberar.

Satisfecha con la obediencia, impartió las órdenes. La débil criatura había sido subyugada y el plan seguiría adelante. Cerró los ojos y se relajó una vez más. Los esfuerzos de los humanos no iban a servir de nada esta vez. Faltaba ya muy poco tiempo para liberar a Su Dios, y ella sería recompensada con su Despertar y su inefable Grandeza, y Nadaría ante su Presencia en las límpidas aguas primordiales por toda la eternidad.

El apartamento de Isabel era un ejemplo clásico de la arquitectura barcelonesa de principios del siglo XX. Tenía las habitaciones espaciosas, los techos altos y las puertas de madera maciza que había hecho decapar para que lucieran de nuevo toda la belleza del roble. Los grandes ventanales con persianas de madera se abrían a la calle de Córcega, antes ruidosa, ahora prácticamente vacía y fantasmagórica.

En la pulida superficie de la televisión del enorme salón se reflejaba la expresión vacía de Isabel, sentada en una esquina del gran sofá rinconero. Tenía la mirada perdida y la mente sumida en un mar de contradicciones, un auténtico caos que la había dejado abatida y exhausta. Se sentía igual que si hubiera corrido diez kilómetros en pos de un pan de oro daliniano, bello y tentador pero que el paisaje surrealista y fantástico que lo rodeaba hacía inalcanzable.

En su cabeza resonaban todavía los ecos de la increíble historia que le había contado Julia la noche anterior.

Incrédula al principio, dubitativa y posteriormente aterrada y absorta en el

fantástico relato, se había ido bebiendo botellín tras botellín sin darse cuenta, y había acabado con un mareo considerable que había decidido a Julia a abandonar el hotel y trasladarse al apartamento. Allí, Isabel se había desplomado sobre la cama, atontada y sin poder reaccionar ante la vorágine de pensamientos encadenados que le invadían la mente abotargada por el exceso de licor. Al final, exhausta, había caído en una modorra que se había transformado en una cadena de espantosas pesadillas plagadas de monstruosas apariciones de pies palmeados y alas cartilagosas, de oscuras deidades y ritos blasfemos celebrados por cosas que deberían arrastrarse entre los grumos de la tierra y sin embargo caminaban por galerías excavadas a profundidades imposibles.

Cada vez que conseguía salir del aterrador estado onírico, Julia estaba allí, una mano fresca y fuerte que la sujetaba y le impedía caer en los abismos sin fondo de la locura más absoluta. Isabel gritó en sueños y vomitó una bilis mucilaginosa y maloliente, y siguió gritando hasta que su alma hubo limpiado el pánico ancestral y viscoso que rezumaba de todos los rincones de su mente. Soñó con ciudades submarinas y templos ciclópeos, con mares de aguas pútridas y cielos sin nubes donde brillaban soles extraños. Y al final, aferrando la extraña estrella de piedra, sucumbió gozosa a la llamada de un vacío silencioso y oscuro que la dejó, acurrucada e inerte, entre los brazos de un amante Morfeo.

Despertó más calmada, con el regusto de boca y el dolor de cabeza más terribles desde que había terminado la carrera de Periodismo. A su lado, la media melena de una Julia dormida resplandecía flamígera al sol de la mañana. Despacio, sintiendo el cansancio en cada una de sus articulaciones, se levantó de la cama y se obligó a caminar hasta el cuarto de baño. Abrió el grifo del agua fría de la ducha y se desprendió de las malolientes ropas con torpeza. Apoyada en los azulejos, dejó que el chorro de agua casi helada le corriera nuca abajo durante un buen rato, hasta que sintió los dedos gélidos del primer escalofrío recorrer fugaces su espina dorsal. Salió de la ducha, se secó el cuerpo a conciencia, se vistió con lo más cómodo que pudo encontrar en el armario y se sentó en el sofá.

El penetrante aroma del café recién hecho que invadió sus fosas nasales deshizo el trance en el que estaba sumida, y al levantar la cabeza vio reflejada en la pantalla a Julia, envuelta en una toalla, sosteniendo una taza del humeante y precioso néctar mientras contemplaba el ocasional ir y venir de la calle apoyada en la jamba de uno de los balcones. Isabel meneó la cabeza y chasqueó la lengua. Había estado tan absorta que ni siquiera la había oído despertarse, ducharse y ponerse a trajinar con la cafetera.

—Buenos días —saludó ésta volviéndose al oírla rebullir en el sofá—. Tienes mejor aspecto que ayer —añadió con una ligera sonrisa. Su rostro también mostraba los síntomas de haber pasado una noche complicada, aunque Isabel sabía que se debía

a una razón muy distinta de la suya.

—Lo siento mucho, no debí beber tanto —dijo apesadumbrada. Se sorprendió de la ronquera que se le pegaba a la garganta como el antiguo papel atrapamoscas.

—No te preocupes por eso —replicó Julia, haciendo un gesto con la mano—. Yo también he sufrido lo mío, así que sé exactamente qué se siente. Lo único que importa —añadió apurando el café—, es que has visto el nuevo día. Otros no lo consiguieron. —Posó la taza en la mesita—. Voy a vestirme y desayunamos, ¿vale?

Isabel había terminado de preparar un frugal tentempié cuando Julia apareció vestida con unos tejanos y un suéter de algodón blanco y grueso. Las dos se comieron las tostadas, el yogur y sendos vasos de leche en silencio. No era fácil proveerse de alimentos frescos, pero trabajar en un diario importante tenía sus ventajas, y una de ellas era el tener ciertas *amistades* en el mercado negro. Después del desayuno, ambas mujeres se sentaron en el sofá del salón.

—Veamos qué podemos sacar en claro —dijo Julia poniendo encima de la mesita una serie de carpetas que sacó de su maletín. La periodista hizo lo propio con las fotos y los faxes que le había enviado Joan y estuvieron un rato cotejando informaciones y tratando de hallar algún cabo por donde empezar la investigación. Isabel aprovechó para contarle toda la verdad acerca de los sueños que sufría y también para ampliar los detalles del incidente del barco. Julia la escuchó en silencio mientras sus manos jugueteaban con el extraño medallón.

Julia le dijo que el trocito de papel cubierto de símbolos ya no tenía relevancia. Sin embargo, los informes del laboratorio de la policía científica eran inconclusos, pues la tierra hallada en los zapatos y la ropa del malogrado profesor podía provenir de cualquier región del globo. Por otro lado, la composición de la sustancia desconocida coincidía con otros análisis que la organización vaticana había obtenido de las monstruosidades, a las que llamaban *byakhees*, lo que no hacía más que ratificar la hipótesis inicial, pero sin aportar nada más concluyente.

No obstante, las dos estaban de acuerdo en que la precisión de la caída de Baxter no podía ser casual. Gli Angeli Neri estaban convencidos de que estaba en marcha la segunda parte de un plan muy bien concebido que era imperativo conocer cuanto antes.

—Hay que volver a revisar el cadáver de Baxter —concluyó Julia tras haber debatido el tema desde todos los ángulos—. Tendrás que volver a hablar con tu amigo forense. Es la única pista que tenemos.

Isabel asintió y se levantó para telefonar al Hospital del Mar.

—¿Podría hablar con Joan Batiste, del departamento forense, por favor?

—Lo siento, pero en este momento no puedo pasar llamadas al Departamento Forense —replicó la operadora de la centralita—. ¿Quiere dejar algún mensaje?

Isabel enarcó una ceja con sorpresa. Era la primera vez que le habían negado una

llamada.

—Si está comunicando puedo esperar... —ofreció sintiendo una extraña opresión en la boca del estómago.

—Lo siento —respondió la voz—. Pero ha habido un incidente y no puedo pasar llamadas. Si quiere, puede dejar un mensaje.

—¿Un incidente? —preguntó Isabel viendo cómo Julia levantaba la cabeza de golpe y se la quedaba mirando de hito en hito—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé —contestó la telefonista—, creo que ha habido un pequeño incendio o algo así. Hemos tenido mucho jaleo esta mañana. ¿Quiere dejar un mensaje?

—No —respondió Isabel tras un instante de duda—. No, gracias —añadió antes de colgar.

—Vamos para allá —dijo Julia sin titubear, después de que Isabel le contara lo ocurrido—. Tengo un mal presentimiento —añadió mientras cerraba el maletín a la vez que le alargaba la bolsa.

Quince minutos más tarde, tras haber hecho filigranas de conducción rayanas en la temeridad en las Rondas del Litoral, Isabel estacionó su coche frente el mazacote gris y sin personalidad del Hospital del Mar.

Desde allí vieron que la puerta de acceso al garaje subterráneo y entrada de las ambulancias se hallaba obstruida por un coche de bomberos del que salían gruesas mangueras que le conferían el aspecto de un enorme pulpo rojo.

Las poderosas credenciales de Julia les abrieron paso hasta el despacho del jefe de forenses, que lucía un surtido de manchurriones grises en la ropa y en la cara y olía a cabello quemado.

—¿Qué ha pasado, señor Gombreny? —le preguntó Julia al atribulado hombrecillo tras las presentaciones.

—Algo inaudito —contestó el hombre, pasándose la mano por la cara tiznada y esparciendo aún más las marcas—. Alguien ha incendiado el depósito de cadáveres. Dicen los bomberos que han rociado un cadáver con gasolina y el fuego se ha propagado por detrás de los cajones. Toda la sala ha quedado destruida por completo. Por suerte, no ha habido heridos.

—¿Han prendido fuego a un cadáver? ¿Al cadáver de quién? —preguntó Julia de inmediato.

—Al del hombre congelado, según los archivos. Según parece, el fuego se inició allí.

Las dos mujeres cruzaron una mirada significativa. Definitivamente, algo se había puesto en marcha.

—¿Dónde está Joan Batiste? —inquirió Isabel con preocupación.

Gombreny se frotó el rostro una vez más y su expresión adquirió tintes de guerrero pigmeo.

—Ni idea. Creo que hoy no ha venido a trabajar. No he tenido tiempo de verificar nada, con este lío tan espantoso.

—¿Y el sistema antiincendios? —inquirió Julia.

—No ha sido suficiente —replicó el hombre dejándose caer en un sillón—. Las bolsas de plástico de los cadáveres han ardido como la yesca.

—¿Se sabe quién ha sido? —siguió martilleando Julia.

El hombre negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Cuando llegue la Policía van a analizar las cintas de las cámaras de vigilancia, a ver si hay suerte.

Las dos mujeres se miraron de nuevo e intercambiaron una mirada cómplice. Habían tenido la misma idea.

—Quiero ver esas cintas ahora —dijo Julia con voz enérgica.

—Pero... pero... —tartamudeó Gombreny con el semblante demudado—. No sé si puedo autorizarla, señorita Andrade.

—No sólo sabe que puede —replicó ésta con tono autoritario—, sino que *debe* hacerlo, Gombreny. Ya oyó a sus superiores ayer, ¿no es así?

El rostro del jefe de forenses alternó con rapidez entre varios tonos de escarlata y blanco lívido y se apreciaron con claridad las gotitas de sudor que le iban dejando chorreras de suciedad en la frente.

—Sí —la voz salió de debajo de la sucia corbata floreada que llevaba torcida y arrugada—, por supuesto, señorita Andrade. Síganme, por favor.

Mientras las dos se apresuraban por los pasillos siguiendo al jefe médico, al que de pronto parecían perseguir todos los diablos, Isabel miró a Julia enarcando una ceja, y ésta, sin perder la expresión de suprema severidad, le guiñó un ojo. Momentos después, el zumbido de media docena de monitores de televisión saludó su entrada a la sala de control. Un vigilante uniformado se puso en pie de un salto y derramó el vaso de café que estaba bebiendo encima del pulcro uniforme sobre el que brillaba la placa metálica de una conocida empresa de seguridad.

—Vaya a limpiarse, Conesa. Está usted hecho un asco —le espetó Gombreny con innecesaria acritud, aprovechando la ocasión al vuelo para soltar un poco de vapor. El guarda salió de la estancia sin decir palabra y con una expresión de genuino asombro reflejada en su joven rostro.

—Muchas gracias, Gombreny. Ha sido usted muy amable —dijo Julia acompañando al pobre hombre hasta la salida con firmeza. La puerta ahogó las débiles protestas y Julia echó el pestillo.

Isabel no pudo contenerse por más tiempo y soltó una carcajada. Julia se limitó a sonreír mientras se sentaba frente al panel de control.

—¿Cómo te atreves...? —le preguntó Isabel con admiración.

—Nadie osa negarle algo al Vaticano —sentenció Julia con tono cavernoso, al

tiempo que manipulaba botones y hacía girar ruedas—. Aquí está. Cámara seis.

El pasillo de acceso a la sala de autopsias y depósito de cadáveres apareció en uno de los monitores. El reloj digital sobreimpresionado en la pantalla marcaba la hora actual. Había un trasiego de bomberos que iban retirando los equipos de extinción y parte de los escombros, así como más bolsas negras con los restos carbonizados de los cadáveres.

Julia localizó la cinta en la que se estaban grabando las imágenes, la pasó al control y la rebobinó hasta que el contador indicó la medianoche. Al hacerla avanzar, el monitor mostró la imagen del pasillo vacío y medio iluminado. Julia pulsó el avance rápido hasta que, hacia las 6:30 de la mañana, una sombra apareció moviéndose a toda prisa.

—¡Ahí está! —exclamó Isabel, y Julia conmutó el avance normal.

La sombra se concretó en un hombre que portaba un recipiente de metal con una mano y al que la luz iluminó antes de entrar en la sala. Tenía una expresión terrible de la que destacaban los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Es Joan Batiste! —exclamó Isabel atónita.

Un minuto después, el forense salió de la sala y se alejó hacia la salida con extraña premura. A los pocos momentos, se vio un resplandor por el quicio de la puerta y, unos segundos más tarde, el agua de los aspersores del sistema antiincendios oscureció la imagen.

Julia paró la cinta y se volvió con expresión turbada hacia Isabel, que tenía los ojos muy abiertos, incapaz de aceptar lo que habían mostrado las imágenes con cruel nitidez.

—No puede ser —balbuceó ésta mirando alternativamente al monitor y a Julia—. Joan no... no tiene ningún motivo para hacer una cosa así...

Julia siguió mirándola con fijeza.

—¿Conoces bien a ese hombre? ¿Has notado algo extraño en él estos últimos días?

Isabel meneó la cabeza, aturdida.

—Le conozco desde hace algunos años. Estaba como siempre, divertido y cordial, intrigado como yo por el extraño caso, pero... ¡Oh, Dios mío!

En ese instante, Isabel recordó la curiosa expresión que Joan había utilizado cuando se sinceró con ella al respecto de las heridas de la espalda del cadáver. «Garras, garras monstruosas de algo abominable que no debería existir.»

—¿Sabes dónde vive? —le preguntó Julia tras un momento de reflexión—. Debemos ir a su casa cuanto antes. Además, hemos de desaparecer de aquí; la policía debe estar a punto de llegar y no podemos justificarlo *todo*.

—No me digas que el forense vive aquí —exclamó Julia al detenerse el coche.

Isabel sonrió. Todo el mundo decía lo mismo al ver por primera vez el

extraordinario aspecto de la vivienda de Joan.

Ubicada en la parte alta de la ciudad, rodeada por un muro de piedra rematado por una artística reja de hierro forjado por la que asomaban buganvillas, hojas de palmera y ramas de árbol, la casa modernista de tejas verdes esmaltadas resplandecía al sol del mediodía como una pequeña pagoda de jade.

Construida en 1903 por uno de los múltiples arquitectos geniales que había tenido la ciudad condal en el pasado, la casa de dos plantas estaba situada en la encrucijada que formaban las calles Campoamor y Venecia. Destacaba como un faro del resto de casas de los alrededores por su arquitectura abigarrada y sus múltiples balconadas, aleros, columnas y pórticos, que competían los unos con los otros en profusión de detalles primorosamente contruidos con azulejos, mármoles y vidrieras multicolor.

La base de la finca estaba formada por bloques de piedra colocados con engañosa aleatoriedad, y sobre ella se elevaba una gran mole de ladrillo rojo perforada con artística simetría por ventanas rematadas con pequeños arcos ojivales. Aquí y allí una columna se retorció sobre sí misma y desaparecía tragada por la sombra de un alero decorado con un artesonado de madera al que el tiempo se había encargado de dar una pátina oscura.

Una observación más atenta dejaba entrever, sin embargo, que ese mismo tiempo despiadado había iniciado su incursión inexorable hacia las entrañas de la piedra desconchada, de la madera agrietada y deslucida y de los azulejos descascarillados. Una montañita de arena, unas pilas de ladrillos y azulejos y una pequeña hormigonera, colocadas al lado del enorme portalón de doble hoja, confirmaban el penoso estado en el que se encontraba el otrora impresionante edificio.

—La familia Batiste hizo mucho dinero con el comercio de Indias —comentó Isabel a modo de explicación al tiempo que abría una pequeña puerta insertada en una de las grandes hojas de madera del portón cubierto por un tejado invadido por una hierba rala—. Joan trabaja de forense porque le gusta el oficio, pero tiene dinero de sobras.

—Y no lo ha sabido administrar demasiado bien, por lo que veo —apostilló Julia mirando alrededor con curiosidad.

Los pasos de las dos mujeres hicieron crujir la gravilla que cubría el estrecho camino, bordeado de ladrillos parcialmente hincados en la tierra, que serpenteaba entre árboles y arbustos hasta la entrada principal de la casa. Ésta, altísima, coronada por un arco de piedra blanca que recordaba vagamente al estilo mozárabe, estaba bellamente desfigurada por unos rosetones esculpidos que enmarcaban la doble puerta hecha de paneles de madera que imitaban el intrincado diseño hexagonal de un panel. Un grueso cable eléctrico que salía de un estrecho ventanuco enrejado que había a un lado y se perdía entre los arbustos en dirección a la hormigonera rompía el delicado equilibrio arquitectónico.

Aparte del ocasional trino de los pájaros que volaban por el gran jardín, todo estaba silencioso. Isabel probó a empujar la puerta, y ésta cedió sin esfuerzo alguno. Julia se había quedado un poco atrás y observaba con atención los postigos y las ventanas enrejadas de la tribuna voladiza. Nada se movió, ni siquiera cuando Isabel golpeó la puerta con el gran aldabón en forma de raíz retorcida, provocando ecos que hicieron volar a unas cuantas aves sobresaltadas.

—¡Joan! ¿Estás ahí? ¡Soy Isabel! —llamó sin atreverse a cruzar el umbral.

No hubo respuesta. Isabel atisbó por las ventanas cercanas, pero el interior estaba oscuro y no pudo distinguir nada. Un destello a su lado desvió su atención. Con sorpresa, vio centellear brevemente la pistola en las manos de Julia mientras ésta acababa de abrir la puerta con el pie y se metía en el interior de la casa. De alguna manera, se las había apañado para sacar el arma del maletín ante sus narices.

De pronto se sintió indefensa, inexperta ante aquel tipo de situaciones y se arrepintió una vez más de haber embarcado en el maldito crucero. Sin embargo, era muy tarde para dar marcha atrás. Su concepción del mundo había cambiado de forma radical y no podía ignorar los hechos que habían sucedido. Su futuro y el de muchos más seres humanos estaba comprometido. «A lo hecho, pecho», se dijo para sus adentros. Y entró a su vez en la silenciosa casa.

Isabel había estado allí en un par de ocasiones, pero el imponente edificio y sus inacabables y a veces estrambóticos detalles modernistas seguían sorprendiéndola. Ese día, no obstante, las recargadas puertas, los techos pintados con frescos y las increíbles tallas en las escaleras, columnas y vidrieras le parecieron más grotescos, más amenazadores, portadores de un simbolismo oculto que hasta entonces había sido incapaz de discernir.

Las hojas de parra exquisitamente esculpidas en las puertas se retorcían ante sus ojos con malsana intención, y los ojos de las figuras pintadas en las vidrieras emplomadas seguían su paso con inquietante fijeza. Todo había cobrado una dimensión desproporcionada y un cariz barroco que la obligó a desplazarse en completo silencio, temerosa, procurando no rozar nada, sin perder de vista a Julia, que se movía también silenciosa y ágil entre la penumbra rota aquí y allí por la luz del sol que penetraba por los ventanales multicolores.

Al llegar al distribuidor, Julia se paró, escuchó un momento con la cabeza ladeada y bajó el arma. Volviéndose en redondo, hizo señas indicando que Isabel se quedara allí mientras ella subía a la otra planta.

Isabel negó categóricamente con la cabeza. Lo último que quería era quedarse allí sola. Julia esbozó una sonrisa, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y ambas subieron la escalera con cuidado. Cada crujido de los pulidos escalones de madera sobresaltó a Isabel, que notaba todo el cuerpo tenso como la cuerda de un arco de violín. Nunca había sentido tanto miedo, aunque tampoco había visto tan de cerca el

rostro de la locura.

La primera planta de la finca era un galimatías arquitectónico acentuado hasta el paroxismo por el recargado estilo de principios de siglo. Cada centímetro de pasillos, puertas y recovecos estaba lleno de recurrentes detalles que imitaban una naturaleza desbordada. *Horror vacui*[7], que decían los detractores del Modernismo catalán.

Los enseres y objetos de uso cotidiano que había allí le mostraron que el gran salón y su espléndida tribuna voladiza eran las partes más habitadas de la casa.

—No creo que Batiste esté aún por aquí —opinó Julia bajando el arma para alivio de Isabel, que nadaba en sudor.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó intrigada, tratando de distinguir algún detalle revelador.

—Una persona que prende fuego a un cadáver sin preocuparse de las cámaras de vigilancia sabe que no puede volver a su casa tranquilamente —explicó Julia mirándola con fijeza—, y si lo hace, no va dejar abierta la puerta principal, ¿no crees?

—Tienes razón —concedió Isabel, sintiéndose un poco tonta. Todavía no podía creer que su amigo hubiera cometido un acto tan bárbaro—. Debe haber huido. Pero ¿adónde?

Julia miró a su alrededor con detenimiento.

—Mira eso, Isabel —le dijo finalmente señalando con el cañón del arma—. Parece que no le gustaban los espejos.

Isabel miró en la dirección indicada y vio fragmentos de cristal en el suelo del salón, procedentes de un gran espejo del que sólo quedaban esquirlas puntiagudas que reflejaban la habitación mil veces. Frente al marco roto yacía el busto de un Goya de expresión encolerizada que había servido con toda seguridad de arma arrojadiza. Una inspección rápida reveló que el espejo del cuarto de baño adyacente así como la inmensa luna de un armario ropero que había en uno de los pasillos también estaban destrozados.

—¿Por qué habrá hecho eso? —exclamó Isabel con extrañeza—. ¿Qué vio en los espejos?

—Lo sabremos en cuanto averigüemos quién o qué le obligó a hacerlo —replicó Julia—. Tendremos que registrar todo esto palmo a palmo. Ocúpate de esta planta y yo buscaré abajo y en las golfas. Si encuentras algo que te llame la atención, por nimio que pueda parecer, ponlo a un lado. Cualquier detalle es importante.

Cuando Julia hubo desaparecido escaleras abajo, Isabel miró a su alrededor con expresión dubitativa. Por las ventanas entraba la luz dorada de un día que iba entrando en el ocaso. La casa estaba profusamente amueblada y mostraba con claridad el estilo de vida desordenado del típico célibe. Iba a darle bastante quehacer el registrar todo el desbarajuste de ropa, libros y objetos amontonados en pilas inestables y eclécticas. Lanzando un suspiro, empezó a buscar por las habitaciones

cerradas y fue cubriendo sistemáticamente toda la planta hasta que se halló de nuevo en el salón. Desde abajo llegaba de vez en cuando el sonido de una puerta o de un cajón cerrándose.

Pasó el rato, y excepto ropa vieja y muebles tapados con sábanas blancas cubiertas de polvo, Isabel no había encontrado nada digno de mención en las habitaciones. Fue en el salón, sin embargo, dónde halló unas gotitas oscuras junto a la puerta del dormitorio, ahora sumido en la penumbra del atardecer. Isabel tocó una de ellas y se miró el dedo. El inequívoco rastro rojizo la hizo estremecer. Tragó saliva con dificultad y, sin atreverse a entrar en el dormitorio, tanteó con la mano la pared interior hasta encontrar el interruptor de la luz.

La dantesca escena que puso al descubierto el resplandor de la gran lámpara de cristal que colgaba del techo la hizo soltar un grito de espanto y la obligó a cerrar los ojos mientras se asía con fuerza al marco. Se oyeron pasos precipitados y unas manos fuertes la sujetaron por los hombros.

—¡Dios Santo! —fue lo único que oyó exclamar a Julia con voz ahogada.

La habitación parecía haber sido el escenario de una matanza desafortunada. El suelo, las paredes, la cama, los muebles y el techo estaban literalmente cubiertos de sangre, pero lo que hacía la visión realmente única y macabra era el aspecto casi puntillista de las incontables salpicaduras que parecían desafiar a la barroca decoración arquitectónica. En algunos lugares, los rastros sangrientos se asemejaban a los que dejaría un gigantesco *aspergillum* que hubiera celebrado una espantosa bendición. A los pies de la cama enrojecida, al lado de unos jirones de ropa claramente desgarrados, dos marcas dibujaban con terrible precisión la huella de unos pies descalzos que se alejaban desapareciendo en la gruesa alfombra que cubría gran parte del suelo.

De pronto, a Isabel le fallaron las piernas y no cayó al suelo porque Julia la sujetó con firmeza y la ayudó a tumbarse en el sofá del salón.

La habitación danzaba locamente a su alrededor y una nueva oleada de sudor frío y viscoso acabó de empaparla por completo. Jadeó de forma incontrolada, aspirando grandes bocanadas de un aire que casi no le llegaba a los pulmones contraídos por el terror. En los frescos del techo aparecieron monstruos descarnados, blasfemias deformes que se deslizaban con movimientos obscenos entre los motivos florales, que súbitamente habían adquirido vida y ondulaban enloquecidos, como mecidos por un viento que saliera por las puertas del mismo infierno.

Sintió un pinchazo en un brazo y contempló con asombro infinito cómo Julia acababa de inyectarle un líquido ambarino que había hecho aparecer como por arte de magia.

—¿Qué...? —fue lo único que consiguió articular.

—No tengas miedo —dijeron los labios de la otra, mientras su cara, los frescos y

los monstruos danzantes se difuminaban tragados por una súbita neblina blanca—. Todo va a salir bien.

Julia observó preocupada cómo se relajaban las facciones contraídas de Isabel mientras se sumía en la inconsciencia. Sabía por amarga experiencia que los primeros días eran los más duros. Los continuos embates contra la cordura iban minando poco a poco las defensas, y sólo una férrea disciplina mental podía lograr combatir las terribles imágenes y las odiosas revelaciones que el subconsciente reactivado enviaba a un cerebro que se negaba en redondo a aceptarlas.

No sabía qué iba a suceder con la joven mujer de ojos azules y sonrisa contagiosa que estaba acurrucada en el sofá. La imagen de *Danae*, un cuadro de Gustav Klimt, se superpuso con Isabel desmayada. A pesar de todo lo que le había ocurrido, Julia la galerista había conservado la facilidad innata que tenía para recordar obras pictóricas. De poco le iba a servir a partir de ahora, pero en cierta forma, la visión de los lienzos mitigaba la ansiedad que dominaba su nueva y azarosa vida.

No había duda de que la joven periodista estaba conectada de alguna manera con los Dioses Primigenios. La reacción que había tenido ante la Estrella había sido concluyente. Hasta ahora, sólo los que habían tenido contacto con el horror se habían visto afectados por el talismán de los Ancianos. Además, Isabel había demostrado tener una enorme capacidad cognitiva y una facilidad extrema para recordar eventos y transcribirlos de forma lúcida y fácil de asimilar. Lo había confirmado con la descripción de sus sueños, que contenían indicios claros de que había atisbado algo del caos rampante que la organización vaticana combatía, y aquello, junto con el minucioso relato de lo acontecido a bordo del *Sea Rhapsody*, había acabado de confirmar su hipótesis.

Sin embargo, Julia no sabía cuál podría ser el papel que estaba destinada a representar. Isabel poseía alguna facultad oculta, algo que había trascendido la barrera de lo real para adentrarse en el mundo onírico, mucho más accesible y a veces el único medio de comunicación de los entes con los humanos. Era preciso informar de todo a Florencia. Julia no tenía muy claro si la joven iba a sobrevivir a lo que la esperaba, pero su instinto le decía que parecía ser una mujer fuerte y capaz de superar las terribles pruebas que se le iban a presentar. No obstante, la mente humana era bastante más frágil de lo que parecía y en cualquier momento se podía romper la delicada membrana que la separaba de la locura.

Durante su estancia en Florencia, Julia había visto los cuerpos sin chispa que se agitaban débilmente, recorridos por espasmos nerviosos involuntarios, sumidos en la catatonia, reclusos en discretos sanatorios mentales hasta el fin de sus días, víctimas vitalicias de un terror tan potente que su mente atormentada no había podido asimilar.

Miró su reloj. Isabel estaría fuera de combate durante una hora. Tiempo más que suficiente para registrar lo que le quedaba de casa y tratar de encontrar algún indicio

del paradero del esquivo forense. Se dirigió a la habitación y contempló una vez más el sangriento espectáculo. Era quizá muy pronto para revelar a la otra todo lo que intuía, pero ya tenía una idea espantosamente clara de lo que había atacado y poseído al desgraciado médico. Su mente fotográfica recreó con todo lujo de detalles la terrorífica escena que debía haber sucedido allí, un evento parecido al que había visto en una filmación borrosa mientras completaba su acondicionamiento en tierras italianas.

El infortunado Batiste había sido presa de un parásito al que los arcanos textos habían llamado la larva de Shub Nil Al-raz, un engendro del que no se sabía más que provenía de alguna estrella de la constelación de las Pléyades, más allá de los confines del sistema solar. Con toda probabilidad, debía haber estado aletargado en el cuerpo congelado de Baxter y habría aprovechado la proximidad del forense para cambiar de anfitrión. La especialidad de la monstruosa aberración biológica, parte insecto, parte hongo, parte gusano, toda ella horror indescriptible, era filtrarse por los conductos respiratorios de la víctima, abrirse camino a través de las partes blandas del rostro y alojarse cerca del lóbulo temporal del hemisferio cerebral izquierdo. Desde allí empezaba a crecer y expandirse, iniciando una metástasis velocísima que acababa en pocos días con la voluntad y la capacidad de raciocinio del individuo atacado.

Una vez conseguido el control mental, iniciaba la tarea de camuflar su presencia, tocando las sinapsis adecuadas de la memoria a corto plazo con sutileza y precisión quirúrgica. A partir de ese momento, el anfitrión involuntario se convertía en una marioneta al servicio de los deseos de la larva. No satisfecha con poseer el control absoluto de su vehículo humano, la larva continuaba su atroz expansión por todos los vasos sanguíneos del cuerpo hasta lograr una simbiosis absoluta que culminaba con una horripilante y explosiva expulsión de sangre por todos los poros del cuerpo. El cuerpo de la víctima se agitaba entonces con tal fuerza que parecía vibrar, piadosamente ajeno al dolor, incapaz de sentir y de ver, hasta que se consumaba el grotesco orgasmo.

Una vez alcanzado este estadio, no había ninguna posibilidad de salvar al ser humano, que a partir de ese instante hasta el día de su muerte física era una simple carcasa animada, un vehículo perfecto para el voraz parásito, que empezaba de inmediato el proceso de desove e incubación de más larvas para poder realizar un nuevo contagio.

La mente de Julia hervía con preguntas. ¿Había sido Baxter la primera víctima? Y si así era, ¿dónde había hallado el espantoso espécimen? Sería extremadamente complicado reunir toda la información de los lugares visitados por el profesor a lo largo de su vida. Londres estaba en ruinas, y no sería nada fácil llegar hasta el apartamento para tratar de hallar algo que arrojase alguna luz sobre las excavaciones

no oficiales que hubiera podido realizar. Eso suponiendo que el edificio siguiese en pie. ¿Y por qué había ocultado los descubrimientos a la organización vaticana? Para los que alzaban el terrible velo de Isis, *Gli Angeli Neri* era la única oportunidad que tenían de sobrevivir.

Había otra posibilidad aún más inquietante a considerar. Era extremadamente difícil el atribuir a la casualidad la precisión y la oportunidad de la aparición del cuerpo de Roderick Baxter. Cada vez parecía más probable que el cadáver hubiera sido implantado con el parásito, transportado y soltado en el barco para llamar la atención de la organización, convertido en un cebo, en una prueba de que las puertas del infierno estaban abiertas y que los insensatos humanos que respaldaban el ancestral culto estaban preparados para la batalla final.

Julia se estremeció al recordar que sus propios progenitores habían aceptado voluntariamente la letal conversión, engañados por promesas de grandeza y poder cuando llegara el gran momento de despertar al Dios Dormido. Sus manos buscaron instintivamente el medallón que calmaba las tremendas ansias que todavía surgían con fuerza en su mente cuando la simple mención de la cruel deidad conseguía traspasar las débiles barreras que había logrado erigir durante aquellos seis meses de calvario.

Ésta iba a ser la guerra definitiva. Esta vez no habría treguas inciertas ni pactos secretos. Sólo habría un ganador, y *Gli Angeli Neri* estaban en clara desventaja. Habían perdido a un tercio de sus efectivos, algunos en la hecatombe, otros heridos o simplemente comunicados. Muchos refugios, construidos cerca del océano por razones obvias, habían sido destruidos por el salvaje oleaje y los subsiguientes seísmos. Las comunicaciones eran deficientes y el flujo de información, verdadero corazón de la organización, había menguado hasta convertirse en gotas escasas y preciadas, aunque del todo insuficientes.

Un gemido de la inconsciente Isabel la devolvió a la realidad. No podía perder más tiempo.

El registro a fondo del dormitorio reveló, ocultas tras un mueble tocador, un par de bolsas de plástico transparente serigrafiadas con el anagrama de la Policía Nacional, que Julia reconoció de inmediato como recipientes para pruebas de un delito. Estaban vacías, pero en su interior se apreciaban todavía restos de agua que sin duda provenían del hielo que cubría el cadáver de Baxter.

Julia hizo una mueca de consternación.

Algo no encajaba. Cualquier acción ordenada por el parásito era ejecutada por su víctima sin titubeos ni escrúpulos, por terrible que fuera. Pero no había constancia de que las larvas tuvieran más que la inteligencia primaria necesaria para su inmediata reproducción. Batiste había robado algo que tenía una importancia indudable para el desarrollo de cualesquiera que fueran los planes previstos, algo que no había sido

consignado en la lista de efectos personales de Baxter, alguna evidencia que el forense había escamoteado del hospital y ocultado o, en el peor de los casos, destruido. Aquel comportamiento sólo podía significar dos cosas: o era uno de los infelices humanos que colaboraban con los adoradores de aquel Dios de pesadilla, o había algo más poderoso escondido bajo la inusual acción.

Además, la cremación del cadáver de Baxter era una manera brutal y despiadada de deshacerse de pruebas incriminatorias que podían revelar al mundo la existencia de los monstruos. Pero la acción requería una orden ejecutiva, una capacidad de la que carecía una larva de Shub Nil Al-raz. Alguien más había penetrado en los sueños de Batiste, alguien con poder suficiente para silenciar la voluntad del forense y obligarle a cometer aquella atrocidad.

Volvió a la planta baja y salió al exterior. El sol se había ocultado tras el horizonte y las sombras del crepúsculo habían invadido el gran jardín. Caminó despacio por entre las matas de rododendros y los árboles que susurraban mecidos por la brisa vespertina y completó una ronda alrededor de la casa, buscando más huellas o alguna pista que sugiriera el camino seguido por el forense tras la horrible transformación. No sería fácil encontrar algo con tan poca luz, pero no había tiempo que perder. La lluvia caída el día anterior había enfangado cualquier posibilidad de hallar pisadas, pero Julia siguió examinando con cuidado cada uno de los parterres con la esperanza de hallar algo que les proporcionara un punto de partida. Al cabo de un rato, se topó con un muro bajo y curvo. Unas manchas oscuras en la parte superior tensaron de nuevo sus nervios. Levantó la vista y esforzó los ojos tratando de perforar la creciente oscuridad. El muro era circular pero no pudo distinguir qué había en el centro. Una súbita corazonada la impulsó a coger un guijarro del suelo y lanzarlo hacia la sombra impenetrable rodeada. Los ecos que le devolvió confirmaron sus sospechas. Allí estaba lo que andaba buscando, pero el hallazgo no era una buena noticia.

Regresó a toda prisa a la casona, cogió su bolsa de viaje y sacó un pequeño transmisor. Tenía que ponerse en contacto con el padre Marini e informar de todo lo sucedido. El asunto se había convertido de nuevo en una carrera mortal contra reloj.

—*Auro, domine, otto, controllo* —repitió una y otra vez en el diminuto micrófono.

Capítulo VII

Cuando vio la inmensa bola de fuego avanzando hacia ella, rápida, voraz, consumiendo, reduciendo a cenizas cuanto encontraba en su camino, supo con toda certeza que había llegado la hora de morir.

Pero en lugar de ver desfilar toda su vida ante sus ojos, el tiempo se fue ralentizando hasta detenerse casi por completo. Las llamas se tornaron perezosas y todo a su alrededor pareció diluirse y convertirse en algo semisólido, casi orgánico, que oscilaba de manera sincopada y rítmica, como un pálpito.

Respirar se convirtió en un acto difícil de realizar. Tenía que esforzarse para obligar a que sus pulmones inspiraran una bocanada de aquel aire extraño y denso. Las formas fantásticas que iban creando las colosales llamaradas evocaron, una tras otra, las miles de caras que alguna vez había conocido, transformadas ahora en una metamorfosis asombrosa, horrible y dinámica de rostros deformados por el dolor de la agonía que aparentaban sufrir entre las llamas.

Vio también otros rostros en la muralla flamígera que proseguía su avance, lenta pero imparable. Caras demoníacas, deformaciones espantosas que sugerían algo totalmente inhumano, pero a la vez terriblemente familiar e insoportablemente íntimo. Presencias que habían estado ahí durante toda su vida, inmóviles, invisibles, esperando con paciencia de milenios el instante de triunfo supremo, el despertar de algo tan cruel como inesperado, la revelación final de un pasado enterrado en lo más recóndito de la mente.

De repente, sintió que el suelo candente dejaba de tener consistencia y se hundió en sus entrañas, gritando enloquecida, agitando los brazos inútilmente, incapaz de hallar algo sólido con que frenar el vertiginoso descenso hacia el averno.

Isabel despertó sobresaltada y con la sensación de haberse caído desde la última planta de un edificio. Se sentía cansada como jamás se había sentido. Su cuerpo parecía estar hecho de plomo y en su mente resonaban ecos extraños de tonalidad metálica e hiriente. Sin embargo, los monstruos del techo se habían calmado y todo tenía de nuevo un aspecto normal. Cuando consiguió incorporarse del sofá, apretando los dientes por el esfuerzo, vio que era de noche.

Volvió la vista hacia el dormitorio con aprensión, pero la puerta estaba cerrada. Desde la planta baja le llegó el ruido inconfundible del trajín de cacharros de cocina y el aroma a tomate frito la hizo salivar de forma inesperada. Bajó la escalera agarrada al pasamanos labrado y dirigió sus pasos hacia la cocina, donde halló a Julia ocupada

con cazuelas y sartenes.

—Eso huele muy bien —dijo apoyándose en el sobre de mármol blanco. Julia se giró hacia ella sosteniendo una sartén y sonrió con dulzura.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó solícita.

Isabel asintió y miró a su alrededor.

—¿Vamos a pasar aquí la noche? —inquirió intrigada—. ¿No es un poco arriesgado teniendo en cuenta lo de la cámara de vigilancia?

—Has visto mucho cine norteamericano —contestó Julia con una sonrisa socarrona—. La policía española no va a venir *esta misma noche* a buscar a Batiste. Procesarán las pruebas y tal vez mañana algún agente de la Brigada Especial se personará aquí para ver si el forense todavía está en la finca. De todas maneras, necesitamos más tiempo para acabar de registrarlo todo. Y dada la hora, he pensado que podríamos comer algo antes de empezar. Como siempre —siguió diciendo al tiempo que volcaba expertamente el contenido de la sartén en un plato—, los médicos son los mejor recompensados por las familias agradecidas. Tu amigo *era* un privilegiado, ¿sabes?

A Isabel no se le escapó la referencia en pasado de Joan y los ojos se le llenaron de lágrimas. No pudo reprimir un sollozo y se dejó caer en un taburete, tapándose el rostro con las manos.

Un instante después, notó cómo Julia la abrazaba con fuerza.

—Lo siento mucho —oyó que le decía con suavidad—. No me he dado cuenta.

—¿Crees que está muerto, no? —preguntó entre sollozos creyendo saber cuál sería la respuesta. Sin embargo, se sorprendió al oír la contestación de Julia.

—No creo que esté muerto, físicamente hablando, pero desgraciadamente no podemos hacer nada por él más que matarle en cuanto le encontremos —hizo una brevísima pausa y continuó—. Si le encontramos. Se ha convertido en algo extremadamente peligroso.

Isabel se la quedó mirando con incredulidad, ignorando las lágrimas incontenibles que le resbalaban por el rostro.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Joan puede haberse convertido en un pirómano demente, pero sigue siendo un ser humano!

—Batiste ya no es humano, Isabel —replicó Julia con voz carente de emoción, posando la sartén sobre la mesa con delicadeza—. Mira, te voy a contar algo que no quería que supieras tan pronto, pero es demasiado tarde para tu amigo y es mejor que lo sepas por si nos hemos de enfrentar a él.

Un rato más tarde, Isabel volvía a estar hecha un mar de lágrimas tras haber oído el sucinto pero aterrador relato de Julia. La comida ya no le apetecía lo más mínimo y sólo podía pensar en el desgraciado Joan y su horrible destino. Poco a poco, la tristeza se fue transformando en rabia intensa y se juró vengar a su amigo. Su mirada

se cruzó con la de Julia y un inexplicable sentimiento de unión con aquella luchadora desconocida surgió de lo más hondo de su ser. Sin pronunciar palabra, tendió la mano hacia la otra mujer y las dos se fundieron en un abrazo.

—Comamos algo y empecemos a buscar —se oyó decir con una energía que la sorprendió.

Acabaron el registro pasada la medianoche. Las dos cosas que habían encontrado habían dejado a Isabel un poco descolocada, aunque no parecían haber sorprendido a Julia lo más mínimo. En una enorme estantería que había en el salón, camuflado entre los innumerables libros embutidos de cualquier manera, habían encontrado un pequeño diario de tapas de piel escrito en caracteres cirílicos que Julia supuso serían de puño y letra de Baxter. La humedad y el hielo habían hecho estragos en las páginas borrosas, desgarradas y con proliferación de manchas oscuras, que por sí mismas constituían un escalofriante relato en primera persona, una tragedia de proporciones inimaginables y un enigma por descubrir que dejaba a la imaginación hechos todavía más horribles que los que sugerían las hojas cubiertas por una abigarrada caligrafía que denotaba prisa y un considerable esfuerzo.

El otro objeto que habían descubierto era una hoja de papel doblada en cuatro que ostentaba un membrete ilegible y el símbolo de una fuente. Tenía aspecto antiguo y a Isabel le recordó el papel de cortesía de la habitación de un hotel. En él había esbozado un mapa con diversas indicaciones que habían sido escritas por la misma mano que la del diario. De éstas destacaba una curiosa palabra subrayada: *Buxoro*.

—¿Qué crees que significa todo esto? —preguntó Isabel cuando se cansó de intentar descubrir algún significado en los garabatos.

—Sólo que Baxter nos ha dejado una localización para que la investiguemos —repuso Julia mientras se daba un suave masaje en las sienes.

—¿Crees que Joan habrá ido ahí, dondequiera que sea? —preguntó Isabel hojeando el maltrecho diario.

—Es improbable, pero no hay que descartar nada —contestó la otra poniéndose en pie—. De todas formas, aquí hemos terminado, así que nos vamos de viaje.

Isabel levantó la cabeza y se quedó mirando a Julia con asombro.

—¿De viaje? ¿Adónde vamos?

—Es un decir, Isabel —contestó la otra chascando la lengua—. Hemos de seguir la pista de Joan antes de que se enfríe. Tengo la corazonada de que se encuentra en algún lugar de la ciudad, oculto en el único sitio donde puede pasar desapercibido, dada su nueva condición: las alcantarillas.

—¿Las alcantarillas? —repitió Isabel como un eco—. ¿Cómo sabes que se ha metido ahí abajo?

—He encontrado un pozo en el jardín. No he podido seguir el rastro porque no se ve nada, pero estoy segura de que se ha ido por ahí.

Isabel se quedó mirando a Julia con expresión vacía. No sabía por qué, pero algo en su interior le decía que la pesadilla iba a tomar un cariz aún más oscuro cuando se adentrasen en el mundo subterráneo del alcantarillado de la ciudad condal.

Años atrás, el Ayuntamiento de Barcelona había enviado una invitación a la prensa para visitar la rehabilitación de una parte minúscula de la enorme red de alcantarillas de la ciudad. El diario había enviado a Isabel a cubrir el evento. La experiencia había sido bastante desagradable, no sólo por los olores que provenían de los oscuros corredores y los desagües, sino por la pobreza y la falta de ambición y calidad de un proyecto que había pretendido competir, sin conseguirlo, con las famosas homónimas de París.

La escasa asistencia de público había motivado que el asunto fuera muriendo lentamente de inanición y ahora, por supuesto, se había abandonado por completo. De hecho, el Ayuntamiento, como tal, había dejado de existir. Sólo la iniciativa de los escasos ciudadanos que todavía se aferraban a la idea de la reconstrucción hacía que la gran urbe tuviera un hálito de vida.

—¿Isabel?

La aludida sacudió la cabeza y esbozó una tímida sonrisa.

—Lo siento, me había perdido en el pasado —respondió encogiéndose de hombros—. La verdad es que tengo la mente hecha un lío.

Julia asintió sin decir nada, pero en sus ojos se podía ver un destello de comprensión.

—Bueno —dijo Isabel, soltando un suspiro—. ¿Qué nos hará falta para ir ahí abajo?

—Me he puesto en contacto con el padre Marini y el suministro está a punto de llegar. Sólo necesitaremos algo de ropa impermeable, linternas y equipo de orientación.

Isabel volvió a sorprenderse. La noticia de que les iban a traer el equipo solicitado implicaba además que los recursos del Vaticano estaban repartidos de manera estratégica en los lugares donde a priori se esperaba hubiera algún conflicto. Era como si todo estuviera planeado con mucha anterioridad. Miró a Julia, absorta en el manejo del ordenador portátil que había instalado en la mesita del salón y se preguntó cuánto más habría detrás de aquella historia. ¿Qué era lo que *no* le había contado? ¿Qué terrores sin nombre habría visto y qué les esperaba en el subsuelo barcelonés?

Un par de bocinazos lejanos la sobresaltaron. Julia se levantó de la silla y se dirigió a la entrada.

—Quédate aquí, Isabel —le dijo mientras se apresuraba hacia la escalera—. Vuelvo en un par de minutos.

Isabel miró por la ventana del salón y la vio encaminarse, iluminada por los pequeños focos enterrados en el jardín, hacia el gran portalón de madera. Julia lo

abrió de par en par para dejar entrar a un Range Rover negro del que se apeó un hombre joven con el que dialogó unos minutos. Después sacaron varias bolsas y maletines que transportaron hasta la casa. El hombre se marchó de inmediato. Julia volvió a cerrar y asegurar el portalón y subió de nuevo al salón, acarreando un par de bolsas. Isabel se levantó de un salto y la ayudó a subir el resto.

Las bolsas contenían varias prendas impermeables: pantalón, botas, guantes y un anorak, todo ello de exquisita factura. Isabel comprobó, una vez más, la impresionante y un tanto inquietante previsión del grupo vaticano, ya que toda la ropa que la otra le entregó era, curiosamente, de su talla. Una risita ahogada de Julia mientras miraba con incredulidad la etiqueta de las diferentes prendas la hizo desistir de preguntar.

El contenido de los maletines le enfrió los ánimos de manera considerable, ya que no sólo contenían equipo de orientación y potentes linternas, sino que había asimismo dos armas de fuego cortas y dos rifles, así como abundante munición dispuesta en cargadores de extraño aspecto.

—¿Sabes manejar un arma? —le preguntó Julia, indicando con un gesto el pequeño arsenal que había desplegado encima de la mesa.

Isabel soltó una risa nerviosa.

—Pues no —respondió con voz hueca—. Pero supongo que no voy a tener más remedio que aprender a usar una, ¿verdad?

—Sí, si quieres sobrevivir —fue la seca respuesta de Julia, que procedió sin más a enseñarle el manejo básico de las dos armas. Disparar era fácil, le dijo, lo difícil era hacer fuego sobre un blanco vivo, y en este caso, sobre una persona que había sido tu amigo.

Isabel palideció al oír aquellas palabras. Un nudo le atenazó el estómago y una fina capa de sudor frío le perló la frente. No era capaz de imaginarse disparando a Joan. De hecho, no se veía con el aplomo suficiente para disparar a nada ni a nadie. En su fuero interno, confiaba en que hallarían al forense y serían capaces de *curarle* de aquel terrible mal, de extirpar o exorcizar el maldito parásito que había invadido su cuerpo y su mente. Tenía que haber alguna manera de salvar al ser humano, aunque ella parecía ser la única que alimentaba la débil esperanza.

Tras otra frugal cena con lo que quedaba en los armarios de la cocina, ambas mujeres se vistieron y fueron colocando los dispositivos y las armas en los arneses y en la mochila que formaba parte del equipo. Al contemplar a Julia y verse a sí misma en el reflejo de una ventana, vivas imágenes de personajes que hasta la fecha sólo había visto en el cine de aventuras, Isabel comprendió finalmente que se estaba jugando su propia vida y la de otros muchos, y posiblemente poniendo en juego el destino de toda la humanidad.

De pronto, la tremenda responsabilidad la golpeó con la fuerza de un tren de

mercancías y le flaquearon las piernas. Presa de un súbito vértigo, se tambaleó, pero notó que unos brazos fuertes la sujetaban por la cintura mientras que junto a su oído sonaba la voz de Julia, lejana y tenue.

—No te preocupes, lo vas a hacer muy bien.

Salieron al jardín escasamente iluminado por los pequeños focos e Isabel siguió los pasos decididos de Julia, que se internó entre los arbustos sin vacilar. La oscuridad se la tragó en un segundo y de pronto, Isabel sintió miedo y forcejeó con la linterna hasta conseguir rasgar la cortina de negrura con el potente haz.

—Estoy aquí, Isabel —oyó que le decía la voz de Julia unos pasos más adelante.

Isabel se aproximó y vio que se hallaba asomada al borde de un pequeño pozo que había en un extremo del jardín. La luz brillante de las linternas alumbró lo que parecía ser una claraboya redonda en la pared interior, a unos cuatro o cinco metros del brocal. Estaba abierta, y se podían apreciar unas marcas oscuras en la pared.

—¿Crees que se ha metido por ahí?

—No lo sé, pero parece ser la única entrada que hay por aquí —replicó Julia, barriando el resto del jardín con el potente foco.

Isabel alumbró el interior. Las paredes, húmedas, tachonadas aquí y allí con líquenes y moho que había ido invadiendo el descuidado pozo, presentaban un aspecto malsano que se unía al fuerte olor a putrefacción que emanaba del fondo, cubierto de agua cenagosa. Isabel arrugó la nariz ante la pestilencia, y se estremeció al pensar que todavía estaban al aire libre. No quería imaginar lo que iban a encontrar una vez que se adentraran en los viejos túneles.

El haz de luz reveló también la presencia de unos peldaños de hierro incrustados en la pared. Julia se colocó una cuerda de seguridad alrededor de la cintura, la ató a un árbol cercano y sin mediar palabra, empezó a descender con la agilidad y pericia de una escaladora. Al llegar a la altura de la claraboya, metió la linterna por la abertura y la dejó caer dentro. Después, se aupó con ambas manos y se deslizó hasta el interior con los pies por delante. Isabel contuvo la respiración, transida de nuevo por el repentino miedo a ser abandonada en el ominoso jardín. Los terrores infantiles de las tinieblas infestadas de monstruos la hicieron asir la linterna con más fuerza. Pero unos interminables momentos más tarde, la cabeza de Julia asomó por la claraboya.

—Vamos, Isabel —oyó que le decían los ecos que reverberaban en las paredes del pozo—. Átate la cuerda a la cintura y empieza a bajar. No tengas miedo, a pesar de lo que parece es bastante seguro.

Isabel no era de la misma opinión, pero obedeció sin chistar y se ató la cuerda tal y como había hecho la otra. Al sentarse a horcajadas en el borde del pozo, elevó la mirada al cielo. Una gruesa capa de nubes gris rojizo había cubierto la ciudad. El poco ánimo que le restaba se desvaneció. Tal vez fuera la última vez que viera aquel

cielo y hubiera preferido llevarse consigo algo que le recordara belleza y sosiego. Suprimió un inesperado e inoportuno nudo en la garganta, inspiró con fuerza y empezó a bajar.

Los guantes la ayudaron a sujetarse a los oxidados peldaños con firmeza y el descenso hasta la claraboya fue rápido y sin contratiempos. Imitando con torpeza los movimientos de Julia, metió los pies por la abertura y notó cómo los brazos de la otra la agarraban hasta introducirla en el angosto túnel. De inmediato, la asaltó un hedor mucho más fuerte que el que recordaba de su pasada excursión turística. «Dios mío, voy a desmayarme en cualquier momento», fue lo único que pudo pensar, tapándose la boca y la nariz con fuerza. Aquello fue casi peor, puesto que se le juntaron los hedores de la alcantarilla con los de los líquenes y el óxido de los peldaños que había quedado en los guantes, formando un combinado casi imposible de soportar. Sintió que le sobrevení­a una arcada irreprimible y sacó la cabeza de nuevo por la claraboya.

Y entonces lo vio.

Reflejado en el agua sucia del fondo del pozo, algo más oscuro que las nubes sobrevolaba el cielo. Sólo alcanzó a ver una forma deshilachada que daba vueltas sobre la finca, como buscando algo, una sombra a la que la luz de las farolas de las calles tiñó de ocre, mostrando por un instante el perfil de unas alas parecidas a membranas.

La arcada desapareció como por ensalmo, e Isabel se metió en el túnel de golpe, apoyando la espalda contra la pared y respirando de manera entrecortada.

—¿Te encuentras mejor? —inquirió Julia, ajena todavía a lo que había visto la otra.

—Hay *algo* ahí fuera —contestó con un hilo de voz—. Algo grande y con alas está sobrevolando la casa.

Julia apagó las linternas a toda prisa. Después, desenfundó la pistola y sacó la cabeza por la claraboya con mucha lentitud, mirando hacia arriba.

En ese momento, se oyó el ruido de algo pesado cayendo en las cercanías del pozo. Isabel imaginó aquel ser de pesadilla posándose en el jardín de la finca y el miedo la atrapó con sus gélidos dedos. Rebulló apartándose de la boca de la claraboya, aterrada, y el mosquetón de la cuerda golpeó ruidosamente contra el metal. De inmediato, algo parecido a un aleteo húmedo sonó en el exterior. Julia, rápida como el rayo, introdujo la cabeza de nuevo y cerró con fuerza la claraboya. Casi en el mismo instante, se oyó un impacto que retumbó en el túnel con estrépito metálico: *¡aquel horror estaba golpeando la claraboya, intentando entrar!* Julia estaba luchando con el cierre y casi lo suelta al recibir dos nuevos impactos que combaron la plancha de hierro hacia adentro, revelando unos perfiles que recordaron una vez más a Isabel la inquietante frase del forense: «Garras, garras de algo abominable que no debería existir».

—¡Vamos! —gritó Julia—. Hemos de salir de aquí cuanto antes. El cierre no resistirá mucho, pero no creo que pueda entrar por la claraboya.

Isabel se incorporó con esfuerzo y miró hacia el oscuro corredor. Sentía el latido desbocado de su corazón golpeándole el pecho casi con la misma fuerza del monstruo. Por un fugaz instante lo vio, pulsando enloquecido, partiéndole las costillas y emergiendo de su cuerpo con un surtidor de sangre. Un nuevo golpe en la claraboya le arrancó un grito de horror y la sacó del trance. Julia la estaba empujando con firmeza hacia el interior. Trató de fijar la vista en la luz que la precedía. El foco de la linterna iluminó un túnel semicircular, de techo bajo y abovedado, con el suelo hendido por un canal estrecho por el que discurría un hilillo de agua. A intervalos regulares, unidos por un cable, había portalámparas prendidos de una de las paredes del túnel, igual que si fueran los adornos olvidados de un lúgubre árbol navideño. Los descarnados muros, carcomidos por la humedad y el salitre, dejaban al descubierto las entrañas de ladrillo. Insectos de todos los tamaños corrían a guarecerse de la luz de la linterna. No parecía el lugar más idóneo para caminar, pero el súbito estruendo de los renovados ataques a la claraboya de acceso disiparon de golpe las dudas que surgían de la parte del cerebro de Isabel que aún no comprendía la urgencia del momento.

Sujetándose a la pared con ambas manos, la joven periodista inició la andadura por el aparentemente interminable túnel, con Julia pisándole literalmente los talones. Cuando llevaban recorridos unos quince pasos, se oyó un prolongado chirrido metálico a sus espaldas: la claraboya había cedido.

—¡No te detengas! —exclamó Julia empujándola de nuevo hacia adelante—. Sigue hasta que encuentres la próxima encrucijada y espérame allí.

A Isabel le dio un vuelco el corazón. La idea de quedarse sola en el túnel, aunque fuera sólo unos minutos, la llenaba de horror. Pero volver sobre sus pasos para enfrentarse a un ser que era capaz de destrozar a golpes una claraboya de hierro tampoco le parecía una opción razonable.

—¿Vas a volver atrás? —exclamó incrédula—. ¿Estás loca? ¡Ese monstruo te hará pedazos!

—Isabel —oyó que le decía la voz de la otra, ahora desprovista de cualquier emoción—. *Sigue adelante sin detenerte hasta que llegues a la próxima encrucijada.* Estaré contigo en unos minutos —notó que una mano se posaba en su hombro y le daba un apretón tranquilizador. Súbitamente la mano la obligó a darse la vuelta y se encontró con la mirada de Julia. La luz indirecta de las linternas daba a su rostro una expresión pétrea—. Te lo prometo.

Isabel se dio la vuelta y se adentró en el angosto pasadizo sin decir palabra. Involuntariamente, los ojos se le anegaron. Asustada, sola e incapaz de superar el terror que se había apoderado de ella, avanzó dando tumbos, esquivando apenas los

charcos y los bajantes que, a intervalos irregulares, aportaban más agua al canal central. Los constantes crujidos de los insectos que aplastaba bajo las botas le revolvían el estómago. En ocasiones pisaba algo blando que no se atrevía a enfocar con la luz, ni tan siquiera a imaginar. Sin embargo, ya no notaba el olor nauseabundo que flotaba en los lóbregos túneles, tan sólo el pánico que le atenazaba las entrañas con su poderosa garra.

A su espalda se oyeron de improviso tres estampidos y un sonido que jamás habría creído posible. Una mezcla de alarido, rugido y otras muchas cosas que su mente no quiso identificar resonó en el estrecho espacio por el que andaba con fuerza aterradora. Sin poder evitarlo, Isabel lanzó un grito y echó a correr, desbordada finalmente por el espanto, con la luz de la linterna danzando locamente sobre las paredes. Estuvo a punto de caer al suelo un par de veces, pero de alguna manera, resbalando y dando traspiés, consiguió seguir adelante, sin mirar atrás, oyendo tan sólo el eco de sus propias pisadas y el susurro del agua que se deslizaba por el canal. Corría de manera automática, sin ver realmente por dónde iba, únicamente huyendo, alejándose del horror inimaginable que había hecho pedazos la poca esperanza que le quedaba de despertar de la pesadilla en que se había convertido su vida. Sólo paró cuando se dio de bruces con una inesperada pared. El golpe la hizo caer hacia atrás y se quedó sentada en mitad de lo que parecía ser una encrucijada. La linterna saltó de su mano, rodó por el suelo y cayó al canal, sumiéndolo todo en tinieblas.

Allí se quedó, incapaz de alzarse del suelo, oyendo los ecos de su respiración entrecortada y los ocasionales respingos que el terror y el llanto le obligaban a dar. No se atrevía a mirar hacia atrás por miedo a no ver nada, a no vislumbrar el punto de luz que supondría la supervivencia y la anhelada vuelta de Julia del combate con la abominación que apenas había entrevisto.

Al cabo de lo que le pareció una eternidad, oyó unos pasos y un haz de luz la bañó. Sin poderse contener, se alzó del suelo como un resorte y se abalanzó sobre la recién llegada, abrazándola con toda la fuerza que pudo juntar.

—Tranquila, Isabel —oyó que le decía Julia junto a su oído, otra vez amable y cálida—. Todo ha salido bien. Ya no nos seguirá más. Está muerto.

De improviso, la voz se alejó con un extraño silbido, se convirtió en un rumor amortiguado, y todo se volvió negro.

Una serie de pitidos cortos la sacaron de la inconsciencia. Se halló recostada contra la pared del túnel, que se extendía en tres direcciones, tres inacabables tentáculos que se diluían en la oscuridad. Le dolía el costado y notaba una sensación ardiente en el muslo de la pierna izquierda. Un poco más allá, Julia estaba inclinada sobre algo que seguía emitiendo sonidos. Con un gemido, Isabel se incorporó y se acercó a la otra mujer. Sin dejar de teclear en lo que parecía ser un diminuto ordenador, Julia ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa.

Isabel se quedó contemplando la pequeña pantalla, donde se veían una serie de líneas de colores formando figuras geométricas circundadas por letras y números. Al cabo de un momento de desconcierto, la joven periodista se dio cuenta de que estaba mirando un mapa digital de las alcantarillas de la ciudad, y que las cifras y las palabras correspondían a las calles y los códigos de identificación de los accesos que había en la superficie.

—¿Cómo tienes acceso a esto desde aquí? Desde el desastre, no hemos podido reconstruir la red de GPS. La mayoría de los satélites estaban controlados por los norteamericanos, y todo eso se ha perdido.

La extraña expresión de Julia y el período de silencio que precedió a la respuesta propinaron una nueva patada al estómago de Isabel. Por un momento le pareció que Julia le quería contar algo y de nuevo se preguntó qué más había tras el oscuro telón.

—Los satélites no se han visto afectados y siguen transmitiendo sus datos —replicó finalmente Julia, bajando la mirada y haciendo danzar el mapa multicolor mediante una diminuta bola que había en el centro del teclado—. Sólo hay que tener el equipo adecuado para escucharlos. Ajá, aquí está.

Isabel vio que el mapa mostraba los nombres de Venecia, Campoamor, Palafox y Santo Tomás. Las calles estaban surcadas por líneas verdes moteadas con puntitos rojos, amarillos y verdes, cada uno con su código indicado por finas letras blancas. Un punto azul que parpadeaba en una de las intersecciones parecía indicar su posición actual.

—¿Y ahora qué? —inquirió observando los tres brazos del túnel—. ¿Cómo sabremos hacia dónde ha ido?

Julia cogió su linterna y enfocó hacia una de las bifurcaciones. La marca sanguinolenta de unos dedos destacaba en la pared desconchada.

—Hemos de seguir el rastro —dijo mirando de nuevo a Isabel, que había palidecido al ver el horrible *graffiti*—. Lo siento, Isabel, pero ya no podemos hacer nada por él.

Julia tecleó un momento más, cerró el portátil y lo metió en la mochila.

—Vamos —dijo simplemente, echando a andar.

Como si fuera un animal al que cazar, las dos mujeres empezaron a seguir los rastros que iban encontrando en los túneles. Julia iba delante, buscando con la linterna cualquier indicio que les confirmara su actual rumbo. Isabel iba lanzando ocasionales y furtivas miradas a su espalda, con el temor de que alguien las estuviera siguiendo. Fueron cruzando colectores, rápidos y saltos, y sólo tuvieron que retroceder en un par de ocasiones al haberse equivocado y tomar una bifurcación sin marcas. De vez en cuando, Julia se detenía y consultaba el mapa digital para confirmar su posición. Ambas mujeres conocían muy bien las calles de la ciudad condal, así que no tuvieron ninguna dificultad para adivinar que el forense se había

ido desplazando casi en línea recta en dirección al mar.

El aspecto de los túneles y las galerías que recorrían fue cambiando a medida que se acercaban a las partes más nuevas de la ciudad. Los pasadizos se hicieron más anchos, y algunos estaban iluminados. En un depósito pluvial a medio construir, tan sólo un esqueleto de columnas de hormigón sin revestir y docenas de hierros diseminados por doquier, vieron con asombro la luz del día entrando por un gran hueco del techo, y sólo entonces se dieron cuenta de que habían estado caminando durante toda la noche. De pronto, se sintieron agotadas y se sentaron a los pies de una excavadora abandonada.

La descarnada arquitectura de la gran sala de paredes rocosas y la luz del sol que incidía como un poderoso foco de teatro sobre el metal de la silenciosa máquina, otorgaban a la escena una curiosa calidad religiosa, como si en lugar de un frío depósito de agua, aquel recinto fuera en realidad un antiguo templo, con la máquina excavadora convertida en bruñido dios metálico y dos de sus sacerdotisas postradas a los pies.

Al cabo de un rato, cuando Isabel ya empezaba a cabecear, vencida por el cansancio, notó que la zarandeaban con suavidad.

—Vamos, Isabel. Hay que seguir adelante.

Esta vez le costó mucho más alzarse del polvoriento suelo. La mochila había aumentado extraordinariamente de peso y las botas parecían estar rellenas de plomo. Pero se puso en pie y se dispuso a reanudar la persecución, sabiendo que era la única alternativa posible. Ahora no podía abandonar. Flaquear supondría no sólo dejar a Julia sola, sino también tener que afrontar por sí misma una realidad de la que ya no podía escapar. ¿Qué iba a hacer? ¿Huir de la ciudad? ¿Escondarse en algún agujero del campo y esperar allí la muerte? ¿Vivir el resto de sus días con el miedo a ser descubierta? No había más que una opción posible y era combatir, seguir adelante y conseguir sobrevivir para contarlo.

Paso a paso, se arrastró detrás de Julia, avanzando penosamente por los incontables colectores, siguiendo siempre alguna señal que la otra detectaba con una facilidad que en ocasiones le parecía increíble. Observó que cuando se detenían para descansar y creía que Isabel no estaba mirando, Julia se abría el anorak y agarraba el medallón grabado con la estrella. Entonces cerraba los ojos y en su cara aparecía una expresión de bienestar, como si el contacto con la extraña piedra verde la calmara. Isabel tenía la mente bullendo con interrogantes, pero no se atrevió a preguntar. No era el momento más adecuado para abrir otra puerta más al horror que supondría la respuesta.

Distraída por el cansancio y la vorágine de pensamientos que aleteaban con furia en su mente, casi choca con ella al doblar el recodo de un estrecho colector que parecía desembocar en otro mucho más ancho. El miedo la paralizó cuando vio que

Julia había desenfundado el arma y estaba apuntando a algo que le quedaba fuera del campo de visión. Julia alzó un dedo sin mirarla y sin dejar de apuntar. A continuación giró la cabeza y sus labios formaron las palabras «quédate ahí», indicando con la otra mano una oquedad que se abría a su izquierda.

Isabel obedeció al instante, y desde las sombras de su cobijo vio con nerviosismo creciente cómo Julia se acercaba a lo que parecía ser un montón de fango que había en el centro de la alcantarilla. Sujetando el arma con ambas manos, le dio un ligero empujón con la punta de la bota y se replegó hacia atrás con la rapidez de una cobra. El montón no se movió en absoluto. Julia repitió la maniobra, esta vez con más fuerza. Esperó unos instantes y al ver que no había respuesta, enfundó el arma y se arrodilló al lado.

Isabel salió de su escondite y se aproximó. El montón de fango resultó ser el cuerpo desnudo de un hombre, cubierto de suciedad, barro y sangre. Los infatigables insectos y las ávidas ratas ya habían empezado a dar cuenta del festín. Cuando Julia le dio la vuelta, Isabel se encontró con horror indecible con la mirada muerta de un Joan casi irreconocible, cuyos ojos, muy abiertos, tenían una expresión de pánico *demasiado* parecida a la del cadáver de Baxter.

Isabel se echó hacia atrás, dándose la vuelta y apoyándose en la pared del colector. El agotamiento la venció y las arcadas que venía reprimiendo desde su entrada en el hediondo laberinto subterráneo cobraron fuerza. Sin poderlo evitar, vomitó sobre la pared, sacudida por unos espasmos incontrolables. La acometió una ola de desesperación al ver por fin el trágico y terrible desenlace del misterio de la desaparición del forense.

El enemigo mortal de la humanidad se había cobrado una nueva víctima. Joan Batiste había servido de carnaza para un escalofriante episodio más en la guerra eterna entre el Bien y el Mal. Y ella —le susurró la malhadada voz de su terror— podría ser la próxima.

—Dios mío —oyó exclamar a Julia. Enjuagándose la boca con el dorso de la mano enguantada y tragando saliva con dificultad y asco, se dio la vuelta y vio cómo había abierto el ordenador y estaba mirando la pantalla con expresión desolada. El mapa digital indicaba que estaban bajo el complejo de edificios del Fórum, justo al lado del mar. Julia desvió la vista de la pantalla y miró a Isabel con los ojos anegados en lágrimas.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo con voz entrecortada.

Unas horas antes

Si Joan Batiste hubiera podido comprender alguna de las acciones que había

realizado en las últimas horas, se hubiera horrorizado. Pero desde que inhaló inadvertidamente el parásito al practicar la autopsia al cadáver de Roderick Baxter, el forense había sufrido una serie de lapsos mentales de los que no había recordado absolutamente nada. Tan sólo era consciente de que los sueños de las tres noches anteriores habían estado plagados de extrañas pesadillas que le habían hecho despertar exhausto y sudoroso.

No se había dado cuenta de su protagonismo en el robo de ciertas pertenencias de la víctima, que ya había etiquetado como evidencias para la investigación de la Policía en uno de los momentos de lucidez inducida previos a la metástasis de la larva. Tampoco recordaba haber prendido fuego al depósito de cadáveres del Hospital del Mar con un bidón de gasolina que había acarreado desde el garaje de su casa como un sonámbulo. Lo único que había podido retener en su memoria era algún brumoso detalle de las espantosas imágenes oníricas que había visto durante el período de incubación del parásito. Unos sueños que le habían hecho perder la cordura en cuestión de horas, pues la comunión con el parásito desvelaba en todo su malsano esplendor la naturaleza de las abominaciones que, ocultas entre las estrellas, aguardaban expectantes el regreso del Dios Dormido.

Afortunadamente, tampoco había sido consciente de la espantosa catarsis que había padecido su cuerpo, y a partir de ahí, ya no había sido capaz de sentir nada. Lo que una vez había sido un ser humano era ahora un mero vehículo, un medio de transporte desprovisto de voluntad e impotente, un despojo ambulante de carne amoratada y purulenta, bajo cuya piel grotescamente hinchada se agitaban las larvas en pleno proceso de incubación, absorbiendo frenéticamente los últimos restos de sangre de su insólita madre.

El periplo por las alcantarillas había sido largo y tedioso, y su cuerpo magullado y sucio daba fe de los múltiples encontronazos y traspies que había dado, ya que el parásito no había sido capaz de controlar por completo la frágil cáscara de carne y hueso, demasiado compleja en su debilidad para un ente que no tenía absolutamente nada de humano. Pese a todo, había conseguido manejar los hilos de la marioneta en la que se alojaba para llegar hasta aquel punto de la ciudad. Una vez allí, tenía que cumplir la segunda parte de su misión.

Si el forense se hubiera podido ver a sí mismo, de pie, inmóvil bajo la luz vacilante de los ojos de buey que jalonaban el túnel de servicio subterráneo, habría visto con horror cómo su cuerpo desnudo se erguía de repente, con los brazos en cruz. Cada músculo y cada nervio se había tensado hasta rozar la rotura, y entonces, el terror habría sobrepasado los límites de lo posible al notar cómo se le abría la piel y de cada poro surgía un diminuto ser, un espantoso híbrido entre insecto y algo definitivamente no terrenal, y hubiera contemplado sin comprender cómo la hormigueante masa negra levantaba el vuelo con un peculiar zumbido y se adentraba

en uno de los canales de aireación, transformada en un aterrador enjambre que fue avanzando, seguro y sin vacilar, hasta salir por una serie de rejillas al nivel del suelo y diseminarse en la atmósfera de la enorme sala de conferencias atestada de gente.

Lentamente, los engendros alados se fueron esparciendo entre los allí congregados, en su mayoría periodistas de los países supervivientes que habían conseguido llegar hasta la ciudad de Barcelona para cubrir la cumbre mundial y que esperaban impacientes el inicio de la rueda de prensa que iba a dar respuestas al truncado viaje del *Sea Rhapsody* y al trágico fracaso de las conversaciones internacionales.

Pero los ojos vacíos y sangrantes de Joan Batiste no vieron nada, y el cuerpo, libre por fin de la presencia de Shub Nil Al-raz, al que algunos textos aludían vagamente como la Cabra de las Mil Crías, se desplomó como un fardo sobre la húmeda piedra de la galería subterránea desde la que se podía oír el lejano murmullo del mar.

Capítulo VIII

Observatorio astronómico del Roque de los Muchachos, esa misma noche

El relativo silencio que reinaba en la habitualmente ruidosa sala de control del observatorio se debía no tan sólo a una cuestión económica sino también de salud mental. Pablo había decidido desconectar todos los sistemas auxiliares para ahorrar energía y mantener la conexión con el satélite el máximo tiempo posible. Cada quince minutos, iba recibiendo una nueva imagen y un flujo de datos actualizados.

La quietud le era absolutamente necesaria para tratar de sobreponerse a la magnitud de la catástrofe cósmica que había detectado e intentar conservar la cabeza fría para seguir analizando los devastadores resultados que escupían los despiadados ordenadores.

Ya no le cabía la menor duda: lo que mostraban ahora los grandes monitores que había apilado en una de las mesas se correspondía con la denominada anomalía de Feigelson, algo que sólo estaba en los libros de texto universitarios y en artículos técnicos casi desconocidos para la opinión pública.

A veces denominado dramáticamente vampirismo estelar, lo que estaba ocurriendo era un evento cósmico que nadie hubiera querido ver con sus propios ojos, ya fuera técnico, científico o simple habitante del planeta, puesto que su aparición significaba la muerte anunciada del Sol y por extensión, la fecha temida y apocalíptica del fin de los días de la humanidad.

En esencia, la teoría postulaba que algunas estrellas jóvenes crecían y se nutrían de otras estrellas arrancando de su superficie las materias que precisaban para su supervivencia. Hasta entonces, sólo se habían recogido los indicadores de galaxias muy lejanas.

Pablo miró su reloj y lo comparó con el de la sala de control. El siguiente grupo de datos no tardaría en llegar. Volvió a examinar las columnas de guarismos que desfilaban por las pantallas con la disciplina de un batallón de soldados en una parada militar. Tenía la esperanza de que con el nuevo datagrama llegaría la respuesta a la incógnita de dónde estaba la estrella vampiro que estaba alimentándose del sol.

Sin embargo, los datos que llegaron desde el espacio con puntualidad le sumieron en la confusión. Mientras se iba formando la imagen tomada por el satélite, Pablo cotejó la información recibida una y otra vez. Toda la teoría de Feigelson se tambaleó y se desmoronó como un castillo de naipes.

El científico se cogió la cabeza con ambas manos. Los datos *tenían* que ser erróneos. No sólo no había ningún vampiro estelar, sino que las lecturas de los sensores del satélite indicaban que había sucedido algo que nunca antes había sido

considerado. Había aparecido un punto negro en la superficie del astro solar.

El sol se estaba apagando. La imagen se acabó de formar en las pantallas con toda la nitidez que permitía la infografía del sistema informático. La esfera ígnea presentaba un diminuta zona de oscuridad en la parte central. Pablo le dio un par de golpes al monitor y se dio cuenta, en el acto, de la estupidez que acababa de hacer. Había sido un acto reflejo, la esperanza infantil de que todo fuera un simple defecto en la superficie de la pantalla, que el destino del mundo se arreglaría con un par de trompazos bien colocados.

Tecléo una serie de órdenes en uno de los terminales y el crecimiento de la zona oscura previsto por los impertérritos microprocesadores se plasmó como una gota de tinta esparciéndose por la corteza solar, un veloz cáncer que aumentaba de tamaño cada día, que no reflejaba luz y para el que el solitario científico no tenía, de momento, ninguna explicación más satisfactoria.

La red mundial de observatorios estaba destruida, así que Pablo no tenía medio alguno de poder confirmar el extraordinario fenómeno. Con prisa febril, se puso a trajinar en una consola, tratando de restablecer las pobres conexiones que unían el observatorio insular con el gran telescopio espacial Hubble. Tenía que examinar con más precisión el increíble evento que ponía en jaque la vida sobre la Tierra.

Lo que no había intuido aún es que Feigelson era, en parte, la solución al enigma y que la llamada del vampiro estaba originada en la propia Tierra, que la supuesta mancha solar era en realidad un fragmento desgajado que se iba aproximando a la Tierra, y que el tiempo de reacción se estaba agotando, pues el hijo arrancado del vientre del Sol, colocado en la trayectoria perfecta, impulsado por una poderosa magia más antigua que el hombre, iba reduciendo cada día la distancia a su desprevenido objetivo.

La hormigueante masa negra ya estaba muy próxima y podía notar el calor que desprendía en el rostro. Ya no veía nada más que aquel pozo de negrura en continua expansión, y ni una sola de las extrañas estrellas de la bóveda celeste escapaba a la oscuridad que seguía creciendo y engulléndolas con su avance imparable.

Con un gesto instintivo e inútil, se protegió los ojos del inminente impacto. Allí, anonadada, acurrucada en el suelo cubierto con una gruesa capa de polvo gris, esperó la muerte que sobrevendría al colosal choque, pero lo único que llegó hasta ella fueron las rachas del viento más gélido que había notado en toda su vida, unas ráfagas de aire helado que parecía provenir de las entrañas de la propia Muerte, unos zarpazos invisibles que levantaron lánguidos remolinos de polvo a su alrededor.

El heraldo del Apocalipsis pasó raudo a su lado y se abatió sobre el planeta azul, transformándose en su caída en una bola de fuego de enormes

proporciones que oscureció la superficie. Lo que el vidente medieval Michel de Nostradamus había llamado el Gran Rey de Espanto y lo que otros habían profetizado durante centurias, el gran fragmento arrancado del Sol, el fruto de una venganza proferida mucho antes de la era de los Hombres, cayó por fin al océano Atlántico con la fuerza de un millón de bombas y desgajó de sus soportes milenarios los barrotes que retenían al Dios Dormido.

Una colosal cortina de tierra candente y detritos se alzó hacia el espacio como una brillante corona mortuoria mientras que la imparable ola de fuego y tierra avanzaba en todas direcciones, destruyendo con precisión salvaje cuanto se interponía en su paso. Las montañas se desgajaron, los valles se hundieron y una mortaja de nubes de polvo y ceniza fue cubriendo todo el planeta.

El grito de muerte de millones de almas llegó hasta la mente de Isabel, que lo contemplaba todo inmóvil, incapaz de reaccionar ante la magnitud de aquella ejecución implacable.

A través de la espesa capa de nubes oscuras que se arremolinaban con furia caótica sobre el mundo que agonizaba, algo se movió, e Isabel tuvo la visión piadosamente fugaz de un ser que trasgredía todas las leyes de la física, la materia y el concepto de la vida misma. Un ojo indescriptible la miró directamente y en su cabeza retumbó una única palabra:

—¡Despierta!

Florenxia, Italia, al día siguiente

Abrió los ojos de golpe y la luz del sol hirió sus pupilas como puñales invisibles. Jadeó intentando soltarse del asiento, atrapada todavía en las postrimerías del brutal viaje onírico. Poco a poco, las terribles imágenes fueron difuminándose y desaparecieron como una fantasmagórica neblina matinal. El escenario familiar y tranquilizador de la cabina del avión que la transportaba hacia Florenxia calmó un poco la carrera desenfadada que había emprendido su corazón.

Inspiró con fuerza y miró por la ventanilla. Una franja montañosa cubierta de vegetación se deslizaba perezosamente. Miró su reloj y supuso que serían las últimas estribaciones de los Alpes Dolomitas. Debían estar ya relativamente cercanos a su destino final. Los pilotos del Shorts 360 se habían visto obligados a dar un rodeo debido a una tormenta imprevista y el viaje había durado casi toda la noche.

Isabel se recostó en el asiento, cerrando los ojos y recreándose en los recuerdos que la asaltaron de imprevisto, encaramándose en su mente con el frenesí de las palomas hambrientas de la plaza de Cataluña. Florenxia. Había estado allí un par de

veces, años atrás, una durante una convención para estudiantes de periodismo y otra con un antiguo amorío de fin de semana, con el que había conseguido pelearse sin salir siquiera del aeropuerto al que estaban descendiendo.

Suspiró, apartando de su mente los agrios recuerdos y miró de nuevo por la ventanilla. El avión estaba sobrevolando la ciudad, preparándose para la aproximación final a la pista de aterrizaje.

A Isabel le daba cierto reparo admitirlo, pero desde la altura, el abigarrado conjunto de tejados bajos le sugirió la imagen pérfida de una gigantesca costra, acuchillada en su centro por la negra herida del río Arno. La ostentosa cúpula de la catedral de Santa Maria dei Fiore, que todo el mundo conocía como el Duomo, sobresalía como un faro purulento. No sabía el porqué, pero ahora las cosas más cotidianas tenían visos mucho más bizarros e inquietantes, significados ocultos que su cerebro trataba de captar fijándose en los detalles más nimios que antes habría ignorado. Hacía dos días que sufría un dolor de cabeza leve pero constante que pulsaba en la zona occipital con latidos sordos.

Los últimos acontecimientos de Barcelona habían dado un giro de ciento ochenta grados a las cosas. Julia la había hecho salir de las alcantarillas a toda prisa y volver a su apartamento para recoger sus enseres personales. Lo que le había contado excedía con creces cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

Aprovechando la conferencia internacional de prensa, las horrendas crías de Shub Nil Al-raz se habían introducido en los organismos de los cientos de personas allí congregadas, que ahora estarían volviendo a sus lugares de origen, portadoras inocentes de la destrucción de sus propios pueblos. Rápida e inexorable, la metástasis volvería a producirse y una nueva oleada de muerte se abatiría sobre los desventurados que estuvieran cerca de la víctima. La fría predicción del ordenador de Julia había mostrado una escalada exponencial que había cubierto la totalidad del planeta en el plazo de unas pocas semanas.

Sólo sobrevivirían unas cuantas almas, las que residieran en las tierras más remotas, de espaldas a la civilización, o las que tuvieran los conocimientos y la tecnología necesaria para combatir a un enemigo casi invencible.

Julia había recibido órdenes imperativas de volver al cuartel general, ya que todavía había que seguir la pista dejada por el profesor Baxter y, desafortunadamente, no podían hacer nada más en Barcelona.

—El tiempo es crucial para intentar detener la masacre —le dijo mientras iban a toda velocidad hacia el aeropuerto—. No —se corrigió tras una involuntaria mueca de horror—. No es una masacre, es un *genocidio*.

Antes de subir al pequeño avión, al volver la vista atrás y contemplar el lúgubre ocaso que se cernía sobre la ciudad y sus desprevenidos habitantes, Isabel no había podido retener el llanto mientras todo lo ocurrido y sus tremendas consecuencias se

iban asentando en su mente. Las dos mujeres se habían quedado allí un largo momento, fundidas en un abrazo doloroso, cada una intentando consolar a la otra, aún sabiendo que no había consuelo posible, que no había nada que pudiera mitigar la irrefrenable tristeza que surge al saber que todo lo que amas va a desaparecer de manera inexorable.

El avión tocó tierra con una ligera sacudida, y momentos después pisaban tierras italianas. Los campos desiertos que se extendían a lo largo de los cuatro kilómetros que separaban el aeropuerto Amerigo Vespucci de la ciudad de Florencia conservaban el aspecto de postal que caracterizaba a la región italiana. El vehículo todoterreno se desplazó veloz entre llanos salpicados con minúsculos bosques de árbol bajo y caminos vecinales jalonados por los inevitables cipreses que conducían hasta las granjas donde se cultivaban grandes extensiones de trigo.

El aire fresco de la mañana hizo que Isabel se sintiera un poco mejor. Vio pasar los carteles de Lippi, Ponte di Mezzo, Isolotto, Soffiano, destinos de nombre evocador cuyos indicadores desfilaron fugaces mientras el sol naciente iba ganando terreno a las últimas sombras de una noche que huía hacia su fortaleza occidental.

Las calles de la ciudad más famosa de la Toscana italiana estaban igual de vacías que las de la ciudad condal, y la sensación de *déjà vu* se apoderó de Isabel al contemplar los ennegrecidos *palazzos* y las estrechas callejuelas por las que circulaban a una velocidad endiablada. Cuando parecía que iban a entrar en la plaza del Duomo, Julia giró con brusquedad y se internó por un dédalo de calles que las condujeron hasta el río. Tras cruzar el puente de la *Santa Trinitá*, se internó por un arco y detuvo el coche en una plazoleta rodeada por completo de edificios y una pequeña iglesia parcialmente tapada con lonas y andamios.

—Hemos llegado —anunció Julia, quitando las llaves del contacto y apeándose.

Las dos mujeres atravesaron un oscuro túnel hasta llegar a un pequeño patio interior porticado, en cuyo centro había un austero pozo de piedra. De cada uno de los ábsides de los pórticos pendían grandes farolas que proyectaban una luz amarillenta que confería a todo el lugar un ambiente irreal y que acentuaba la antigüedad y la sensación de recogimiento, igual que si se tratara de un claustro recóndito perdido entre las tierras resacas de la meseta castellana.

Un tramo de escalones de piedra gastada que olía a humedad las llevó hasta una galería que circundaba el patio. Las dos mujeres la recorrieron hasta encontrarse frente a una puerta de madera oscura en cuyo centro había una enorme anilla de hierro que hacía las veces de tirador.

—Bienvenida al *palazzo* Ariosto —le dijo Julia mientras empujaba la puerta que se abrió con un sonoro rechinar de goznes.

Isabel atravesó el umbral y se halló en una gran galería flanqueada por ventanales ojivales por donde se colaba la luz de la mañana, trazando grandes franjas lumínicas

que desgarraban con timidez las tinieblas. En las paredes, elevando aún más la perspectiva, se alineaban estanterías repletas de libros polvorientos y enormes retratos de personajes de aspecto severo ataviados con ropas clericales.

Trató de echar una rápida ojeada a los cuadros y los libros a la vez que seguía a Julia hasta una pequeña puerta que había en el otro extremo. El claroscuro reinante no le permitía leer las pequeñas placas de bronce que había en la base de los lienzos, pero supuso que serían antiguas celebridades de la curia romana. Los gruesos volúmenes con encuadernación de lujo parecían ser códices o misales de gala, aunque la distancia le impidió leer los títulos. No obstante, a pesar de que la curiosidad la picaba, no se atrevió a desviarse de los pasos de Julia. De pronto, vio que una sombra se desgajaba de la pared y se plantaba ante ellas.

—Me preguntaba dónde te habrías metido —oyó que decía Julia a la sombra antes de fundirse con ella en un abrazo.

—No pude ir al aeropuerto —replicó la voz de una mujer que un fuerte acento ubicaba en algún país del Este—, el padre Marini me tiene anclada aquí.

Julia deshizo el abrazo y se volvió sonriente hacia Isabel.

—Isabel, ésta es Basia, mi compañera —anunció con evidente satisfacción.

La aludida avanzó un par de pasos y salió de las sombras. La luz de las ventanas le mostró una tez pálida, de larga melena negra, de la que destacaban, azules como el hielo profundo, unos ojos que la miraban con intensidad. Isabel alargó la mano pero se encontró de pronto rodeada por unos brazos fuertes y notó que Basia le daba un beso en la mejilla.

—Bienvenida, Isabel —oyó que le decía—. Después te lo contaremos todo. El padre Marini nos está esperando.

Roberto Marini contempló a las tres mujeres a través de los monitores de circuito cerrado de televisión. Las diminutas cámaras de seguridad que estaban repartidas por todo el edificio fueron captando sus imágenes a medida que se iban aproximando al centro de control. Mediante las transmisiones de radio y los últimos mensajes que había mandado desde el avión, Julia le había mantenido informado de los acontecimientos en la ciudad condal. Había rezado por el alma del desgraciado forense y por la de todos los que iban a morir en los próximos días, y había dado gracias a Dios por el hallazgo de la nueva candidata pero, sintiendo un impulso irrefrenable, fruto de la dilatada experiencia que tenía a sus espaldas, había cotejado a la nueva integración en las filas de la organización con la inmensa base de datos que poseía el sistema informático vaticano.

No era infrecuente que se reclutaran más agentes; todo lo contrario. Se producían bajas en cada encuentro con los seres del averno, y no eran tan sólo víctimas físicas. Muchos combatientes no habían podido soportar la increíble presión de la realidad contra la que luchaban y habían cruzado el umbral de la locura de manera

irremediable. El incesante goteo humano requería refuerzos continuos. Habitualmente eran personas que habían visto el destino que les aguardaba de alguna u otra forma, como Isabel o la misma Julia, y que habían preferido luchar para sobrevivir.

Pero había algo más que el instinto de supervivencia en la joven mujer de cabello dorado. Los huesos cansados del padre Marini le decían con sus crujidos que la casualidad jugaba un papel poco relevante en la partida mortal de ajedrez que había entrado de súbito en una fase extremadamente agresiva.

Había demasiados hechos coincidentes: por un lado estaba la presencia de la periodista en el barco donde *casualmente* también había aparecido el profesor Baxter, desbaratando el desesperado intento internacional de cooperación y ayuda. A esto debía añadirse la perseverancia que había demostrado la mujer al seguir adelante con el enigmático caso y su accidentado encuentro con Julia en Barcelona. Eso sin olvidar la aparente presciencia que había desvelado con el relato de los sueños que asaltaban sus noches desde el trágico día de la explosión en Oak Island. Todo ello hacía que los indicadores mentales de alerta del eclesiástico señalaran la zona situada más allá de lo normal.

La organización secreta no podía permitir bajo ningún concepto que nadie que se hubiera enfrentado a las legiones del Dios Dormido, ni que fuera de manera onírica, ingresara en sus filas sin pasar por un conjunto de pruebas rigurosas y que en algunos tristes casos habían demostrado ser demasiado duras. Las amargas experiencias de un pasado reciente, donde el engaño y la traición habían tenido en jaque a *Gli Angeli Neri*, les obligaban a ser cada vez más tajantes e inflexibles con los recién llegados.

Isabel Forcada no iba ser una excepción. En la información que habían sacado a la luz no destacaba nada. Nacida en Barcelona, hija única de padres catalanes que habían regentado toda su vida un diminuto colmado sito en la calle Mallorca, se había graduado en la Facultad de Periodismo y había trabajado en calidad de ayudante en varias publicaciones menores hasta recabar finalmente en el importante diario barcelonés. Su círculo familiar se reducía en la actualidad a una tía que vivía en una residencia para ancianos en las afueras de la ciudad. Pocas parejas conocidas, todas ellas abandonadas al poco tiempo por diversos motivos y una única afición conocida: la lectura. Julia lo había confirmado al haber visto una cantidad más que impresionante de estanterías repletas con todo tipo de volúmenes en el apartamento de la calle Córcega.

Lo que más le inquietaba, sin embargo, era que las características intelectuales de Isabel Forcada coincidían a la perfección con la devastadora predicción que mencionaban ciertos objetos custodiados en una sala subterránea a la que sólo él, el nuncio papal y Basia tenían acceso. Julia no había sido informada aún de la existencia de las reliquias que Marini había logrado rescatar de las entrañas de Montecassino y de otros lugares. Sólo habían transcurrido seis meses desde su encuentro con la

organización vaticana, y el eclesiástico no creía prudente confiar una información tan trascendente a una recién llegada.

Las noticias que llegaban a diario detallando la enfermedad misteriosa y letal que estaba asolando barrios enteros de las principales ciudades del mundo eran una trágica prueba de que la profecía de las Cuatro Damas se estaba cumpliendo con precisión aterradora. Un lúgubre vaticinio al que también se aludía con curiosa vaguedad en varios códices que habían sido supuestamente arrojados al fuego por la Inquisición. Un augurio que se había hallado en escritos de antigüedad incalculable que pertenecían al famoso índice de libros prohibidos por la iglesia en el siglo XIV.

Varias culturas muy anteriores al Cristianismo narraban de manera casi exacta los mismos eventos catastrofistas. La figura simbólica de Ouroboros, la serpiente que devoraba su propia cola, describía a la perfección lo que representaba aquel nuevo ciclo en la historia del mundo: El Fin del Primero es el Principio del Último. La Humanidad había finalizado su andadura. Ahora llegaba el tiempo de los Dioses.

Sin embargo, algunas versiones de la profecía hacían constar que durante el transcurso del conflicto final, dos de las Cuatro Damas representarían al Primero y las otras dos al Último, transformándose por tanto en enemigos mortales. Mientras miraba las caras sonrientes de las tres damas en los monitores, Marini apretó las mandíbulas con preocupación. ¿Cuál de las tres jóvenes sería tentada por las falsas promesas de los Dioses Primigenios? Isabel era la gran incógnita, puesto que Julia había estado bajo tratamiento, y en cuanto a Basia...

Isla Karkar, Papua Nueva Guinea, marzo de 1997

—No saldremos de ésta con facilidad, Basia.

La mujer de pelo negro y ojos de un azul casi transparente miró al hombre de cabello rizado, ojos oscuros y tez morena que se frotaba con precaución las muñecas despellejadas y llenas de moretones.

—Ya se nos ocurrirá algo, Fabio —masculló forcejeando a su vez con las cadenas que la ataban a las argollas.

En su fuero interno, sin embargo, Basia Przytycka no las tenía todas consigo. Fabio Lamberti había expresado en voz alta sus propios temores. La operación *Oyster* había acabado en desastre. Un mes antes, la organización paramilitar llamada Executive Orders había enviado setenta mercenarios al pequeño archipiélago del Océano Pacífico para acabar con la rebelión popular organizada a raíz de un conflicto obrero en las minas de cobre de Bougainville. Sir Julius Chan, el malquerido líder político del país, los había contratado y les había dado orden de hostigar a los rebeldes, partidarios del general Jerry Singirok, la cabeza visible de la rebelión que

desafiaba a Chan.

Para sorpresa de los confiados soldados de fortuna, la población se había envalentonado y les había plantado cara, obligándoles a refugiarse en los bosques frondosos y húmedos de la isla principal. Para colmo, las técnicas avanzadas de camuflaje que empleaban los mercenarios no habían podido rivalizar con el instinto natural de los que habían nacido y crecido entre las enormes raíces que sobresalían del suelo húmedo como tentáculos de algún animal imposible.

Los aborígenes de la zona les habían localizado con suma facilidad y habían comunicado su posición a las tropas leales al general rebelde. Sesenta y ocho mercenarios cabizbajos y encolerizados aguardaban la humillante deportación en la cárcel de la capital, Port Moresby.

Basia y Fabio habían decidido tratar de escapar trasladándose en bote hasta la pequeña isla Karkar, a doce kilómetros al norte de la provincia de Madang. Un mercenario capturado perdía muchos puntos en la cotización del mercado de soldados de fortuna. Para complicar aún más las cosas, la intervención de las fuerzas aéreas australianas había impedido la entrega de los suministros y del equipo de apoyo que habían solicitado. Privados de casi todo, los quinientos kilómetros cuadrados de selva tropical impenetrable habían supuesto una dura prueba de supervivencia para los avezados mercenarios.

La isla, casi completamente circular, cubierta de cedros y *kwilas*, estaba coronada en su centro por el majestuoso cráter del volcán Bagiai, en cuya ladera habían establecido un minúsculo campamento. Desde allí habían vuelto a contactar por radio con los equipos de evacuación de la organización paramilitar, que les habían aconsejado esperar hasta que se enfriase un poco la situación política y buscar un momento más propicio para sacarles del país con discreción.

Pero la Naturaleza se había encargado de trastocar el plan. Dos noches después de su llegada al islote, el Bagiai había empezado a soltar vaharadas de gas tóxico que se desparramaron por los escarpados flancos del cráter como un aliento emponzoñado.

Los dos mercenarios se habían despertado sofocados, tosiendo con violencia y con los ojos irritados. Al principio creyeron que los soldados de Singirok les habían descubierto y les atacaban con gases lacrimógenos, pero los profundos retumbos que el viento les traía desde el volcán les hicieron ver su error con rapidez. Su desesperada huida montaña abajo no había servido para nada y al final, magullados, mareados, exhaustos y con los pulmones ardiendo, se habían desplomado entre las traicioneras raíces aéreas de los árboles y habían perdido el conocimiento.

Cuando despertaron, se hallaron encadenados de manos y pies a unas argollas de hierro profundamente hincadas en la tierra. Estaban rodeados por una empalizada hecha con lajas de madera que sólo les dejaba ver la parte superior de los árboles de copa alta y frondosa que tamizaban un poco el ardiente sol. Las cadenas que les

sujetaban tenían la medida justa para permitirles moverse un poco, pero no para llegar hasta el portón del cercado.

Nadie apareció para darles explicaciones ni para hablar con ellos. Sólo una vez al día, al caer la noche, un extraño individuo de piel casi negra y ojos acuosos, ataviado únicamente con el tradicional *koteka*, un largo mango de calabaza que le tapaba las partes íntimas y poco más, dejaba en el suelo unas escudillas de barro con agua y una pasta marrón de aspecto nada apetitoso y se retiraba sin decir palabra.

Los reiterados intentos de comunicar con aquel inquietante personaje habían sido estériles y de momento, en los tres días de cautiverio que llevaban, nadie les había informado de su situación.

El hecho de estar presos no preocupaba en exceso a los mercenarios. Formaba parte del juego de la guerra al que se habían apuntado al ingresar en las filas de la EEOO. Sin embargo, la desinformación y la indiferencia que mostraban sus desconocidos captores era lo que más les inquietaba. En un escenario de combate normal, ya habrían sido entregados a las autoridades y expuestos a la humillación pública en algún ridículo juicio.

Por otra parte, si la intención de los extraños aborígenes era acabar con sus vidas o exigir un rescate a sus jefes, los dos prisioneros habrían disfrutado del dudoso honor de soportar la retórica triunfalista y megalómana de algún ilustre personajillo local investido para la ocasión. Pero el silencio y la incomunicación a que estaban sometidos no presagiaban nada bueno.

Basia atisbó por una rendija de la empalizada, estirándose cuanto pudo para abarcar más panorama. Las cadenas se le clavaron en las muñecas maltrechas y en los tobillos sangrantes, dolorosos testimonios que evidenciaban los pírricos límites de su libertad.

Apretó los dientes con rabia y trató de ignorar el dolor concentrándose en lo que podía ver desde allí. Por encima de las copas de los árboles asomaban con timidez los tejados en forma de proa de lancha de algunas cabañas, en cuya madera medio podrida crecían líquenes y musgos multicolor. Al fondo, las dos franjas de azules contrastados del cielo y el mar de Bismarck trazaban una indivisible línea recta que se perdía a ambos lados de su visión. No había nada que sugiriera su posición o que alentara el intento de fuga.

Suspiró con frustración y volvió a sentarse en el húmedo suelo, masajeándose con cuidado los pies lacerados. Les habían quitado todo el equipo, incluyendo botas y calcetines. Unos cuantos días antes había finalizado oficialmente la época de los monzones, pero seguía lloviendo esporádicamente y el suelo del inmundo cercado se había convertido en un barrizal. La primavera austral no era fría, pero estar encerrada en paños menores como un animal, día y noche, era algo que Basia no iba a poder soportar mucho más tiempo a pesar del duro entrenamiento y la experiencia que

acumulaba. Los mosquitos habían atacado con crueldad cada anochecer y ambos mercenarios tenían el cuerpo salpicado de ronchas purulentas. Se habían visto obligados a hacer sus necesidades en un rincón de la cerca, y el hedor a excremento y orina no ayudaba en absoluto a mejorar su estado de ánimo.

—Nunca me has contado cómo te metiste en este negocio.

Basia miró por un momento al corpulento italiano sin decir nada. Después se encogió de hombros y se apartó las sucias greñas de pelo de la cara.

—No se gana mucho dinero siendo tiradora olímpica —respondió al tiempo que seguía frotándose los pies magullados.

Fabio hizo un ruidito de aprobación.

—Mmm. ¿Competías con el equipo nacional de Polonia?

—Sí —suspiró Basia mientras cambiaba de posición por enésima vez—. Estuve en los juegos de Barcelona.

—¿En el 92? —inquirió Fabio, entrecerrando los ojos—. Ah, sí, el toque del arquero prendiendo el pebetero olímpico fue magnífico.

Basia asintió mientras revivía en su mente la emoción de la grandiosa ceremonia de apertura en la que había participado.

—¿Ganaste alguna medalla?

La polaca rió sin ganas al tiempo que negaba con la cabeza.

—Lo único que ganó ese año el equipo femenino fue un bronce y unas cuantas broncas del jodido entrenador.

El tono de la voz indujo al italiano a guardar silencio.

—Después de aquello —prosiguió la mujer tras una pausa—, las cosas fueron empeorando. El seleccionador oficial me rechazó y de pronto, me vi en la calle, sin trabajo y sin futuro.

La mercenaria trazó un círculo en el fango del suelo con un dedo.

—La vida en Varsovia no es nada fácil si eres mujer y estás sola —dijo mirando el dibujo—. Así que preferí viajar a los Estados Unidos y probar fortuna con los *mercs* antes que tener que rendir cuentas a un chulo en algún garito de mala muerte. Aunque no esperaba acabar así —añadió tirando una vez más de las cadenas.

Fabio la miró un momento con una expresión extraña en sus ojos oscuros.

—El que vivas o mueras depende de la configuración del campo de batalla; el que sobrevivas o perezcas depende de la forma de la batalla. Como tú has dicho, ya se nos ocurrirá algo.

Basia no pudo reprimir una amarga carcajada.

—Estoy impresionada —exclamó con tono burlón—. ¿Sun Tzu?[8]

—Mei Yaochen, uno de los comentaristas —repuso el mercenario con una sonrisa cansada mientras se acurrucaba en un rincón y cerraba los ojos—. No tiene ningún sentido, pero, cómo has podido observar, impresiona a las chicas.

Al caer la noche, Basia vio cómo su compañero de armas se acuclillaba colocándose en una cierta posición. El italiano iba a pasar a la acción.

—Fabio... —siseó, mirando la cerca de soslayo—, ¿qué estás haciendo?

—Shhh... —contestó el otro, con la vista fija en la destartalada puerta—. Se me ha ocurrido algo. Además, estoy harto de estar atado como un galeote, esperando a que pase alguna cosa. Al menos sabremos de qué pasta están hechos estos tipejos.

—Vas a conseguir que nos maten —espetó Basia con furia.

—¿Qué más da antes que después? —contestó Fabio con aspereza mientras flexionaba ligeramente las piernas—. Lo que está claro es que aquí se está cociendo algo más y querría saber qué es antes de entonar el último *arrivederci Roma*.

Basia iba a replicar cuando se abrió el portón para dar paso al inexpresivo individuo que traía las escudillas. Dio dos pasos y se agachó para dejar los cacharros en el suelo. Entonces alzó con brusquedad la cabeza al percatarse de que Fabio estaba en un lugar distinto al de siempre. Quiso levantarse alarmado, dejando caer las vituallas con precipitación, pero ya era demasiado tarde.

Fabio se lanzó hacia él con la cabeza por delante como un futbolista y las dos testas impactaron con un crujido sonoro. El nativo salió despedido hacia atrás, se golpeó la nuca contra la empalizada y se desplomó como herido por un rayo.

Fabio se alzó del suelo, frotándose la frente y riendo a mandíbula batiente.

—*Gotcha!*[9] —exclamó mientras un hilillo de sangre le resbalaba por la cara. Con una expresión de gozo salvaje en el rostro ensangrentado, el mercenario se sentó en su rincón y se restañó la herida con la manga de la mugrienta camiseta.

Al poco tiempo, el portón se abrió otra vez y un nuevo individuo asomó la cabeza con precaución. Basia se dio cuenta entonces de que los dos tipos eran prácticamente indistinguibles, y que podían haber estado viniendo cada día distintos aborígenes sin que ninguno de los dos mercenarios se diera cuenta. No pudo evitar que un estremecimiento le recorriera la espalda. Había algo malsano, casi endogámico en los rasgos cubiertos de pelo negro y rizado y los estrambóticos adornos de plumas de ave que les atravesaban la nariz.

Viendo a su compañero caído y la sangre en la frente de Fabio, el tipo dio unas voces y se arrodilló junto a su desvanecido congénere, dándole unos suaves empujones mientras murmuraba algo que no llegó a oídos de los cautivos. Un instante después, otro clon de los nativos hacía su entrada, mirando a la pareja maniatada con expresión de odio. Fabio siguió riendo con socarronería y Basia se limitó a sostener la mirada del iracundo captor lo mejor que pudo.

Un gemido del caído apartó la atención del recién llegado, que se inclinó sobre él.

—*Kadi mu aga umo-so*[10] —gimió el herido mirando al italiano con expresión de miedo, que seguía mostrando una sonrisa lobuna en el rostro.

El último en entrar se encaró con los dos presos y les soltó una parrafada

incomprensible con voz airada mientras les señalaba con el dedo varias veces. Lo único que Basia pilló al vuelo fue la repetición de una palabra pronunciada con más énfasis que las otras: *Kazulu*. Al final, el orador les dedicó una sonrisa salvaje que desveló unos caninos extremadamente afilados que provocaron un nuevo escalofrío en la joven polaca. Después, los dos tipos ayudaron al caído a incorporarse y salieron de la empalizada.

Una terrible sospecha se clavó en la mente de la mercenaria como un lanzazo. En las sesiones informativas de la Executive Orders previas a su arribada al archipiélago, habían sido advertidos de que en algunas regiones ignotas de Papua Nueva Guinea seguían existiendo tribus que conservaban el canibalismo como parte del ritual religioso y que reincidían periódicamente, a pesar de los esfuerzos del gobierno local por erradicar la costumbre ancestral y bárbara. El último informe databa de 1976, cuando un clérigo y sus doce compañeros fueron asesinados y parcialmente devorados por tratar de quemar los fetiches sagrados de una de las tribus.

Como corroborando sus temores, se empezó a oír un ruido de tambor en la lejanía. Los mercenarios se miraron. El miedo reflejado en sus rostros hacía innecesarias las palabras: se había puesto en marcha alguna ceremonia, y tenían todos los números para ser los invitados de lujo de una fiesta a la que ninguno de los dos tenía malditas ganas de acudir.

La noche cayó y Basia vio titilar luces en la espesura, y supuso que serían antorchas que los aborígenes habrían colgado de las casas árbol que había visto. El rítmico latido del tambor resonaba con extraña fuerza entre las lajas de la empalizada y notaba cada golpe en la boca del estómago contraído por el hambre y la angustia.

Tenían que hacer algo para salir de allí, pero las cadenas que les retenían, probablemente rescatadas de los pecios de navíos de guerra japoneses hundidos en la batalla del mar del Coral, en 1942, habían resistido todos los intentos de quebrarlos o torcerlos.

La luna, que las otras noches había proyectado su luz lechosa sobre el mísero cercado, estaba oculta tras una gruesa capa de nubes que avanzaban con rapidez desde el mar. Ahora eran ya varios los tambores que lanzaban su llamada al cielo encapotado, y del otro lado de la empalizada les llegaban voces excitadas y roncadas que pronunciaban en voz muy alta jerigonzas incomprensibles pero que acababan con un «*iä, iä*» extraño y amenazador, que por alguna razón estaba tocando la fibra sensible de una Basia cada vez más nerviosa.

Empezó a llover de nuevo, y los mercenarios se buscaron el uno al otro para darse un poco de calor. A lo lejos, sobre el mar, restallaban los vívidos relámpagos de una tormenta que se acercaba a la isla con extraordinaria velocidad.

De pronto, el portón se abrió por completo y aparecieron varias figuras desarrapadas que se colocaron frente a los cautivos armadas con arcos y lanzas. Los

mercenarios se pusieron en pie y se quedaron espalda contra espalda, en un débil intento de ofrecer una mínima resistencia. La luz de las antorchas que portaban los aborígenes permitió a los prisioneros apreciar con detalle las inquietantes fisonomías que las brillantes líneas pintadas de amarillo, rojo y blanco hacían aún más aterradoras. Del cuello les colgaban collares de lo que parecían ser los dientes ensartados de algún animal, pero Basia apreció también que algunos llevaban extraños adornos de coral y colgantes hechos de algo que destellaba como si fuera oro.

Los guerreros se abrieron en abanico para franquear la entrada a otro individuo que portaba un adorno de plumas rojas en la cabeza. Entre sus manos llevaba con suma precaución un cuenco de madera en el que brillaba algún líquido. Al acercarse a los cautivos dijo algo y más guerreros entraron en el cercado y se aproximaron a los mercenarios con la decisión reflejada en sus caras pintarrajeadas. Entre todos les sujetaron con fuerza, a pesar de la lluvia de patadas y puñetazos que sufrieron de manos de los reacios cautivos, y les obligaron a arrodillarse frente al tipo del cuenco, mientras que otros les forzaban a abrir la boca.

Fabio y Basia se debatieron con violencia, pero la superioridad numérica de los individuos delgados pero fibrosos hizo inútil el esfuerzo. Basia sentía una arcada de asco pugnando en la boca del estómago mientras notaba impotente los dedos de uno de los tipos hurgando en su boca.

Musitando algo, el hombre del cuenco se acercó a Fabio y le vertió un poco de líquido en la boca. De inmediato, antes de que el italiano lo escupiera, el que le mantenía la boca abierta se la cerró y le tapó la nariz. El mercenario se agitó con renovada violencia pero al final, entre estertores, tuvo que tragar el brebaje. Lo mismo sucedió con Basia, que sintió cómo un fuego líquido le abrasaba la tráquea y el estómago.

Acto seguido, los guerreros les soltaron y se acuclillaron en corro frente a la salida, observando a los dos cautivos que tosían con violencia y trataban de recuperar el aliento perdido.

Unos momentos más tarde, Basia notó que todo empezaba a darle vueltas. El potente brebaje estaba surtiendo efecto. Incapaz de aguantar el equilibrio, se dejó caer al suelo y empezó a gemir en voz muy baja, con el miedo crepitando con fuerza en su interior.

Los sonidos de la selva crecieron en sus oídos. De forma prodigiosa, los susurros del follaje, el ruido de la lluvia, el crepitar de las antorchas, todo se amplificó en su cabeza. Los potentes sonidos de los tambores tenían ahora un eco que tardaba en apagarse, fundiéndose con el siguiente golpe, creando una ilusión aún más perfecta de ser en realidad el latido de un monstruoso corazón. Un súbito y poderoso trueno la hizo gritar de dolor y llevarse las manos a los oídos.

Las olas de sonidos crecieron y crecieron y Basia se apretó las sienes en un fútil intento de mitigar los latigazos de sonido que le taladraban el cerebro sin piedad.

Sintió el contacto de las puntas heladas de los dedos, y notó asombrada cada poro de su piel bajo las yemas. Podía reseguir con la mente el trazado de cada gota de agua y sudor que resbalaba por su cuerpo. Abrió los ojos y se miró las manos, pero no conseguía enfocarlas. A través de aquel filtro borroso, vio cómo dos manchones oscuros se juntaban con el que tenía a su lado y se lo llevaban con un estrepitoso e hiriente rechinar de cadenas.

—¡Fabio! —gritó aterrada—. ¡Fabio!

—*¡Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn!*

Una voz habló muy cerca de ella, provocando que se encogiera en el suelo. De nuevo pescó al vuelo la palabra *kazulu*, y casi se desmaya de dolor cuando todos los allí presentes soltaron el poderoso grito que había oído un momento antes.

—*¡Iä! Iä! Cthulhu fhtagn!*

La tormenta arreciaba y los relámpagos y truenos se sucedían sin cesar. Basia fue abandonada por los guerreros, que se llevaron a Fabio a rastras mientras seguían cantando melopeas incomprensibles. Tal vez debido a la enajenación mística que les obnubilaba, quizá porque ya les consideraban incapaces de causarles problemas, los captores dejaron el portón abierto. Basia trató de alzarse del suelo para huir de aquel infierno, pero no pudo reunir las fuerzas suficientes para hacerlo. Rechinándole los dientes, consiguió ponerse de rodillas y se dio cuenta entonces de que no podría ponerse en pie. El vértigo era excesivo, tenía la visión demasiado borrosa y la mente aturdida por la cacofonía de sonidos que asaltaban sus sentidos exaltados por la extraña droga. Ni siquiera se dio cuenta, al dejarse caer de nuevo, de que seguía encadenada.

El ruido de pasos sobre el fango le hizo levantar la cabeza y mirar al portón. Unas siluetas difuminadas se acercaron a ella. Basia esforzó los ojos y consiguió ver que se trataba de mujeres, con el torso desnudo y una especie de *hula* hawaiano alrededor de la cintura. El miedo subió un nuevo escalón al apercibirse de que cada una llevaba una caña larga en la mano.

Sin mediar palabra, las mujeres la rodearon y empezaron a fustigarla con fuerza. El atronador ruido de los silbidos de las varas y el golpe seco que daban al golpear su piel hicieron que casi no sintiese el dolor de los latigazos, pero notó cómo le corría, caliente, la sangre que brotaba de las heridas que le infligían.

Y entonces, cuando estaba a punto de perder el conocimiento, el viento le trajo el grito más desgarrador que había escuchado en toda su vida. Aquel alarido bestial de terror no parecía poder haber sido emitido por un ser humano, pero supo, sin dudarlo ni un instante, de quién provenía.

—¡Dios mío, Fabio! —siseó con los dientes apretados.

Un nuevo cántico se alzó atronando en su cabeza. Parecía el croar de cientos de monstruosos batracios que se hubieran vuelto locos de repente. Los tambores arreciaron en intensidad y velocidad. La muralla de sonido era insoportable.

Notó cómo la cogían por los brazos y sólo entonces se apercibió de que la habían dejado de golpear. Tenía el cuerpo inerte y no pudo hacer más que dejarse arrastrar fuera del recinto, entreviendo las oscuras chozas de las que asomaban rostros pintarrajeados de blanco a los que la luz de los continuos relámpagos convertía en máscaras infernales.

Lo que sobrevino a continuación se mantuvo en su memoria de manera confusa, como una sucesión de imágenes odiosas, sonidos deformados y sensaciones antinaturales que por suerte nunca consiguieron aflorar del todo de la niebla piadosa con la que su cerebro había cubierto las aciagas vivencias.

La precariedad de su visión le impidió apreciar con claridad las aberraciones de la Naturaleza de cuyas bocas babeantes brotaba el espantoso croar. Desde la distancia que había interpuesto la poción que enturbiaba sus sentidos intuyó con horror los obscenos ritos que la ignota tribu estaba realizando y de pronto, en un rapto de lucidez malsana, comprendió el aterrador significado de los altisonantes cánticos.

Pero lo peor fue que los únicos recuerdos que conservó su memoria perversa la mostraban participando gozosa en aquel rito blasfemo, atrapada sin remisión por el frenesí místico de la salvaje ceremonia, presa de una vorágine de sentimientos contradictorios, sacudida por el terror y extasiada en la adoración de un ser cuya sola mención abría de par en par las puertas de la antesala de la locura. Y era dolorosamente consciente de haber cantado, una y otra vez, alzando los brazos hacia la luna gibosa, la terrible letanía que rendía pleitesía eterna al Dios Dormido.

—¡*Cthulhu R'Lyeh, fhagn iä!*

Los dos mercenarios fueron encontrados al día siguiente en las laderas del volcán humeante por unos niños que jugaban por la zona. Tenían los ojos muy abiertos, estaban tiritando y gritando desvaríos, completamente desnudos y en un estado físico lamentable. El padre Andersen, un misionero holandés de la Orden del Sagrado Corazón que residía en Gnor, al noroeste de la isla, se encargó de recogerles, les curó las heridas lo mejor que pudo y escuchó aterrizado el relato inconexo de los acontecimientos que les habían costado buena parte de su cordura.

Esa misma noche, el hombre radiografió a Florencia y pocos días más tarde, un helicóptero depositaba en tierra a un clérigo alto, de cabello blanco y ojos oscuros, que jugueteaba nervioso con un pequeño crucifijo de plata que llevaba al cuello.

En otra parte de la isla, un contingente de figuras vestidas de negro se deslizaron en completo silencio hasta el poblado aborigen y desencadenaron allí una lluvia inmisericorde de fuego y acero que acabó con las vidas y las miserables chozas de los

impíos adoradores.

Mientras supervisaba el traslado de los mercenarios hasta el helicóptero, el padre Marini se volvió para contemplar la columna de humo negro que marcaba el lugar donde se había abatido la cuestionable justicia de un Dios cuya respuesta a las plegarias era a veces un simple no.

—Que Dios omnipotente se apiade de sus almas —musitó al tiempo que se persignaba.

Isabel estaba asustada. Aunque las otras dos mujeres la habían intentado tranquilizar, el enorme complejo en el que habían entrado y el imponente aspecto del padre Marini la habían llenado de desasosiego. No conseguía dominar el pánico irracional que la ahogaba, aún a sabiendas de que estaba probablemente en el lugar más seguro del planeta y rodeada por las personas mejor capacitadas para hacer frente a la amenaza que se cernía sobre ellos.

Pero la intensidad de los últimos sueños que había tenido en el avión, la inminencia de la prueba que le había mencionado Julia con vaguedad y que temía no poder superar y todo lo ocurrido en Barcelona, habían conseguido ponerla en un estado de nervios que el cuartel general de Gli Angeli Neri no había hecho sino exacerbar con su bóveda subterránea de acero y hormigón.

Tenía la impresión de que todos los allí presentes tenían su mirada clavada en ella, y la angustia crepitaba en su interior como un fuego bien alimentado. Seguía sin poder asimilar que Joan Batiste estaba muerto, y probablemente no le perdonaría jamás a Julia la cremación in situ del cadáver, aunque ésta hubiera tratado de justificarlo una y otra vez con argumentos que cada vez le parecían más descabellados.

El colofón del pánico lo había puesto la aséptica habitación en la que la habían metido y que estaba dotada con todo el equipamiento que tendría cualquier hospital. Mientras se abrían y cerraban armarios durante la preparación, Isabel había entrevisto algo más amenazador e inquietante: en una de las taquillas metálicas colgaban unas prendas blancas dotadas de cinchas y correas que reconoció con espanto como camisas de fuerza. Con los nervios a flor de piel, casi se cae del borde de la silla ante la llegada del equipo especial para la operación de *desintoxicación*, como la había llamado Julia, que junto con Basia, entraron acompañando a un hombre con bata blanca al que no presentaron.

—Estamos preparados —anunció el supuesto médico, tras haber traído hasta la habitación una serie de máquinas de las que salían puñados de cables de colores terminados en pinzas y ventosas—. Quítese el suéter y tumbese aquí, por favor.

Isabel obedeció con el corazón encogido, se estiró en la camilla y siguió con aprensión creciente la colocación de los electrodos en el pecho y a ambos lados de la cabeza.

El médico sonrió y le dijo que gracias a las últimas modificaciones que habían hecho en el proceso, poseían un mayor control y ahora no sufriría ningún colapso, lo que, en lugar de tranquilizarla, propició que la garra que atenazaba su estómago se cerrara un poco más.

Todo le parecía malsano. Un sentimiento de paranoia estaba empezando a crecer con fuerza en su interior. «Es una trampa —le gritaba su instinto de conservación—, te van a eliminar como a una alimaña.»

De pronto le pareció que las miradas de Julia y de Basia se habían vuelto especuladoras, casi burlonas, la misma expresión que creyó ver en sus padres cuando decidieron poner fin a la vida de su mascota preferida, una perrita que la pequeña Isabel quería con locura pero a la que la avanzada edad había dejado ciega y medio inválida. Aquello fue la gota que colmó el vaso del miedo que amenazaba con ahogarla.

—No quiero hacerlo —exclamó de pronto intentando incorporarse en la camilla.

Dos pares de brazos fuertes la sujetaron de inmediato por las extremidades, y se debatió con furia renovada.

—¡Dejadme! ¡Soltadme, hijas de puta! —bramó, revolviéndose con todas sus fuerzas.

Pero a pesar de todos sus esfuerzos no consiguió zafarse de las dos mujeres, que seguían reteniéndola con inusitada fuerza y musitando algo en tonos tranquilizadores que no conseguía entender. Sabía que sólo eran falsos arrumacos para engañarla. De pronto, de debajo de la camilla aparecieron unas correas con las que fue atada sin contemplaciones mientras las dos arpías seguían farfullando frases que seguían sonándole extrañas. Ahora sólo podía girar un poco la cabeza. El miedo hervía en su interior sin control alguno, y se desbordó por completo cuando sintió un agudo pinchazo en el antebrazo derecho y vio que le habían clavado otra vez la odiosa jeringuilla que contenía el malhadado líquido ambarino.

Isabel gritó con todas sus fuerzas, mezclando peticiones de auxilio, súplicas incoherentes de clemencia y profiriendo las peores injurias que su aterrada mente podía formar. Sentía arder la sangre en sus venas, y las caras de los que la rodeaban se deformaban y se transformaban en trasgos rientes que la miraban con conmiseración y una malevolencia mal disimulada.

En ese momento vio entrar en la habitación al padre Marini. Desesperada, apeló a Dios y a su bondad infinita, en un fútil intento de ablandar al maldito clérigo y hacerle anular la innecesaria operación, *ya que ella no participaba de la comunión con el Dios Dormido ni quería su Ansiado Despertar... ¿o tal vez sí?*

Súbitamente, Isabel Forcada se quedó callada y muy quieta. Una voz en su cabeza estaba hablando con notable insistencia, tapándolo todo con sus poderosas inflexiones. Una insidiosa melopea pugnaba por abrirse paso desde algún rincón

oscuro de su embotada mente. No era la voz de Marini, ni de Julia, ni de Basia ni de nadie que hubiera conocido con anterioridad, y sin embargo poseía una inconfundible familiaridad que no acertaba a reconocer, una voz que casi llegaba a recordar y cuyas extrañas palabras destilaban a la vez terror y felicidad.

Súbitamente, comprendió. Era la voz de sus sueños, la que siempre aparecía distante, la voz sin mácula del Dios Dormido, Aquel Que Yace Eternamente en su prisión submarina, que trataba de llegar hasta ella para tranquilizarla, la deidad a la que debía obediencia y sacrificio y que una vez liberada, recompensaría con Su Presencia sus más ansiados deseos de poder y gloria.

Extasiada ante las inusitadas revelaciones, no vio cómo el padre Marini se inclinaba sobre ella, alarmado por el insólito silencio, le examinaba las pupilas dilatadas y pedía el medallón de piedra que Julia llevaba colgado del cuello. Ésta dudó una fracción de segundo, pero se lo arrancó de un tirón, y en el instante en que el gozo de Isabel al entrever a su nuevo Dios estaba en la cúspide, la Estrella de los Ancianos rozó su frente.

Capítulo IX

Observatorio astronómico del Roque de los Muchachos, esa misma noche

Muy pocos humanos pudieron ver la primera imagen del heraldo del Apocalipsis. La masa de piedra deshilachada y su resplandeciente cola en caótico desorden, semejante a unos colosales apéndices retorciéndose con avidez, cuya torturada superficie no reflejaba luz alguna, atravesó durante una fracción de segundo el campo de visión de los objetivos imposibles de la sonda SOHO, en órbita solar a un millón quinientos mil kilómetros de la Tierra.

Unas horas más tarde, la devastadora imagen llegó hasta los radioscopios del observatorio canario y Pablo se dio cuenta de que lo que había identificado como una mancha solar era en realidad el evento astronómico que los científicos norteamericanos habían clasificado años atrás con las inocuas siglas ELE, Extinction Level Event. Bajo las tres simples letras se escondía la aniquilación total de la vida en la Tierra. De no producirse un milagro, el planeta entero iba a sufrir algo parecido a lo que en su día hizo desaparecer a los enormes habitantes de la prehistoria jurásica. Si la materia desprendida del astro solar colisionaba con la Tierra, se producirían terremotos de magnitudes imposibles de determinar, olas gigantescas, inmensas nubes de polvo que tapanían la luz del sol por completo durante años, inversiones térmicas extremas, lluvias ácidas, vientos huracanados...

Pablo soltó un gemido y se cogió la cabeza con ambas manos. Su mente seguía pasando lista, impertérrita, implacable, enumerando todo lo que había estudiado muchos años antes como mera posibilidad y que en pocos días se convertiría en el verdadero epitafio de la Humanidad. Se dejó caer en la silla, sin fuerzas, contemplando sin poder reaccionar el bucle sin fin de imágenes que habían capturado las cámaras de la sonda solar.

El aterrado científico se miró las manos. Temblaban como un par de hojas de árbol sacudidas por el viento. ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde encontrar refugio? Era imposible salir de la isla en avión, la huida por mar estaba descartada y no creía que el sistema de cuevas de la Caldera de Taburiente pudiera servir de cobijo suficiente.

La isla bonita se había convertido en una ratonera.

Isabel contempló los objetos que tenía ante sí, frunciendo un poco el ceño. Había transcurrido una semana desde su llegada al *palazzo* Ariosto y todavía no se acababa de encontrar del todo bien. Aunque tanto Marini como las otras dos mujeres le habían explicado el porqué de la amarga experiencia que la habían obligado a pasar, y a pesar de que reconocía que gracias a ello no se iba a despertar un día entre los que

vagaban, perdidos más allá de toda esperanza, por los pasillos de algún asilo olvidado, todavía sentía un ligero resentimiento por la cruel emboscada. Por suerte, el constante contacto con la piedra que le había dado Julia y la ingente tarea que tenía ante sí la habían ido calmando.

Sacudió la cabeza y trató de ordenar en su mente analítica los elementos del acuciante rompecabezas. El primer y más importante ítem del enigma era el diario, entre cuyas páginas había un esbozo inconcluso de mapa que los expertos de la organización habían identificado como parte de la orografía montañosa de un sector del Uzbekistán antiguamente conocido como el Turkeistán.

De aquella parte de Asia Central, la ciudad más importante, históricamente hablando, era Bukhara, que en el alfabeto cirílico se escribía Buxoro. Estaba situada en las planicies que formaban la base de la cordillera Ak Tagh, que separaba con sus erosionadas formaciones rocosas la precaria civilización de la zona del prácticamente inexplorado desierto que ocupaba el sesenta por ciento del territorio del país.

En la antigüedad, la ciudad de las cúpulas azules había sido el centro de iluminación espiritual de varias religiones, además de ser un reputado cruce de caminos para las rutas comerciales que enlazaban Oriente y Occidente. Las excavaciones arqueológicas que se habían practicado en la zona habían dado resultados inesperados: la ciudad parecía ser mucho más antigua que lo que decían sus primeros moradores, y se habían hallado extraños estratos geológicos que habían desconcertado a los investigadores rusos que trataban de esclarecer el misterioso pasado que la envolvía. Como siempre, la reluctancia y el secretismo que predominaba en las altas esferas del poder soviético, presente en aquellas tierras desde 1918, no permitió compartir los descubrimientos hasta mucho tiempo después.

Ningún occidental había tenido acceso a la zona en la época donde supuestamente transcurría lo que relataba el diario. Sólo hubo una excepción: de alguna manera que nunca reveló, el profesor Roderick Baxter consiguió romper el cerco burocrático ruso y obtuvo el permiso para viajar por cierta parte del país en 1941.

Y aquí terminaban las pistas. Nadie había podido reconstruir el itinerario realizado por el profesor por tierras asiáticas. Lo único que se sabía con certeza es que el arqueólogo había sido internado unos días en un hospital de Samarcanda, aquejado de un mal desconocido. Después, sin que se le diera el alta médica, había partido con una sección del ejército ruso que iba a reforzar las defensas de la ciudad de Leningrado, que por aquellos días estaba siendo sitiada por los soldados alemanes.

De vuelta en Londres, a finales del mismo año, el profesor había solicitado los servicios de un afamado psiquiatra que mantenía una estrecha colaboración con los equipos médicos de *Gli Angeli Neri*. Las veladas alusiones de Baxter acerca de los tremendos descubrimientos que había realizado durante el periplo asiático, hallazgos que habían mermado su cordura de forma considerable, unidas a la innegable

reputación que ostentaba como historiador y arqueólogo, acabaron convenciendo a la cúpula vaticana para integrarle como consultor y traductor ocasional.

No obstante, a Baxter nunca se le reveló toda la verdad acerca de la organización secreta. Su débil estado anímico le hacía extremadamente vulnerable y, por otro lado, él nunca admitió que su viaje por las tierras de Uzbekistán le hubiera reportado nada más que unas violentas fiebres. La justificación del secretismo de sus investigaciones, así como la poderosa razón que le obligó a tratar de llevarse consigo el diario en el momento de su encuentro con el monstruo en Londres, todavía estaban por desvelar.

Tan sólo ahora, después de muerto, había salido a la luz la innegable relación que poseía con las abominaciones que pugnaban por aniquilar la civilización. El maltrecho puñado de hojas garabateadas podía ser la clave que desbloquease el punto muerto en el que estaba todo el asunto. Sin embargo, el diario estaba escrito en caracteres cirílicos pero no era ni ruso ni ningún otro idioma eslavo. De momento, Baxter llevaba ventaja en la partida. El experto en lenguas muertas y culturas desaparecidas había hallado la manera de ocultar sus descubrimientos a todo el mundo. Y el tiempo iba pasando, letal e inmisericorde.

Los otros elementos que le habían sido facilitados a Isabel eran las excelentes fotografías de cinco paneles de arcilla grabados con una simbología que la llenó de asombro y pavor, pues sus caracteres rectilíneos se parecían demasiado a los de la losa que protegía el pozo de la isla de Innishshark. Nadie le había comentado absolutamente nada acerca de su procedencia o significado, tan sólo que eran muy antiguas y que ya habían sido descifradas, aunque omitieron decirle por quién.

Con todo aquello ante sí, extendido sobre la mesa de una de las incontables salas del *palazzo*, Isabel se vio enfrentada a un extraordinario rompecabezas del que tenía que sacar una única respuesta: ¿Qué había querido proteger el profesor Baxter con su vida? ¿Qué había hallado el arqueólogo en la zona que señalaba el bosquejo de mapa?

Isabel jugueteaba distraídamente con el medallón que le colgaba del cuello mientras repasaba una y otra vez las páginas manchadas y las fotografías de las estelas. Nada parecía tener sentido pero al mismo tiempo algo en su interior le decía que estaba a punto de encontrar una respuesta. Sin embargo, Isabel *veía* en su cabeza el muro que la separaba de la verdad contenida en las páginas. Algo más le estaba impidiendo traspasar la barrera, algo que la estaba protegiendo, algo que trataba de bloquear la revelación del significado oculto de los caracteres cirílicos que cubrían el pequeño diario, un algo intangible que negaba con rotundidad la posibilidad de que los garabatos esculpidos fueran algo más que huellas de patas de insecto sobre una antigua tabla de fango endurecido.

Sin darse cuenta, Isabel se quitó el medallón y lo posó sobre la mesa, masajeándose la nuca con suavidad. Cerró los ojos e hizo una serie de rotaciones

lentas con la cabeza para desentumecer los músculos del cuello. Y al abrir de nuevo los ojos, un instante antes de coger de nuevo la Estrella de los Ancianos, unas cuantas letras del diario abierto al azar parecieron fundirse en una palabra: *miedo*.

Isabel dio un respingo y agarró el maltrecho cuaderno con manos temblorosas. Una a una, como si fuera algo mágico, las letras se transformaron en palabras, éstas en frases y, de pronto, todo se volvió terriblemente claro.

Ahogando el terror que crecía en su interior, Isabel buscó la primera página en buen estado y empezó a leer.

Khiva, Turkeistán, 8 de agosto de 1941

Hoy, por fin, he podido ver y tocar con mis propias manos una parte de la historia más olvidada y aterradora que la Humanidad ha conocido. Tras los incontables permisos, las esperas en lóbregos pasillos y despachos mal iluminados, amén de los inacabables y en su mayoría absurdos interrogatorios a los que me ha sometido la policía y la agencia soviética de seguridad nacional, el día ansiado ha llegado.

Ya he descrito con brevedad en las primeras páginas de este diario los motivos de mi precipitada salida de Londres y mi llegada hasta este remoto paraje. Las notas que encontré entre los papiros olvidados en los anaqueles del almacén del British Museum hablan por sí mismas. Creo que tampoco es coincidencia que un bombardeo inusualmente preciso de la Luftwaffe destruyera por completo el ala suroeste hace tan sólo unos meses, y más sabiendo que el posterior incendio consumió precisamente la sección donde estaban los papiros. Por suerte, había conseguido sacarlos a escondidas de allí sólo unos cuantos días antes.

Es evidente que los nazis también lo están buscando y las huestes de Himmler tienen muchos más recursos que un pobre bibliotecario como yo.

Según lo apuntado por el historiador árabe que firmaba las revelaciones, las posibilidades de hallar el Libro eran grandes, y aún a sabiendas de que quizá estoy siendo vigilado, no puedo ignorar de ningún modo la oportunidad que se me presenta.

Todo se remonta hasta Zoroastro, el profeta del arcano culto que adoraba el fuego y cuyos sacerdotes combatían sin piedad a un Mal que los Avestas, los textos sagrados, nunca llegaron a describir. De éstos, la parte conocida como el Vendidad es la única que ha sobrevivido intacta hasta nuestros días. Cuenta una leyenda farsi que el texto completo fue arrojado a un río cercano a la ciudad de Samarcanda por un asqueado Alejandro el Grande, que no

pudo soportar las blasfemias que en él se exponían.

Clasificar la sección de libros orientales del British Museum me permitió el poder hallar y leer una excelente copia en árabe de los Avestas. Sin embargo, si se comparaban con el preciado original que se conserva en el Smithsonian National Museum americano, éstos presentaban unos curiosos desajustes. Cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí que la traducción la había efectuado Mukhammad Narshakhi, cuya reputación como historiador se ha extendido más allá de sus propios méritos. Fue entonces cuando intuí que tal vez había algo más tras los aparentes errores del insólito e insigne traductor. Tras cinco agotadoras semanas, adquirí unos conocimientos rudimentarios del idioma avestan gracias a los que pude comparar ambos trabajos. Mis esfuerzos se vieron recompensados con creces: en efecto, había un mensaje cifrado de capital importancia oculto tras las aparentes imprecisiones sintácticas.

Está aceptado que los Avestas se componen de veintiuna nasks, o secciones, que han sido reconocidas e investigadas por todos los historiadores oficiales. Sin embargo, en las anotaciones ocultas, Narshakhi afirmaba haber visto un texto desconocido cuyo contenido le angustió el alma. El célebre historiador atestiguaba que en sus páginas se detallaban otras invocaciones y rituales destinados a unos dioses tan terribles como antiguos, que dormitan más allá del tiempo esperando la señal que les despierte y les corone de nuevo.

Los datos y detalles que daba eran tan precisos que empecé a tomar un cierto interés en el asunto. No comenté esto con ninguno de mis colegas ya que tal vez me hubieran tildado de loco o de crédulo. Ahora sé, para mi desgracia, que no soy ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario.

Un par de meses más tarde, juntando mis escasos ahorros y escudándome en el prestigio de la organización para la que trabajo, emprendí el viaje que, finalmente, me ha conducido hasta aquí.

Me encuentro en Khiva, la ciudad fortificada, situada al suroeste del país. Sin ser la capital, esta ciudad tiene el dudoso honor de presentarse en los anales de la historia como una de las cunas del tenebroso culto al fuego. Es además la ciudad señalada por el historiador árabe como refugio secreto de la copia que todos creían destruida. Una serie de pesquisas previas me han permitido acotar la búsqueda y hoy he culminado con éxito todos estos meses de trabajo agotador.

Tras perderme con la ingenuidad que caracteriza al viajero inconsciente por las extrañamente bien pavimentadas callejas de la antigua ciudadela, de la mano de mi cetrino guía de aspecto mongol llamado Sanja, llegué hasta la entrada de una de las innumerables madrasas que salpican este inhóspito

lugar.

Había un hombre guardando la entrada a la escuela coránica, enfundado en su chilaba blanca y acuclillado sobre una alfombrilla raída en la que compartían espacio una bandeja con pan, una jarra con agua y un plato exquisitamente decorado que contenía lo que me pareció ser arena. Mi condición de extranjero y de infiel ha supuesto que la discusión entre mi guía y el hombre, que resultó ser un mulah, se alargara de manera interminable, mientras yo permanecía con la cabeza baja, descalzo, tratando de mostrar una humildad y un respeto que los nervios por lo que estaba a punto de conseguir casi me hacen traicionar. Vi por el rabillo del ojo cómo me miraban, perplejos ante mis conocimientos y la inesperada petición.

Finalmente, una más que generosa donación para la manutención de la madrasa hizo su efecto. Con un chirrido de cadenas y pasadores de hierro, el recalcitrante mulah abrió varias puertas labradas con extraordinarias filigranas y me indicó que le siguiera. Sanja se quedó atrás, postrado en el suelo de la antecámara. Sus rezos llegaban hasta mis oídos como una salmodia entrecortada, en la que el miedo era la nota predominante de toda la rápida letanía que brotaba de sus labios.

La luz iba menguando a medida que nos adentrábamos en el interior de la escuela. Ocasionales y bienvenidos rayos de luz se filtraban aquí y allí a través de las celosías de madera que jalonaban las salas. Una serie de corredores se abrían a ambos lados dejando entrever recámaras donde vislumbré libros, probablemente conteniendo los ciento cuarenta suras del Corán para que los fueran memorizando los alumnos que cursaban allí sus estudios.

Finalmente, mi silencioso acompañante me señaló una recámara donde descansaba una arqueta de madera oscura, en absoluto distinta de las que había visto al pasar frente a las otras habitaciones. Me llevé la mano derecha al corazón y me incliné ligeramente ante el mulah, agradeciéndole en mi pobre ruso la amabilidad demostrada. Con un gesto vago de asentimiento y dirigiendo una última mirada de preocupación a la arqueta, se retiró y me dejó, por fin, a solas.

No sé cómo transmitir toda la emoción que me embargó cuando mis temblorosas manos hicieron saltar el complicado cierre, ni la sensación que me erizó el vello de la nuca cuando sostuve, con más cuidado y cariño que si fuera un bebé recién nacido, las enormes páginas de pergamino cosidas por un lado y cubiertas con la escalofriante caligrafía que pocos humanos, y casi osaría decir que ningún occidental, han visto jamás.

Busqué y hallé las marcas mencionadas por Narshakhi en su extraordinario

mensaje, sutiles señales que identificaban el texto como auténtico, y supe entonces, con apabullante certeza, que lo que tenía ante mí era en efecto la vigésimo segunda sección perdida de los Avestas.

Pero el júbilo que sentía se apagó como una vela consumida cuando empecé a poder leer con mucha dificultad alguna palabra suelta de los pasajes de las grandes páginas y entrever el aterrador secreto que había sido cuidadosamente ocultado durante tantos siglos. Comprendí en ese momento por qué era el libro más maldito de todos los tiempos y entendí a la perfección la angustia y el asco que sintió el emperador Alejandro. Porque bajo la inocente adoración al sol se escondía la parte más oscura y terrible de un pasado del que Zoroastro tuvo conocimiento y pasó su vida tratando de combatir. En esta sección perdida se detallaban con escalofriante claridad los ya por entonces antiguos y blasfemos cultos que los seguidores del profeta trataban de contener y que el emperador macedonio creyó erróneamente que profesaban.

En aquellas páginas leí por primera vez el nombre del Dios Dormido, yacente en su morada submarina de R'lyeh, custodiado por legiones de adoradores que aguardan impacientes su despertar. Y supe de los otros Dioses, los Ancianos, que acechan desde el borde del tiempo esperando cualquier descuido para enviar a sus horrendos servidores, y cuya sola visión, incluso en sueños, puede conducir a la locura.

Saqué mi diario y copié algunos pasajes lo mejor que supe, reproduje los símbolos y apunté los terribles vocablos que formaban las invocaciones para crear los Portales, los oscuros espejos tras los que se hallaban los mundos que los humanos habían preferido olvidar. Arranqué las páginas del cuaderno y me las escondí por entre las ropas, e hice bien, pues a la salida mi bolsa fue minuciosa pero infructuosamente registrada por el suspicaz mulah. En cuanto alcancé el exterior de la madrasa me postré frente al mausoleo de alabastro bellamente labrado de uno de los hombres santos allí enterrados, lo que sirvió para conformar al celoso guardián y al mismo tiempo sosegar un poco el alocado ritmo de mi corazón desbocado.

Caía la tarde cuando volví arrastrándome al hotel, agotado y febril. El viento ardiente del desierto seguía soplando incansable y decidí descansar un rato en las almenas onduladas de la imponente muralla de la ciudadela. Desde aquella posición elevada, Khiva se mostraba grandiosa bajo los colores flamígeros del radiante ocaso, pero yo sólo podía pensar en la crónica maldita de la secta de adoradores que fue perseguida y proscrita por incontables generaciones de gobernantes ciegos que negaban a toda costa la verdad que se ocultaba en los descarnados párrafos de sus textos sacros.

Mi concentración fue distraída por unas sombras que pasaron lentamente ante mi vista. Eran enormes bandadas de cuervos que regresaban de algún lugar del desierto que envuelve la ciudad como un manto de arena roja. Allí donde se posaban crecía una mancha de oscuridad en continuo movimiento de una densidad tal que ni siquiera reflejaba la luz del sol moribundo. El coro de graznidos era ensordecedor y las ondulaciones arquitectónicas de la fortificación provocaban ecos y reverberaciones que, por alguna razón, me inquietaron profundamente.

De vuelta en la habitación del hotel, reuní las húmedas hojas de papel que había escondido en mi cuerpo. Debido a la profusa sudoración, alguna ha dejado un retazo de símbolo dibujado en mi piel, como un aterrador tatuaje arcano.

Ahora tengo las claves para abrir y cerrar los Portales. Ahora puedo elegir entre seguir mi viaje o probar fortuna entre las ciclópeas ruinas de un pasado desaparecido. No sé si tendré valor para cruzar al otro lado de manera consciente. De todas maneras, mis tripas me dicen que mi viaje por estas desoladas tierras todavía no ha concluido.

Bukhara, 9 de agosto

No sé si creer en la suerte o en el plan de un destino más intrigante. Me he topado con un librero, un tipo menudo y de mirada huidiza que regenta algo que él llama tienda, pero que a mí me ha parecido la cueva de Alí Babá, situada en los antiguos aposentos de las concubinas que hay en el interior de la llamada Fortaleza del Arca, en la ciudad de Bukhara.

Mi nuevo guía, un joven llamado Aziz, de origen claramente mongol, de pelo negro y ojos que podrían pertenecer a un leopardo, me ha conducido por todos los bazares de la ciudad antigua, repletos de alfombras de intrincados diseños geométricos, susani de seda ricamente ornamentadas, fragantes especias multicolor y el consabido montón de cacharros inverosímiles que a un occidental como yo pueden parecerle superfluos o ridículos, pero que son esenciales para la vida cotidiana en este apartado confín del mundo.

Para llegar hasta la ciudad de Bukhara hemos tenido que atravesar un desierto salpicado de arbustos marchitos y ramajes escuálidos que se resisten a ser abrasados por el sol de justicia que ablandaba el asfalto de la maltrecha carretera por donde Yuri, mi chofer, ruso, circunspecto y hombre de pocas palabras, circulaba a una velocidad más que prudente. El cruce del río Aduransay ha sido una pesadilla, ya que primero hemos tenido que

explicar nuestra presencia a unos inquisitivos soldados soviéticos que cuestionaban todos mis permisos y no entendían qué podía hacer un hombre como yo en estas tierras, salvo ser un espía británico.

Tras casi una hora de negociación y la entrega de dos botellas de mi mejor whiskey escocés aderezadas con un fajo de rublos, nos han sellado el salvoconducto y hemos podido cruzar el pontón militar flotante. Frente a nosotros se extendían cuatrocientos kilómetros de desierto, sin posibilidad alguna de repostar ni de parar a descansar un rato bajo una sombra que simplemente no existía.

Milagrosamente, el viejo automóvil Lada ha hecho honor a la cabezonería de sus constructores soviéticos y ha resistido, aunque al entrar en la ciudad ya se percibía un alarmante olor a gasolina y a neumático deshecho. Sin embargo, Yuri ha conseguido llegar con total dignidad hasta el parque de Registan, el centro neurálgico de la ciudad.

Allí, quizá por casualidad o por el destino antes mencionado, mi mirada se ha posado en un desastrado puesto de libros. Al principio, no he tenido oportunidad para curiosear su abigarrado contenido, porque enseguida ha llegado Aziz, al que había telegrafiado desde Khiva avisándole de mi llegada. Al saber de mi interés por la historia y la arqueología del lugar, el joven guía ha emprendido una interminable caminata por todos los bazares, madrasas y mezquitas de la impresionante ciudad antigua, evitando de manera escrupulosa, eso sí, el antiguo barrio judío, mal visto y medio vacío tras las expulsiones llevadas a cabo por los soviéticos en 1918.

Finalmente, agotado tras varias horas de correrías infructuosas, le he pedido que me acompañara hasta el puesto de libros, llevado por un extraño impulso que todavía no sé de dónde ha surgido. A regañadientes, ya que probablemente no sacaba tajada económica de aquel lugar, Aziz ha transigido y he conseguido algo que ni siquiera había soñado poseer.

Al principio no he conseguido encontrar nada digno de mi interés entre las docenas de versiones del Corán que había en las mesas del tinglado, pero entonces el hombrecillo de mirada penetrante me ha dicho que tenía otra tienda dentro de la fortaleza, y que allí guardaba más libros que quizá fueran de mi agrado.

La susodicha tienda ha resultado ser una minúscula habitación perdida en el laberinto de pasadizos y recámaras que forman las entrañas del antiguo palacio fortificado, y una auténtica mina de oro.

Tengo ante mí una copia en bastante buen estado de lo que llamaré los Fragmentos de Bukhara, una transcripción incompleta en árabe clásico de los Avestas, pero que carece de símbolos o dibujos. Debido a ello también se la

conoce como los *Poemas de Al-Azif*, y sigo sin poder creer que el libro más buscado por los estudiosos de esta mitología estuviera criando polvo a trescientos kilómetros de Khiva. Pero lo que resulta más increíble es el hecho de que, a pesar de que faltan la mayoría de los textos originales, sí incluye casi la totalidad de la sección perdida.

El precio ha sido elevado, pues el hombre sabía a la perfección qué tenía en los vetustos anaqueles de madera carcomida por las termitas del recinto oscuro y polvoriento donde se apilaban, sin orden ni concierto, los objetos más variopintos e inverosímiles que alguien pueda imaginar.

Pero el premio no ha sido sólo eso: el dueño de la tienda me ha presentado a un arqueólogo ruso, de nombre Sujarev, un inmenso hombretón de edad incalculable que mañana me acompañará al lugar donde se halla una curiosa losa funeraria de piedra de la cual me ha mostrado una fotografía que ha hecho que mis nervios volvieran a aflorar y tensarse como cuerdas de violín. ¡Qué terrible símbolo, aquella estrella de cinco puntas grabada con el nombre del Profeta! ¿Qué o quién ha de ser protegido de tal forma en una tumba de la necrópolis de Chor Bkhar? Casi no puedo escribir estas líneas. La emoción me embarga por completo y tengo miedo de dormir y ser asaltado, como ayer, por los espantosos sueños que cada vez son más y más reales.

Son sueños vívidos, entrecortados, que me sobresaltan y me despiertan cada pocas horas bañándome en sudor, imágenes de lugares y tiempos que tal vez no existieron jamás, y que quizá no debieron existir. En mi mente alterada se van alternando visiones de los bajorrelieves de esos muros altísimos en los que se superponen los enigmáticos petroglifos de Sarmish. Al instante siguiente, los textos esculpidos que adornan los colosales arcos de las ciudades oníricas se mezclan de manera malsana con los terribles versos de los Fragmentos, armonizando con perfección aterradora y sugerente.

Debo descansar. Estoy exhausto y mi búsqueda todavía no ha llegado a su ecuador. Debo dormir, y procurar no soñar.

10 de agosto

Hoy he sentido, por primera vez desde que inicié el viaje, un pavor inconmensurable ante la confirmación de que mis investigaciones son, desafortunadamente para mi cordura y el destino de la raza humana, una terrible realidad. Esta mañana el sol ha dejado de brillar en el firmamento durante el instante de enajenación mental que he sufrido al verme arrodillado

frente a una de las tumbas más antiguas de la necrópolis de Chor Bkhar. Vassili Sujarev, el arqueólogo, ha ordenado abrir el mausoleo a unos obreros que han huido dando gritos y haciendo el signo contra el mal cuando bajo la pila de ladrillos circundada por un cinturón de madera carcomida y hierros oxidados ha aparecido la losa de piedra esculpida con los mismos bajorrelieves que pueblan mis pesadillas.

Era la Estrella de los Ancianos, una versión antiquísima, retocada a posteriori con el nombre del Profeta y rodeada por invocaciones de las que hay breves referencias en los Fragmentos, rituales que constituyen la última protección contra Aquel Que Yace Dormido Para Toda La Eternidad.

Le he preguntado a Vassili si había roto los sellos y su mirada me lo ha dicho todo: nadie está tan loco como para hacer tal cosa y condenarse para siempre.

No obstante, a mí no me importaría hacerlo, ya que de todas formas sé que mi destino está escrito y sellado desde hace mucho tiempo, desde que decidí venir hasta aquí y abandonar mi Londres, al que añoro y el cual posiblemente no vuelva a pisar jamás.

Tendría que regresar a la necrópolis de noche, quizá esta misma noche, cuando acabe de escribir esta entrada de mi diario. Sí, iré a Chor Bkhar y romperé los Sellos, y bajaré hasta lo más profundo de la tumba, hasta rozar con los dedos el glorioso cuerpo del Dios Dormido, pronunciaré los Versos apropiados y Él despertará y me confortará con Su Presencia...

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me está pasando? Por todos los Dioses, ¡el libro! He dejado abierto el maldito libro encima de la mesilla de noche y la vista se me ha ido una y otra vez a los versos. Es un libro peligroso y no puede tratarse a la ligera. He de tener más cuidado o acabaré perdiendo la razón antes de que pueda finalizar mi búsqueda.

Nurata, 12 de agosto

Acabo de volver de una expedición al interior del desierto y, antes de caer rendido por el agotamiento en el jergón de este inmundo caravanserai, quiero dar fe y constancia de lo acontecido en estos dos días de penurias y asombros, ya que tal vez no haya un mañana para mí.

La siguiente escala de mi viaje ha sido Nurata, un pueblo limítrofe con la frontera del Kazajstán, donde contraté un nuevo guía, un enigmático karzan de nombre impronunciable y origen claramente mongol. Con él me adentré en el Qizilqum, las tierras arenosas que rodean esta antigua ciudad como un

cercos abrasadores. Mi objetivo era llegar hasta las ruinas del observatorio de invierno del insigne astrónomo Ulug-Bek, pues el librero de Bukhara me había asegurado en un aparte que había más libros parecidos a los Fragmentos ocultos en aquel lugar. Huelga decir que la codicia fue el primer impulso que me hizo abandonar la ciudad a toda prisa y reanudar de nuevo el viaje hasta esta nueva ubicación.

Esta zona está azotada por un viento perenne, que te llena la boca, los ojos y los oídos con arena finísima y cuyo tórrido aliento te reseca la garganta y te agrieta los labios. Una arena candente, que hace la conducción extremadamente difícil y que me obligó a abandonar el coche y alquilar unos escuálidos camellos, el único transporte que puede penetrar en estas tierras sin desfallecer. Me despedí pues de Yuri y se unió a la expedición el camellero, parecido en constitución y rasgos a su compañero y guía.

Debí haber sospechado entonces, y debí haber recelado una vez más cuando les sorprendí riéndose por lo bajo de mi atavío de tuareg, quizá un poco desproporcionado para estas latitudes, pero sin el cual no hubiese sobrevivido a la extraordinaria aventura que aconteció más tarde. Ninguno de los dos hizo el más mínimo gesto de disculpa, por otro lado, y siguieron con sus preparativos como si tal cosa. Está claro que los británicos nos hemos ganado a pulso la fama que nos precede en todos estos lugares profanos. El manto de la Reina (a quién Dios guarde muchos años) no me va a proteger aquí en caso de que haya más problemas.

Partimos con las primeras luces del alba y el primer día todo transcurrió sin incidentes dignos de mención. Sin embargo, todo cambió a partir de la segunda noche. Como habían hecho en la anterior parada, mis taciturnos acompañantes encendieron una fogata tras la frugal cena y se pusieron a cantar las tonadas tradicionales de sus tribus acompañándose del rústico doutar que estos nómadas acarrearán siempre consigo. Yo me había colocado a sotavento del fuego, porque la noche era fresca y el calor de las llamas era incluso reconfortante. De vez en cuando, el karzan que no tocaba el disonante instrumento de cuerda iba colocando más leños para mantener viva la hoguera.

No sé si fue el humo o el whiskey, pero el caso es que me quedé dormido. Y cuando desperté, con el regusto a madera quemada en la boca, estaba solo.

Del fuego sólo quedaban rescoldos chisporroteantes y el viento se había levantado de nuevo. Llamé en voz alta pero nadie me respondió. Las yurtas estaban vacías y las pieles de camello que cubrían la entrada de las tradicionales tiendas circulares oscilaban locamente sacudidas por las violentas ráfagas. Un pánico irracional se apoderó de mí. ¿Me habrían

abandonado a mi suerte en mitad de aquel infierno de arena? Me puse a correr como un loco en todas direcciones, gritando y tropezando una y otra vez con matojos y raíces. La luz de una luna gigantesca bañaba el ralo paisaje con claridad irreal, y no fue hasta pasado un buen rato de deambular de aquí para allá que me di cuenta de que me había desorientado por completo.

Ahora sí que estaba perdido. Mi miedo se acentuó aún más y traté de volver sobre mis pasos, que ya se iban borrando con el constante soplo de aquel viento endemoniado. Sólo entonces me apercibí de que el aire era gélido, totalmente antinatural incluso para la noche de un desierto. Las rachas traían consigo ecos extraños que mi imaginación creyó identificar como voces lejanas que murmuraran en algún lenguaje desconocido. La cacofonía era aún más discordante al mezclarse con los silbidos que producían al pasar por entre los míseros arbustos.

Al cabo de un rato, ya no pude encontrar rastro alguno de mis pisadas. No había ningún promontorio, ninguna colina, nada desde donde pudiera vislumbrar el campamento abandonado, donde podría al menos pasar a cubierto la noche y emprender el camino de regreso al amanecer. Oteé con desespero, saltando cuanto podía, como había visto hacer a la tribu africana de los watusi, y mirando en todas direcciones en el apogeo de mi salto.

En uno de los brincos creí vislumbrar una silueta oscura que se alzaba no muy lejos de donde me hallaba. Salté un par de veces más, pero los remolinos de arena me impedían ver con claridad, así que decidí caminar hacia allí, fuera lo que fuera. El viento arreciaba y me costaba horrores avanzar por entre las minúsculas dunas. Los ojos me lloraban y tenía la boca llena de arena, a pesar de llevar bien calado el shesh. Todo parecía conjurarse en mi contra: el viento y la luz de la enorme luna que brillaba frente a mí como un faro, bastante baja sobre el horizonte.

*¡Qué distinto era aquel horizonte del que había visto al principio de mi viaje!
¡Cómo añoré en esos momentos la placidez de los jardines de Chor Chinar!
¡Cómo eché de menos las límpidas aguas, los árboles milenarios y las noches que había pasado allí, compartiendo un té verde con mi amigo Mahmud y departiendo sin prisa sobre los misterios del mundo!*

Pero la realidad de aquella noche aciaga se me impuso con brutalidad al caer de bruces sobre la arena tras haber tropezado con una raíz sobresaliente. El murmullo imaginario del agua cristalina se convirtió en el aullido malsano del incesante vendaval de arena. Por un instante sentí ganas de sentarme allí mismo, encomendar mi alma al Altísimo y esperar así la muerte.

Pero al abrir los ojos vi que ante mí se alzaba la sombra oscura que había vislumbrado. Sin embargo, no era una de las yurtas del campamento, sino algo parecido a un minarete descabezado, y un poco más allá pude entrever un arco, y más lejos todavía una cúpula.

De repente, todo mi cansancio quedó relegado al olvido y un brío inesperado me llevó a ponerme en pie de un brinco y echar a correr hacia lo que creí iba a ser mi salvación. Grité mientras me acercaba, esperando que alguna luz saliera a mi encuentro. Sin embargo, al tocar la fría piedra del minarete, comprobé desolado que lo que yo esperaba fuera un refugio habitado no había visto nada vivo desde hacía mucho, mucho tiempo. Había hallado las ruinas de lo que parecía ser una madrasa muy antigua, un lugar ahora abandonado y muerto, semienterrado en las arenas del desierto traicionero.

Me fallaron las piernas y me apoyé en la pared, completamente agotado. No podía más y la última carrera había acabado de mermar mis fuerzas. Fue entonces cuando mis dedos, acostumbrados a leer inscripciones en la piedra, me revelaron un nombre allí labrado, el nombre maldito y desterrado de todos los textos, el Innombrable, la abominación que había sido perseguida por todos los pueblos civilizados de la Tierra.

Había sido un Dios tan cruel que los templos que se le consagraron fueron destruidos hasta los cimientos, las efigies machacadas hasta convertirlas en polvo y dispersadas al viento y sus adoradores sistemáticamente cazados, quemados vivos, descuartizados y vueltos a quemar dos veces más.

Y a pesar de todo, allí estaban las ruinas de uno de los colosales lugares del culto prohibido, donde se habían celebrado las ceremonias más abyectas y aterradoras en honor a un Dios obscuro y brutal.

La incredulidad me poseyó y comprobé con creciente nerviosismo, a la luz de la enorme luna, lo que mis manos me habían susurrado.

Era cierto: todo el minarete estaba cubierto de bajorrelieves cuyas terribles imágenes todavía me erizan el vello de la nuca. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía quedar aún algún vestigio de tamaña herejía? Entonces recordé a los karzan, mis desaparecidos guías y sus altisonantes cantos a la luz del fuego. Tal vez fueran ellos los guardianes de tan terrible secreto, y tal vez yo no hubiera encontrado jamás el templo si no hubiera perdido mi camino, ya que posiblemente mis dos acompañantes se las hubieran arreglado para desviarme lo suficiente como para no verlo, ni tan siquiera de lejos.

Pero estaba allí y, para un hombre de mi condición, aquellas ruinas, prohibidas o malditas, eran un paraíso increíble. Me interné, pues, por el dédalo de arcos rotos, pasadizos hundidos y minaretes semienterrados, trazando con mis manos las runas desgastadas por la erosión y el paso de los

milenios, y leí con fruición y espanto lo que tan sólo había intuido en los escasos pasajes de ciertos libros prohibidos y en las historias que me había revelado en susurros el mercader Husseini en su oscura trastienda del barrio londinense de Whitechapel.

Sentí que la emoción del arqueólogo me embargaba de nuevo, ese nerviosismo incontrolable que produce el descubrimiento, ese temblor de gozo inconmensurable frente al hallazgo de algo que no ha visto la luz desde tiempos inmemoriales.

Pero en mi deambular empecé a notar con asombro que también allí pugnaban los dos vientos, el cálido soplo del desierto y el otro mucho más frío, y ambos iban en direcciones opuestas. Maravillándome ante tal curiosidad climatológica, decidí seguir el enigmático chorro frío, avanzando entre los escombros a los que la poderosa luz de la luna añadía todavía más misterio con su blanco resplandor.

Y entonces les oí.

Oí los cantos que los kazar habían entonado por la noche, ahora sin embargo extrañamente alterados, más inquietantes, más disonantes, y sobre todo, totalmente inesperados. Me bañó un sudor helado, me eché a temblar con violencia y me agazapé tras un muro bajo, guareciéndome del viento y tapándome los oídos para no escuchar los odiosos alaridos que tenían muy poco de humano.

Cuando me repuse un poco, proseguí con cautela mi avance hacia el origen de los cánticos que iban cobrando intensidad, no sólo por su proximidad, sino porque parecían estar llegando al punto culminante de la horrorosa letanía. Para mi asombro y terror, discerní algunas palabras que había leído en los mismos tomos arcanos y blasfemos que he mencionado antes, y supe que todo lo que yo había creído leyenda, allí, en las ruinas del desierto de Qizilqum, era una pavorosa realidad.

Al doblar la esquina de uno de los pasadizos, casi me di de bruces con dos camellos que daban inequívocas muestras de espanto, gruñendo y tratando de liberarse de las toscas ataduras que les inmovilizaban las patas delanteras. Pasé por debajo de un arco, descendí por un tramo de escalones desgastados y me quedé petrificado de espanto ante el increíble espectáculo que se ofrecía ante mi vista.

Encaramados encima de una enorme losa de piedra alumbrada por la débil luz de dos antorchas a las que el fuerte viento no parecía afectar, mis dos guías renegados estaban cantando, efectivamente, pero no canciones tradicionales de alguna tribu nómada, sino algo mucho más escalofriante y perverso. Entre ellos se alzaba un monstruoso lavkh hecho también de piedra

que albergaba un enorme libro del que leían las palabras que salmodiaban con vigor inhumano aquellos dos individuos a los que la luz de la luna transformaba en seres de pesadilla.

Reconocí el libro, por supuesto, pues lo había tenido entre mis manos sólo un par de días antes, y me di cuenta entonces de la conjura en la que había caído, y supe a quién estaban invocando, vi de dónde procedía el viento helado, y en mi paroxismo, creí ver alzarse la monstruosa trampa de hierro cuando los cánticos llegaron a un clímax más que terrorífico.

Pero fue el indescriptible sonido que salió de sus profundidades lo que me hizo olvidar toda precaución y echar a correr despavorido bajo la violenta tormenta de arena.

Corrí y corrí por debajo de los extraños arcos, zigzagueando entre escombros y ruinas más antiguas que el hombre, hasta que no pude correr más y caí al suelo, luchando por respirar. A mi izquierda vi un hueco, y me arrastré como pude hacia el interior de la oquedad. Con la escasa luz que entraba, la extraña cueva no parecía tener fondo. Me tumbé sobre la fría arena, jadeando. Me acometió un cansancio repentino, un ansia por cerrar los ojos que no pude reprimir y allí, emulando a los primitivos moradores del planeta, me dormí, acunado por el silbido del viento huracanado que, poco a poco, y sin que yo me diera cuenta, como un cruel reloj de arena, iba cegando la angosta entrada.

Cuando desperté, con la boca absolutamente seca, la negrura más profunda me rodeaba. Palpé a mi alrededor y noté, con espanto, que la arena había tapado el resquicio por donde había entrado. Sintiendo que el pánico me atenazaba una vez más, me puse a cavar con frenesí y al rato vi recompensados mis esfuerzos al caer sobre mi rostro el resplandor de una luna enorme y brillante que se recortaba en el cielo. Aliviado, me arrastré hasta el exterior y me puse en pie. La tormenta había cesado por completo y sólo quedaba un silencio sobrecogedor, turbado únicamente por el sonido ahogado de mis pisadas sobre la arena fría.

Pero había algo más, algo que al principio no supe identificar. Sin embargo, al rato de andar, vi con extrañeza que estaba proyectando dos sombras en la arena, y al alzar la cabeza al cielo me quedé petrificado, pues en la negrura insondable cuajada de estrellas brillaban no una, sino dos lunas desiguales de un color blanco enfermizo.

Incapaz de reaccionar, caí de rodillas y me froté los ojos con fuerza, con la esperanza infantil de que todo fuera un maldito e inquietante sueño. Pero todo seguía allí cuando los volví a abrir, el desierto vacío y las dos lunas gibosas.

¿Dónde estaba? ¿Qué inimaginable suceso me había transportado hasta aquel extraño lugar? ¿Cómo podría volver? De pronto, el silencio fue roto por un aterrador sonido, como un aleteo lejano de alas cartilagosas y húmedas. Miré hacia la bóveda celeste y vislumbré una sombra grotesca e imposible cruzar por delante de la mayor de las lunas. Convertido de golpe en presa, busqué con desespero algún sitio donde guarecerme y vi que la única opción era volverme a meter en la cueva.

Pero ya no era un simple agujero excavado en el suelo. La luz de las lunas mostraba con claridad diáfana un arco completo de enormes dimensiones que soportaba una edificación tan ciclópea como monstruosa en su arquitectura, coronada por torres colosales cuyas lejanas cúspides se perdían en el cielo. Toda la mampostería del titánico edificio era de una piedra negra, brillante, parecida al basalto pulimentado, que reflejaba el fulgor de los dos satélites de aquel lugar irreal.

Una corriente de aire helado que procedía del arco me hizo estremecer. Transido de miedo y frío, me introduje bajo él hasta que estuve seguro de estar cubierto por la oscuridad. Mis manos tocaron los muros y de nuevo mis dedos apreciaron la extraordinaria calidad de los bajorrelieves que adornaban el imponente arco. Me interné un poco más, y al hacerlo vi que unos metros más adelante, a ambos lados, se abría un gigantesco corredor porticado cuyo final se perdía más allá de mi visión. El resplandeciente fulgor de las dos lunas me permitió comprobar la talla exquisita de los enormes bloques de piedra, y pude apreciar que sus juntas eran incluso más perfectas que las de la civilización maya, casi inexistentes, tan sólo finísimas líneas que no destacaban de los caracteres y figuras que llenaban las paredes por completo.

Si la mencionada civilización maya era hasta entonces el referente en cuanto a arte esculpido, lo que vieron mis asombrados ojos estaba mucho más allá de cualquier calificación artística, y no tan sólo por la forma en que estaban definidas las tremendas figuras, sino por la historia que relataban los odiosos contornos.

No creo que nadie haya visto jamás las representaciones de deidades que sólo había intuido en alguna pesadilla provocada por la lectura de alguno de los libros impíos que había conseguido hojear a escondidas. Sin embargo, jamás había comprendido el alcance de lo que representaban los extraños y a la vez familiares jeroglíficos vagamente parecidos a la escritura cuneiforme.

Pero allí, plantado en aquel otro universo iluminado por las dos lunas rientes, comprendí de repente que todo era espantosamente cierto, tanto lo que había escrito en el infame Libro de los Nombres Muertos, en las

carcomidas páginas del *Unausprelichen Kulten* de von Juntz, en las insinuaciones contenidas en las malsanas conferencias de Madame Blavatsky, y en tantos otros libros que la Iglesia había condenado al fuego por herejía.

Debo suponer que caí desvanecido y que conseguí salir de allí de alguna manera que no soy capaz de recordar. Quizá la falta de oxígeno en la cueva propició la fantástica alucinación.

No lo sé ni creo que quiera saberlo.

Lo único que alberga mi memoria son retazos inconexos de una cabalgada desesperada a lomos de un camello aterrorizado, en medio de una tempestad de arena recrudescida. Recuerdo también caer, por fin, ante los alarmados mercaderes que pasaban la noche en un caravanseraï cercano a Nurata. Dios me libre de recordar nada más de esa noche aciaga, pues mi maltrecha cordura no soportaría ningún golpe más.

Ahora debo parar, pues mis manos ya no son capaces de sostener la pluma por más tiempo. Que Dios nos ampare a todos.

Samarcanda, 15 de agosto

¡Tres días! He despertado tras haber estado tres días en un estado comatoso, febril, plagado de sueños que sigo sin querer recordar. Para mi asombro y temor, ya no me hallaba en el caravanseraï, sino en un hospital de campaña del ejército ruso al cual me habían trasladado unos camilleros impelidos por las demandas de los airados mercaderes. Al parecer, mis gritos delirantes turbaban en extremo a los que allí se hospedaban, ya que mascullaba frases y nombres que jamás deberían ser pronunciados, ni siquiera en sueños.

No puedo recriminar su actitud, ya que todo lo que he visto y oído ha mermado con toda seguridad mis defensas mentales. Sin embargo, he de reconocer la honestidad de estas gentes, pues todo mi equipo y mis pertrechos han sido asimismo trasladados hasta aquí, lo cual, por otro lado, es inquietante en extremo, pues significa que mis dos supuestos guías regresaron al campamento después de finalizar la ceremonia —recemos para que fuera sin éxito—, recogieron todo y volvieron a Nurata.

No obstante, ninguno de los oficiales a los cuales he preguntado sabe nada en absoluto y de no ser así, guardan el secreto celosamente. Dudo que vuelva a ver a los dos kazanes. Dudo asimismo de mi capacidad para encontrar de nuevo las ruinas y por supuesto no puedo, y en honor a la verdad no quiero, demostrar al mundo su existencia ni su horrendo propósito.

El médico me ha dicho que puede darme el alta en dos o tres días.

Probablemente me uniré a una columna del ejército que parte hacia Kabul y desde allí buscaré algún enlace que me lleve de vuelta a Londres.

Todo lo que he conseguido supera con creces mis mayores expectativas. Con todo este material puedo pasar investigando los próximos dos o tres años. Sólo con los Fragmentos de Bukhara puedo mantenerme ocupado estudiándolos durante meses, por no hablar de los Aventas, cuya interpretación puede llenar más de una vida.

17 de agosto

Ayer pasé todo el día entrando y saliendo de un sueño recurrente y mórbido, a la vez fascinante y pavoroso, cuyo significado me asusta en extremo. Soñé con la ciudad prohibida, Irem, con sus torres ciclópeas y sus colosales mamposterías roídas por el paso de incontables eones.

Me vi paseando por sus avenidas, entrando en los altísimos portales decorados con increíbles arabescos trazados por manos que no pertenecieron a ninguna raza conocida. Admiré sus fuentes, ahora secas pero de las que alguna vez brotó la esencia de la vida, el esquivo elixir que los científicos han tratado inútilmente de buscar para justificar nuestra anómala presencia en este universo.

Leí los nombres y la historia oculta detrás de cada uno de los bajorrelieves que adornan sus muros y conocí la verdad desnuda y cruel que se agazapa tras las leyendas más antiguas que el hombre ha conseguido traspasar de generación en generación.

Digo esto porque sé a ciencia cierta que el pasado de nuestra civilización no se basa en conjeturas darwinianas o teorías cósmicas propuestas a raíz de complejos cálculos matemáticos empíricos.

¡Oh no! Todo lo que fuimos, lo que somos y lo que tal vez seremos no proviene tampoco de algo mucho más extraordinario e inexplicable como pueda ser el capricho de un ser supremo de origen divino. Puede sonar a herejía o a los delirios de un demente, pero todo lo que yo y otros muchos hemos ido recopilando y estudiando, y todo lo que se ha descubierto en los parajes más inhóspitos del planeta lo demuestra con claridad cegadora.

En Irem están nuestros orígenes y nuestro verdadero destino, en sus entrañas se ocultan los Guardianes de toda esta sabiduría y en las profundidades ignotas de sus templos derruidos duermen su sueño eterno nuestros verdaderos progenitores. Allí está también la Sacerdotisa, la Madre, esperando a que las estrellas se alineen por fin y se vuelvan a abrir las

Puertas de un mundo que le ha sido vetado durante inacabables centurias. Estoy asustado, porque soñar con Irem significa asimismo que Ella sueña contigo, y su apremiante llamada es muy difícil de ignorar. Pues una vez has oído la voz de la ciudad prohibida no puedes descansar hasta unirte a ella y completar tu destino. Pero para conseguirlo has de sacrificar tu existencia en este plano, pasar a través del Portal que alumbra la Lámpara de Al-Azhred y renunciar para siempre a todo lo que has vivido para poder entregarte, en cuerpo, alma y mente, a un Dios que es mucho más, que lo es Todo.

Los Poemas de Al-Azif me han abierto los ojos.

Los Fragmentos de Bukhara me muestran el camino, pero todavía no soy capaz de ver el Umbral. Además, tengo miedo a ser rechazado, a no ser bienvenido, a quedarme atrapado para toda la eternidad en el limbo de negrura aterradora que existe entre ambos mundos.

¡Iä, iä, Cthulhu fhtagn!

20 de agosto

No soy capaz de reconocer ni mi letra ni mis palabras en la anterior entrada del diario. Es como si alguien totalmente desconocido y profundamente perturbado hubiera mancillado mis páginas privadas.

Según el médico, que ahora me mira con una expresión peculiar, como quien contempla un raro espécimen, he estado despierto los dos últimos días, con la mirada perdida más allá de mi camastro, sin comer, sólo ingiriendo algún líquido y garabateando incansablemente sin tan siquiera mirar el papel. No me ha dicho nada, pero creo que está reconsiderando la decisión de darme el alta. Lo malo es que no puedo recriminárselo.

A pesar de todo, debo volver a Londres cuanto antes y buscar ayuda. El Libro es demasiado poderoso y la experiencia del desierto me ha debilitado más de lo que creí en un principio. Esta tarde parte la columna del ejército y, aunque sea a rastras, intentaré salir de este malhadado lugar. Viajar con los soldados me irá bien, pues la disciplina y la marcialidad me obligarán a cambiar mis hábitos y ahora mismo, lo que más necesito es tratar de calmar mi mente y poner algo de orden en el caos en que estoy sumido. Meteré todo lo que he obtenido en el fondo de mi equipaje y procuraré no pensar en ello hasta llegar a mi casa.

Isabel sacudió la cabeza, anonadada por todo lo que allí se contaba. En ese punto habían sido arrancadas unas cuantas hojas, tal vez por accidente o con plena intención. Sin embargo, la última entrada del maltratado diario todavía contaba algo

mucho más atroz...

(Sin fecha)

Ésta es, posiblemente, la última vez que escribo en este diario. Hace días que noto su presencia, esperando el momento propicio, aguardando con infinita paciencia un descuido que por ahora he logrado no cometer.

Sé demasiado, lo sé todo, tanto que incluso ELLA tiene miedo. Julia, la española, ha debido ponerles sobre mi pista con sus averiguaciones insensatas. He tratado de alejarla, de impedir que se acercara a la verdad, pero hay algo en esa mujer de mirada húmeda que me inquieta profundamente. Tal vez le entregue los objetos que atesoro desde hace más de cincuenta años. Es posible que el mundo ya esté preparado para afrontar su terrible destino. No estamos solos en el universo, pero sólo unos pocos hemos llegado a comprender la espantosa naturaleza de esos seres apocalípticos, cuyo lento plan ha ido gestándose a lo largo de los eones.

He sufrido lo indecible para conservar un mínimo de cordura, y he conseguido guardar el secreto y mantener la custodia del libro, pero tal vez mi amor propio y mis constantes negativas al grupo vaticano hayan sido también mis mayores errores. La Sacerdotisa ya debe estar preparada, y es imposible deshacer lo hecho. Que Dios me perdone y se apiade de mi alma.

¡Esa sombra de nuevo! Hay algo ahí fuera, algo cuyo perfil monstruoso, recortado un instante al pasar volando frente a la luna, recuerdo con espantosa claridad.

¡Dios mío! Un ruido muy fuerte en la ventana... ¡Esa garra!

Capítulo X

El padre Marini abrió la puerta del ascensor y esperó a que se cerrasen las puertas interiores. Entonces, el eclesiástico se quitó la cruz de plata y la insertó con sumo cuidado en un orificio diminuto que había bajo los controles y que habría pasado desapercibido para cualquiera que no supiera de su existencia y propósito.

El único recuerdo que conservaba de su mentor, el abad Diamare, giró sin esfuerzo en el agujero y puso en marcha el aparato elevador. Se oyó un zumbido suave y la caja empezó a descender. Al cabo de un largo momento el ascensor se paró con un silbido neumático. Cuando las puertas se abrieron, el sacerdote se halló frente a otra doble puerta metálica dotada de un panel electrónico que brillaba en la semipenumbra con una luz azulada. Marini marcó un largo código en el teclado y aguardó.

Una serie de chasquidos metálicos anunciaron la apertura de la que resultó ser una puerta giratoria concebida asimismo como esclusa. Avanzó, se situó en el centro y se quedó muy quieto, con los ojos cerrados. Una cascada de líneas de luz de un color azul intenso iniciaron una danza sobre su cuerpo. Un sonido parecido al de una exhalación contenida le indicó que la esclusa se había abierto y que el paso estaba franco. Siguió avanzando y se encontró en el centro de un largo corredor que tenía una compuerta redonda en cada extremo. Giró a la derecha y se acercó a la compuerta en cuyo centro había una manivela giratoria.

Tecleó otro largo código de acceso en un terminal que había incrustado en la pared. Se escuchó un zumbido, y un tentáculo de acero emergió de una ranura. En la punta había un ocular de goma, parecido al de una cámara de video. Se inclinó sobre él y aplicó el ojo derecho. Se oyeron una serie de ruidos motorizados y un intenso haz verde bañó su pupila durante un brevísimo instante. Un momento después, la gran compuerta emitió un suspiro metálico y empezó a abrirse hacia afuera con lentitud. En el interior destellaban los guiños de los tubos fluorescentes que se iban encendiendo.

Mientras esperaba a que se abriera por completo, Marini se volvió y contempló con expresión dura la otra gran compuerta que había en el extremo opuesto del pasillo. Tras la mampara de acero y titanio estaba la última esperanza de supervivencia de la raza humana, el secreto mejor guardado de *Gli Angeli Neri*, pero también el más cruel. El protocolo, cuyo nombre en clave era Fénix, definía su utilización de manera inequívocamente precisa sólo en las circunstancias más extremas.

Se volvió con un suspiro, cruzó el umbral y bajó por una rampa iluminada por una hilera de luces disimuladas en el techo. Unas puertas correderas de cristal se deslizaron en silencio al llegar al otro extremo y Marini penetró en una sala

parcamente alumbrada. Un espeso silencio hacía que los pasos resonaran con insólita fuerza.

El eclesiástico avanzó por la sala, dejando que sus manos rozaran los cristales de las múltiples vitrinas que protegían tesoros de edad incalculable. Se paró un breve instante frente a la lanza de Longinos e hizo una genuflexión. Sin poderlo evitar, un recuerdo del abad Diamare saltó a su memoria.

—¿Los camiones?

Los ojos cansados del anciano postrado en la cama le miraban con fijeza. Habían tenido que improvisar una cuarentena en casa del arcipreste Lucci, en Sant'Elia Fiumerapido, un pueblo situado a unos pocos kilómetros de las ruinas de la abadía. En cuanto los equipos de zapadores hubieron despejado la zona de minas y trampas explosivas colocadas en las defensas abandonadas por los alemanes, el anciano monje había insistido en volver desde Roma, aún estando claramente enfermo de una malaria de la que no iba a poder recuperarse.

—¿Los camiones, *padre* Marini? —repitió con la voz tomada por el edema que le anegaba los pulmones poco a poco.

—Ya están camino de Roma, *Dom* Gregorio —contestó el recién ordenado monje, mirando de soslayo la figura inmóvil de *Dom* Martino Matronola, que no se había separado del abad desde el día que los alemanes se lo llevaron a la capital italiana.

El anciano abad se permitió exhalar un suspiro que acabó con un inquietante gorgoteo. Otros camiones sin insignias habían subido hasta las ruinas al amparo de la noche para cargar los *otros* tesoros que Marini había custodiado en la sala subterránea donde había pasado casi cuatro meses de su vida.

Aunque no había cumplido los treinta, el eclesiástico había emergido de su encierro con el cabello totalmente blanco, un primer testimonio que evidenciaba la dura lucha que había mantenido contra la locura. Había esperado a que los aliados tomaran la abadía para abandonarla, de noche y con todo el mismo sigilo que había empleado con el enemigo. Gracias a la radio de los confiados soldados norteamericanos, había logrado ponerse en contacto con la diócesis romana y hablar con el abad. Dos días más tarde, Diamare, *Dom* Martino Matronola y él se habían reunido en el pueblo de Pontecorvo. El abad había convenido en llevarse al demacrado y macilento Marini a Roma e informar conjuntamente a sus superiores.

Ante un comité extremadamente restringido, Diamare había expuesto lo acontecido en la desaparecida abadía y la situación actual. Marini completó el informe y esbozó el plan que había ideado durante su estancia.

Las órdenes fueron tajantes: todo lo que albergaba la sala secreta tenía que ser transportado hasta el Vaticano. Una vez allí, la Santa Sede decidiría si daba luz verde al extraordinario plan. Si se confirmaba el proyecto, la creación de *Gli Angeli Neri* se

iba a convertir en realidad, y Roberto Marini iba a ser el máximo responsable. Sólo el nuncio papal estaría por encima de cualquier decisión que pudiera tomar. Y sólo Dios juzgaría los terribles actos que iban a decidir el futuro de la Humanidad sobre la Tierra.

El abad le hizo una seña con la mano al padre Martino. Éste se levantó de la silla, inclinó la cabeza ante Diamare y salió de la pequeña habitación sin mirar a Marini, que ocupó el asiento vacante con premura.

—Veo que conserváis la cruz que os di.

El joven monje de pelo plateado asintió, mientras una vez más, los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Vuestro regalo fue lo único que me recordaba mi condición de benedictino —contestó con voz entrecortada.

—¿Por qué decidisteis leer esas herejías? En otro tiempo, os hubierais expuesto a perder la vida por ello.

Marini jugueteó un breve instante con la cruz de plata.

—Me dejé tentar por... por... —titubeó. En realidad, nunca se había preguntado qué fue lo que le azuzó a leer todo aquello. Era algo más que curiosidad, quizá el destino, quizá el propio Dios buscando un aliado entre la humanidad decadente y bárbara.

—El conocimiento puede abrir puertas que deberían permanecer cerradas para siempre —sentenció el abad, cerrando los ojos.

Marini se lo quedó mirando un breve instante. Se le veía frágil y cansado. Ya no resistiría mucho más tiempo.

—Tenéis razón, *Dom Gregorio* —contestó con voz queda—. Pero ahora que *sabemos* de la existencia de un enemigo tan formidable, podemos intentar combatirlo. La ignorancia nos hubiera dejado indefensos ante esas blasfemias.

El abad sopesó las palabras de su discípulo y al final hizo un pequeño chasquido con la lengua.

—Quizá tengáis razón —replicó—. Pero en esta guerra han muerto millones de almas, y en la que vais a comenzar ni siquiera sabemos *cómo* combatir.

—Lo averiguaremos, *Dom Gregorio* —afirmó asiéndole la mano—. Dios proveerá.

El abad abrió mucho los ojos y le sonrió con dulzura.

—Que Dios os oiga, padre Marini —suspiró, dándole un apretoncito—. Que Dios os oiga.

Marini desvió la mirada hacia la puerta.

—¿Qué ocurrirá con el padre Matronola? No fue convocado a la reunión de Roma.

—No os preocupéis por él. Es un hombre discreto. Le van a nombrar mi sucesor

en Montecassino y sólo con la reconstrucción de la abadía va a estar muy ocupado durante los próximos años. De todas formas, he preferido limitar el conocimiento acerca de este tema, por su propio bien y por el nuestro. En cuanto a vos...

Marini se envaró en la silla y aguardó en silencio. El abad le miró con fijeza un instante y los ojos acuosos brillaron con una inesperada humedad.

—Tendréis que desaparecer de los anales de la Orden, padre Marini. Es necesario que quedéis al margen de todo para poder mantener el secreto. Matronola se encargará de ello. No deja de ser irónico, pero en el diario de la comunidad vais a aparecer como un monje sordomudo. ¿Qué os parece?

Muy a su pesar, Marini esbozó una sonrisa. La curia romana estaba especializada en crear fachadas y símbolos sugerentes. Un sordomudo era la imagen perfecta de alguien capaz de guardar los mayores secretos.

—¿Por qué no? —dijo soltando una risita—. Creo que es la analogía más apropiada para mi futuro.

El abad se incorporó de pronto en la cama y agarró la mano de Marini con fuerza.

—Debéis estudiar las estelas —le dijo con voz temblorosa—. Es preciso descifrar su contenido. Parecen ser la clave de nuestra supervivencia o de nuestra aniquilación. Debéis concentrar todos vuestros esfuerzos en... —una tos violenta y cavernosa le interrumpió.

Al instante, se abrió la puerta y el padre Matronola entró con un vaso de agua en la mano. Marini se levantó y se dirigió hacia la salida.

—Debéis descansar, *Dom* Gregorio —dijo desde el umbral mientras inclinaba la cabeza en señal de respeto—. Vendré a veros por la mañana.

El abad alzó una temblorosa mano y trazó una bendición en el aire.

—Qué Dios os dé fuerzas.

Al día siguiente, Matronola le informó, con lágrimas en los ojos, que *Dom* Gregorio Diamare había muerto mientras dormía.

Las lágrimas resbalando por sus mejillas le devolvieron a la realidad. Se enjugó la cara con el dorso de la mano y se alzó del suelo, mirando las hileras de vitrinas y objetos colocados sobre pedestales que llenaban el recinto, una reconstrucción modernizada de la sala secreta de la abadía de Montecassino.

En un rincón de la enorme habitación sin ventanas estaban colgadas cinco estelas de arcilla iluminadas por unos pequeños focos que apenas permitían distinguir la extraña y aterradoramente familiar escritura cuneiforme que las cubrían por completo. Aunque no era capaz de leer las antiquísimas runas, Marini se sabía de memoria los textos que Baxter había descifrado unos años antes, los terribles versos que Moisés, en un raptó de inspiración, había llamado las Tablas de la Ley, ocultando su verdadero significado al mundo tras la palabra de Dios y sus Diez Mandamientos, un relato más esperanzador que los historiadores se habían encargado de amplificar y

adornar con imágenes de arbustos en llamas y voces divinas.

El padre Marini se situó frente a la primera estela, y en su mente aparecieron las palabras esculpidas:

*Y aparecerá la Primera Dama, la Sacerdotisa,
Terrible en su esplendor decadente.
Conocerá los Textos Prohibidos
Y quebrará el Primer Sello,
Que abrirá el Portal Primigenio
Y segaré la vida de un tercio de los Hombres.*

La mirada del eclesiástico se desvió hacia dos grandes paños negros que colgaban de otra sección de la pared. Bajo ellos estaban los dos lienzos que habían sido el detonante de todo. Su autora, la pintora Ûte Firsch-Pieke, había tenido el terrible honor de convertirse en la Sacerdotisa. Sólo Dios sabía cuál era el atroz destino que le había deparado aquel acto imprudente. Un estremecimiento involuntario le sacudió al recordar las terribles imágenes del cataclismo que se había desatado seis meses antes. Si no hubiera sido por la intuición y la tenacidad de Julia Andrade, no hubieran llegado a tiempo de detener el ritual y ahora, mucho más que un tercio de la raza humana sería un simple recuerdo.

Marini desvió la vista hacia la segunda estela:

*La Segunda Dama, la Guerrera,
Cuya espada refulge de plata y azul,
Llegará con las manos manchadas de sangre
Y se le otorgará el Poder y la Fuerza
Para salvar almas inocentes
Y diezmar las bestias de la tierra.*

El segundo grupo de versos reflejaba la persona de Basia, su lugarteniente, la ex mercenaria que seguía marcando la diferencia a la hora de combatir. Su espada de color plata y azul —el rifle con la mirilla telescópica adaptada que era su arma preferida— había diezgado a los Profundos con eficacia, el mayor de los grupos de adoradores del Dios Dormido, el gran enemigo de *Gli Angeli Neri*.

Una lágrima se escapó de sus ojos al recordar la trágica muerte de Fabio Lamberti, que había pasado a engrosar la larga lista de bajas que aquella guerra interminable les estaba costando. Marini se persignó y se acercó un poco más al tercer fragmento de piedra.

*La Tercera Dama, la Heredera,
Poseerá el don de las Lenguas*

*Y destruirá el Segundo Sello
Y todas las montañas y valles
Se anegarán con la sangre
De otro tercio de los Hombres.*

Había sido precisamente Julia Andrade la que había impedido que se cumpliera el augurio. Su increíble resistencia a la llamada de los Ancianos había hecho que tan sólo se pudiera romper uno de los sellos, el de la isla de Oak, en Nueva Escocia, impidiendo así en parte la hecatombe sísmica que podría haberse ocasionado si se hubiera llegado a detonar el segundo artefacto nuclear que por fortuna jamás llegó a Irlanda.

Marini frunció el ceño con preocupación. Algo en el comportamiento de Julia en los últimos días había disparado la alarma en su interior. Parecía más cansada que de costumbre, más derrotada, y lo que era más inquietante, más ensimismada y silenciosa. Julia había visto demasiado, sabía mucho más de lo que podía resistir su mente, y tenía un pasado y un legado que la hacían muy vulnerable.

Quizá debería haberle contado toda la verdad. Tal vez hubiese sido mejor que Julia estuviese preparada para la gran prueba final. No obstante, temía por su vida y su integridad mental si le era revelado el último secreto. Era preciso apartarla de todo cuanto antes pero, si era cierto lo que postulaba la cuarta estela, tal vez fuera demasiado tarde.

*Y arribará la Cuarta Dama, la Escriba,
Para dar fe de aquello que acontezca.
Con ella sonará el Cuerno del Apocalipsis,
Las fauces del averno soltarán la presa envenenada
Y la Plaga liberada acabará sin remisión
Con el último tercio de los Hombres.*

Isabel Forcada, la nueva incorporación, concordaba con la sucinta descripción de los enigmáticos jeroglíficos. Con ella había sonado en cierta manera el cuerno del Apocalipsis, ya que el inquietante mensaje que había llegado unas cuantas horas antes procedente del padre Alonso no presagiaba nada bueno. Como colofón, las noticias de la pandemia habían empezado a llegar de todas partes. Hora a hora, día a día, las crías de Shub Nil Al-raz habían ido invadiendo cuerpo tras cuerpo, creciendo y multiplicándose hasta provocar el fallecimiento de su impotente huésped. El número de bajas era simplemente incalculable.

Marini se plantó ante la última estela, reflejo inmisericorde del último acto en la gran tragedia humana:

*Y cuando las Cuatro Damas libren la última batalla
Y la Humanidad no sea más que un recuerdo,
Del Océano embravecido surgirá al fin, triunfante,
El Olvidado Dios Dormido.*

Con estos últimos versos nefastos se acababa la Profecía de las Cuatro Damas. Con estas simples palabras terminaba la milenaria historia de la Humanidad. ¿Quién había esculpido aquellos funestos caracteres? ¿Qué poder ancestral había conjurado el destino de los humanos y los Dioses Primigenios? Ésas eran las grandes preguntas que probablemente nunca obtendrían una respuesta satisfactoria. Quizá eran cuestiones cuya respuesta era mejor no saber.

Las palabras de un Diamare agonizante resonaron de nuevo en su cabeza: «El conocimiento puede abrir puertas que deberían permanecer cerradas para siempre».

Algo más seguía preocupando al eclesiástico. Las estelas hablaban de la aparición de las Cuatro Damas como algo dinámico. Cada Dama hacía posible que la siguiente entrara en escena. Pero, de ser así, ¿por qué había aparecido Isabel en escena si Julia había conseguido detener el flujo de la profecía en Irlanda? ¿Y dónde encajaba la inquietante información que el padre Alonso había comunicado desde la isla de La Palma? ¿Por qué razón el Sol había sufrido la gigantesca erupción justo en el instante del cataclismo de la costa este de Norteamérica? Sin proponérselo, el padre Marini se arrodilló, cerró los ojos con fuerza y se dispuso a orar.

Una vibración en el bolsillo le hizo volver a ponerse en pie con dificultad. Lanzó un pequeño gruñido de irritación al percatarse una vez más de que la edad le estaba pasando factura. Sacó el pequeño *busca* de la chaqueta y miró la pantalla.

—No es posible —exclamó en voz alta, abriendo mucho los ojos—. ¡Dios mío, no es posible!

Capítulo XI

El alarido intermitente de la alarma sacó de golpe a Isabel de su ensimismamiento. De repente, la quietud relativa del *palazzo* se transformó en una vorágine de pasos apresurados y gritos. El corazón le dio un vuelco. Algo grave estaba sucediendo. Tan aprisa como pudo, guardó el diario, las fotos y los archivos en sus bolsas y salió al pasillo con el tiempo justo de ver salir a Julia y Basia de una de las salas adyacentes y dirigirse a la carrera hacia la gran sala de comunicaciones. Sin pensarlo dos veces, echó a correr detrás de las dos mujeres, estrechando entre sus brazos el material de Baxter.

Por el camino se cruzó con un grupo de soldados que corrían hacia la salida cargando gran cantidad de rifles y cajas metálicas. Los técnicos y el personal que trabajaba en las salas cercanas estaban agolpados en las puertas, con las caras desencajadas, teñidas de rojo por la ominosa luz de emergencia que brillaba en el panel de acceso. Isabel adivinó que habían sellado las puertas electrónicamente y el detalle acentuó el miedo que sentía florecer en sus entrañas.

Al entrar en la sala de comunicaciones, se paró en seco al ver las imágenes que se proyectaban en las enormes pantallas de la bóveda. Al principio no pudo comprender qué estaba viendo, pues se lo impidió el surrealismo de las escenas de enormes seres parecidos a batracios deformes que se iban desplazando por la ciudad de Florencia, muchos de ellos armados con extraños tridentes o enormes mazas de un intenso color rojo coralino.

Tras unos segundos de incredulidad, Isabel se dio cuenta del significado de todo aquello. El *palazzo* Ariosto, quizá la ciudad entera, estaba siendo atacado por un enorme contingente de Profundos que seguían saliendo de las aguas del río Arno. Finalmente, el enemigo había decidido dejar de ocultarse y pasar al ataque abierto. «¿Y por qué no?», pensó inopinadamente Isabel, aún un tanto aturdida. Ya casi no quedaban humanos que les pudieran hacer frente, y para ellos, el tiempo también parecía ser un factor primordial.

—¿Cuántos equipos tenemos disponibles? —oyó que decía la voz del padre Marini, que ya estaba de vuelta en el centro de la sala, agarrando su crucifijo con fuerza mientras miraba los monitores.

—Tenemos un par aquí, pero ya he dado aviso al resto para que se den toda la prisa posible en regresar —respondió Basia desde uno de los terminales.

Las mandíbulas de Marini se tensaron. No fue necesario que dijera nada más. Estaba claro que no sería suficiente.

—Hay que contenerles cueste lo que cueste —dijo con un tono en el que se adivinaba la ansiedad—. Tenemos que ganar tiempo y retrasarles hasta que lleguen los equipos.

Basia se levantó del asiento y se encaró con el eclesiástico.

—No se preocupe, padre —dijo asiéndole por el brazo con suavidad—. Saldremos de ésta, aunque no va a ser fácil.

—Nunca lo ha sido —añadió la voz de Julia, que entraba en la sala en ese momento. Iba enfundada en un traje de combate negro y se estaba acabando de ajustar una sobaquera. Sus ojos miraron a Isabel con expresión vacía—. Voy a necesitar la estrella, Isabel.

La aludida le devolvió la mirada mientras sus manos agarraban el símbolo como si lo quisieran proteger. No había tenido tiempo de preguntar por qué no había más medallones, por qué sólo las dos mujeres llevaban la Estrella de los Ancianos colgada del cuello. El miedo le gritaba en los oídos con fuerza, incitándola a negarse, a conservar el talismán protector.

Miró a Basia y ésta le hizo una seña afirmativa con la cabeza. Intentando reprimir el sollozo que pugnaba por escapar de su pecho, Isabel se descolgó el medallón y se lo tendió a Julia, que lo cogió y se lo puso en completo silencio.

Marini contempló a las tres mujeres sin decir nada. Las palabras de la profecía volvieron a su mente. Sin proponérselo, al unísono, como impelidas por una fuerza invisible, las tres Damas se arrodillaron frente al eclesiástico.

—*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti* —invocó solemne el padre Marini, bendiciendo en el aire.

—*Amén* —contestaron tres voces.

La tormenta que se había desatado sobre Florencia rugía con una violencia inaudita. No había pausa entre los relámpagos y los truenos reverberaban en las estrechas calles de la sobrecogida ciudad con ecos que multiplicaban su fuerza. El ruido de la cortina de agua que caía del cielo resonaba entre los arcos del patio porticado con la potencia de una cascada. Isabel se parapetó tras una columna de la galería de la que saltaron esquirlas de mármol al recibir el impacto del tremendo golpe de maza. Saltó hacia un lado y se arrodilló mientras fijaba la mira de la pistola en el enorme cuerpo que ya se estaba girando hacia ella. Disparó dos veces e hizo blanco en la cabeza y el pecho de su atacante, que soltó un atronador gorgoteo inhumano antes de caer y quedar inmóvil en el suelo. Un nuevo relámpago iluminó la noche. Con el rabillo del ojo, Isabel vio la sombra de otro Profundo recortarse en la arcada que tenía más próxima a ella. Con más instinto que pericia, se lanzó al suelo y se revolvió como una gata hasta quedar boca arriba. La sombra enarboló el garrote y se acercó. Apretando los dientes, Isabel disparó dos veces más. El primer tiro destrozó la parte superior de la fuente, pero el segundo impactó en la cabeza y le obligó a retroceder. El movimiento lo dejó expuesto a la luz de los relámpagos, convertido en un blanco claro. Sin dudar ni un instante, disparó de nuevo a la cabeza. El grotesco cuerpo se desplomó salpicando la pared con una horrible casquería que la incesante lluvia

empezó a diluir de inmediato.

Respirando entrecortadamente, Isabel aguzó el oído. A través del fragor del aguacero y de los incontables y casi continuos truenos le llegaban de manera amortiguada las detonaciones secas de más disparos y una algarabía de estremecedores sonidos en los que se mezclaban los gritos inhumanos de los atacantes con los de algún desafortunado defensor.

Isabel aprovechó la pausa para recargar la voluminosa arma con un nuevo cargador de balas modificadas. Llevaban ya casi una hora combatiendo. Habían podido contener el segundo asalto, pero estaba segura de que habría un tercero, tal vez más. El diminuto transmisor que llevaba en el oído cobró vida.

—¿Isabel? —le dijo la voz de Basia—. ¿Estás bien?

—Por el momento —masculló entre dientes, mientras acababa de ajustar el cargador—. ¿Cómo va por ahí fuera?

—No muy bien —contestó la otra mientras se oía el retumbar de dos disparos—. Son demasiados.

—Voy para allí —exclamó Isabel con decisión.

—¡No! ¡No, Isabel! —oyó que exclamaba Basia—. Te necesitamos ahí, como última línea de defensa. Si llegan al control central, estamos perdidos.

—Lo estamos de todas formas si os sobrepasan —repuso Isabel con tono seco. «No soy ningún obstáculo para esos monstruos —añadió para sí misma—, hasta ahora he tenido suerte, simplemente».

Se incorporó y se acercó a la destrozada columna con cautela, atisbando a ambos lados con el arma preparada. Bajó la escalera y se agazapó detrás de un arco del pequeño patio. Las farolas habían dejado de funcionar, pero los casi continuos fognazos de los relámpagos lo alumbraban todo con una claridad estroboscópica.

El ruido de tejas moviéndose por encima de su cabeza le salvó probablemente la vida. Miró hacia arriba con el tiempo justo de ver las moles de dos seres deslizarse por el tejado y caer frente a la escalera. Sin dudarlo, Isabel disparó dos veces hacia ellos, alcanzando a uno en un hombro. El horrendo ser dejó caer el arma y soltó un estremecedor sonido borboteante que resonó con brutalidad entre las paredes. El otro inició un movimiento hacia Isabel, que volvió a disparar dos veces desde su posición. Esta vez falló los dos tiros. «Maldita sea», pensó exasperada. Aquellas obscenidades ambulantes eran casi tan grandes como un armario, y no iba sobrada de munición.

La réplica del monstruo fue un golpe de tridente que le pasó rozando el cabello. Con un grito de desespero y rabia, Isabel apuntó y disparó su última bala a la cabeza del horrible engendro, que se desplomó a sus pies como un fardo. Mientras recargaba no pudo hacer nada más que contemplar, aterrada, cómo el otro Profundo iniciaba una lenta subida por la escalera que acababa de abandonar. Los nervios la hicieron errar en el cambio de cargador, y para cuando el arma estuvo lista, el monstruo había

hundido la puerta de entrada de un poderoso mazazo y había desaparecido en el interior.

Se incorporó como un resorte, pero un extraño sonido la detuvo. Precedidos por un surtidor de agua, dos Profundos más emergieron coleteando del pozo y aterrizaron con un golpe sordo sobre el suelo encharcado. Isabel corrió hacia la siguiente arcada, pero se volvió a detener en seco cuando otra sección del debilitado techo se hundió bajo el peso de un nuevo atacante que cayó ante ella entre una nube de trozos de teja y madera.

Alzó el arma y disparó, pero la maza de coral que enarbolaba el ser desvió el proyectil, haciendo saltar chispas de la pared vecina. Isabel tuvo que agacharse a toda prisa para evitar la brutal réplica que siguió a continuación, y rodó sobre sí misma para apartarse un poco más. Contaba con la exigua ventaja de que los movimientos de los monstruos eran lentos, pero sus ataques eran demoledores. No podía permitirse encajar ni un solo golpe, ya que con toda seguridad representaría el fin de sus días en este mundo.

Su oponente se volvió y se dirigió hacia su nueva posición dando los extraños saltitos que les hacían aún más inhumanos. La luz de un relámpago incidió en todo su renqueante horror e Isabel no pudo reprimir un grito de espanto. Falta de aliento, boqueando de una forma extrañamente parecida al ser imposible que se arrastraba en su dirección, Isabel consiguió encadenar dos disparos con éxito. Pero cuando el gran cuerpo cayó al suelo, Isabel se quedó sin fuerzas, jadeando de forma descontrolada e incapaz de mover un solo músculo.

Ni siquiera el ruido de nuevos atacantes cayendo desde el tejado pudo inducir la necesaria dosis de adrenalina que parecía haber abandonado su cuerpo por completo. Su mirada estaba fija en los bestiales rasgos del último atacante, cuya horrible cabeza deformada estaba a escasos centímetros de la suya.

Los ojos sin expresión y sin párpados que parecían escudriñar su interior le provocaban continuos escalofríos, y una serie de imágenes blasfemas y de terrible significado estaban pugnando por aflorar en su mente. Los ecos de los poemas de Al-Azif reverberaron con fuerza renovada, las runas de las estelas de las fotografías se transformaron en fonemas perfectos y de pronto, las insidiosas líneas que algún desconocido profeta había cincelado incalculable tiempo atrás cobraron significado.

La Profecía de las Cuatro Damas estalló en su cabeza con un fogonazo cegador. *Y vio al Dios Dormido en la ciudad sumergida y las legiones que Le adoran y que guardan Su Sueño de eones hasta el día de Su Despertar. Y rió, rió extasiada ante Su Presencia, y quedó prendida de Su Poder y la Gloria de Su Despertar...*

Últimos dos cargadores. Basia se mordió los labios con frustración. Aquello era mucho peor que la batalla de Innishshark. Los Profundos estaban ganando terreno, y la oscuridad reinante en Florencia, aunque rota por los innumerables relámpagos, no

ayudaba demasiado para localizarles. Los soldados habían colocado unos aparatos emisores de la misma luz azul que utilizaban en las mirillas de los rifles en varios puntos del *palazzo*, gracias a la cual podían ver con más claridad a un enemigo cada vez más numeroso y al que no parecía preocupar las importantes bajas que estaba sufriendo. El clamor de los seres era ensordecedor y en ocasiones conseguía tapar casi por completo la sinfonía de truenos que retumbaban por encima de los tejados de la capital de la Toscana.

Cuando había llegado a su posición de defensa en una de las múltiples azoteas, Basia se había quedado helada durante un breve instante. El increíble espectáculo que se desplegaba ante sus ojos parecía más propio de la actuación de delfines de un parque acuático. Impulsados por las potentes membranas de sus pies palmeados, decenas de monstruos emergían del agua del río alcanzando la orilla con un salto único y poderoso. Algunos incluso habían llegado hasta los tejados más bajos de los edificios que colindaban con el caudaloso Arno. Pero ahí acababa todo el parecido de las aberraciones con la de los gráciles mamíferos marinos. Las tremendas garras y las poderosas armas que enarbolaban mientras avanzaban por las calles de la ciudad les diferenciaban con inequívoca claridad.

A lo lejos se veían los potentes focos de luz que portaban los helicópteros con las tropas de combate, que se habían tenido que desplegar por la zona dado el cuantioso número de atacantes que estaban aterrorizando a los escasos habitantes florentinos, que corrían despavoridos tratando de huir de la ciudad y de la inconcebible pesadilla en que se había convertido el mundo.

Todo parecía seguir un plan perfectamente concebido, nada característico de los Profundos, más intuitivos que inteligentes, más animal que ente sapiente. Había *alguien* orquestando todo aquello, alguien que conocía a la perfección a los humanos y sabía que el mejor resultado se lograría disgregando a *Gli Angeli Neri* en pequeños grupos, que de otra forma, dada su tecnología armamentística, eran casi invencibles.

El primer nombre que le venía a la cabeza era Wilhem Thaddeus Marsh, pero algo le decía que tenía que haber *alguien más* tras el insospechado y brutal ataque. Marsh había desaparecido sin dejar rastro tras el hundimiento de la costa este del continente americano, y ni siquiera *ellos* tenían tantos recursos como para organizarse tan rápidamente. Esta vez tenían un objetivo muy claro y una prisa inusitada por acabar con la única resistencia armada, algo desconcertante y poco estratégico si se tenía en cuenta que el plan de Shub Nil Al-raz estaba funcionando a la perfección. Tan sólo era cuestión de tiempo, muy poco tiempo, el que ya no hubiera oposición suficiente para frenar sus planes de reconquista. Entonces, ¿por qué salir al descubierto? ¿Por qué no esperar un poco más y disfrutar del triunfo desde lo alto de la inmensa pila de cadáveres que sería en breve la raza humana?

Un par de Profundos que consiguieron alcanzar la azotea en ese momento

hicieron que Basia dejara de barajar hipótesis y preguntas sin respuesta y se centrara en lo que estaba intentando hacer desde hacía horas: sobrevivir.

No iba a ser fácil. Los atacantes iban disminuyendo, pero todavía eran muchos. Los equipos de la organización vaticana habían sufrido numerosas bajas y con cada nueva pérdida disminuían exponencialmente sus posibilidades de frenar el avance imparable del enemigo.

Disparó al que tenía más cerca. Blanco en la cabeza. Basia cambió de posición y recargó el arma mientras lo hacía. Sólo le quedaba un cargador. En total, diez enemigos podían caer si conseguía otros tantos aciertos letales. Inspirando profundamente, se incorporó y apuntó al otro atacante, que ya estaba a medio camino de su posición, con el garrote de coral en alto.

Entonces oyó las carcajadas histéricas de Isabel por el auricular del oído y supo al instante que algo iba terriblemente mal.

—¡Isabel! —gritó en el micrófono, al tiempo que disparaba dos tiros, fallando uno—. ¡Isabel, contesta!

Sólo se oyeron más risas altisonantes y ciertas palabras que le helaron la sangre. Un colosal estrépito la hizo meter la cabeza entre los hombros y vio trozos de ladrillo saltando en todas direcciones. Había perdido la concentración durante un par de segundos y el monstruo herido casi la había alcanzado. Rodó sobre sí misma y disparó dos veces más, alcanzándolo esta vez en pleno pecho. El ser cayó hacia adelante con un sonido húmedo, pero en su caída consiguió arañar con las enormes garras la pierna de Basia, que soltó un grito de dolor.

—¡Basia! —oyó que le gritaba Julia por el auricular—. ¡Basia!

Sobreponiéndose al ardiente escozor que le subía por la pierna herida, Basia se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de acceso.

—Estoy bien, estoy bien —respondió entre jadeos—. Algo pasa con Isabel, Julia. Voy a bajar. De todas maneras, estoy casi sin munición.

—Voy contigo —oyó que respondía la otra, que estaba apostada en otra de las múltiples azoteas del *palazzo*—. Parece que ya no van a intentarlo por este lado. Hay mucho más movimiento en la zona que cubre Isabel.

Basia inició el descenso hacia el patio pero se detuvo a medio camino. De repente, se había acallado el clamor de los Profundos y el súbito silencio estaba roto únicamente por los continuos truenos y los disparos que seguían retumbando sin cesar. Aquello no presagiaba nada bueno. A toda prisa, volvió a subir hasta su posición en la azotea y examinó los alrededores con los binoculares. Los monstruos estaban quietos en las calles, como hipnotizados, con las cabezas alzadas mirando en una misma dirección.

Basia siguió la dirección y se encontró enfocando la silueta inconfundible de Santa Maria del Fiore. Una forma se movía con decisión y cierta dificultad sobre la

cúpula mojada del *duomo*. Angustiada y desconcertada, observó trepar al monstruo hasta el orbe dorado que culminaba la catedral y lanzar desde allí un atronador bramido que resonó por toda la ciudad. La unísona respuesta de los atacantes fue aún más ensordecedora.

Basia se mordió los labios. A todos los efectos, la innecesaria acrobacia había sido una demostración de triunfo, una señal bastante inequívoca de que habían cumplido con la misión que se les había encomendado. Un sentimiento de furia se apoderó de la polaca. Guardó el arma corta y se descolgó el rifle que llevaba sujeto a la espalda por medio de un arnés. El largo cañón destelló con reflejos plateados bajo la luz de un relámpago. Se acercó al borde de la azotea, alzó el arma y apuntó con cuidado a través de la mirilla telescópica.

—Éste va de parte de Fabio —susurró la Guerrera entre dientes antes de hacer una profunda inspiración para equilibrar aún más el disparo.

El arma escupió una breve llamarada y el ser cayó dando tumbos por la cúpula y desapareció de la vista. El clamor del ejército de Profundos volvió como una ola, transformado esta vez en un incesante alarido de furia. La voz de un soldado sonó en el auricular.

—¡Se están retirando! —oyó que decía—. ¡Están volviendo a saltar al Arno!

El ataque había terminado. Descendió de la azotea con precaución y llegó hasta la galería, observando con preocupación los agujeros en la techumbre de los pórticos del patio del pozo. *Déjà vu*. Sacó la cabeza con cautela por encima de la balaustrada pero no alcanzó a ver más que los cuerpos inmóviles de dos Profundos. En el patio reinaba el silencio, lo que sólo hacía que aumentar su desasosiego. Decidió arriesgar el todo por el todo y bajó el último tramo de escalones a toda velocidad, cubriéndose tras una columna al llegar abajo.

Hasta sus oídos llegó entonces un suave canturreo que reconoció a la primera. Era la voz de Isabel entonando uno de los infernales cánticos de alabanza al Dios Dormido. Olvidando toda precaución, Basia se abalanzó hacia el origen del abominable sonido y la vio, tumbada al lado de uno de los cadáveres, mirándole casi con ternura mientras sus manos acariciaban las runas del garrote coralino.

—¡Isabel! ¡Por el amor de Dios, Isabel! —gritó mientras la zarandeaba con desespero. En la mirada de la española se veía brillar la locura, y se podía apreciar que lo que sus ojos estaban viendo no pertenecía ni a éste ni a ningún otro mundo que hubiera sido hollado por el ser humano.

—¡Julia! —llamó con desespero por el intercomunicador—. ¡Julia! ¿Dónde estás?

—Justo detrás de ti —se oyó a sus espaldas, haciéndola dar un brinco—. ¿Qué le ha pasado? ¿Está herida?

—No que yo vea —repuso Basia tras hacerle una rápida inspección—. Ayúdame a sujetarla, necesita la Estrella.

Esta vez, el camino de retorno a la cordura le resultó más difícil. Isabel tuvo que luchar contra las voces sugerentes, los cánticos infernales y las imágenes aberrantes que se superponían y se mezclaban en su mente. Trató de enfocar toda su debilitada voluntad en el símbolo estrellado, tan sólo una tenue mancha difusa que se alejaba con crueldad cada vez que conseguía acercarse un poco. La parte racional que luchaba contra la invasión de la demencia trataba por todos los medios de hacerla escuchar las palabras de una voz sosegada y conocida que la iba guiando hacia la esquiva estrella. Poco a poco, se fue disipando la densa niebla azulada que la rodeaba hasta que vio los rostros cercanos de Julia y Basia.

Se incorporó y se abrazó a las otras dos mujeres con la fuerza de una niña asustada. Sentía que había estado muy cerca de perderse para siempre. De pronto, recordó la profecía.

—¡Oh! Julia, ¡la profecía! —exclamó señalando con el brazo hacia la destrozada puerta de acceso al interior del *palazzo*—. ¡La profecía!

Julia la miró con cara de extrañeza y se volvió para encararse con Basia, pero ésta se limitó a devolverle la mirada con una extraña expresión en el rostro y se puso en pie, acercándose a la escalera con cuidado.

—Hay como mínimo tres o cuatro huellas en los escalones —anunció desde allí.

Julia se encaró de nuevo con la angustiada Isabel.

—¿Han conseguido entrar? —inquirió con un tono en el que se adivinaba el pánico.

Pero Isabel no conseguía hilvanar sus pensamientos. Las imágenes de las estelas esculpidas y su contenido llenaban su mente herida por completo.

—La profecía, la profecía... —sólo podía articular.

Julia dudó un instante, se quitó el medallón y lo pasó alrededor del cuello de Isabel, que volvió a soltar un respingo cuando la extraña piedra entró de nuevo en contacto con su piel. Julia notó cómo se relajaba entre sus brazos hasta que se sumió en la inconsciencia. Con cuidado, la depositó en el suelo y se incorporó. No podía hacer mucho más por ella, al menos por ahora.

Volvió la cabeza pero Basia ya no estaba en la escalera. Julia hizo una mueca de exasperación, le cogió la pistola y el cargador a Isabel y echó a correr en pos de la otra. Entró en la sala de los cuadros con las dos armas por delante, intentando discernir algo en la oscuridad reinante. Tan sólo vio los bultos sin vida de dos Profundos y un soldado con la cara destrozada por varios golpes. La puerta interior de acceso estaba abierta y en su interior resonaba aún la alarma. En el pasillo que comunicaba con la sala central, Julia encontró el cadáver de otro soldado cuyas manos cubiertas de sangre trataban de contener las vísceras que le asomaban de una enorme herida. Un poco más adelante, un Profundo y un soldado se habían empalado mutuamente en una lanza de oro.

Julia se dirigió al cuarto de seguridad que estaba al final del corredor y desconectó la alarma sonora. Ya no tenía sentido el tener el hiriente sonido zumbando en su cabeza. El silencio que siguió fue todavía más inquietante. Avanzó por los diferentes corredores, aferrando las dos pistolas y entonces, al llegar a la intersección que conducía a la sala de control, oyó los sollozos.

Presa de una repentina angustia, corrió los últimos metros e irrumpió en la gran sala abovedada, devastada por la lucha que había tenido lugar allí. Dos de las cuatro pantallas estaban hechas pedazos y las entrañas electrónicas se desparramaban soltando débiles chispazos. Varias mamparas de cristal estaban destrozadas y se veían cadáveres de soldados, técnicos y monstruos por doquier. Durante el período de enajenación de Isabel, un grupo de Profundos había conseguido penetrar en el centro de mando.

Pero a pesar del caos reinante, Julia sólo tenía ojos para la figura de Basia, sentada en el suelo, sosteniendo al padre Marini en su regazo. Sin pretenderlo, Julia encontró en su archivo artístico mental el referente pictórico perfecto: la Pietá de Miguel Ángel.

La cara del eclesiástico estaba cubierta de sangre, y se podían apreciar tres grandes heridas en el costado izquierdo. El corazón de Julia dio un vuelco al ver que todavía respiraba débilmente, pero los ojos de Basia, arrasados por las lágrimas, le indicaron con cruel claridad que no iba a poder sobrevivir.

Julia se arrodilló al lado del padre Marini y le cogió la mano: estaba fría y todo su cuerpo temblaba espasmódicamente debido a la profusa hemorragia. En ese instante, Marini abrió los ojos y las miró, primero a Basia con expresión de dulzura y después a Julia. Su rostro se contrajo y trató de incorporarse. Las dos mujeres trataron de impedirselo con suavidad, pero aún así no pudieron evitar el violento acceso de tos teñida de rojo brillante que precedió a sus palabras.

—Julia —susurró el padre Marini con voz sibilante—. Julia, recuerda siempre tu nombre.

Julia cruzó su mirada con Basia sin comprender. Entonces notó cómo la mano del padre Marini le agarraba la mano con extraordinaria fuerza.

—¡Tu nombre, Julia! —exclamó con el desespero reflejado en la mirada y en la voz, tosiendo y jadeando—. ¡Jamás olvides tu nombre!

Ésas fueron las últimas y desconcertantes palabras del hombre que se había entregado por completo para proteger a la Humanidad y que había dado su vida, emulando al Cristo redentor en el que había confiado por completo desde su ingreso como novicio en la orden benedictina. Los ojos oscuros se abrieron mucho, como queriendo abarcar toda la gran sala en una última mirada, quizá viendo en ese instante de transición la puerta que franqueaba el paso al hermoso mundo prometido por el Dios de los cristianos. Lentamente, su cabeza se inclinó hacia un lado y quedó allí,

postrado sobre el regazo de la improvisada Madonna cuyas incesantes lágrimas iban diluyendo las marcas de sangre de su rostro y devolviéndole el aspecto de ángel que había tenido en vida.

Julia se desasíó de la mano inerte del padre Marini con cuidado infinito y se alzó del suelo. Por extraño y cruel que pareciera, no encontraba sus lágrimas. El dolor de la pérdida era tan grande que parecía haber hecho implosión en su interior y sólo sentía un vacío en la boca del estómago y la sensación de que alguien la estaba agarrando por el cuello con fuerza brutal.

Se apoyó sobre una de las consolas de la sala, inspiró profundamente varias veces con los ojos cerrados y trató de concentrarse: sabía que debían seguir adelante, que debían continuar la lucha hasta el final, hasta que no hubiera ninguna posibilidad, hasta que absolutamente todo estuviera perdido. Pero la crueldad de la derrota hizo tambalear los pilares de la fe que la había sostenido hasta ese momento. El nudo que tenía en la garganta apretó con más fuerza, pero las lágrimas siguieron negándose a aliviar la insoportable presión con su húmeda presencia. Todo estaba perdido y quizá debiera guardar el llanto para el día de su propia muerte.

Un par de soldados aparecieron sosteniendo a un tercero. Después, un técnico salió tambaleándose de uno de los cubículos destrozados, con la cabeza ensangrentada. Otro soldado apareció con la inconsciente Isabel en brazos. Poco a poco, se fueron congregando en la sala todos los supervivientes del brutal ataque. Julia contó hasta cuarenta, pero después dejó de contar. Ya no tenía sentido enumerar las bajas. Habían sido vencidos y el número de supervivientes era un dato tan inútil como el hecho de seguir combatiendo contra un enemigo inagotable.

El súbito rumor que se alzó en la sala hizo que Julia mirara a su alrededor. Todos los allí presentes se habían puesto a rezar, inmóviles, algunos mirando con los ojos anegados en lágrimas a Basia y al cuerpo sin vida del padre Marini, otros con los ojos cerrados.

Las palabras del Padre Nuestro, quizá en cuarenta idiomas distintos, resonaron en la bóveda de la sala subterránea. Julia trató de recordar los versos sagrados sin conseguirlo. Un remolino de pensamientos y sensaciones contradictorias le impedía recitar la sencilla oración por el alma del fundador de *Gli Angeli Neri*. Finalmente, desesperada, cerró los ojos e imaginó el ruido de la marea alta entrando impetuosa en las rías de su Galicia natal. Y de nuevo, entre el rumor de las añoradas olas, escuchó la voz que había turbado sus sueños desde su más tierna infancia.

—*Julia...*

Cuando al fin se hizo el silencio, cada uno de los allí reunidos fue ocupando su puesto, tratando de limpiar, arreglar o simplemente quitar de en medio los escombros. Los soldados se encargaron de los muertos de ambos bandos.

Antes de que se llevaran al padre Marini, Basia le cogió el diminuto crucifijo de

plata y se lo colgó al cuello. Parecía determinada y segura de sí misma, poseedora de un renovado vigor y una extraña calma. Cuando fijó sus gélidos ojos en Julia, ésta notó cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—Vamos a terminar esto de una forma o de otra —anunció en voz alta, sin dejar de mirarla—. Hemos perdido esta batalla, pero todavía no hemos claudicado. Seguimos teniendo posibilidades, como mínimo, de librar un último combate, uno que tal vez signifique más de lo que hemos hecho hasta ahora.

»Sin embargo —siguió diciendo, alzando la voz y dirigiendo su mirada hacia los allí presentes—, no voy a obligar a nadie a seguir aquí. No sería ético ni creo que al padre Marini le gustara. Todos los que estáis aquí sois voluntarios y así lo seguirá siendo hasta que esto se acabe. Hay una última misión, la más peligrosa, la más mortífera. No sé si vamos a sobrevivir para contarlo, pero lo que sí sé es que voy a intentar cumplirla con el último hálito de vida que me quede. Si alguien quiere acompañarme, que esté preparado para salir dentro de tres horas.

Y sin dar ocasión a ninguna réplica, Basia se internó por el pasillo que conducía hacia las salas interiores del complejo subterráneo. Julia dudó un instante y echó a correr en pos de ella.

—¡Basia! —llamó. Vio cómo se detenía el tiempo suficiente para que Julia llegara a su altura—. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres contraatacar? ¿Con qué y dónde? Ni siquiera sabemos dónde están...

—Oh, sí que lo sabemos, Julia —replicó Basia con tono duro, mientras reanudaba el camino—. Tal vez no lo hayamos interpretado aún, pero hay alguien que nos puede aclarar la situación.

Julia vio que se estaban dirigiendo hacia el cubículo donde habían dejado a Isabel. Una sensación de miedo la atrapó con sus gélidas tenazas.

—¿Qué vas a hacer con ella? —inquirió tratando de sujetarla por el brazo. Fue como intentar detener un tren de mercancías en marcha—. Basia, ¿qué vas a hacer?

Por toda respuesta, la aludida entró en el departamento, se acercó a la camilla y se quedó mirando el rostro de Isabel con una expresión que tenía la dureza del granito. Julia vio cómo tensaba los puños y temió que fuera a golpearla.

—No ha tenido la culpa —musitó.

Basia se volvió hacia ella. Su mirada tenía una fuerza devastadora.

—No, Julia —contestó, y su nombre sonó como un disparo a bocajarro—. Ya sé no ha sido *ella* quién ha matado al padre Marini, pero quiero saber a cualquier precio, aunque sea a costa de su vida, qué significa lo que nos dijo antes de desmayarse. Necesito saber algo más de la profecía. Y quiero vengar a Marini —añadió mientras se le quebraba la voz y se volvía de espaldas con rapidez. Sus hombros se estremecían levemente.

Julia se acercó y la abrazó con toda la suavidad con que fue capaz. Le recordó la

vez en que había sido la propia Basia la que la había tratado de consolar en el refugio de Londres. Parecía haber pasado una eternidad desde el terrible momento en que había aceptado la descarnada verdad de su herencia paterna.

Y ahora era ella, Julia la condenada, la que intentaba hacer más llevadera la pérdida a la destrozada Basia, que había visto morir al que había sido su mentor y confesor, el hombre que casi había sido el padre biológico para la mercenaria desorientada y aterrada que había despertado años atrás de una inimaginable pesadilla.

—Todo saldrá bien —le dijo, aunque supo de inmediato que el tono que le había salido indicaba precisamente todo lo contrario.

Basia inspiró profundamente y se desasíó del abrazo de Julia con suavidad, aunque siguió sujetándole la mano mientras se acercaba a la camilla donde yacía, ajena a todo el desastre, una Isabel que iba a tener un despertar muy duro, pues en cierta manera era la responsable de haber dejado que los monstruos se adentraran en el recinto.

Todo había ocurrido demasiado rápido y no habían dispuesto del tiempo suficiente para entrenarla ni para asignarle un puesto menos peligroso o simplemente encerrarla, como a los otros técnicos, en las salas que contenían equipos o información crítica para la organización secreta. Su mente no había resistido la inmensa presión y había sucumbido a la peligrosa llamada del Dios Dormido, a las alucinaciones y a las falsas promesas que transmitía desde su lecho en el fondo del océano.

Y así fue. Isabel despertó de su letargo aturdida y desorientada, incapaz de comprender la magnitud de la tragedia y asumir el papel protagonista que tenía en ella. Poco a poco, la expresión le fue cambiando, a medida que Basia le iba relatando todo lo ocurrido con una dulzura que sorprendió a Julia, que esperaba una reacción un poco más agresiva. Pero la polaca parecía muy calmada, serena, dispuesta a hacer las cosas tal y como las hubiese hecho el malogrado Marini.

—¿Qué sabes de la profecía? —preguntó a renglón seguido a una Isabel que sollozaba sin poder contenerse.

Aquello cogió por sorpresa a Julia, que desconocía por completo el asunto y había supuesto que se trataba de los delirios inconexos de la mente enferma de Isabel.

—Las estelas de Moisés son la profecía —articuló penosamente ésta entre respingos—. Las he visto. Están colgadas en una sala llena de vitrinas. Hablan de nosotras tres y de otra mujer.

Basia frunció el ceño y se encaró con Julia.

—¿Te dijo algo de esto el padre Marini?

Julia negó con la cabeza, intentando recordar. Pero en esos momentos le era muy difícil pensar en algo más que en el rumor de las olas y su tentadora llamada.

Basia ayudó a Isabel a levantarse y a salir con ella al corredor.

—Vamos a la cámara de las reliquias —anunció, echando a andar y sosteniendo a la otra por un brazo—. Tienes que leer el contenido de las estelas y decirme su significado exacto.

Julia caminó cansinamente detrás de las otras dos mujeres, sintiendo una inesperada punzada de celos al darse cuenta de la absoluta confianza que había depositado el padre Marini en Basia. También estaba francamente molesta por la actitud conciliadora que la polaca mantenía con Isabel, que a la postre *era* la responsable de la masacre, pues había cometido el error de dejar sin protección las puertas del recinto.

En el ascensor, contempló con genuino asombro cómo Basia introducía la diminuta llave en el orificio y cómo se abría la compuerta de la gran sala tras la identificación de retina. Ardía en deseos de preguntar adónde conducía la otra compuerta, pero la visión del contenido de las numerosas vitrinas y estantes le hizo olvidar la cuestión casi de inmediato. Un inusitado instinto le iba diciendo qué era cada uno de los singulares objetos que refulgían bajo los pequeños focos. Ni siquiera tuvo que alzar los paños negros que cubrían dos formas rectangulares en una de las paredes para saber que allí detrás estaban los impresionantes retratos de las dos damas que, con sus enigmáticas miradas, habían sido el punto de inflexión que había transformado su apacible vida en un infierno inacabable.

Era evidente que Basia había estado allí en más de una ocasión, pues la vio encaminarse sin titubeos hasta el rincón donde colgaban las cinco estelas proféticas. La familiaridad que demostraba la indignó aún más. ¿Por qué le había sido ocultado todo aquello? ¿No había demostrado, en más de una ocasión, ser merecedora de la confianza del padre Marini? ¿Es que su legado paterno pesaba más que su firme voluntad y lealtad a la organización vaticana?

Una espiral de pensamientos encadenados la sumió en conjeturas confusas y sólo escuchó a medias lo que Isabel iba leyendo a una Basia que se había quedado, de repente, muy callada. Uno a uno, los versos de las estelas iban rellenando el rompecabezas final. La profecía no ofrecía resquicios ni dudas y todo lo que en ella se exponía se había ido cumpliendo con aterradora precisión. Sólo faltaba la última pieza que sellaría el destino de los hombres: la batalla final de las Cuatro Damas.

—Pero ¿dónde está la Primera Dama, la Sacerdotisa? —se preguntó Basia mientras miraba alternativamente las estelas y a Isabel—. ¿Crees que el diario del profesor Baxter contiene las claves para encontrarla?

La joven periodista seguía contemplando las runas con expresión extasiada. La lectura de los extraordinarios versos la había vuelto a transportar por un instante al recién abandonado mundo de los sueños.

—La clave está en el mapa de Uzbekistán —contestó sin dudarle ni un sólo

instante—. La Sacerdotisa está en algún lugar cerca de Bukhara. Debemos hallar las ruinas que menciona el profesor.

Basia y Julia se la quedaron mirando con expresión atónita.

—¿Qué ruinas? ¿Has conseguido descifrar el diario? —inquirió Basia mientras taladraba a Isabel con sus gélidos ojos.

De manera sucinta, la periodista les narró la extraña experiencia que le había permitido leer el cuaderno de viaje del difunto Baxter.

—Hemos de averiguar todo lo que podamos de ese lugar antes de iniciar cualquier operación —dijo Basia tras una larga pausa—. Vamos, volvamos al centro de comunicaciones. Todavía queda mucho por hacer y el tiempo se está agotando.

Julia sentía que se ahogaba en la atiborrada sala de control del *palazzo*. Todo el mundo parecía tener algo que hacer menos ella, que andaba de un lado a otro como una sonámbula. Finalmente, decidió salir al exterior y respirar un poco de aire fresco. La tormenta había cesado por completo y dado que de momento no parecía haber peligro de un nuevo ataque, Basia había ordenado a los soldados que apilaran los cadáveres de los monstruos en una pequeña plazoleta que había adyacente al *palazzo* Ariosto.

El río Arno pasaba por allí y Julia se apoyó en la barandilla de hierro para contemplar las aguas oscuras. Una forma blancuzca impelida por la corriente se deslizó ante su mirada indiferente. ¿Qué significaba el cuerpo de un mísero humano más en aquella lucha entre titanes y hormigas?

Un sonido a su espalda la hizo volverse. La indiferencia se vio trocada en tristeza al ver cómo rociaban con líquido inflamable la enorme pila de cadáveres de Profundos que ocupaba casi por completo la plaza como una macabra falla valenciana. En ese momento, sintió un odio infinito por los soldados, siempre acatando órdenes, siempre indiferentes a la muerte, fuera cual fuera el bando en el que militasen.

Los cadáveres gelatinosos ardían mal y un humo nauseabundo se esparció por el aire de la Florencia abandonada. Julia tosió con violencia cuando el hedor invadió sus pulmones, pero la malsana combinación de olores a podredumbre y a mar propició una nueva oleada de recuerdos de su infancia en su tierra natal. *Pronto llegaría el día en que podría dejar todo aquello y volver allí, y ser una vez más feliz para siempre en los nuevos arrecifes que el cataclismo habría creado, y desde allí escucharía la voz de su Dios, hasta ahora lejana y débil, pero que pronto, muy pronto, recuperaría Su Grandeza...*

Un acto reflejo de su inconsciente obligó a las manos de Julia a buscar con frenesí el medallón de la Estrella, y entonces se dio cuenta, con una extraña mezcla de placer y pavor, de que ya no estaba allí. Había dejado el talismán en manos de Isabel para ayudarla a superar la última crisis.

Un brutal escalofrío la recorrió de arriba abajo. La parte racional de Julia estaba francamente asustada. Notaba que su voluntad se estaba resquebrajando y sentía que toda su terrible herencia, hasta ahora cuidadosamente atada y amordazada, se estaba liberando de sus ataduras e inundaba su parte consciente como una marea, cada vez más rápido, cada vez más adentro. Se agarró a la barandilla con ambas manos y apretó con todas sus fuerzas mientras inspiraba profundamente varias veces y notaba cómo la bañaba una súbita oleada de sudor. Trató de concentrar sus pensamientos desbocados en su madre, en Basia, en el desdichado Marini e intentó acallar las voces que recitaban los pasajes de las estelas e ignorar la urgente llamada que las oscuras aguas del río le transmitían con su interminable susurro...

Julia, Julia...

Capítulo XII

Estaba de nuevo en el Sombrero de la Meiga, pero hoy el paisaje parecía aquejado de algún mal misterioso, quizá la maldición de alguna de las muchas brujas que habitaban los oscuros parajes. Los líquenes y los musgos que antes lo adornaban con sus inacabables matices de verde estaban ahora marchitos, ennegrecidos, como destruidos por algún parásito que les hubiera robado la vida. Incluso las mismas rocas parecían exudar un limo negruzco y viscoso que despedía un olor acre y nauseabundo.

Julia frunció el ceño, preocupada. Había algo que no encajaba. Miró a su alrededor y su corazón se encogió, angustiada. No se había dado cuenta hasta ese momento, pero una densa niebla cubría el paraje con su blanca mortaja. No se veía nada que estuviera a más de cuatro pasos de distancia, pero lo que era más preocupante era el silencio ominoso y poco natural que reinaba en el lugar que, de pronto, ya no reconocía.

Una figura cubierta por un manto oscuro con ribete azul salió de improvviso de la muralla de niebla que la rodeaba como un anillo. Julia se sobresaltó y trató de volver sobre sus pasos, pero el anillo se contrajo aún más, impidiendo la huida con su blancura impenetrable.

En ese instante una voz habló en su cabeza, una voz desprovista de matices, una presencia que hasta entonces había conseguido ignorar, pero que una vez más trataba de seducirla con las altisonantes sílabas que habían estado ahí, trabadas en el fondo de su mente, desde los mismos tempranos días en que trepaba para jugar en las apartadas rocas.

—Ha llegado la hora del Despertar.

Julia se tapó los oídos con las manos, en un vano intento de desoír la odiosa voz.

—Debes despertar —siguió oyendo en su mente, al tiempo que la figura embozada daba un paso hacia ella. Una ráfaga de viento echó hacia atrás la capucha y dejó al descubierto la terrible cabeza deforme, de labios anormalmente gruesos y ojos imposiblemente grandes que alzó una mano palmeada en su dirección.

Julia se tocó el pecho para protegerse con la Estrella de los Ancianos, y comprobó con horror que no la llevaba colgada del cuello.

—Despierta...

Uzbekistán, dos días más tarde

—¿Julia? Despierta, ya casi hemos llegado.

Con un sobresalto y una terrible sensación de miedo, Julia abrió los ojos y fue invadida de inmediato por el atronador ruido que inundaba la cabina y la luz que provenía de las ventanillas del helicóptero. Su mano buscó el medallón en su pecho y encontró únicamente un amargo vacío.

Una punzada dolorosa le aguijoneó las entrañas. Algo no estaba bien. Algo había cambiado, algo que había propiciado la irrupción de los malditos sueños de los que creía haber sido liberada para siempre. Le acometió la horrible sensación de que iba a suceder algo definitivo en la insensata expedición, un presentimiento de muerte que acentuó aún más la opresión que la atenazaba desde el ataque de Florencia.

Esperó encogida en el incómodo asiento, un tanto mareada por el incesante zumbido de las poderosas aspas. Al cabo de un rato, inspiró varias veces con fuerza y trató de serenarse. Tenía que ocultar los sueños y las extrañas sensaciones a sus compañeras y hablar cuanto antes con el padre Marini.

Sólo entonces, al buscar la imagen del eclesiástico, su mente recordó la tragedia de Florencia y el dolor se expandió por todo su cuerpo. Se revolvió en el asiento una y otra vez para disimular el ataque de nervios que la estaba poseyendo. Estaba perdiendo el control, pero no podía permitirse el lujo de ser descubierta y apartada de la misión, tenía que llegar hasta el final y ver qué había tras la estúpida profecía que todos daban por cierta.

Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Basia, desde el asiento de copiloto, miraba hacia atrás de vez en cuando con expresión preocupada. Isabel estaba sentada frente a ella con la mirada perdida y asía el medallón con las dos manos. Los exhaustos soldados, algunos de ellos heridos en la anterior batalla, dormitaban en sus arneses o miraban al frente con el rostro desprovisto de expresión.

Todo había ido demasiado rápido. No había resultado nada fácil el conseguir viajar hasta la remota región de las antiguas repúblicas rusas. Habían trasladado la mayor parte de los efectivos en los transportes de la organización hasta Ankara, en Turquía. Allí habían «pedido prestados» varios helicópteros de combate rusos MIL Mi-6 Hook de una base soviética para poder alcanzar las inhóspitas tierras de lo que una vez fuera el centro de comercio de toda Asia Central.

No había habido ninguna oposición. Los aeródromos militares también estaban desiertos. El mismo panorama aterrador de piras funerarias humeantes y cadáveres descomponiéndose por doquier que vieron en Florencia se repetía una y otra vez. Desde el aire, sólo se veía desolación y muerte en los pueblos que sobrevolaron. Tampoco parecía quedar nadie vivo en la ciudad de Bukhara, absolutamente nadie, tan sólo unas cabras abandonadas que pacían entre las hierbas ralas y que huyeron despavoridas al ver acercarse los imponentes helicópteros.

Horas más tarde, el pico del monte Gora Takhku se deslizó a pocos metros de las

panzas de los veloces transportes rusos. Los tres aparatos penetraron como ruidosas aves verdes en un enorme valle flanqueado por las cordilleras de Aqtav y Nurata, tras las que brillaban las aguas azules y saladas del lago Aydar. Poco tiempo después sobrevolaron la ciudad de Nurata, pasando por encima de las incontables madrasas que destacaban de la arena únicamente por las cúpulas color azul turquesa de los minaretes y siguieron internándose en el desierto, buscando la zona en la que Baxter había situado las ruinas donde presumiblemente se encontraba la Sacerdotisa.

Cuando el sol iniciaba su descenso hacia el horizonte, el dispositivo de localización en el que habían introducido las coordenadas aproximadas empezó a destellar. Estaban cerca. Basia pidió a los pilotos un patrón de vuelo de búsqueda y los aparatos empezaron a describir una serie de círculos y espirales concatenadas que cubrían toda la zona. Al rato, la señal de radio de uno de los helicópteros indicó que había un grupo de edificios que parecía concordar con las descripciones del diario. Basia ordenó una pasada de reconocimiento. El Mi-6 Hook se fue aproximando hasta las estribaciones de la cordillera de Nurata con precaución.

A la sombra del pico Gora Takhku, en una depresión arenosa que no parecía tener un acceso fácil, se elevaba un extraordinario conjunto de ruinas de grandes dimensiones, casi completamente sumergido en el mar de arena. Podía tratarse de otros restos cualquiera, pero el instinto de Basia le decía que la inusual forma de las cúpulas y los arcos que asomaban con timidez de las pequeñas dunas rojizas, junto con la posición relativa a la ciudad de Nurata indicada por el GPS, las hacía candidatas ideales para ser el objetivo que andaban buscando. Nada de lo que habían sobrevolado con anterioridad se asemejaba al vasto conjunto arquitectónico semienterrado que sobrevolaban en esos momentos.

—¿No podremos aterrizar ahí abajo, verdad? —le consultó al piloto.

—Lo dudo —contestó éste, meneando la cabeza y sujetando la palanca de mando del vetusto helicóptero con fuerza—. Estos trastos son demasiado grandes. No obstante, un kilómetro más abajo hay una planicie que podría servir.

Basia frunció el ceño y observó el terreno con atención. No le gustaba la idea de ascender a pie por las laderas rocosas de la cordillera. Los recovecos sumidos en sombras eran lugares perfectos para sufrir una emboscada. Pero no había más opción y debían llegar hasta las ruinas antes de que se pusiera el sol.

—Aquí Líder uno. Vamos a descender. Todos los equipos preparados —exclamó en el micrófono del casco.

A su señal, los tres helicópteros aterrizaron levantando torbellinos de arena.

Observatorio astronómico del «Roque de los Muchachos», esa misma tarde

—¡Dios del Cielo!

La exclamación a sus espaldas hizo dar un brinco a Pablo. No había oído la llegada del cura. La montaña de gráficos y fotografías que tenía a su lado cayó al suelo y se desparramó formando un abanico de colores brillantes. Algunas fueron a parar a los pies del párroco que iba, como de costumbre, cargado con una gran bolsa de papel. Sus ojos, muy abiertos, saltaban de una pantalla a otra, analizando los datos y las imágenes aterradoras que se reproducían una y otra vez con cruel obstinación. Una serie de dígitos, en el extremo de uno de los monitores, desfilaba velozmente hacia el cero.

—¿Tan poco tiempo? —inquirió con voz queda.

Pablo se frotó las sienes con suavidad. El dolor de cabeza que tenía se había convertido en un zumbido sordo y notaba el estómago contraído y duro como una bola de madera.

—Me temo que sí, padre —respondió con voz hueca.

El padre Alonso depositó la bolsa encima de la mesa que tenía más cercana. Durante un breve instante, se apoyó con ambas manos sobre ella y cerró los ojos. Pablo esperó en silencio, incapaz de reaccionar ante la magnitud del desastre que se avecinaba.

—Debo volver a la iglesia para hacer una última llamada —dijo finalmente el párroco mirándole con fijeza—. Pero te prometo que volveré aquí *antes* de que ocurra.

—¿Por qué molestarse, padre? —exclamó Pablo con una cierta acritud—. Hay mucha más gente en la isla que le necesita más que yo.

—Es cierto, Pablo —repuso el párroco sin apartar la mirada. Su mano se posó en el picaporte de la puerta de salida—. Pero ellos se tienen los unos a los otros y tú estás solo. Y *nadie* debería morir solo.

Julia contempló casi con afecto la monstruosa quijada ensangrentada que yacía a pocos pasos del alero de roca bajo el que se ocultaba. El indescriptible horror que en otro animal hubiera sido la dentadura lucía todavía jirones sangrantes de su última víctima, uno de los veintiséis soldados que componían la expedición. El primer encontronazo se había saldado con el trágico balance de seis muertos y dos desaparecidos.

Los temores de Basia se habían hecho realidad. Habían sido sorprendidos mientras ascendían por las estribaciones del Gora Takhku por tres criaturas aladas que habían caído sobre ellos como águilas monstruosas. Al ser inmunes a las balas modificadas, habían perdido un tiempo precioso cambiando de arma y eso les había costado la vida a seis hombres, destrozados en un instante por las poderosas mandíbulas y las garras de los monstruos.

Habían logrado abatir a uno de los *byakhees* y herir a otro, pero no habían podido impedir que agarraran a sendos soldados y alzaran el vuelo con increíble rapidez. Todos conocían el aterrador destino de los infortunados cuyos alaridos desesperados se fueron apagando en la distancia. Sin embargo, Julia no sentía tristeza por la pérdida de vidas humanas, sino por la muerte de la fabulosa criatura a la que, no obstante, no se atrevía a tocar. «Han matado a un Guardián —pensó mientras notaba las lágrimas correr por su rostro—, esto nos costará muy caro.»

Tras recuperar el aliento y amontonar unas cuantas piedras encima de los cadáveres de los soldados para impedir que los carroñeros que ya estaban apareciendo en la lejanía se cebaran en ellos, el diezmado grupo reemprendió la marcha. Según lo anotado por Baxter, debían estar ya muy cerca, y la presencia de los monstruos lo había confirmado. Quince minutos más tarde, los hombres que marchaban en vanguardia indicaron que habían llegado a su destino. Ante ellos se alzaban las ruinas que había descrito el profesor en su diario.

Habían transcurrido más de cincuenta años desde su descubrimiento, pero las cualidades del desierto habían preservado perfectamente las imponentes estructuras que desafiaban al tiempo con sus torres, cúpulas y arcos gastados por la erosión, pero en los que aún se distinguían a la perfección los increíbles bajorrelieves que habían despertado el interés del malogrado arqueólogo.

La noche se estaba acercando con rapidez, y la luz dorada del ocaso otorgaba un aspecto aún más irreal a las descarnadas paredes de ladrillo y piedra. Poco a poco, el grupo se fue internando en las ruinas, asegurándose de no dar ningún paso más en falso. Julia les seguía con cierta inquietud, pues nada más pasar por debajo del primer arco había empezado a notar una corriente de aire frío que provenía de algún lugar más al interior. Sin embargo, parecía ser la única que sentía el extraño fenómeno. Los soldados, Basia e Isabel avanzaban con cautela pero sin dar muestras aparentes de sorpresa. Esta última iba mirando con los ojos muy abiertos todas las historias que narraban los antiguos muros del templo. Julia sintió un súbito desprecio por la periodista cuando vio cómo agarraba el medallón que ella misma le había dado. ¿Por qué anular las increíbles sensaciones que provocaba el despertar de los nuevos sentidos? ¿Acaso no quería desgarrar el velo de Isis y conocer, por fin, la verdad que le había sido ocultada durante tanto tiempo? Entonces recordó las palabras de su propio padre cuando ella era pequeña y estaba aún luchando por mantener su equilibrio mental incólume. «Nunca será una de los nuestros.» No, probablemente Isabel tampoco iba a serlo, ni siquiera Basia. Sólo ella, Julia Andrade, era la elegida para honrar y servir al Dios Dormido. Un súbito interrogante se abrió paso por entre los caóticos pensamientos. ¿Por qué el padre Marini había insistido en el recuerdo de su nombre?

La evocación del sacerdote creó en el inconsciente de Julia un pequeño hueco de

duda. De nuevo, la escasa cordura que aún le quedaba logró dominar el caballo desbocado de la locura que atenazaba su mente y le pareció despertar de un extraño sueño. La placidez que sentía se trocó en terror cuando se dio perfecta cuenta de lo que había estado pensando unos instantes antes. Lanzó una cautelosa ojeada a sus compañeros, pero nadie la estaba mirando. El nudo que sentía en el estómago se endureció un poco más. Estaba perdiendo el control de su mente y no se atrevía a confesárselo a nadie por miedo a que la obligaran a tocar la Estrella. En lo más profundo de su ser, estaba convencida de que ya era demasiado tarde, y sabía que si tocaba la piedra caída del cielo el dolor subsiguiente sería incluso peligroso para su vida. Trató de rezar, pero tenía la mente embotada y acabó musitando una letanía confusa mientras arrastraba los pies tras el grupo. El viento frío iba arreciando y se percibía en el ambiente una ligera fetidez que le resultó altamente familiar.

Siguieron avanzando por entre los arcos y las cúpulas, registrando metro a metro todos los intersticios con las potentes linternas que habían sustituido a la luz del astro solar que se ocultaba ahora tras los picos de la cordillera. A sus espaldas, una luna tímida asomaba por el horizonte, y su resplandor confirió vida a los petroglifos que ornamentaban los muros y los arcos, historias de un pasado perdido en la oscuridad de los tiempos y que tal vez iba a convertirse en el nuevo y funesto futuro de la humanidad.

Julia se lamió los labios agrietados por el calor y usó el pantalón para secarse las palmas de las manos sudorosas con las que seguía aferrando el arma que todavía no había disparado.

Una señal de Basia les detuvo en seco. Un soldado había descubierto un túnel que descendía hacia el corazón de las ruinas. Julia miró a su alrededor y vio que se hallaban en una pequeña plaza. En el centro, ocupando casi todo el espacio, se elevaba un pedestal coronado por un descomunal soporte para libros de oración. Subrepticamente, Julia se acercó hasta el *lavkh* de piedra y pasó los dedos por la rugosa superficie. «Aquí estuvo el Libro», pensó mientras un escalofrío le recorría la espalda y la embargaba un sentimiento de añoranza. *¡Qué hubiera dado por estar allí con los demás acólitos, leyendo los pasajes de las antiquísimas páginas e invocando los poderosos nombres olvidados y malditos durante tanto tiempo!*

El movimiento del grupo la obligó a apartarse del extraordinario monumento. El túnel descubierto coincidía con la historia de Baxter y además, Julia notó que era la fuente de la corriente de aire que cada vez era más helado. Uno a uno, *Gli Angeli Neri* fueron entrando en el túnel que penetraba en las entrañas del desierto uzbeko. Las luces erráticas de las linternas danzaban ante ellos como una coreografía de luciérnagas y dejaban tras de sí la pared manchada con una extraña fosforescencia remanente que hacía cobrar vida a los bajorrelieves.

El túnel desembocó en una sala labrada en la roca, húmeda y fría, cuyo suelo de

fina arena estaba salpicado por charcos de agua que se desprendía perezosa de las enormes estalactitas que pendían del techo. Las linternas incidieron brevemente sobre el conglomerado de formaciones rocosas de la gruta y fueron convergiendo, finalmente, en el extraordinario arco de piedra que se elevaba al otro extremo de la cavidad.

Formado por losas esculpidas profusamente y colocadas con precisión matemática, un semicírculo de roca rodeaba lo que a todas luces parecía ser una puerta de piedra de grandes proporciones. Julia reconoció los signos que estaban posicionados en los cuatro cuadrantes de la gran losa de inmediato. Era la misma escritura vagamente cuneiforme que ostentaban las losas de piedra de los pozos.

Con una súbita exclamación, Isabel se acercó hasta el portal y pasó los dedos por las arcanas inscripciones, mientras Julia observaba con envidia cómo sus labios deletreaban las terribles sílabas en silencio. *¿Por qué no poseía ella esa habilidad? ¿Qué debía hacer para demostrar a su Dios que estaba dispuesta a servirle con mucho más que su alma?* Julia maldijo en silencio el papel que le había tocado interpretar en aquella malhadada obra.

—¿Puedes leerlas, Isabel? —preguntó Basia.

Ésta sacudió la cabeza, dubitativa.

—Sé lo que dicen, pero no soy capaz de pronunciarlas —respondió—. Lo siento.

Julia vio su oportunidad al instante.

—Dejadme probar —dijo con un tono estudiadamente neutro, mientras se acercaba a la losa.

Basia la interceptó de inmediato.

—Julia, no creo que debas hacer esto —dijo mirándola con fijeza y sujetándola suave pero firmemente por un brazo—. La última vez casi te pierdes para siempre.

Julia sostuvo la gélida mirada, percatándose de que, en ese momento, los ojos de la joven de cabello negro habían perdido el poder que tenían sobre ella. «Esta vez será diferente —pensó procurando que la expresión de su cara no la delatara—, oh, sí, muy diferente.»

—No te preocupes, Basia —replicó con falsa dulzura—. Estoy preparada. No me pasará nada, confía en mí.

Basia siguió sujetándola por el brazo un instante más, mientras sus ojos escrutaban indecisos la expresión extrañamente serena de Julia, rota por el salvaje brillo que reflejaban sus pupilas dilatadas. Finalmente, con un suspiro, retiró la mano.

—De acuerdo —susurró con voz ronca—. Que todo el mundo tome posiciones, no sabemos qué puede haber ahí detrás.

Los soldados se distribuyeron frente a la losa y el sonido del frenético amartillar de las armas llenó la caverna de ecos metálicos. Julia se aproximó hasta tocar la roca con los dedos. Pasó la mano por el arco muy despacio, sintiendo en las yemas las

infinitas fisuras de la antigua piedra. Una sensación indescriptible la hizo estremecer súbitamente. Una repentina oleada de placer la invadió. Sus dedos ansiosos danzaron sobre las runas que flanqueaban los cuatro extremos de la losa. De nuevo, el éxtasis que había experimentado seis meses antes en la pequeña isla irlandesa se apoderó de su cuerpo súbitamente rígido. Cerró los ojos y vio en su mente, clarísimas, diáfanas, las palabras que sus manos acariciaban. Una voz familiar se filtró en su cabeza, la voz contra la que había luchado desde su infancia, que pronunciaba una y otra vez su nombre.

—*Julia, Julia...*

De pronto *supo* qué debía decir. Las imágenes soñadas una y otra vez volvieron a su mente, las maravillosas visiones de las ciudades sumergidas, de los templos derruidos, de toda la historia que había sido relegada por los *otros* dioses al olvido de los milenios. Asistió, una vez más, al cruel encierro que ahora estaba a punto de finalizar. Vio cómo los Antiguos lanzaban el conjuro que selló para toda la eternidad al Dios Dormido y sintió nacer en su alma la misma rabia e impotencia que sintieron sus arcanos seguidores, que se unieron y lucharon codo a codo contra el paso de los eones, intentando no olvidar jamás, tratando de mantener viva la imagen del Dios prisionero en algún oscuro rincón de la mente humana, sin dejar de alimentar la chispa débil y frágil que un día haría posible la resurrección de una leyenda.

—*Fhtagn, iä, Cthulhu.*

Su voz, transformada en algo que no puede describirse como humano, desató los ecos de la gruta sepultada por las arenas, antaño la entrada de la hermosa ciudad donde se adoraba al Dios Dormido. La montaña milenaria se desperezó con un suave temblor que hizo caer agua y polvo del techo.

—*Ash'dmf asd'fhtagthn shuddagh.*

Basia se revolvió en su puesto, extremadamente inquieta. La situación estaba tomando un cariz que no había tenido en cuenta hasta ese momento. Había adivinado que Julia, a pesar de la fachada de serenidad que exhibía, estaba perdiendo la batalla contra la demencia. No sabía qué iba a ocurrir cuando finalizara el conjuro que estaba pronunciando la española, ni tampoco qué iban a encontrar tras el portal de piedra. Observó una vez más la colocación de los soldados, que miraban nerviosos hacia todos lados, con las armas a punto. Un puñado de hombres y mujeres que eran verdaderos Ángeles Negros, que una vez más, quizá la última, se iban a enfrentar al horror que les acechaba con fe inconmensurable y con la convicción de que todavía podían derrotarlo y con ello permitir la supervivencia de toda una civilización cuyo destino pendía de un hilo muy desgastado.

—*Plug'fahn fhth's dfhtagf askadn fhth'th iä.*

Isabel estaba petrificada. Sentía los músculos agarrotados y tensos como cuerdas de violín. El eco de los fonemas imposibles que Julia parecía pronunciar con increíble facilidad rebotaba una y otra vez en las paredes de la caverna y la golpeaba con un sadismo salvaje. El significado del sortilegio se estaba haciendo patente en su cerebro.

Era el Segundo Sello citado por la profecía, el que destruiría a otro tercio de los hombres sumiéndolos en un baño de sangre que anegaría valles enteros. Miró a Basia sin comprender. ¿Por qué estaba dejando que se rompiera el Sello? ¿No se daba cuenta de que estaba condenando a millones de humanos inocentes? El caos de pensamientos y voces que resonaban en su cabeza dolorida le impedía darse cuenta de que aquella acción desesperada era su última posibilidad, de que la mayoría de los humanos ya estaban muertos y que el baño de sangre que se había extendido por todo el planeta tenía allí su raíz, su centro de mando, parapetado tras la losa de piedra protegida por el poderoso encantamiento. Desvió la vista y la posó en las golosas manos de Julia, justo en el instante en que sus dedos tocaron el cuarto grupo de símbolos.

—*jPh'nglui iä fhtagh wgah'nagl!*

Un sonido sordo, parecido al de una inmensa burbuja de aire al salir a la superficie, anunció la apertura del portal. A Basia le pareció que Julia empujaba la enorme losa con suavidad y sin el menor esfuerzo, pero una observación más atenta le hizo ver que los dedos de la Heredera se habían hundido en la roca unos centímetros, que se había vuelto borrosa y parecía danzar en el aire como un mar de hormigas enfurecidas. Una fetidez indescriptible se extendió por la caverna. El terrible olor a podredumbre marina, magnificado hasta límites inimaginables, obligó a todos a recular y tratar desesperadamente de encontrar asidero en la roca cercana, a todos menos a Julia, que continuaba de pie, impertérrita, aspirando grandes bocanadas de aire con aparente deleite y contemplando los patrones caóticos de los remolinos arenosos en que se había convertido la losa.

En ese instante, se sentía completamente feliz. Había conseguido por fin completar su destino, había abierto la puerta, había respondido a la llamada y ya estaba un poco más cerca de su Dios. Todos sus miedos se disolvieron como rocío. Se volvió para compartir el momento de júbilo con Basia pero la sonrisa se le congeló en los labios.

Todo pasó tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de intentar zafarse. Al darse la vuelta, Julia se topó con la cara de Basia a escasos centímetros de la suya. La polaca

se había acercado por detrás con sigilo, y antes de que pudiera reaccionar, atrapó y retorció una de sus muñecas de tal modo que la dejó tumbada en el suelo casi antes de notar que se estaba cayendo. De repente, se encontró inmovilizada. El dolor del brazo era tan insoportable que no podía gritar, sólo jadear en busca de un aire que no llegaba a sus pulmones. La Guerrera, haciendo gala de la fluidez de movimientos que la caracterizaba, la sujetó con una mano contra el suelo mientras que con la otra hizo aparecer el medallón que le colgaba del cuello y se lo aplicó sobre la frente sin mediar palabra.

La oscuridad que había reinado durante centurias se rompió al fin. Un errático resplandor apareció en lo alto de la inmensa caverna. Los ojos se abrieron de nuevo. El momento crucial había llegado. La Heredera estaba allí. Giró la cabeza deforme pero en esta ocasión no emitió ni un sólo ruido. Esta vez intuía el peligro que emanaba de la otra Dama, la temible Guerrera, dispuesta a todo para conseguir frenar el avance de una guerra que sin embargo ya no podría ganar. No obstante, su poder podía infligir un daño innecesario y tal vez retrasar lo inevitable. Su Dios aguardaba impaciente y ya no podían permitirse ningún error.

La Sacerdotisa lanzó su llamada lejos, lo más lejos que pudo permitirse sin debilitar las defensas que mantenía erigidas a su alrededor. Debía conservar a cualquier precio la prole que había empezado a concebir y que se acumulaba en la caverna subterránea. Iban a ser los primeros en su especie, un nuevo ejército de servidores que ocuparían el lugar que los humanos habían dejado vacante gracias al éxito del plan que habían llevado a cabo los Dioses Primigenios.

Tras una espera de milenios, la Sacerdotisa lo había cambiado todo y ahora, por fin, las estrellas se iban a alinear correctamente.

Basia había estado observando a Julia desde su llegada a Uzbekistán. Los últimos días habían sido extremadamente duros para todos, especialmente para la pobre Isabel, que sólo había tenido unos pocos días para digerir lo que otros habían tardado meses y años en asumir. Su trágica participación en el ataque del *palazzo* Ariosto había desbordado los límites de su resistencia y Julia le había entregado su Estrella de los Ancianos para mitigar el sufrimiento. A partir de ese momento, Basia había ido constatando los sutiles cambios que se habían ido produciendo en la indefensa Julia. Cuando creía que nadie la miraba, la expresión de la española se endurecía, y en su mirada esquiva asomaban los primeros indicios de una incipiente locura. Los gemidos y los gritos que profería en sueños la habían despertado casi cada noche. Casi no había pronunciado palabra desde que habían salido de Florencia. Durante uno de los descansos en la caminata hacia las ruinas, Basia había comprobado el arma de

Julia con disimulo y había constatado que aún no había disparado ni una sola vez contra los atacantes. Esto había confirmado sus sospechas de que la pérdida de la protección que ofrecía el medallón había iniciado un proceso quizá irreversible. Fingió seguirle el juego y había accedido a la apertura del portal sabiendo los riesgos que corría al hacerlo. Era su última oportunidad y nadie más estaba capacitado para acometer la tarea. De momento, el plan había salido bien, el paso estaba franco y la estrella de los Ancianos había neutralizado a Julia.

Pero no había tiempo que perder en cavilaciones o hipótesis. El tercer párrafo de los versos de la profecía, que tanto preocupó al padre Marini, se había convertido por fin en aterradora realidad. Julia, la Heredera, poseedora del don de lenguas, había roto el segundo sello, y ahora, si no intervenían con rapidez, los escasos supervivientes de la matanza a escala planetaria que se había iniciado iban a perder su única posibilidad de salvación.

Basia dirigió a los equipos hacia la entrada, mientras hacía señas a Isabel para que se ocupara de la inconsciente Julia. Después, se introdujo a través del mar de arena en movimiento. Una breve pero intensísima sensación de abrasión le recorrió todo el cuerpo. Un millar de candentes agujas penetraron por todos sus poros y por un terrible instante, tuvo la impresión de estar desmoronándose como una duna bajo el viento. A pesar del repentino pavor que se apoderó de ella, se obligó a seguir adelante y de pronto se halló de pie en una plataforma de piedra cuyo final desaparecía tragado por una oscuridad impenetrable.

Paso a paso, el grupo se fue acercando al extremo y Basia comprobó que se hallaban en una especie de balconada desde la que se dominaba un espectáculo tan impresionante como aterrador.

Si hubiera quedado alguien vivo en las riberas del río Amu Aduransay, que seguía intentando librarse de su creciente carga de muerte empujándola con obstinación hacia un mar indiferente, le hubieran llamado poderosamente la atención las extrañas formas que remontaban el curso del agua. Quizá hubiera identificado como delfines a las criaturas que nadaban raudas y silenciosas, impelidas por la urgente llamada que habían recibido de su Sacerdotisa. Pero nadie las vio, ya que las larvas de Shub Nil Al-raz habían completado su horroroso trabajo con total eficiencia en aquella parte de Asia Central.

Tan sólo las bandadas de incontables cuervos, cuyo habitual frenesí se había convertido en desenfrenada locura por la ingesta de tanto cadáver, observaron el paso de las innumerables criaturas acuáticas con cierto regocijo. Su limitada inteligencia intuyó que aquello significaba más comida, tal vez más fresca que los abotargados despojos que, desparramados por doquier, se pudrían al sol o flotaban perezosos en las ponzoñosas aguas. Con

un coro de excitados graznidos, los carroñeros levantaron el vuelo y siguieron el trazado del río.

—No tenemos suficientes explosivos para volar todo esto.

Basia se mordió los labios y asintió en la oscuridad. Las palabras sobrecogidas del soldado al ver el estremecedor panorama a través de los binoculares infrarrojos equivalían casi a una sentencia de muerte. Sólo una acción suicida podría intentar acabar con la pesadilla que colgaba del techo de la inmensa caverna subterránea, algo que recordaba en su horror a la reina de un hormiguero imposible, una grotesca soberana con el abdomen monstruosamente hinchado, casi translúcido, que dejaba entrever los ominosos bultos que se agitaban en su interior, débilmente silueteados a la luz de las fosforescencias que tapizaban los muros de la cueva con un suave resplandor azul verdoso. A su alrededor rebullía una legión de Profundos, que a modo de diligentes obreras, parecían ocuparse de las masas gelatinosas que pendían de las paredes y cubrían el suelo que no estaba anegado con el agua oscura del enorme lago que había en su centro.

Pero lo peor de todo era el torso de la monstruosidad colgante y la cabeza deforme, oscilante, de facciones brutalmente distorsionadas pero en las que todavía se podían encontrar vestigios de su anterior naturaleza humana. Basia se estremeció sin poder evitarlo. Aquel despojo casi irreconocible había sido una persona, y el terrible precio que había tenido que pagar por el error cometido al creer en las falsas promesas de los seres impíos e inmisericordes estaba expuesto al mundo en la enorme cueva subterránea. Allí, suspendida entre dos ciclópeas columnas, pendía el triunfo de los Antiguos, el híbrido creado mediante la magia y el engaño, el medio sin el cual la raza de los Profundos se habría extinguido sin remedio mucho tiempo atrás.

Las algas que hacían las veces de ligazón y soporte oscilaron y lo que una vez había sido Ûte Firsch-Pieke, la pintora que había creído ciegamente en las teorías de Madame Blavatsky, que había culminado su monumental obra, que había visto demasiado, que había sido torturada, alterada quirúrgicamente, tratada con magia más antigua que el mundo para convertirse en algo que las peores pesadillas no habrían podido imaginar, la que la profecía apocalíptica de un anónimo profeta del pasado llamaba la Sacerdotisa, abrió de nuevo los ojos y fijó su mirada en el lejano balcón de piedra.

Basia se giró al oír la exclamación de Julia. Ésta estaba mirando la lejana forma con los ojos muy abiertos, y sus labios se movían en silencio. Basia adivinó que estaba rezando, aunque no quiso saber a qué Dios. La Sacerdotisa estaba tratando de comunicar con la Heredera, minando las pocas defensas que le quedaban, atrayéndola con su cántico envenenado al terrible lado oscuro que la había engullido.

—¿Julia? —inquirió, posando la mano sobre su brazo e intentando romper el contacto.

La aludida se mantuvo quieta un instante más, parpadeó varias veces y se giró hacia la polaca con expresión angustiada.

—No podré resistir mucho más, Basia —contestó con la voz hueca—. Es demasiado fuerte.

La ex mercenaria se volvió hacia la figura suspendida mientras alzaba el rifle.

—Ha tenido toda una vida para hacerse fuerte —replicó—. Pero al menos la haremos recordar qué es el dolor.

Desde la precaria protección que ofrecía la balconada, los rifles de precisión habían ido segando metódicamente las vidas de los monstruos que atendían a la Sacerdotisa. Los primeros Profundos habían caído sin saber de dónde les había llegado la muerte. Los discretos fogonazos de los cañones habían delatado finalmente la presencia del grupo en la balconada y un contingente de monstruos se había dirigido hacia allí con presteza, mientras que unos cuantos se quedaban atendiendo a las gigantescas larvas. El largo alcance de los excelentes rifles había hecho inútil el intento de contraataque y el suelo de la caverna estaba alfombrado de cadáveres. Al caer el último, Basia había dado a los soldados la orden de bajar y empezar la colocación de los explosivos. Ellas lidiarían personalmente con la horrible Madre.

Pero la interminable escalera de piedra que descendía hasta el borde del lago no parecía haber sido diseñada para la raza humana. Tuvieron que dejarse caer de escalón en escalón, arrastrando tras de sí el equipo, procurando no perder el equilibrio mientras avanzaban con cuidado por la piedra cubierta de líquenes blancuzcos de malsana apariencia.

Cuando pusieron los pies en el suelo de la caverna, las dimensiones se hicieron todavía más patentes. Los edificios que la luz de las linternas iba rescatando de la oscuridad que las había envuelto durante milenios no estaban diseñados a la medida de los hombres, sino a la de inimaginables dioses. La aberrante arquitectura se erguía hasta desaparecer en la oscuridad de la bóveda o se curvaba sobre sí misma como una serpiente enfurecida. Las irregulares proporciones de los sillares y la descomunal mampostería creaba extrañas ilusiones ópticas, y los descriptivos bajorrelieves que cubrían cada uno de sus ángulos imposibles relataban con crueldad impenitente las atrocidades que la Gran Raza había cometido antes de exiliarse más allá de las Pléyades.

Los aterrados humanos avanzaron por aquel dédalo de pesadilla, sorteando con infinita precaución las colosales trampillas de metal que sugerían la presencia de abismos aún más espantosos y de los que salían sonidos que implicaban la existencia de cosas que prefirieron ignorar. Subieron o quizá bajaron por rampas labradas en las que la dirección parecía no tener sentido, atravesaron arcos que desafiaban a la geometría euclidiana, intuyeron túneles que se adentraban en la negrura insondable de los inmensos palacios, quizá templos, quizá moradas de seres que ni siquiera las

mitologías más antiguas habían tenido el valor de mentar.

Julia lo sabía todo de aquel lugar. Su mente le traía recuerdos de Irem, la ciudad de los mil pilares, el lugar donde nacieron las primeras leyendas, allí donde, por primera y única vez en toda la historia de la raza humana, un hombre había conseguido entrar y leer los secretos que él mismo había escrito en una vida anterior. Sobrecogida por la inenarrable emoción de contemplar lo que sólo había podido intuir en fugaces planos oníricos, anonadada ante la majestuosidad de la morada que un día había albergado al Dios Dormido, Julia se debatía entre las aguas turbulentas que preceden a la infinita catarata de *finis terrae*, el final del mundo, el punto sin retorno, el momento de inflexión entre las dos realidades.

Había llegado el momento de escoger a Dios.

Isabel también había reconocido las siluetas de las imponentes edificaciones que precedían en varios milenios a cualquier intento de construcción del ser humano. Los sutiles retazos de imágenes que destellaban ante sus ojos asombrados la llevaron de nuevo hasta las palabras apresuradas del diario de Baxter. Mucho antes de que el ser humano hiciera su primera y torpe aparición sobre la Tierra, en la época en que los Dioses caminaban entre estrellas muertas y soles extraños, los habitantes de la colosal ciudad habían gozado bajo la luz de dos lunas, y en los ornamentados altares de sus templos se había rendido culto a un Dios cuya inacabable sed de sangre y pleitesía se había convertido en la causa de su caída. Las historias que los intrincados bajorrelieves le cuchicheaban al pasar la hicieron aferrar el medallón estrellado con más fuerza, y aún así no pudo evitar sentirse tentada, durante un fugaz y vertiginoso momento, de gritar el cántico de alabanza que incontables generaciones de adoradores habían entonado en aquel mismo lugar sagrado.

¡Iä! ¡Iä! Cthulhu fhtagn!

Basia miraba a ambos lados con nerviosismo. El pequeño grupo seguía avanzando con el terror reflejado en los rostros, pero nadie más parecía haber oído el grito que sacudió su memoria con la fuerza de un tornado. Volvieron las borrosas imágenes de su cautiverio y la humillante y aterradora ceremonia en la que había participado con extasiado fervor. De pronto, todo lo que su mente había logrado esconder en las partes más profundas de su psique se abrió paso como el cruel espadón de un galeón español. Recordó haber visto *aquella* forma difuminada y oscura, agazapada en lo alto del insólito monolito negro alrededor del que rugían los fuegos de cien hogueras sobre las que se retorcían entre aullidos otras tantas víctimas, ofrendas de sangre para un Dios infame e impío. Se volvió a ver, desnuda, cubierta de fango y sangre, dominada por un frenesí que la envolvía con el abrazo ardiente de un amante. Se encontró con sus propios ojos, en los que brillaban los fuegos helados de un infierno que había abierto sus puertas de par en par aquella noche aciaga. Y por fin saltaron los últimos cierres y del pozo del horror salieron los recuerdos de los

terribles actos que cometió bajo la luz de la luna gibosa.

Incapaz de soportarlo, Basia cayó de rodillas mientras trataba de concentrar las últimas gotas de voluntad que le quedaban en la estrella de piedra. Casi no sentía el dolor de las puntas que se le hincaban dolorosamente en la mano. Oyó una voz lejana que pronunciaba su nombre con tono preocupado, pero su mente desbocada sólo tenía oídos para el grito que se estaba formando en su garganta y que salió imparable, rasgando el velo del silencio de la caverna con miles de poderosos ecos, tan largo como la aterradora y blasfema ceremonia por la que imploraba clemencia a un Dios que parecía haberles abandonado.

Notó que unos brazos la estrechaban con fuerza. Se agarró a ellos con desespero, dejando caer el arma, dejando la piedra, aferrándose con un pavor infinito y primitivo al único vestigio de cordura que representaba aquel gesto inequívocamente humano. Siguió gritando hasta quedarse sin aliento, hasta que las dulces palabras de Isabel pudieron entrar en su maltrecha mente.

—Tranquila, Basia —decía la voz junto a su oído—. Todo va a salir bien.

Isabel siguió estrechando entre sus brazos a la desvalida mujer mientras observaba cómo los soldados vaticanos iban colocando metódicamente las cargas explosivas en los edificios que tenían más próximos. Algunos se giraban de vez en cuando para mirar a las tres mujeres con expresión angustiada. Isabel les hacía una seña con la cabeza, tratando de infundirles una confianza que no sentía. Julia estaba de pie junto a ellas, inmóvil, con la mirada puesta en la Sacerdotisa. Su rostro mostraba una expresión aterradora. Le brillaban los ojos con una intensidad casi malsana, tenía las pupilas dilatadas y parecía estar hechizada por la escalofriante visión de la monstruosidad en que se había transformado la pintora flamenca.

La joven periodista le tiró con suavidad de los bajos del pantalón. Al bajar la vista, la dura expresión se suavizó un tanto.

—Tenéis que salir de aquí cuanto antes —dijo con un tono de voz gutural—. Ya casi han llegado.

Isabel se tensó mientras ayudaba a Basia a incorporarse del cenagoso suelo.

—¿A quiénes te refieres? ¿Quiénes están viniendo?

Julia no contestó pero se giró hacia el lago mientras alzaba un brazo y señalaba.

Las aguas del lago empezaron a agitarse con furia, casi como si estuvieran hirviendo y de pronto, un auténtico geiser explotó y dejó en la orilla a decenas de Profundos que iniciaron de inmediato el avance hacia ellos, haciendo temblar de nuevo los ecos con el infame clamor de sus gritos.

La visión del dantesco ejército pareció sacudir a la polaca como una descarga eléctrica. Recogió el rifle y corrió gritando órdenes y abriendo fuego sobre la primera fila de Profundos, que se derrumbó como una hilera de bolos. Pero tras ellos había más, y aún más tras éstos, una masa compacta y furibunda que insistía en avanzar

apartando a manotazos los cadáveres de sus horribles congéneres.

Los primeros soldados empezaron a caer tratando de proteger las cargas que ya habían colocado, y Basia vio con espanto que aún no estaban armadas. Habían perdido un tiempo muy valioso luchando contra los embates mentales de la Sacerdotisa y aquello les iba a costar muy caro.

—¡Atrás! —gritó intentando que su voz se alzara por encima del clamor de los atacantes—. ¡Todos a la escalera!

Pero trepar por la empinada escalera les resultó mucho más complicado, y la lluvia de tridentes y lanzas que cayó sobre ellos acabó con más de la mitad de los soldados que habían dado la espalda al enemigo para poder auparse en los colosales escalones profusamente labrados. Julia había seguido al grupo hasta la escalera pero no había disparado ni una sola vez.

El grupo de los humanos había quedado segregado en dos, y el combate cuerpo a cuerpo con los que se habían quedado rezagados para dar cobertura a los que trepaban acabó de diezmarlos. Uno a uno, entregando el último hálito de vida por una causa que ni siquiera los supervivientes podrían ganar, *Gli Angeli Neri* fueron barridos de la ciudad subterránea.

Al final, cumpliendo así con las revelaciones de la profecía, sólo Julia, Basia e Isabel quedaron en pie, en medio de los grandes peldaños, rodeadas por docenas de cadáveres de amigos y enemigos, listas para la última batalla.

Algo metálico cayó a los pies de Isabel. Era el cargador modificado del arma de Julia.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Basia al verlo.

—Cargando munición convencional —contestó Julia con un tono que heló la sangre en las venas de Isabel.

Basia miró primero a Julia y después a los Profundos que trepaban por la escalera con torpeza. Al parecer, tampoco estaba diseñada para ellos. Su mente inquisidora se preguntó qué oscura y olvidada raza habría construido aquel ciclópeo lugar.

—No permitiré que lo hagas —exclamó asiéndola por los brazos y obligándola a mirarla—. Hoy no vas a morir, ¿entiendes?

—Es la única esperanza que nos queda, y tú lo sabes —repuso Julia desasiéndose con violencia—. Llévate a Isabel y volad la cueva desde la entrada. Yo les contendré aquí.

—¿Estás loca? —le espetó Isabel, intentando a su vez sujetarla por un hombro—. ¡Te van a hacer pedazos en cuanto se te acaben las balas!

—Las balas no son para ellos. Haré explotar las cargas con ellas.

Isabel sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Y luego? ¿Cómo vas a sobrevivir?

Julia acabó de cargar sus dos armas en silencio.

—*Ella* cuidará de mí —respondió finalmente con una sonrisa que helaba la sangre mientras señalaba la forma colgante con el cañón de uno de los revólveres.

Isabel se apretujó jadeando en el estrecho balcón de piedra junto a Basia, que había cogido un rifle con mira telescópica y apuntaba hacia la forma que descendía los enormes escalones con cuidado.

Un silencio espeso reinaba en la inmensa caverna, roto únicamente por los ocasionales chapoteos de más monstruos que acudían al requerimiento de su Sacerdotisa. Todos estaban inmóviles, contemplando a Julia, que acabó de bajar los últimos escalones y desenfundó las dos armas. Extendió los brazos y apuntó hacia los explosivos más cercanos, sujetos mediante cintas a dos de las innumerables columnas que formaban parte de uno de los aberrantes edificios. Lentamente, sin dejar de apuntar, empezó a caminar hacia el lugar donde se encontraba la Primera Dama.

Desde allí no se oían las palabras, pero Isabel estaba convencida de que Julia estaba *hablando* con las abominaciones, que se iban apartando de su camino. La Tercera Dama avanzó entre ellos como Moisés debió hacerlo en su travesía del Mar Rojo.

Basia se enjugó el sudor de la frente con la manga sin apartar los ojos de la mirilla telescópica.

—¿A qué esperas, Julia? —musitó entre dientes—. ¡Vamos, dispara de una vez!

Pero Julia continuaba avanzando sin dar muestras de querer abrir fuego. Ya casi estaba a los pies del grotesco ente que semejava una burda y blasfema representación del Cristo crucificado. Su cabeza resonaba con la voz de la Sacerdotisa, urgiéndola en su avance, haciendo cada vez más difícil entender a la otra voz, la que gemía cada vez con menor fuerza y pronunciaba palabras de redención cuyo significado casi no comprendía.

Miró al techo sumido en tinieblas y trató de enfocar los desconcertantes ojos del horror colgante. Miró a izquierda y a derecha. Sus brazos en cruz seguían apuntando a los explosivos. Pero no disparó. No sabía por qué. No sabía a qué debía disparar. Bajó los brazos, dejó caer las dos armas al suelo y se giró un instante hacia la balconada antes de proseguir. Su mirada reflejaba una inmensa tristeza.

Isabel se incorporó como un resorte.

—¡Julia! —gritó con todas sus fuerzas, despertando miles de ecos en la silenciosa caverna—. ¡Julia! ¡Por lo que más quieras, dispara!

Basia apuntó al bloque de explosivos que tenía más cerca. Una cabeza de monstruo se interponía entre ella y el blanco. Aguardó un instante, pero el Profundo no parecía tener intención de moverse. Lanzando una interjección en polaco, desvió el arma hacia la siguiente carga, colocada en una columna muy cercana a la posición de Julia.

Con un brillante *flash*, vio en su mente la explosión subsiguiente, y contempló

con inenarrable emoción el cuerpo lacerado de la española lanzado hacia atrás en medio de un surtidor de sangre y fragmentos de carne ennegrecida. Impotente, dejó caer el rifle al suelo y apoyó la frente sobre la balaustrada. Un estremecedor gemido se le escapó del pecho y empezó a sollozar.

—No, oh, no, no...

Isabel se giró hacia ella con los ojos desorbitados.

—¡Basia! ¡Dispara! ¡Tienes que disparar! —gritó de nuevo con tono histérico, renovando los ecos que atronaron en el inmenso espacio subterráneo.

Un puñado de Profundos se giraron hacia la galería, mirando casi con curiosidad la mísera figura humana que se desgañitaba con impotencia. Imperturbable, Julia se dirigió a las orillas del lago y siguió avanzando, metiéndose en el agua con lentitud. A su alrededor, las formas grises empezaron a retozar, gozosas, anticipando la victoria ansiada y trabajada durante miles de años. El clamor de los monstruos volvió a inundar la caverna, estallando glorioso en cánticos disonantes.

De pronto, el transmisor de Basia cobró vida. Ésta se llevó la mano al oído, tratando de discernir el mensaje que Florencia le enviaba. Sus ojos llorosos se encontraron con los de Isabel y ésta supo de inmediato que todavía quedaba un capítulo abierto en la monumental tragedia.

—Hemos de salir de aquí y volver a Florencia —exclamó la polaca alzándose del suelo.

—¿Qué ocurre?

—Te lo contaré por el camino. Vamos, no hay tiempo que perder. —Basia se introdujo de nuevo en el portal, hablando por el micrófono—. *Auro, domine, uno, controllo*. Transmitid el código Fénix tanto tiempo como podáis. Repito, código Fénix. Vamos para allá. *Auro, domine, uno, corto*.

Antes de cruzar el umbral mágico, Isabel se volvió por última vez hacia el lago. Ya no pudo distinguir a Julia de la marea de cuerpos que danzaban en el agua oscura y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Adiós, Julia —susurró sintiendo el nudo que atenazaba la garganta con mano de hierro.

Con el corazón encogido, se dio la vuelta y siguió a Basia por el túnel de entrada hasta volver a la superficie. Vio con sorpresa que ya había amanecido. Sin embargo, el sol, lejos de estar radiante en el horizonte, tenía un inquietante color carmesí que arrojaba una luz anómala sobre las ruinas de la madrasa que cruzaron casi a la carrera.

Una algarabía de graznidos les anunció la proximidad de los restos de los infortunados soldados que habían perecido en el primer ataque. Una mortaja negra se agitaba con frenesí sobre los cuerpos inmóviles. Pasaron entre ellos en silencio, cogidas de la mano y procurando no mirar los despojos destrozados una y otra vez

por los ávidos cuervos llegados desde Khiva.

Finalmente, llegaron hasta los helicópteros, que reflejaban en sus pulidas superficies la extraordinaria y siniestra calidad de la luz reinante. Basia inspeccionó una de las máquinas y se encaramó a la carlinga, ajustándose el casco y los arneses de seguridad. Isabel hizo lo propio.

—¿Sabes pilotar estos trastos? —inquirió mirándola con fijeza.

Basia ajustó diales y manipuló interruptores. Un aullido mecánico se dejó oír en la diminuta cabina.

—Más nos vale —respondió.

Capítulo XIII

El cielo se tiñó de sangre y un grito único surgió de todas las gargantas. Un clamor de miedo y muerte tan poderoso que consiguió traspasar las barreras del vacío estelar y alcanzar con ecos horrorizados una lejana constelación en los confines del universo. Allí, ocultos entre las aberrantes galaxias, los Dioses Primigenios escucharon el grito de agonía de la raza humana y celebraron gozosos su triunfo. Uno a uno, fueron usando su terrible poder. Una a una, las estrellas que una vez fueron conocidas como las Siete Hermanas se fueron alineando.

Basia se detuvo un instante antes de abandonar definitivamente la azotea del *palazzo*. Miró al cielo y a la ciudad teñida de carmesí, una ciudad casi muerta, como todas las demás que habían sobrevolado en su rápido viaje de vuelta. Unas en llamas, otras simplemente desiertas, algunas todavía recorridas por los inevitables grupos de almas despojadas de cualquier esperanza que no tenían nada que perder, pero todas henchidas de muerte por doquier.

Inspiró el aire que se había vuelto extrañamente húmedo. Sabía que tal vez fuera la última oportunidad de ver un mundo que durante mucho tiempo después sólo iba a poder recordar. La Humanidad había claudicado frente a sus nuevos Dioses y éstos, cual Cronos, les habían arrancado la cabeza de cuajo. Iban a ser tiempos extremos para los míseros supervivientes que no pudieran refugiarse en algún lugar remoto. El heraldo de la profecía estaba llegando a la Tierra, y con él se iniciaba el ocaso de la civilización humana.

«Habrà otra oportunidad», se dijo mientras notaba que los ojos se le llenaban de lágrimas ardientes. Sí, pero sólo para aquellos que hubiesen podido llegar hasta los refugios preparados años atrás y cuyo nombre en clave era el código Fénix que habían estado transmitiendo una y otra vez hasta que, finalmente, los equipos de comunicaciones se quedaron sin baterías. Sobrevivirían al holocausto, ocultos, aislados del infierno en que se iba a convertir la superficie del planeta. Cinco, diez, o quizá cien años tendrían que pasar antes de poder volver a salir de sus agujeros y luchar de nuevo por su vida.

Basia cerró los ojos, como queriendo retener en su retina la última imagen de la ciudad en ruinas, se dio la vuelta y se reunió con Isabel, que la aguardaba en la puerta con los ojos arrasados. Al igual que había hecho con Julia en Barcelona, la joven periodista y la polaca se fundieron en un prolongado abrazo.

Después, cogidas de la mano, se internaron por los pasillos del *palazzo* hasta llegar a las puertas del ascensor. Todo estaba silencioso y vacío. Habían hecho cuanto habían podido para recoger a los supervivientes del ataque y a los que por algún milagro no habían sido poseídos por el parásito mortal. Muy pocos florentinos se

habían salvado y los que así lo habían querido ya habían sido evacuados al refugio y el resto..., probablemente el resto ya estaban muertos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Basia. No había tiempo para nada más. Besó con devoción la diminuta cruz de plata y la introdujo en el control del ascensor que las conduciría hasta las cámaras subterráneas del complejo.

—Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Julia, de pie en el umbral del túnel que desembocaba en las ruinas del templo, oía en su cabeza la voz de la Sacerdotisa llamándola a su lado, apremiándola para ocupar el puesto que le correspondía por derecho. Luchando lo indecible, logró resistir y no darse la vuelta. Quería aprovechar los últimos instantes de voluntad en la contemplación de la madrasa en ruinas y de lo que ahora cruzaba los cielos, la colosal esfera ígnea que iba a impactar en cuestión de segundos sobre la faz de la tierra. Un meteoro extraído de las entrañas candentes del sol que portaba en su interior la llave que finalmente haría saltar los cerrojos del encierro eterno del Dios Dormido.

El viento llegó por fin, con el fragor de la inimaginable explosión cabalgando sobre su grupa. Miró hacia abajo y se vio desnuda, convertida en una estatua brillante como el mármol. Estaba cubierta por la arena finísima, casi blanca, que precedía tumultuosa a la brutal onda expansiva. Transformada en la última mujer de Lot, se volvió y encaró finalmente su destino, pero Julia... en realidad no era aquel su verdadero nombre, sino...

Cthuulia...

*Aqué*l era el secreto de su nombre y de su herencia. *Aqué*l era el mensaje que había tratado de hacerle comprender el padre Marini en su lecho de muerte. En honor a la deidad, su verdadero nombre había sido conjurado antes de su nacimiento en una terrible liturgia más antigua que el propio mundo. Fue entonces cuando sus padres sellaron su aterrador destino, el que la convertiría en la Heredera, La Que Muerta Y Renacida Yace, símbolo del triunfo de los Dioses Primigenios sobre la Humanidad.

Alzó la vista. Los contornos de las ruinosas edificaciones se tornaron difusos y empezaron a oscilar como si se tratara de una imagen proyectada sobre un lienzo líquido. Una sensación de miedo empañó el momento casi perfecto. El viento arreció y todo empezó a desmoronarse a lo lejos, una ola de destrucción avanzando imparable, cúpulas, torres y mamposterías deshaciéndose como castillos de arena, cayendo lánguidas en aparente desafío a la gravedad, batidas por la violencia apocalíptica que selló con su furia el destino de una civilización que no quiso recordar su pasado tenebroso hasta que fue demasiado tarde, hasta que incluso los sueños proféticos de muerte y destrucción que algunos iluminados habían plasmado en incontables formas a lo largo de la historia fueron primero ignorados y posteriormente relegados al olvido.

Se sentía como en uno de sus antiguos sueños, sola frente a un paisaje extraño e

irreal que no tardaría en ser engullido para desaparecer finalmente envuelto en una bruma impenetrable, lo que casi siempre significaba que el despertar estaba próximo.

Pero esta vez sólo despertaría el Dios Dormido.

— FIN —

Agradecimientos

A Yolanda, como siempre.

A Salvador Solé —Don Salvatore— crítico minucioso y admirador elocuente a partes iguales.

A José López Jara, que creyó en este libro desde el primer momento.



Adolf J. Fort ejerce la docencia en Barcelona y deja volar la imaginación en sus ratos libres, que alterna con sus facetas de escritor, músico y fotógrafo. Su interés por el oscuro universo de Howard Philips Lovecraft le lleva a escribir pequeños guiones para *La Llamada de Cthulhu*, un juego de rol basado en los trabajos del célebre escritor norteamericano. Colabora habitualmente con el e-zine *La Estela de Luveh-Kerapt*.

Despertando al Dios dormido es la culminación de un sueño y el desafío personal de ir más allá de donde Lovecraft se atrevió a llegar. En palabras de Sean Branney, director de *La llamada de Cthulhu* y *El que susurra en la oscuridad*: Lovecraft siempre escribía sus cuentos en dos actos: éste es el tercero.

Notas

[1] ¿Por qué me recuerdas mis desgracias? <<

[2] ¡A por ellos! <<

[3] «Amaré al abad con sinceridad, caridad y humildad» (Regla 72,10 de la Orden Benedictina). <<

[4] Centro Nacional de Inteligencia, el servicio secreto español. <<

[5] Se denomina cero absoluto a la temperatura de $-270\text{ }^{\circ}\text{C}$. <<

[6] No, en ruso. <<

[7] Miedo al vacío, en latín. <<

[8] Autor del libro *El Arte de la Guerra*. <<

[9] ¡Te pillé!, en inglés coloquial. <<

[10] «El hombre me ha pegado», en dialecto waskia. <<